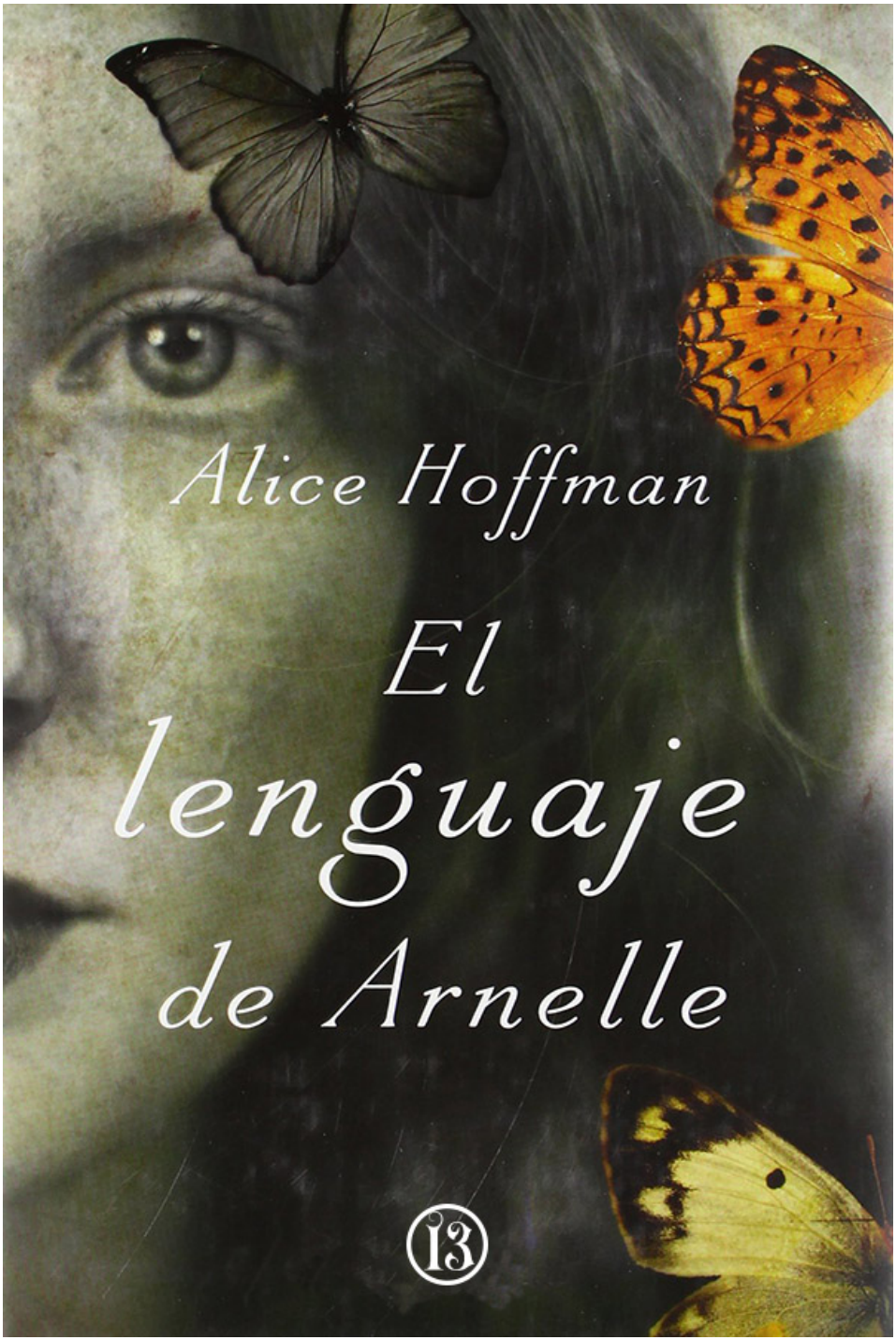

Alice Hoffman
El
lenguaje
de Arnelle
13

El lenguaje de Arnelle narra la vida de las hermanas Story, Elv, Meg y Claire, que viven felices en Long Island con su madre, Annie, que está divorciada. Pero el fatídico encuentro de Elv y Claire con un siniestro desconocido cambiará sus vidas para siempre. Elv cada día está más y más sumergida en el cuento de hadas que ha inventado. Annie no comprende el sufrimiento de su hija y, cuando por fin se da cuenta, ya es demasiado tarde. Elv tendrá que vivir con las decisiones que ha tomado y las trágicas consecuencias de sus acciones afectarán a toda su familia. ¿Qué hace una madre cuando uno de sus hijos pierde su camino? ¿Cómo salva a una hija sin sacrificar a las demás? ¿Hasta qué punto puede llegar el amor, y hasta dónde puede llevarte? Estas son las preguntas que plantea esta luminosa novela. El lenguaje de Arnelle es un relato sobre el paso de la adolescencia a la edad adulta, pero es también una crónica familiar, y una historia de amor y deseo. Es un retrato de todo lo extraordinario y cotidiano que viven las hermanas al convertirse en mujeres. Hay pocos escritores que capten el poder de redención del amor como Alice Hoffman hace. Con El lenguaje de Arnelle nos ofrece un maravilloso relato que nos hará más conscientes de la fragilidad y la belleza de vivir.

Alice Hoffman

# El Lenguaje De Arnelle

Título original: *The Story Sisters*
Alice Hoffman, 2009
Traducción: Martín Rodríguez-Courel, 2010

-

Revisión: 1.0
10/08/2021

*Para Elaine Markson*

# PRIMERA PARTE

# *Sigue*

*Una vez al año llamaban a la puerta con los nudillos; dos veces, y luego nada. Nadie más lo oía, sólo yo. Incluso cuando era un bebé y estaba en la cuna. Mi madre no lo oía; mi padre no lo oía; mis hermanas seguían durmiendo… pero el gato levantaba la vista.*

*Cuando fui lo bastante mayor, abrí la puerta: allí estaba ella, una señora con un abrigo gris. Sostenía una rama de acerolo, del que crecía al otro lado de mi ventana. La mujer habló, pero no entendí su lengua. De la nada se levantó una ventolera y la puerta se cerró de golpe, y cuando la volví a abrir se había ido.*

*Pero supe lo que quería.*

*A mí.*

*La única palabra que le entendí fue «hija».*

*Le pedí a mi madre que me hablara del día que nací y no se acordaba; le pregunté a mi padre y no tenía ni idea; mis hermanas eran demasiado pequeñas para saber de dónde había venido. Y la siguiente vez que vino la mujer de gris le hice la misma pregunta, y por la expresión de su cara lo supe: ella conocía la respuesta. Se dirigió al pantano donde crecían los altos juncos y nacía el río. Eché a correr para mantenerme a su altura. La mujer se metió en el agua, turbia y gris, y esperó a que la siguiera. No me lo pensé dos veces y me quité las botas; el agua estaba fría, y me hundí enseguida.*

En abril toda la ciudad de Nueva York parecía verde y llena de vida. Esa noche se celebraba la fiesta de las bodas de oro de sus abuelos y las hermanas Story compartían una habitación. Su madre confiaba ciegamente en ellas. No eran la clase de adolescentes que saquearían el minibar sólo para aparecer borrachas en el vestíbulo, acabar despatarradas en la alfombra o quedarse dormidas contra la jamba de una puerta, avergonzándose y avergonzando a su familia. Jamás se colgarían de la ventana para disipar a manotazos el humo de un cigarrillo ni arrojarían globos de agua a los desprevenidos peatones que pasaban por debajo: eran chicas diligentes, buenas, sensatas y bonitas. A mucha gente le fascinaría descubrir que las chicas compartían un idioma privado, musical y delicioso de oír. Cuando lo hablaban entre ellas, recordaban a los pájaros.

La mayor era Elisabeth, a la que llamaban Elv, entonces de quince años; Meg sólo tenía un año menos, y Claire acababa de cumplir los doce. Todas tenían el pelo largo y negro, y los ojos claros, una combinación que resultaba asombrosa. Elv, la más guapa en opinión de la mayoría, era una disciplinada bailarina y la que se había inventado el mundo secreto de las hermanas Story. Meg era una gran aficionada a la lectura y nunca se la veía sin un libro; mientras se dirigía al colegio solía llevar uno abierto en las manos, tan enfrascada en él que a veces tropezaba mientras caminaba por las calles que le eran tan familiares. Claire era diligente y bondadosa, y nunca eludía las faenas caseras. Su cama ya estaba hecha antes de que sus hermanas abrieran sus ojos somnolientos; rastrillaba el césped y regaba el jardín y siempre se iba a dormir a su hora. Seguras de sí mismas y prácticas, eran estudiantes destacadas y cualquier padre se sentiría orgulloso de reclamarlas como propias. Pero cuando la madre de las chicas las sorprendía parloteando en

aquel idioma que nadie más entendía o fisgoneaba entre los mapas y gráficos que para ella nada significaban, pensaba en ellas como nubes, como algo lejano e inaccesible.

Annie y el padre de las niñas se habían divorciado cuatro años antes, el verano de las polillas gitanas, cuando todos los árboles del jardín se quedaron pelados, devoradas las hojas por las orugas. Por la noche podías oír su ruidoso ronzar y veías los capullos plateados urdidos en las vigas del porche y amarrados a las señales de tráfico. La gente decía que aquello era un presagio de que se avecinaban tiempos difíciles para los Story. Alan, el padre, era director de instituto y tenía una agenda rebosante de citas. Él era quien deseaba acabar con el matrimonio, y después de la ruptura casi había desaparecido. A sus cuarenta y siete años se había convertido en un ligón, o quizá fuera sencillamente que no había muchos hombres por allí en aquel preciso momento; fuera como fuese, de pronto se encontró solicitadísimo. En el trasfondo de la ruptura había otra mujer, rápidamente sustituida por una segunda amiga a la que las hermanas Story todavía no habían conocido. Pero hasta aquel momento no hubo grandes desastres, pese al divorcio y a los campos de minas que acompañan la adolescencia. Annie y sus hijas seguían viviendo en la misma casa de North Point Harbor, donde crecía, al otro lado de la ventana del dormitorio de las niñas, un enorme acerolo. La gente afirmaba que ya estaba allí antes de la fundación de Long Island y que era el árbol más viejo en kilómetros a la redonda. Durante el verano, buena parte del patio de las Story estaba ocupado por un gran huerto lleno de hileras de tomateras. En el centro había un pequeño bebedero de piedra para que se bañaran los pájaros y un emparrado del que colgaban copiosamente los guisantes de olor y trémulas enredaderas de pepinos espinosos. Las hermanas Story podrían haber tenido cada una su pequeño dormitorio independiente en la primera planta, pero escogieron compartir el ático, pues preferían la mutua compañía a los cuartos propios. Cuando Annie las oía tras la puerta cerrada, susurrando entre ellas en tono conspirador en aquel vocabulario secreto suyo, se sentía excluida de una forma profunda y dolorosa. Su hija mayor

acostumbraba a sentarse en el acerolo bien entrada la noche; decía que observaba las estrellas, pero se sentaba allí incluso en las noches nubosas, cuando su pelo negro se volvía aún más negro, recortado contra el cielo. Annie estaba segura de que la gente que decía que las niñas eran unas criaturas fáciles nunca había tenido hijas.

Aquel día, las hermanas Story iban vestidas todas de azul: de verde azulado, de azul oscuro y de azul zafiro. Les gustaba llevar ropa parecida y confundir a la gente sobre quién era quién. Por lo general, usaban vaqueros y camisetas, pero aquélla era una ocasión especial. Adoraban a su abuela Natalia, a la que llamaban ama, un nombre que Elv le había otorgado como si fuera un bebé. Su ama era rusa, una mujer elegante y maravillosa que se había enamorado del abuelo de las niñas en Francia. Aunque los Rosen vivían en la calle Ochenta y Nueve, conservaban el piso donde Natalia había vivido de joven en el barrio del Marais de París, cerca de la Place du Marché-Sainte-Catherine, que era, por lo que concernía a las hermanas Story, el lugar más maravilloso del mundo.

Encaprichadas de París, Annie y las niñas visitaban la ciudad una vez al año. Soñaban con los largos días de luz blanda y las cenas que se prolongaban hasta que la bruma desdibujaba la noche. Les entusiasmaban los helados franceses y los vasos de cristal blanco azulado. Observaban con atención a las mujeres bonitas e intentaban imitar su manera de caminar y la encantadora manera en que se anudaban los pañuelos. Siempre iban a Francia durante las vacaciones de primavera, cuando las flores blancas y fragantes del castaño del patio ya habían florecido.

El Plaza era probablemente el segundo mejor lugar del mundo. Annie se dirigió a la habitación de las niñas y se las encontró congregadas en torno a la ventana, observando atentamente a los coches de caballos que pasaban por abajo. De alguna manera, las hermanas parecían ya mujeres, altas y hermosas, desenvueltas, aunque seguían siendo unas niñas en muchos aspectos, sobre todo las pequeñas. Meg estaba diciendo que cuando se casara quería

montar en uno de aquellos carruajes, y que iría vestida de blanco y llevaría cien rosas. El mundo secreto de las niñas se llamaba Arnelle, y en amello «rosa» se decía *minta*, la única palabra que entendió Annie. *Alaria me sora minta*, dijo Meg: «rosas por donde quiera que mires».

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora? —Elv hizo un gesto hacia el exterior de la ventana. Se ofendía con facilidad y detestaba cualquier clase de abuso—. Los caballos de esos coches están desnutridos —informó a su hermana.

Elv había sido siempre una fanática amante de los animales. Años antes había encontrado a un conejo mortalmente herido por las cuchillas de una cortadora de césped y abandonado, mientras se desangraba, en la aterciopelada hierba del jardín de los Weinstein. Le había prodigado sus mejores cuidados para que se recuperara, pero, al cabo, el conejo había muerto en una caja de zapatos, cubierto con la manta de una muñeca. Ella, Meg y Claire celebraron las honras fúnebres y enterraron la caja de zapatos debajo del porche trasero, pero Elv se había mostrado inconsolable. «Si no nos preocupamos de las criaturas que no tienen voz había dicho en susurros a sus hermanas, ¿quién lo hará?». Y eso era exactamente lo que hacía: dejaba semillas fuera para las palomas torcaces, abría latas de atún para los galos callejeros y colocaba paquetes de azúcar para las polillas. Había suplicado que le compraran un perro, pero su madre no tenía tiempo ni paciencia para una mascota. Annie no estaba dispuesta a trastocar la vida familiar y no tenía ningún deseo de sumar otra personalidad al conjunto, ni siquiera la de un terrier o un spaniel.

Elv era la que llevaba el vestido más oscuro, de un intenso azul zafiro, una prenda que despertó la envidia de sus hermanas, que eran sus fieles seguidoras y querían ser todo lo que Elv fuese. Las pequeñas estaban embelesadas oyéndola despotricar sobre el trato inhumano que se les daba a los caballos de los carruajes.

—Se les hace ir de aquí para allá todo el día sin darles de comer

ni de beber. Y trabajan hasta que no son más que piel y huesos.

«Piel y huesos» era una de las expresiones favoritas de Elv, que ahondaba en la brutalidad del trato. Había creado un universo secreto, un reino de hadas en el que las mujeres tenían alas y era posible leer los pensamientos: Arnelle era todo lo que el mundo de los humanos no era. Allí no había que hablar, y la traición resultaba inimaginable. Era un mundo donde nadie te podía coger por sorpresa ni contarte un montón de mentiras. Uno podía llegar a ver las intenciones más ocultas de alguien y saber si se trataba de un trasgo, un mortal o un verdadero héroe. También se podía adivinar la esencia de una palabra por el color de su halo: el rojo denotaba falsedad; el blanco, verdad, y el amarillo delataba la mentira más nauseabunda. No había cuerdas que te ataran, barrotes de hierro, pan duro ni nadie que cerrara las puertas con llave.

Elv había empezado a susurrar los cuentos de Arnelle a sus hermanas durante el inclemente verano de sus once años, un agosto sofocante en que la hierba se volvió marrón. Los veranos de otros años habían sido la estación favorita de Elv: sin colegio, los días largos, la bahía a sólo un paseo en bicicleta de su casa de Nightingale Lane… pero aquel verano lo único que le apetecía era aislarse con sus hermanas, escondidas las tres en el huerto de su madre, bajo las enredaderas de guisantes. Las tomateras estaban ocultas por un centelleante dosel de hojas verde botella. Las pequeñas tenían ocho y diez años y no sabían que había demonios en la tierra, y a Elv le faltaba el coraje para decírselo. Sacudió las hojas del pelo de sus hermanas; nunca permitiría que alguien les hiciera daño. Lo peor ya había pasado y seguía viva. No podía poner en palabras lo ocurrido, ni aun para Claire, que estuvo con ella aquel día y consiguió escapar porque Elv le suplicó que corriera.

Cuando empezó a contarles las historias a sus hermanas, les pidió que cerraran los ojos y fingieran que estaban en el otro mundo. Era fácil, les dijo que no había más que alejarse de éste. A ellas las habían robado los mortales, les habían dado una familia falsa y las habían desposeído de su magia mediante los amuletos que los humanos utilizaban contra las hadas: el pan, el metal y la cuerda.

Las pequeñas no se quejaron cuando sus vestidos se llenaron del polvo de la oscura tierra por estar tumbadas en el huerto, aunque Meg, siempre tan pulcra, se metió acto seguido en la ducha y se enjabonó a conciencia. En el mundo real, les confió Elv, había alfileres, husos, bestias, pieles y garras; era un cuento de hadas al revés. Los buenos y los amables vivían en el otro mundo, en los senderos tortuosos, en los bosques donde crecían las violetas diente de perro. A la verdadera maldad se la podía encontrar caminando por Nightingale Lane: allí ocurrió todo.

Volvían a casa desde la bahía. Meg estaba enferma, así que se había quedado en casa, y sólo iban ellas dos. Cuando el hombre del coche le dijo a Claire que subiera al asiento trasero, ella lo hizo, pues lo conocía porque era uno de los profesores del colegio. Claire llevaba puesto el bañador y estaba a punto de empezar a llover, así que pensó que él le estaba haciendo un favor. Pero el hombre arrancó antes de que subiera su hermana. Elv echó a correr junto al coche, aporreando la puerta y gritando que dejara salir a su hermana. El hombre se detuvo el tiempo suficiente para agarrarla y arrastrarla también a ella al interior del vehículo; entonces pisó el acelerador sin soltar en ningún momento a Elv.

—*Reunina lee* —dijo Elv entonces. Era la primera ocasión que hablaba en amello. Las palabras acudieron a ella como por ensalmo, y como por ensalmo Claire las entendió—: «Vengo a rescatarte».

En la siguiente señal de *stop*, Claire abrió la puerta y salió corriendo.

Arnelle estaba tan bajo tierra que había que descender más de mil peldaños. Allí vivían tres hermanas, le había dicho Elv a Claire, tres niñas preciosas y leales de ojos claros y pelo negro y largo.

—Como nosotras —decía siempre Claire, encantada.

Si se concentraban, si cerraban los ojos, siempre podrían encontrar el camino de regreso al otro mundo. Estaba situado debajo del alto acerolo del patio, debajo del castaño de París, dos puertas que nadie más podía cruzar. Y allí nadie podía herirte ni

cortarte a pedacitos, nadie podía echarte una maldición ni encerrarte. Una vez bajabas la escalera subterránea y cruzabas la cancela, había rosas, aunque en el mundo real estuviera nevando, aun cuando los montículos de nieve llegaran a los sesenta centímetros de altura.

La mayoría de la gente quedaba embelesada por la naturaleza apremiante de los cuentos de Elv, y sus hermanas no eran una excepción. En el colegio, sus compañeras de clase la rodeaban a la hora del almuerzo, y aunque ella nunca hablaba de Arnelle a nadie que no fueran sus queridas hermanas, eso no significaba que no tuviera historias que contar. Para sus amigas del colegio tenía cuentos de la vida en la tierra, historias de demonios que no quería que oyeran sus hermanas. Por lo general, un demonio decía tres palabras para echarte una maldición, y te cortaba tres veces con un cuchillo. Elv era capaz de ver lo que el resto jamás podría. Tenía «la visión», decía, y predecía el futuro a las chicas en las clases de historia y matemáticas. A algunas les daba un susto de muerte y a otras les decía exactamente lo que querían oír. Incluso en París, cuando fue a visitar a sus abuelos, se había encontrado la ciudad llena de demonios. Merodeaban por las calles y te observaban mientras dormías, entraban por la ventana como negros insectos atraídos por la luz, te ponían una mano en la boca y te metían la cabeza bajo el agua si gritabas. Y si alguna vez te atrevías a contarlo, volvían y te convertían en ceniza con un simple roce.

El número de chicas que se congregaba en torno a Elv en la cafetería aumentaba día a día. La rodeaban para oír sus embriagadores cuentos, que contaba con absoluta convicción. Los demonios llevaban chaquetones negros y calzaban botas de gruesas suelas. La peor clase de trasgo era aquella que podía comerte viva: un beso nada más, señorita. Sólo un mordisco.

—No comáis pan —advertía a aquellas chicas, que se apresuraban a arrojar sus bocadillos—. Manteneos lejos del metal —decía en un susurro, y las chicas con ortodoncias iban a casa y

suplicaban que se las quitaran—. Tened cuidado con las cuerdas —las alertaba, y en clase de gimnasia, nuevos grupos de chicas se negaban a saltar con las cuerdas, aunque eso significara quedarse castigadas o que se llamara a sus madres a casa.

Aquel tórrido agosto de hacía cuatro años en que comenzó Arnelle, una noche negra como la tinta, ya tarde, las chicas salieron al jardín después de que su madre se acostara. Se echaron una manta por encima de las cabezas, se cortaron con una hoja de afeitar y juntaron las heridas para mezclar su sangre y sellar el juramento. Desde entonces, las chicas intercambiaron su sangre todos los agostos, incluida Meg, aunque nunca le contaron por qué habían empezado el ritual. Salían siempre a hurtadillas por la puerta trasera, cuando su madre estaba dormida. Aquella primera vez, Claire se puso a llorar al sentir el contacto de la hoja, y Elv le dio sus gominolas y le dijo lo valiente que era, quizá la más valiente de todas. Claire sabía que ella no era la valiente, pero en la siguiente ocasión no soltó ni una lágrima. Fue Meg, siempre tan racional, quien sugirió que dejaran de cortarse y planteó la idea de que lo que estaban haciendo era una tontería. Además, mediante aquel procedimiento podrían pillar una infección e incluso envenenarse la sangre. Pero ella no estaba cuando el demonio las metió en su coche, así que no sabía a lo que te podías ver obligada para salvar a tu hermana.

—No os preocupéis —dijo Elv—. Nos protegeremos mutuamente.

En ese momento, asomadas a la ventana del Plaza mientras cavilaban acerca de la suerte de los caballos, Elv hablaba a sus hermanas del amor. A los arnellos les horrorizaba el amor mortal, que era un insípido brebaje si se comparaba con la verdadera pasión amella. En Arnelle, la persona que amabas haría cualquier cosa por salvarte, dispuesta siempre a dejarse cortar con cuchillos, atar a los árboles y convertirse en un guiñapo sanguinolento.

—¿Y si te enamoras como ama y el abuelo? —preguntó Meg, una vez enumeradas las normas del amor. Sus abuelos compartían aquella acogedora clase de amor en la que uno acababa las frases del otro. Era imposible imaginar al abuelo atado a un árbol.

—Entonces es que estás condenada a ser humana —dijo Elv con tristeza.

—Bueno, puede que lo prefiriese terció Meg, que empezaba a hartarse de Arnelle. Si quería entrar en otro mundo, todo lo que tenía que hacer era abrir una novela. No quiero estar rodeada de demonios.

Elv sacudió la cabeza. Había algunas cosas que su práctica hermana mediana jamás entendería. Meg no tenía ni idea de cómo eran realmente los humanos, y Elv confiaba en que nunca lo averiguara.

En cuanto a Claire, no podía apartar la vista de la calle, incapaz en ese momento de ver otra cosa que no fueran las costillas prominentes de los caballos de los coches, la espuma que les rodeaba las bocas y la forma en que cojeaban cuando se alejaban trotando. Una noche, Elv le había enseñado un conjuro. Meg estaba levantada, leyendo en la habitación de las tres, así que estaban las dos solas en el jardín. Desde el verano de las polillas gitanas habían dejado a Meg fuera de sus planes más íntimos. El conjuro que Elv enseñó a Claire aquella noche servía para invocar protección, y sólo se podía utilizar cuando fuera estrictamente necesario. Elv cogió un desplantador del cobertizo del jardín de su madre, en el que había arañas y bolsas de mantillo; se pasó el afilado borde por la palma de la mano y dejó que su sangre goteara en el suelo.

—*Nom brava gig* —susurró—. *Reuna malin*. «Mi valiente hermana. Sálvame».

Lo único que Claire tenía que hacer era decir eso y Elv aparecería. Igual que aquel espantoso día.

—¿Y si estás demasiado lejos para oírme? —había preguntado Claire.

Su propio jardín tenía un aspecto extraño de noche, con las polillas blancas y el suelo que parecía negro. Claire no quería pensar

en las cosas que vivían debajo de las malas hierbas. En una ocasión habían visto allí a un animalejo tan grande como su mano… y tenía miles de patas.

—Te oiré. —A Elv le seguía sangrando la mano, aunque no parecía dolerle—. Te encontraré dondequiera que estés.

Parada detrás de sus hijas en la ventana del Plaza, Annie se sintió apesadumbrada. Estaban diez pisos por encima del suelo y, sin embargo, el mundo estaba demasiado cerca. Aquellos horrendos caballos habían captado la atención de sus hijas. No quería que conocieran la tristeza, deseaba protegerlas tanto tiempo como pudiera. No era la clase de mujer cuyo matrimonio acababa en divorcio, aunque eso era lo que había ocurrido, y ahí estaba en ese momento, criando a tres niñas adolescentes ella sola. Había mantenido una especial intimidad con sus hijas hasta que había surgido aquella tontería de Arnelle, pocos meses antes del divorcio. Cuando las hermanas Story eran más pequeñas, Annie podía reconocer sus formas en la oscuridad, era capaz de identificar cuál había entrado en una habitación y las distinguía por sus olores. Claire olía a vainilla; Meg, como las manzanas, y la piel de Elv desprendía el aroma de las hojas quemadas.

Era la hora de la fiesta. Su abuelo Martin padecía una grave afección cardíaca, y la ama de las niñas quería hacerlo feliz reuniendo a la familia para una ocasión gozosa. Todos sus amigos de Nueva York y París estaban allí. Annie y las niñas bajaron. Últimamente, Annie se sentía abrumada, añoraba la época en que sus hijas eran pequeñas, cuando trabajaba en el jardín y las lánguidas voces de sus hijas le llegaban flotando desde la casa y se preguntaba cómo se las iba a arreglar con la casa, las niñas, las clases de historia del arte que impartía en varios colegios locales. En ese momento se sentía como si todo lo hiciera a medias: madre a medias, profesora a medias, mujer a medias. El jardín de Annie era, aparte de sus hijas, una de sus creaciones más logradas. Estaba inscrita en la gira turística de jardines del pueblo y solía vender plantones a los

integrantes del comité. Ese año había habido una enorme afluencia de mariquitas, lo cual era una buena señal. Si ella misma oliera a algo, probablemente sería al fresco y astringente aroma de las tomateras. Todas las primaveras plantaba al menos cinco variedades tradicionales, y ese año tenía la Big Rainbow, que daba unos tomates amarillos veteados de rojo; la Black Krim, una variedad originaria de una isla del mar Negro; la Cherokee Purple, de un oscuro rosa rojizo, y la Cherokee Chocolate, que era de un intenso marrón con un toque cereza, junto con la Green Zebra, un tomate delicioso para hacer frito con mantequilla y migas de pan. La gente del vecindario le preguntaba por sus secretos de jardinería, pero no tenía ninguno; era suerte, les decía, pura chiripa.

De camino hacia el salón de baile, Annie reparó en que Meg y Claire se habían pintado los labios y en que Elv también se había puesto rímel y lápiz de ojos. Las otras dos chicas tenían los ojos azules, pero los de Elv eran de un verde luminoso y penetrante con destellos dorados.

Elv advirtió que su madre la observaba y le preguntó:

—¿Qué pasa? —y lo dijo aparentemente malhumorada y a la defensiva, en el que era su tono habitual en los últimos tiempos. Andaba de mal humor, y en varias ocasiones había salido corriendo a encerrarse en su cuarto dando un portazo a causa de la más trivial de las discusiones. Luego, salía para ir a sentarse en el regazo de su madre, balanceando sus largas piernas por encima de las de Annie. El divorcio parecía haberla afectado más que a las otras y despreciaba a su padre. «¿Ese estúpido? —había oído Annie que le decía a sus hermanas—. No podemos contar con él para nada. No nos conoce lo más mínimo».

—Estás preciosa —le dijo Annie.

Elv frunció los labios; no se lo creía.

—De verdad. Te lo digo en serio. Guapísima.

Annie era consciente de que algún día Elv se convertiría en una mujer extraordinariamente bella. Incluso entonces los hombres la

miraban por la calle, contemplándola como si fuera ya una mujer, algo que le preocupaba. Annie sabía que no debía tener una favorita, pero aunque sus otras dos hijas no desmerecían en absoluto, siempre había procurado tener una relación especial con su primogénita. Había sido un bebé perfecto y una niña perfecta. Solían montar una tienda en el jardín, debajo de las enredaderas, mientras las otras dos niñas dormían la siesta. Elv nunca la había dormido, ni siquiera de pequeña. A veces salían de la tienda a observar los rápidos movimientos de las luciérnagas, pero cuando fuera estaba oscuro como la boca del lobo, cogían linternas y creaban sus propias lunas en la tienda de lona. Annie le contaba entonces cuentos de hadas, las viejas leyendas rusas que le había contado su madre, historias en las que una niña podía salir victoriosa en un mundo cruel y espantoso.

—Sí, vale —gruñó Elv, mientras se dirigían hacia el salón de baile, y se quedó callada durante un rato, reflexionando—. ¿En serio?

—En serio —le aseguró Annie.

Su ama las estaba esperando. Elv abrió la marcha y las chicas corrieron a abrazarla. Natalia les había hecho los vestidos, los había cosido a mano después de escoger cuidadosamente las piezas de seda. Todas querían que su abuela las quisiera más que a nadie y se las llevara a París para el resto de su vida. Las tres competían por conseguir sus atenciones, por más que les juraba que las quería a las tres por igual.

—Mis queridas niñas —dijo cuando la rodearon. Las abrazó y pasó la mano por el pelo de Elv.

El salón de baile estaba pintado de blanco y oro y tenía unos enormes ventanales que daban al parque. Había una orquesta de cinco miembros, y los camareros ya estaban sirviendo los entremeses, consistentes en salmón y *crème fraiche*, blinis con crema ácida, champiñones rellenos y pastel de cangrejo y esturión sobre unas finas rebanadas de pan de centeno. Las chicas se sintieron ofendidas al descubrir que las habían sentado en la mesa de los

niños, con el grupo de sus pequeñajos y malcriados primos de Nueva Jersey y California. Por lo menos estaba Mary Fox, que era la prima favorita de las niñas, también de quince años y sólo un mes mayor que Elv. Mary era tan estudiosa que incluso hacía que Meg pasara por frívola, y tenía previsto ser médico, igual que su madre, Elise, prima carnal de Annie. Mary no reparó en los sofisticados vestidos de las hermanas, le traían sin cuidado las apariencias. Ignoraba por completo lo bonita que era, con aquella piel blanca como la leche y su pelo claro, y para aquella ocasión festiva se había puesto un vestido de cuadros escoceses y los zapatos de todos los días. Como llevaba gafas, daba por sentado que era horrible. Mary era de una sinceridad exagerada y nunca se molestaba en ser cortés, y quizá por esa razón gustaba a las hermanas Story.

Los amigos de Natalia y Martin, incluida la mejor amiga de Natalia, *madame* Cohen, que había volado desde París para la ocasión, estaban sentados en las mejores mesas, hablando por los codos. Los mayores bebían cócteles —mimosas y kir royal—, mientras que en las mesas de los niños se habían servido zarzaparrilla y coca-colas, que los primos pequeños sorbían ruidosamente con pajillas.

—¿Te puedes creer lo que han hecho esos estúpidos? —preguntó Mary a Elv. Mary no tenía miedo a los adultos y no se privaba de decir lo que pensaba. Le molestaba sobremanera que las hubieran sentado con un puñado de mocosos malcriados que carecían de modales por completo.

—Probablemente pensaron que nos resultaría divertido sentarnos todos los primos juntos —terció Meg, tan sensata como siempre—. No hay nadie más de nuestra edad.

—Ellos no tienen nuestra edad —replicó Mary—. Son unos críos, y en las dos terceras partes del planeta nosotras ya estaríamos casadas. Bueno, puede que Claire no, pero sí las demás. Y hasta tendríamos hijos.

Mientras las hermanas Story recapacitaban sobre aquello, Elv pidió al camarero que se llevara la cesta del pan. Los mortales introducían rebanadas de pan en las mantas de sus bebés para

mantener alejadas a las hadas. En la mayoría de los cuentos de hadas el niño mortal era el raptado, pero en Nightingale Lane había ocurrido lo contrario.

Los primos pequeños estaban en ese momento debajo de la mesa, jugaban al póquer y hacían las apuestas con palillos.

—¡Uf!, es que son tan groseros —suspiró Mary—. Y esta fiesta es un auténtico despilfarro de dinero. —Después de haber pasado las vacaciones de Navidad trabajando en un proyecto de Hábitat para la Humanidad en Costa Rica, se le hacía insufrible la extravagancia del acontecimiento—. Vuestros abuelos podrían haber donado el dinero a la Cruz Roja o a la Sociedad Norteamericana contra el Cáncer, y salvado vidas, pero en lugar de eso, miradlos, todos bailando el chachachá.

—A mí me parece romántico —apostilló Meg—. Son cincuenta años de matrimonio.

—Pues a mí me parece vomitivo —replicó Mary—. No me casaré jamás.

Las niñas miraron a Elv.

—Lo que importa es el amor —dijo—. El amor de verdad, el que te vuelve del revés.

Aquello no sonaba especialmente atractivo —más bien doloroso, como si hubiera sangre, huesos y tortura por medio—, pero nadie tuvo el valor de preguntárselo a Elv, ni siquiera la severa Mary Fox. Se la quedaron mirando solemnemente, deseando saber todas cómo sería ser ella durante un momento o, mejor todavía, durante un día.

Al final de la comida se sirvieron unos platos con *petits fours* de helados de diferentes tonos pastel: verde, amarillo y rosa, y de un delicado azul claro que era casi del mismo tono que el vestido de Claire.

Mary levantó la nariz.

—Grasa e hidratos de carbono —dijo, y se decidió por un helado de yogur.

Elv se puso su jersey, pese a que en la sala hacía bastante calor. El camarero había estado moviéndose furtivamente por allí, intentando acercarse a ella, echándole el aliento en el pelo y

mirándola como si la conociera.

—¿Quiere algo? —le preguntó Mary Fox.

—No hables con él —dijo Elv.

Claire estaba ocupada en hacer acopio de pasteles en una servilleta y los adultos habían empezado a beber y a bailar a conciencia. Incluso *madame* Cohen, que era tan refinada y que tanto asustaba a las hermanas Story con sus preguntas directas, bailó con el abuelo Martin. Los primos habían salido de debajo de la mesa y se dedicaban a aplastar los *petit four* hasta hacerlos añicos, utilizando los vasos a modo de martillos. Cada vez que hacían trizas uno, gritaban «¡Hurra!» con unas voces de lo más irritante.

Elv no les prestaba la más mínima atención, ni siquiera cuando le robaron los pasteles de su plato. La vieja reina del mundo de las hadas se estaba muriendo; tenía mil años. Había llamado a Elv a su lado. «¿Cuál de las tres es la más valiente? Aquella que no tema al mal es la única digna. Sólo ella me sucederá y será nuestra reina».

Las madres de las chicas disfrutaban de los martinis mientras hablaban de sus divorcios. Así pues, ¿por qué no ser valientes? Era el momento perfecto para escabullirse. La ciudad esperaba, y las hermanas Story tenían la oportunidad de estar solas por Manhattan, una circunstancia nada frecuente. Y dejarían que Mary se uniera a ellas, no en vano era su prima, aunque fuera tan seria y estricta, y en ese momento, además, acababa de granjearse su cariño al decir:

—Abrámonos como una vaina de guisantes. —Tenía tan poquita gracia y era tan sincera que las hermanas se echaron a reír, la agarraron y se la llevaron con ellas.

Después de sortear al portero, las chicas se abalanzaron como locas hacia el parque, todas con la risa floja, incluida Mary, que aparentemente nunca antes había cruzado imprudentemente una calle.

—¡Nos van a detener! —gritó, aunque cruzó la calle al galope sin molestarse en mirar a ambos lados. A todas les gustaba Nueva York. La luz blanca de la larde, los muros de piedra que rodeaban el parque, la resplandeciente libertad… Lanzaron los brazos al aire y giraron en círculos hasta que acabaron mareadas, y gritaron

«¡Aleluya!» a pleno pulmón, incluso Mary, que se había vuelto atea a los cinco años.

Cuando se calmaron, advirtieron que Elv se había desviado y se dirigía hacia los caballos. Algunos tenían guirnaldas de flores artificiales alrededor de la cabeza, todos llevaban orejeras y unas pesadas mantas de lana que les cubrían los lomos y parecían polvorientos, como si hubieran pasado la noche en un garaje más que en un establo. El aire olía a caballo y a gasolina. Las otras chicas hubieran sido felices con lanzarse escalera abajo como flechas o dirigirse al zoo o a la fuente, pero Elv se demoró allí, mirando a los caballos. Tenía pensamientos que nadie más tenía; sólo ella veía lo que los demás no podían ver. Cuando entrecerraba los ojos, todo lo que era malvado en el mundo hacía acto de presencia, exactamente como había predicho la reina. Era como una transparencia de tinta china que se extendiera por la tierra y el cielo.

Elv alcanzó a ver, más allá del luminoso «ahora», el tenebroso centro de «lo que podría ser». ¿Alguno más de los asistentes a la fiesta se habría fijado en lo cansados y abatidos que estaban los caballos? La mayoría de la gente miraba lo bueno que tenía delante: una copa de champán, una pista de baile, un trozo de tarta… Eso era todo lo que conocían, los confines del mundo cotidiano.

Una pareja subió al primer coche de la fila; estaban de luna de miel e iban agarrados del hombro. El cochero silbó y chasqueó la lengua, tiró de las riendas y el caballo empezó a moverse, resignado. Una de las patas parecía flojearle.

—Esto es crueldad con los animales —dijo Elv, y su voz pareció lejana. Le entraron ganas de cortarle las manos al cochero del cabriolé y clavarlas en un árbol. Aquello era lo que ocurría en los cuentos de hadas, que los hombres malvados eran castigados, mientras que los buenos y sinceros eran liberados. Pero a veces el héroe se disfrazaba o desfiguraba, bien con una máscara o una capa, bien con la cara de un león, y tenías que mirar dentro, en su palpitante corazón; tenías que ver lo que nadie más podía ver.

El siguiente caballo de la fila, viejo y descuadernado, era el que peor aspecto tenía. No paraba de levantar una pezuña y luego otra,

como si el asfalto de la calle le provocara dolor. Llevaba puesto un sombrero de paja, y en cierta manera aquello era lo más triste de todo.

—No entiendo por qué te preocupas tanto por un puñado de sacos de pulgas —dijo malhumorada Mary—. Hay seres humanos que se mueren de hambre en todo el mundo. Y hay gente sin hogar que desearía tener tanta comida como esos caballos.

La hermosa cara de Elv traicionó su indignación y enrojeció. Entonces habló a sus hermanas en amello, algo que rara vez hacía delante de extraños.

—*Ca bell na*. —«No sabe nada.» *Amicus verus est rara avis* —le contestó Mary, que se sentía vagamente agraviada por no haber sido incluida en el arcano del amello—. Eso es latín —añadió—. Para vuestra información.

El viejo caballo de la fila tenía espumarajos en la boca. En Central Park South había un gran guirigay. El cochero hizo restallar el látigo.

—*¿Ca brava me seen ana?* —dijo Elv en voz muy baja. «¿Quién de nosotras tiene el valor de hacer lo correcto?»—. *¿Alla reuna monte*?

—«¿Cómo podemos salvarlo?».

Ella era la bailarina y Meg la estudiosa, pero Claire era la que sabía montar a caballo. Había estado recibiendo clases en un picadero no lejos de su casa, y su profesor decía que era una amazona nata. Elv y Claire intercambiaron una mirada, pues podían comunicarse sin hablar, tal y como habían hecho en el coche de aquel horrible hombre. En Arnelle era posible leer los pensamientos, sobre todo si la oirá persona era tu hermana, carne de tu carne y sangre de tu sangre.

El dueño del cabriolé estaba ocupado hablando con el cochero que tenía detrás, y ambos estaban encendiendo sendos cigarrillos. En el aire flotaba el humo azul negruzco que dejaban los taxis y los coches al pasar a toda velocidad.

Elv se acercó al hombre.

—Perdone —dijo.

Los dos hombres se volvieron y la contemplaron de arriba abajo. Estaba espléndida, toda una monada.

—¿Conocen el cuento de la princesa a la que intentó raptar el enemigo? —preguntó Elv, y su voz sonó rara, aunque continuó—: La princesa logró escapar, pero se apoderaron de su caballo. —De este modo empezaban los mejores cuentos, en un país vecino, en un mundo lleno de traiciones humanas.

—¿Ah, sí? —El cochero del cabriolé tirado por el viejo caballo del sombrero de paja le hizo una seña—. ¿Y por qué no te acercas y me lo cuentas?

Los dos hombres se echaron a reír y Elv se acercó tres pasos. Tres era un número seguro: eran tres hermanas, había tres camas en su habitación, tres abrigos en el armario, en el suelo, tres pares de botas. El olor a caballo le provocó arcadas. Tenía la garganta seca. El segundo cochero tenía su almuerzo delante de él, un enorme bocadillo de fiambre, queso y vegetales envuelto en un papel marrón. Fue la madre de Elv, una noche en el jardín, la que le contó el cuento del caballo fiel, uno de aquellos viejos cuentos rusos que nunca rehuían la crueldad. «¿Estás segura de que quieres oírlo?», le preguntó Annie. «Mira que es una historia muy triste…». Unas polillas blancas revoloteaban alrededor de la tienda que habían levantado; las dos pequeñas estaban arriba, dormidas en sus camas. «Oh, sí, por favor», respondió Elv.

—Los enemigos lo chamuscaron y le arrancaron la carne —prosiguió Elv—, que cocinaron en un caldero. Luego clavaron su calavera en un muro.

—No es una historia muy agradable. El segundo cochero chasqueó la lengua.

—Acércate más y te contaré una historia —la instó el cochero del cabriolé destartalado—. Tengo una mucho mejor para ti.

Elv los miró con tranquilidad, aunque sintió que la invadía el miedo. Si aquellos hombres notaban su nerviosismo estaría a su merced, pero si pensaban que era hielo tendrían miedo de tocarla.

—Luego, engañaron a la princesa y la encerraron en el laberinto de un jardín. Aunque logró escapar, gracias a que la calavera le

habló. «Huye —le dijo—. Corre lo más deprisa que puedas».

Nadie advirtió que Claire se había acercado al caballo del carruaje. El caballo resopló, sorprendido y nervioso por la cercanía de la extraña, hasta que Claire abrió la servilleta llena de los *petits fours* que había cogido en la fiesta. En el picadero que había siguiendo la carretera, en North Point Harbor, los caballos se amontonaban alrededor de las zanahorias, pero Claire sabía que preferían las galletas de avena que ella solía llevar en los bolsillos. El viejo caballo del cabriolé pareció agradecer los dulces afrancesados que le ofrecían.

El cochero seguía distraído, así que Claire dio la vuelta hasta los escalones y subió al coche. No sabía lo que estaba haciendo, pero eso no la detuvo. Pensaba en la crueldad con los animales y en las costillas que asomaban bajo la piel, y en la manera en que aquellos hombres miraban a su hermana. No había sido valiente en toda su vida, y en ese momento sintió la certeza de que algo acababa y algo comenzaba. Quizá fuera ésa la razón de que le temblaran las manos, acaso fuera ése el motivo de que sintiera que ya se había convertido en una persona diferente de la que había sido esa mañana.

Claire jamás había estado en la caja de un cabriolé, aunque sí había montado en un trineo tirado por caballos en Vermont. El invierno anterior, su madre las había llevado a un hostal donde se celebraba un festival de la sidra. Se suponía que iba a ser una excursión divertida, aunque los adolescentes locales se habían burlado de ellas. El cabecilla, un chaval esquelético de más de un metro ochenta, llamó «zorra espantosa» a Meg e intentó quitarle el sombrero, pero Elv había aparecido por detrás de él y le arreó tal patada que lo dejó doblado por la cintura, aullando de dolor. «¿Y ahora quién es la zorra?», le gritó Elv. Habían tenido que volver corriendo al granero donde las esperaba su madre, preocupada por el paradero de sus hijas. Habían llegado riéndose y jadeando, excitadas y aterrorizadas por la temeridad de Elv.

Claire pensaba que sería difícil, quizás incluso imposible, llegar a entender el manejo del carruaje y que le costaría ponerlo en movimiento, pero en cuanto agarró las riendas, el caballo echó a

andar. Quizá fuera la ligereza con que las tocó o que el viejo caballo supiera que estaba siendo salvado; fuera como fuese, el animal aprovechó la oportunidad para huir, y no al paso lento del caballo y el carruaje precedentes, sino que arrancó al trote. Claire se sintió exultante. Las bocinas atronaron y el carruaje avanzó precariamente a trompicones entre el matraqueo de sus ruedas de madera.

El cochero se apartó de Elv y vio que su coche desaparecía calle abajo, así que salió corriendo, aunque era imposible que lo alcanzara. Elv daba saltos de alegría y aplaudía.

—¡Sí! —gritó. Quería que el caballo corriera todo lo que pudiera. Se sentía viva, libre, poderosa. Habían ejecutado su plan en absoluto silencio, tal era la intensa compenetración entre ella y Claire.

Meg y Mary Fox observaban estupefactas. El caballo corría ya a galope tendido, provocando la desbandada de corredores y ciclistas, mientras el carruaje daba bandazos, como si fuera a saltar a pedazos, convertido en un montón de madera y clavos.

Claire tuvo que recurrir a toda su fuerza para seguir sujetando las riendas. Recordó la norma número uno que le había enseñado su profesor de equitación: «No sueltes nunca las riendas, bajo ninguna circunstancia». Sentía que las correas de cuero le cortaban las manos mientras era lanzada arriba y abajo en el pescante. Lo cubría un almohadón capitoné, pero debajo de él sólo había un tablón de madera contra el que se golpeaba la rabadilla. Quizá debería haber estado más asustada, pero tenía la impresión de que el caballo sabía adonde se dirigía. Probablemente habría hecho el mismo camino miles de veces. Todo se había vuelto borroso. Se oían sirenas a lo lejos, que se mezclaban en una única corriente de ruido. Claire nunca se había sentido tan tranquila, tenía la sensación de que flotaba, de que de alguna manera seguía su destino.

—Buen chico —gritó Claire, aunque dudaba que el caballo pudiera oírla, tanto era el ruido. El animal corría, y el viento pasaba deprisa. Hasta ese momento, el caballo había seguido la calzada asfaltada, pero de repente se desvió hacia la hierba y el carruaje pegó un gran brinco cuando pasaron por encima del bordillo. Claire

apenas podía respirar, pero sujetó las riendas con fuerza. Sobre la hierba, el ruido era menor y todo olía a verde y a fresco. Elv se sentiría orgullosa de ella, en esos momentos ella haría el sacrificio y salvaría la situación.

*Se nom brava gig*, le diría Elv: «Eres mi hermana valiente».

Del coche se desprendían pequeñas tablillas que formaban un rastro en la hierba. Casi habían llegado al estanque y parecía que era allí adonde se dirigía el caballo. Claire confiaba en que cuando llegaran se detendría para beber, y entonces todo sería perfecto. Estaba segura de eso. Y quizás hasta pudieran llevarse el caballo a casa, a los establos de Long Island. Ella le llevaría algún antojo especial todos los días y el caballo podría ser feliz, y ellas también.

Mary Fox salió corriendo como una exhalación hacia el Plaza a buscar a su madre. Corrió tan deprisa que empezó a tener un ataque de asma, pero no se detuvo hasta que llegó a la puerta del salón de baile. Para entonces respiraba con dificultad, las lágrimas le corrían por la cara y estaba temblando. Ver a Mary en semejante estado fue alarmante: todos la conocían como la lógica Mary, la que leía revistas de medicina por diversión, y en ese momento, desgreñada y con la cara desencajada, parecía haberse transformado.

—¡Corred! —gritó, y su voz aflautada pareció la de una niña—. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Al abuelo de las niñas, que estaba convaleciente, se lo llevó a casa Elise, que también se llevó a Mary a remolque, con el inhalador listo para usar. A *madame* Cohen la llevó a su hotel el tío de las niñas, Nat, para que no recibiera una impresión errónea de los norteamericanos y sus dramas. Sin embargo, *madame* Cohen estaba preocupada por las hermanas Story, sobre todo por la mayor, que tenía la desgracia de ser demasiado hermosa y tener aquella mirada distante en los ojos. *Madame* Cohen había visto lo que le podía ocurrir a las chicas así: se las cogía como se coge la fruta de los árboles, y eran pasto de los cuervos. A nadie le gustaba oír malas noticias, pero tendría que advertir a Natalia, tendría que decirle que vigilara más de cerca a su nieta mayor. Y le diría que mirase en el interior de la muchacha.

La gente se congregó en el exterior del Plaza en grupos irregulares, haciéndole señas a los taxis, sin saber muy bien cómo había acabado el día tan mal. Annie y la abuela de las niñas recorrieron a toda prisa la hilera de coches de caballos, y cuando le explicaron a un policía lo ocurrido, el agente llamó rápidamente a un coche patrulla. Todo parecía moverse a diferentes velocidades, mientras el tiempo pasaba rápidamente. Al menos las otras chicas estaban a salvo, y en ese momento corrían hacia su madre y su abuela desde la entrada al parque. Meg parecía pálida, pero Elv tenía las mejillas brillantes y llenas de color.

Cuando el policía se acercó, Meg se pegó al costado de su abuela; se sentía culpable y estaba asustada: debería haber cuidado de Claire. Alguna cosa había salido espantosamente mal y ella no había hecho absolutamente nada para ayudarla.

Elv se colocó junto al coche patrulla. Tenía polen verde en el pelo, parecía radiante y acalorada, y todo lo que tocaba olía a quemado, como las nubes de malvavisco dejadas demasiado tiempo sobre la hoguera.

—Espero que metan al cochero en la cárcel durante mil años —dijo, con voz potente, como si estuviera recitando un conjuro.

Annie tuvo un escalofrío. Elv siempre estaba en el meollo de las cosas, congregando a las otras en torno a ella.

—¿De quién fue la idea? ¿Tuya?

Elv entrecerró sus ojos verdes.

—Era un caso de crueldad con los animales.

—Métete en el coche —le dijo Annie—. No tenemos tiempo para discutirlo.

Elv subió al asiento trasero del coche patrulla y se sentó en el centro, al lado de su hermana, apretujándose tanto contra ella que prácticamente se subió en el regazo de Meg. El policía arrancó y avanzó a través del parque, haciendo atronar la sirena. Todas las ventanillas estaban bajadas, y el viento entraba con tal fuerza que pinchaba. Elv deseó poder ir más deprisa todavía; le gustaba la sensación que le producía el corazón al latirle contra el pecho. En cuanto a Meg, mantenía los dedos cruzados y la cabeza gacha,

rezando en voz baja. No soportaría que le ocurriera nada malo a Claire, que siempre anteponía los intereses de los demás, incluso los de un viejo caballo al que no había visto nunca.

A mitad de camino del parque vieron al caballo, que corría a galope tendido. Ya no parecía viejo ni que sólo fuera piel y huesos, daba la sensación, por el contrario, de que nada lo detendría. Un coche patrulla corría a su lado, manteniendo el paso. Un tirador de la policía disparó desde la ventanilla del coche: un disparo, y el caballo trastabilló; otro, y el animal cayó con estrépito. El carruaje se levantó y a punto estuvo de salir disparado por encima del caballo antes de pararse con una sacudida. Para Claire fue como ir subida en una atracción de feria, una de esas en las que el corazón se te sube a la garganta, sólo que en esa ocasión permaneció en su sitio, aunque temió que si abría la boca se le caería en la hierba. Seguía sujetando las riendas. Tenía los dos brazos rotos, pero todavía no lo sabía. Conmocionada, dejó de ver al caballo, que quizás había seguido corriendo y había llegado al estanque, donde estaría bebiendo el agua verde y fresca. Pero cuando se levantó vio el bulto en el suelo delante de ella. Estaba bastante segura de haber visto subir y bajar el pecho del caballo y pensó que podría seguir vivo, aunque estaba equivocada.

Los agentes de tres coches patrulla se acercaron corriendo. Claire seguía sin soltar las riendas. Llegó una ambulancia y uno de los sanitarios se acercó para hablar con ella.

—Deja que las desenrede, ¿de acuerdo? —dijo. Le prometió que tendría cuidado y que no le dolería, pero Claire negó con la cabeza; sabía que le dolería. Envuelta en el silencio, todavía oía el estrépito del carruaje al correr; lo oiría durante, mucho tiempo. Una luz moteada atravesó la arboleda y se extendió como un encaje por el suelo. Hasta ella llegó un olor cálido y espeso y, aunque nunca antes había aspirado aquel aroma, supo que era el de la sangre.

Acompañaron a la madre y a la abuela de las chicas desde el coche patrulla hasta al carruaje caído. A las otras hermanas Story se les dijo que permanecieran donde estaban, que eran demasiado pequeñas para ver lo que tenían delante: muerte, huesos rotos, un

reguero de sangre…, pero tan pronto como Annie y Natalia empezaron a atravesar el prado, Elv salió como una exhalación.

—Ven —apremió a Meg.

—Se supone que tenemos que quedarnos aquí —le recordó Meg.

—Se trata de Claire. Está herida.

—Han dicho que no vayamos. —La expresión de Meg era resuelta, pues ya había tornado una decisión: no iba a escuchar a Elv nunca más.

—De acuerdo. Está bien. —Elv estaba indignada; aquellos que no fueran valientes serían condenados al mundo de los humanos—. Quédate.

Elv echó a correr por el prado y su vestido, por supuesto el más hermoso de los tres, parecía hecho de plumas de arrendajo azul. Meg tuvo una extraña sensación en el estómago mientras observaba a su hermana acercarse al caballo: era resentimiento, un pozo abierto en lo más profundo de su ser, del que ya brotaba una maraña de zarcillos retorcidos.

En la verde glorieta del parque, Elv se arrodilló al lado del caballo. Unas briznas de hierba colgaban del negro pelaje del animal, y la sangre, que caía sobre el césped, le manchó el bajo del vestido: la tela azul se volvió roja y luego negra, pero a Elv no le importó. Se inclinó para susurrar algo al oído del caballo; siempre había creído que las cosas muertas te podían entender, si hablabas en su idioma. El amello se parecía mucho al vocabulario de la muerte, no en vano lo hablaban bajo tierra aquellos que habían conocido la crueldad del mundo de los humanos. Seguro que el caballo podría oírla. Otra chica tal vez se hubiera retraído al percibir el olor de la sangre, el excremento y la paja, pero no Elv, que deseó suerte al caballo en su viaje al otro lado. La gente que pasaba por el parque se paraba a observar: nunca habían visto a una chica tan hermosa. Algunos hacían fotos, otros se arrodillaban directamente sobre la hierba, como si hubieran visto a un ángel. Al mirar por la ventanilla trasera del coche patrulla, Meg no se sorprendió de lo que veía: por supuesto, el vestido de Elv estaría cubierto de sangre y la

gente se apiadaría de ella, cuando ni siquiera había resultado herida.

Claire se negó a hablar con su madre y ni siquiera miró a su querida ama. Cerró los ojos con tanta fuerza que vio puntitos de luz bajo los párpados. Si se soltaba, en cierto sentido fracasaría, y el alma del caballo vagaría sin rumbo, desdichada, aterrorizada y dolorida. Y todo sería culpa suya. Todo parecía ser por su culpa. Podría haber seguido aferrada eternamente, pero entonces oyó la voz de Elv.

—*Nom brava gig* —«Mi hermana valiente».

A Claire la consoló el sonido del amello. Le recordaba el canto de los pájaros y la habitación de las tres en casa, cosas que eran seguras, reconfortantes y duraderas. Elv jamás tenía miedo de nada y nunca transigía; era testaruda y hermosa. No había nadie a quien Claire admirase más.

Los hombres de la ambulancia seguían suplicándole que soltara las riendas.

—Vuelve al coche —le dijo Annie a Elv. Ese día el mundo entero había sido puesto patas arriba.

—*Har lest levee* —le dijo Elv a su hermana: «Puedes soltar».

Claire abrió los ojos, y fue un alivio soltar de una vez las riendas. Su madre las desenrolló, y luego los sanitarios la levantaron a toda prisa y la llevaron a la ambulancia. Claire se percató entonces de que los brazos le dolían de manera atroz, un dolor terrible que iba empeorando, un dolor caliente, como si le hubieran metido cerillas encendidas dentro de los huesos. Claire no quería que su madre estuviera con ella en la ambulancia, quería a Elv. Llamó a su hermana, pero los sanitarios dijeron que nadie menor de dieciocho años podía acompañarla. Claire empezó a gritar, y cuando lo hizo, todos los pájaros de los árboles salieron volando y todas las polillas se levantaron de la hierba formando una cortina blanca.

Los zapatos de Elv estaban veteados de sangre y manchas de hierba.

—Soy a la única que quiere —le dijo a su madre—. Me trae sin cuidado lo que digas. Voy a ir.

Elv se metió en la ambulancia mientras Annie suplicaba a los sanitarios que hicieran una excepción en esa ocasión. Elv ya se había encaramado al banco al lado de Claire. Meg y la abuela de las chicas se acercaron para despedirse con la mano, pero no pudieron ver nada a través de las puertas de la ambulancia. Elv se había inclinado sobre Claire.

—*Se brina lorna* —susurró.

Mareada y confusa, Claire no le encontraba sentido a nada de lo que estaba ocurriendo. Su madre también estaba allí en ese momento, diciéndole que se pondría bien. La sirena de la ambulancia era tan fuerte que resultaba imposible oír nada más, pero había entendido lo que le había dicho su hermana.

«Lo salvamos».

# *Desaparecida*

*La bruja llegó al pueblo al mediodía y se metió en una pequeña casa de campo del centro, donde encendió un fuego y colocó encima su olla.*

*A la mañana siguiente empezó la hambruna. Por la tarde las calles se llenaron de ranas, a la hora de la cena hubo una tormenta eléctrica y al anochecer todos los pájaros cayeron de los árboles.*

*Me enviaron a mí porque no era nadie, sólo una chica de la limpieza.*

*De camino, recogí ranas y las metí en un tarro; agarré la madera chamuscada de un árbol alcanzado por un rayo e hice un hato de las ramitas con mi chal; también hice acopio de los huesos de los pájaros y los guardé en mi bolsillo.*

*Al llegar al pozo me paré y miré el agua oscura del fondo, donde nada se reflejaba salvo la luna que ascendía en el cielo.*

*Era de noche y las calles estaban vacías; todos habían cerrado sus puertas con llave.*

*—¿Qué tienes para mí? —me preguntó la bruja.*

*Le entregué las ranas, la madera chamuscada y los huesos; ella hizo una sopa y me ofreció un poco. La gente se moría de hambre en toda la región; mis pobres hermanas no eran más que piel y huesos. Me senté a cenar. Y cuando la bruja recogió sus cosas para marcharse, yo ya estaba en la puerta.*

Los recuperación sería larga, entre soportar diez semanas de intervención quirúrgica: le implantaron una varilla metálica en el brazo izquierdo y fueron necesarios varios clavos para recomponer su codo destrozado. Tenía que soportar dos pesadas escayolas que le cubrían desde las muñecas hasta los hombros, y no se quejó ni una sola vez. Había hecho lo que tenía que hacer y arrastraba las marcas de su valentía. No decía ni una palabra cuando no podía comer ni pasar las páginas de un libro por sí misma; ni siquiera podía ducharse sin que la envolvieran primero en plástico. Lo más que podía hacer era contemplar Nightingale Lane desde su ventana. Quería ser como imaginaba que habría sido Elv de ser ella la herida: una chica a la que no se podría doblegar, que se negaría a sentir dolor. Pero los brazos le seguían doliendo y no conseguía encontrarse cómoda. A veces lloraba en sueños.

Claire nunca le dijo a Elv que seguía soñando con Central Park, tan tonto e infantil le parecía. Sus sueños eran pesadillas de hierba y sangre en los que apremiaba al caballo a saltar, aunque el animal tropezaba y caía. A veces, Claire se despertaba en mitad de la noche, asustada por sus propios sollozos, y cuando el mundo adquiría claridad y sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, podía distinguir la figura durmiente de Meg y los contornos de la habitación. Allí estaban el claro papel de pared con sus franjas amarillo limón y *beige*, las tres cómodas blancas con sus tiradores de cristal y la estantería alta llena de libros. Algunas noches, Elv se ausentaba y su cama quedaba vacía. Quizá podía entrar y salir de Arnelle flotando dulcemente, desaparecer a voluntad por la escalera secreta, dejando atrás a sus hermanas.

Cuando Claire oía el sonido de las agrisadas hojas del acerolo al chocar entre sí en la oscuridad, sabía que Elv estaba fuera,

encaramada a una de las ramas más altas. Tenías que escudriñar la oscuridad para verla, aunque estaba allí, respirando el aire frío de la noche. Aquel hombre ya no trabajaba como profesor en su colegio cuando volvieron en otoño, aunque Elv susurró que toda prudencia siempre era poca. Observaba la acera, el asfalto, las ramas abultadas de los árboles; Nightingale Lane era una calle tan silenciosa que parecía la entrada al más allá.

Claire no podía evitar preguntarse lo que habría sucedido la tarde de la fiesta del aniversario de sus abuelos si Elv no le hubiera hablado de los caballos del parque. ¿Cómo habría terminado el día si nadie hubiera hablado de la piel y los huesos ni de la valentía? Tal vez el caballo seguiría vivo. Claire tuvo un estremecimiento al pensar en ello, como el que había tenido a los ocho años, cuando sus padres se divorciaron. Todos los árboles del patio estaban cubiertos de capullos de polilla gitana, y el mundo entero parecía pender de un hilo gris. La gente decía que quería ayudarte, y luego hacía exactamente lo contrario. Se sentía más segura con Elv allí fuera, en el árbol.

Por las tardes, cuando volvía a casa del colegio, Elv siempre le llevaba un vaso de helado de vainilla y se lo daba con una cuchara de plástico. Entonces se metía en la cama y le contaba cuentos de las tres hermanas de Arnelle. Cada una tenía una misión especial: la de una era encontrar el amor; la de otra, encontrar la paz, y a la tercera le tocaba encontrarse a sí misma. El vínculo que unía a las hermanas era indestructible, y eso Claire lo comprendía. Desde el accidente, ella y Elv pasaban más tiempo juntas. Meg estaba ocupada en las actividades extraescolares —el periódico del colegio, las clases de pintura, el club de francés—, pero Elv se saltaba las clases de baile y volvía pronto a casa. Le dijo a su madre en un murmullo que estaba dejando la danza para ayudar a Claire, aunque además había otro motivo: no le gustaba verse en el espejo del estudio de danza, convencida de que no tenía tanta gracia como las otras chicas y de que era demasiado alta y torpe. Su profesora, la señora Keen, insistía en que tenía verdadero talento. Había entrado en el vestuario cuando las demás chicas se iban para hacer ejercicios de

calentamiento y le dijo que era hora de que se tomara en serio su trabajo, que lo único que tenía que hacer era asumir el compromiso. La vida de una bailarina era compromiso y sacrificio por igual, y ella era una chica tan guapa que podría hacer lo que se propusiera. Después, Elv se quedó sentada en el vestuario. Allí dentro las cosas resonaban, el aire era denso y olía a sudor, y sintió que sus alas negras empezaban a salir. Ella era de Arnelle, una chica robada, y la señora Keen no se percataba de ello; no sabía de la misa la media sobre ella. A partir de entonces empezó a saltarse las clases.

—¿Qué hermana soy yo? —quiso saber Claire, cuando le contó que la vieja reina buscaba a alguien que ocupara su puesto. La sucesora debía ser capaz de meter la mano en la boca de un león, el brazo en las fauces de una serpiente y todo el cuerpo en un nido de hormigas rojas de fuego; y tenía que saber distinguir la verdad de la mentira con los ojos cerrados: una mentira tenía el hedor de la trementina, del agua sucia de lavar y del jabón verde. Y también debía saber escapar de las cuerdas y de las cajas metálicas, y ver la traición de lejos.

—Eres la mejor de las hermanas, Gigi. —Ese era el apodo que Elv le había puesto a Claire, tomado de *gig*, que en amello significaba «hermana». Elv se sujetaba el pelo largo y negro con pinzas, y acarició la cabeza de Claire, que tenía el suyo apelmazado por pasar tanto tiempo en la cama y por lo inquieto de su sueño.

—No dijo Claire. Esa eres tú.

Elv se inclinó sobre su hermana y le dijo en un susurro:

—Una vez, vi a un demonio en la carretera. Eché a correr, pero entonces me di cuenta de que te había dejado atrás.

—Pero volviste a por mí —dijo Claire.

Elv rodeó a su hermana con los brazos y las dos soltaron una carcajada cuando una de las escayolas de Claire golpeó el lateral de la cama.

—*Le kilka lasti!* —dijo Elv. «Podrías matar a cualquiera con eso».

—*Je neje haili!* —respondió Claire. «Y lo haría, si tuviera que hacerlo».

—No, no lo harías. —Elv sonrió—. Eres la hermana bondadosa.

Meg llegó a casa con la mochila rebosante y se sentó a los pies de la cama; sabía que sus hermanas interrumpían sus conversaciones cuando ella estaba cerca.

—Todo el mundo habla de ti en el colegio —le dijo a Claire—. Eres famosa.

—No —dijo Claire—. No lo soy.

—Oh, sí —insistió Meg—. Superfamosa. La más famosa de la sección de cotilleo.

Por lo visto, había salido un artículo en el *New York Post* sobre el maltrato a los caballos de los carruajes. El periodista había mencionado el caso de la chica de North Point Harbor que había hecho todo lo que había podido para controlar a un caballo desbocado. Algunos defensores de los derechos de los animales habían erigido un monumento en su honor y en el del caballo caído en Central Park, en el Gran Prado. Estaba hecho con herraduras y piedras y la gente llevaba flores y las esparcía sobre la hierba.

—*Se breka dell minia* —dijo Elv solemnemente. «Todos deberíamos ofrendarte rosas».

—Bueno, yo le he traído los deberes. —Meg sacó los exámenes y libros que había cogido del aula de Claire—. Te leeré las preguntas, las respondes y yo las escribo.

—¿Y por qué no las respondes por ella? —dijo Elv—. Sería mucho más fácil.

—Porque no sé cuáles serían sus respuestas. Meg tenía el vicio de mordisquear los lápices, a pesar de que tenía miedo de envenenarse con el plomo. No hacía mucho que había descubierto que tenía una infinidad de vicios nerviosos, y cada vez con más frecuencia quería estar sola. Quería trasladarse a uno de los dormitorios pequeños de abajo, pero sin herir la sensibilidad de sus hermanas, así que no veía el momento de ir a la universidad. Siempre que tenía un tiempo libre en el colegio, iba a la biblioteca para devorar los catálogos de las universidades.

—Bueno, yo sí —replicó Elv—. Para mí, Claire no tiene secretos.

Elv cogió los deberes asignados: se trataba de hacer un trabajo sobre una capital europea, así que Elv empezó a escribir sobre París. Escribió acerca del Louvre, donde las chicas habían pasado horas en su última visita. Luego, cuando Elv leyó el trabajo en voz alta, Claire le dijo que no cambiara ni una coma, que lo había bordado; hasta había incluido la parada de Claire a la salida del museo en su heladería favorita, Berthillon.

—¿Sabor preferido? —preguntó Elv.

—¡Vainilla! —gritaron las tres hermanas al unísono.

Incluso Meg sabía la respuesta, porque Claire nunca cambiaba el que era su único sabor favorito, negándose a probar otro. Y por lo que fuera, responder al unísono hizo que se sintieran felices, como si nunca fuera a cambiar nada y fueran a seguir conociéndose a fondo unas a otras, aunque nadie más lo hiciera.

Annie no había castigado a Claire después del incidente del caballo. La gente le decía que sus hijas acabarían siendo unas bordes malcriadas si no era más estricta, y que la adolescencia era el momento en que las chicas coqueteaban con el destino. Pero Annie estaba convencida de que no era necesario que Claire recibiera más castigo por su error, y al terminar el mes, Claire entendió la razón: pasarse las vacaciones de primavera encerrada ya era suficiente castigo. Se suponía que todas iban a ir a París a visitar a sus abuelos, pero cuando acabó el colegio, sólo Meg y Elv viajaron a Francia. Las hermanas jamás se habían separado antes, y por primera vez, Claire se quedó sola en la habitación del ático. De noche, cuando las hojas del acerolo se agitaban, se cubría la cabeza con la manta. No le gustaba tener doce años, porque era como estar en un lugar entre lo que había sido y lo que estaba a punto de ser; aquello no se parecía a un lugar en absoluto. Tenía que contar hasta mil para quedarse dormida, y echaba de menos tener a Elv fuera, en el árbol, siempre vigilante, y añoraba a la durmiente Meg, con su respiración acompasada.

En París, Meg escribía postales a Claire con las piernas

encogidas en el sofá del saloncito lacado en rojo de la casa de sus abuelos. Sola y aburrida, no encontraba consuelo en los libros, y ni siquiera el helado de Berthillon era tan bueno ese año. Deberían haber estado las tres, pues tres era el número correcto. París no era la misma, se quejaba, hacía frío y llovía, y siempre era necesario un jersey grueso y guantes de lana. Había una vieja alberca de piedra en el patio que otrora se había utilizado como abrevadero para los caballos, pero ese año el agua se había helado y la piedra se había rajado. La estación estaba siendo tan fría que las yemas del castaño no habían llegado a abrirse; los brotes blancos estaban amarillentos y llenos de agua en los bordes y las brillantes hojas eran más negras que verdes. Además, Meg y Elv no se llevaban bien; se sacaban de quicio mutuamente y discrepaban en todo.

—No nos quedemos enjauladas —le había dicho Elv a Meg una noche. De un tiempo a esa parte, se le había metido en la cabeza que si no conocía el mundo de los humanos no podría defenderse de él. Tenía que experimentarlo todo, cruzar las líneas enemigas. Deberíamos salir cuando ama y el abuelo estén dormidos.

Meg se negó, incapaz o reacia a infringir las normas, así que Elv tomó la costumbre de salir a escondidas por la noche. Bajaba de puntillas la escalera trasera y atravesaba furtivamente el patio adoquinado. Cada correría se convertía en el trabajo de una audaz antropóloga: ¿dónde se reunían los amantes?, ¿dónde se encontraba el peligro y cuál era la mejor manera de evitarlo?, ¿dónde vivían los ocupas?, ¿se podían evitar los demonios si no tenías la fuerza o el tiempo para darte la vuelta y salir corriendo?

Cuando leía las postales de Meg, Claire no podía evitar preguntarse si Elv sería capaz de ir a Arnelle, de encontrar la entrada debajo del castaño y llamar tres veces con los nudillos mientras susurraba un saludo de hadas: «Cuando camino, camino contigo. Dondequiera que vaya, siempre estás conmigo».

Eso era lo que Elv le había escrito en su postal. Se había sentado en un banco del muelle que daba al Sena para escribir, descalza, encorvada sobre la postal, garrapateando furiosamente con una pluma cargada de tinta verde clara que había comprado en una

papelería de la *rue* de Rivoli. París nunca había estado tan hermosa, le decía a su hermana, escribiendo en amello, allí se sentía libre. *Me sura di falin*. «Ya nadie nos hará daño».

Elv había llegado a creer que si hacía lo que más temía, fuese lo que fuera, el poder que ese temor ejercía sobre ella se desvanecería. Así que se agarraba a las verjas metálicas, entraba en las *boulangeries* y se quedaba mirando las barras de pan, y no se desvanecía como lo haría la mayoría de las hadas. Se ataba los tobillos con cuerdas y luego cortaba los nudos con un cuchillo. Si hubiera conocido esos trucos, habría podido escapar después de rescatar a Claire. Había llegado al convencimiento de que el mal repelía al mal, mientras que el bien se acumulaba. Veía cómo ocurría en los parques: el velado telón oscuro, los duendes a horcajadas en los ondulantes árboles, los demonios atraídos por la pureza…, inadvertido todo ello por las mujeres de los bancos y los niños que jugaban allí. Una chica inteligente se enfrentaba al mal con sus mismas armas y no se dejaba sorprender, así que se compró un par de botas negras y puntiagudas en un mercado callejero; y empezó a fumar, aunque se atragantaba, pero perseveró hasta que dejó de toser. Era capaz de acostumbrarse a todo, así lo había decidido. Perfeccionó una mirada que decía «largo» en todos los idiomas, pero sobre todo en amello. Era como si poseyera ya su propio arsenal de armas. Y no le importaba que los hombres la miraran; la atracción que ejercía sobre ellos sólo aumentaba su poder.

Mientras Meg permanecía en la cama leyendo novelas y escribiendo sus lacrimógenas postales, Elv exploraba el mundo de los humanos. Sentía que cada vez se hacía más fuerte, y ya no le entraba el pánico si el viento se levantaba de repente o se cruzaba con un extraño; y no se asustaba lo más mínimo cuando las hojas de los árboles se agitaban ruidosamente, siempre presagiando lluvia. De todas formas, la lluvia en París siempre era hermosa, fría, limpia y verde. La reina le había dicho que, si se enfrentaba a lo que más temía, se ganaría el derecho a sentarse en el trono amello. «Agua, sexo y muerte»: escribió las palabras con tinta verde en el dorso de una postal, que dobló en tres y guardó bajo la funda de su almohada.

Una noche, Elv sacó a Meg de un profundo sueño. Era muy tarde, y una luz azul bañaba la habitación de invitados con dos camas de su ama. Elv había llevado a casa una gatita a la que habían intentado ahogar. Tuvo que adentrarse bastante en el río para rescatarla, sin dejar de sentir en ningún momento una palpitación en el pecho al imaginarse cubierta por las aguas, incapaz de respirar ya. Era lo que él le había hecho cuando Elv había empezado a gritar. Entonces se acordó del juramento que le había hecho a la reina de Arnelle —*agua, sexo y muerte*—, y su miedo desapareció al instante. Sólo era un agua verde, sucia y fría. Alargó la mano y agarró a la gatita.

—Es pequeñísima —dijo Meg cuando Elv sacó a la gata del saco de arpillera empapado en que la había metido—. Pobrecita. Lo más probable es que muera.

—No va a morir —dijo Elv con firmeza. ¿Por qué Meg tenía que intentar estropearlo todo?

Lo cierto era que la gatita estaba hambrienta y no tardó en ponerse a maullar con tanta fuerza que el ama entró corriendo en el cuarto de invitados, convencida de que una de las chicas tenía un ataque de apendicitis. Elv debería haber tenido problemas por la incursión nocturna, pero convenció a Natalia de que dejara que la gata se quedara. La llamaron *Sadie* y le dieron un tazón de nata.

—No se lo diremos a vuestro abuelo —dijo Natalia—. Un día mirará al suelo y verá un gato, y pensará que ha estado siempre aquí. De todas formas, es una criatura adorable. A quién le molestaría una cosita así.

Elv parecía eufórica, aunque sus zapatos rezumaban agua del río y tenía la ropa empapada.

—Tienes un buen corazón —le dijo Natalia, y antes de salir le dio un beso en la frente a Elv. Meg se había sentido arder.

Elv empezó a cantar para sus adentros, se despojó de toda su ropa y la dejó hecha un montón húmedo y frío en un rincón. Era una mujer, era hermosa y temeraria, y era la futura reina. De su lista borró el miedo al agua.

—Si sigues saliendo de noche, vas a tener problemas —le dijo

Meg.

—No me importa —le respondió Elv—. De todas formas, los problemas aparecen cuando menos te lo esperas. Probablemente, estén debajo de tu cama en este preciso momento.

Lo mejor del viaje fueron las clases de arte que les dio *madame* Cohen, al menos en opinión de Meg. Elv sólo parecía interesada en dormir las mañanas para estar fresca y escabullirse de noche. Las chicas conocían a la mejor amiga de la abuela desde que eran niñas y visitaban a menudo su joyería. A veces también estaban allí los estúpidos nietos de la señora, aunque las hermanas Story los ignoraban; aquellos niños ni siquiera sabían hablar inglés. Pero ellas respetaban a *madame* Cohen. En otro tiempo había sido una acuarelista de cierta fama, formada en academias de bellas artes de París y Viena. Era una profesora severa, siempre vestida de negro, incluso durante el calor del verano, todavía de luto por su marido, fallecido hacía casi veinte años. Las chicas iban todos los días a sentarse con ella en la pequeña cocina de la trastienda de su joyería. Elv, siempre somnolienta a causa de sus vagabundeos nocturnos, a veces se mostraba tan grosera que llegaba a apoyar la cabeza en la mesa y cerrar los ojos, cuando se suponía que tenían que estar pintando. En lugar de castigarla, *madame* Cohen le daba un café exprés. Elv ni siquiera practicaba y sus acuarelas eran preciosas. Sólo usaba tonalidades de verde, y cuando le preguntaban el motivo, decía: «He estado observando el río».

Una vez hizo una pintura negra, y Meg comentó:

—Creía que sólo pintabas el río.

Elv se rió y respondió:

—¿Es que no ves lo que es?

*Madame* Cohen miró fijamente la acuarela.

—Es el Sena de noche.

Elv había asentido con la cabeza, sorprendida.

—A mí me parece un zapato —dijo Meg.

—Las hermanas no deberían discutir. Yo también fui una de

tres hermanas —dijo *madame* Cohen con tristeza. La mujer sabía que el mal habitaba el mundo, pues lo había visto con sus propios ojos. Jamás hablaba del pasado, y se sorprendió haciéndolo en ese momento. Era varios años mayor que la abuela de las niñas, y una no se daba cuenta de lo vieja que era a menos que la mirase con atención. Unas arrugas muy finas le surcaban la piel formando dibujos que a Elv le recordaban las nervaduras de las hojas y lo hermosas que eran cuando la luz del sol se filtraba a través de ellas.

—¿Me puede dar más papel? —preguntó Meg.

—¿Qué les ocurrió? —quiso saber Elv.

*Madame* Cohen conocía muy bien el oscuro velo que se extendía sobre los parques y los patios de recreo. A veces la veía sobre su propio tejado. En ese preciso instante un bicho negro intentaba entrar por la ventana y se golpeaba ruidosamente contra el cristal. Podrías pensar que no era nada, a menos que lo supieran.

—Murieron. —*Madame* dio una palmada; ya estaba bien de pasado—. Si sales por la noche, espero que tengas cuidado —le dijo a Elv. Casi todos los vecinos del barrio habían oído las historias de la chica que se escapaba del piso de sus abuelos, y que se quitaba las botas para que nadie oyera el ruido de sus tacones sobre los adoquines. Era la clase de vecindario en el que todo el mundo estaba al corriente de los asuntos del prójimo, o al menos lo intentaba.

Elv sonrió y dijo que sin duda procuraría hacer todo lo que pudiera, aunque las dos sabían que tener cuidado sólo era bueno hasta cierto punto.

—Tengo un mal presentimiento —le confesó *madame* Cohen a su querida amiga Natalia esa misma semana. Era tarde, y nadie sabía adonde había ido Elv. Le había dicho a su abuela que iba a la librería, pero no había estado allí. Además, se había puesto un traje negro corto, botas negras y se había delineado los ojos con un lápiz de ojos que había encontrado en un viejo estuche de maquillaje de su abuela. No parecía la indumentaria adecuada para ir a una librería.

—Todas las chicas necesitan tener sus secretos —dijo Natalia—. Va con el hecho de hacerse mayor. Después de todo, está a punto de

cumplir los dieciséis. Ya no es una niña.

—Puede que necesiten sus secretos —le replicó su amiga. ¿Pero los quieren?

Meg le envió una acuarela del castaño del patio que Claire pegó con cinta adhesiva en la pared a la cabecera de su cama. La observaba con atención todas las noches, aunque era difícil discernir si lo que había en las ramas del árbol eran flores blancas, docenas de palomas o si quizá serían estrellas caídas del cielo que habían quedado atrapadas en una red de hojas. Cuando Meg escribió sobre el cuadro negro que pintó Elv, Claire deseó tenerlo en lugar de la acuarela del castaño. Pensó que ella sí vería el río, aunque Meg no fuera capaz.

Claire estaba tumbada en la cama en la habitación, a oscuras, sintiendo pena de sí misma. Le encantaba París, el helado y el arte; le gustaba muchísimo el salón de su abuela, con sus paredes lacadas en rojo y la terraza donde los pájaros iban a posarse, mendigando migas de pan. No entendía que Meg pudiera sentirse desgraciada en casa de su ama, ni sola estando Elv allí mismo, ni que no se atreviera a ir a ver de cuántas tonalidades de verde podía ser el río.

Para animar a Claire, Annie pasaba mucho tiempo con ella. Ponía el reproductor de CD y cantaban al unísono las canciones de los Beatles, lo cual era divertidísimo. O le leía *Ana de las tejas verdes* o *Robin Hood* o alguno de los viejos volúmenes de Nancy Drey, que eran lo bastante malos para hacerlas reír a carcajadas. Se pasaban horas y horas viendo películas, todas ellas las predilectas de Annie: *Charada, Alfie, Cuatro bodas y un funeral*… Vieron tantas veces *Dos en la carretera* que casi podían repetir los diálogos de memoria.

Claire jamás había tenido a su madre para ella sola y era encantador ser el centro de su atención. Incluso le enseñó unas pocas palabras de amello: *melina* era «verano»; *henaj* significaba «perro»… aunque Claire sintió que estaba traicionando a sus hermanas. Después de todo, aquél era el secreto de las tres, y los secretos sólo eran buenos si los guardabas, de lo contrario no valían nada. Esa fue la razón de que Claire no le dijera nada a su madre cuando Meg le escribió que un hombre estaba rondando a Elv. La

esperaba fuera, parado más allá del patio, entontecido, y la llamaba a gritos por su nombre cuando estaban todos sentados a la mesa, cenando. En una ocasión, su abuelo, Martin, había preguntado si alguien lo había oído, y Elv sonrió y dijo que no, que no había oído nada en absoluto. Luego, cuando Meg le había preguntado quién era, Elv se limitó a encogerse de hombros.

—*Nacree* —dijo en amello. «Nadie».

—Hay un hombre que sigue a tu nieta por toda la ciudad —le dijo *madame* Cohen a *madame* Rosen un día que estaban jugando a las cartas en la galería. El tiempo se había despejado, y las chicas volvían a casa a la tarde siguiente.

—Es preciosa, así que aparecerán muchos hombres.

Pero *madame* Cohen veía los accidentes antes de que ocurrieran, y en ese momento veía uno.

—Puede que tu nieta no esté buscando problemas, pero los problemas la están buscando a ella.

—Es muy animosa —dijo Natalia—. Se supone que las chicas de su edad deben tener aventuras.

—Ese hombre trabaja en un bar, Natalia, querida.

*Madame* Cohen suspiró. —No es ninguna especie de primer amor. Tiene treinta años, y he oído que está casado.

—Llevaremos a las chicas al aeropuerto a primera hora de la mañana —decidió Natalia.

—Buena idea —convino su amiga, aunque sabía que los problemas eran perfectamente capaces de encontrar a una chica en cualquier parte.

Meg estaba en el salón, así que no pudo evitar oír la conversación; si su abuela hubiera sabido la mitad de todo, le habría dado un síncope. Cuando Elv entraba a escondidas de noche iba descalza, con las botas en la mano y oliendo a tabaco, perfume y algo que Meg no reconocía, el olor a algo quemado. Meg siempre fingía estar dormida. Una noche se había sentado en el borde de la cama de su hermana.

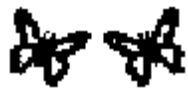
—Hará todo lo que le diga que haga. Me ha dicho que moriría por mí.

Meg seguía con los ojos cerrados.

—Sé que estás escuchando. —Elv sentía una descarga de adrenalina cuando quebrantaba las normas, y se preguntaba si aquello era lo que experimentaban los guerreros momentos antes de la batalla. Era como saltar de un puente. Tenías que hacer lo que te daba miedo; al cabo de un tiempo no sentías nada. Eso era lo que pasaba siempre que estaba con Louis. Él era el tonto que sentía algo, no ella, y quizás ésa fuera la razón de que lo hubiera escogido: se trataba de un medio para que ella aprendiera a controlar lo que la vida le había aportado.

—Espero que nunca sepas las cosas que yo sé —le dijo Elv a su hermana—. Confío en que sigas leyendo tus libros y creas que eso es la vida.

Meg había pensado que Elv tal vez estuviera de broma, pero no se atrevió a mirar. Elv se levantó sigilosamente de la cama y entonces fue demasiado tarde para preguntarle por qué iba con aquel hombre, si eso sólo la hacía llorar.



Cuando las hermanas Story volvieron al colegio, la gente dijo que Elv había cambiado. Parecía distante, una chica indiferente y esquiva que se pintaba las uñas de negro y caminaba por los pasillos descalza hasta que los profesores la amenazaban con castigarla si no se ponía las botas. No es que las botas mejoraran la situación: eran negras y puntiagudas. Parecían extrañas y peligrosas y hacían que las faldas que Elv llevaba parecieran aún más cortas. Las chicas que solían sentarse con ella a la mesa durante la hora de la comida se asustaban con las historias que les contaba, cuentos brutales y cruentos en los que se cortaban manos y cabezas, la gente acababa convertida en rana, comía bichos venenosos y era enterrada en vida. Nadie quería oír ya historias así. Las chicas con las que había crecido se preguntaban cómo sabía las cosas que sabía y mantenían la

distancia, y pasado un tiempo ni siquiera se molestaban en saludarla.

Con los chicos del pueblo pasaba lo contrario. Seguían a Elv a todas partes, e incluso los más temerarios parecían desconcertados. Ninguno escuchaba las historias que contaba, sólo la miraban de hito en hito. Elv parecía más bella que nunca, pero ya de una manera seductora y despreocupada. Los chicos que la conocían desde el jardín de infancia mendigaban sus besos, la telefoneaban a altas horas de la noche y lanzaban guijarros a la ventana del dormitorio de las tres, y ella los ignoraba olímpicamente. Elv no quiso celebrar ninguna fiesta por su decimosexto cumpleaños; con sus hermanas ya tenía amigos suficientes. Alan apareció de improviso con su nueva novia; ambos enseñaban biología en el mismo instituto. A Annie no le pasó desapercibida la juventud de la chica y lo mucho que ella se esforzó en quitarle tensión a una situación difícil.

—Alan no para de hablar de las chicas —dijo la novia. Se llamaba Cheryl Henry y se moría de ganas de tener hijos—. Son su orgullo y su alegría.

—¿En serio? —dijo Annie—. Qué bien. —Le ofreció a Cheryl un trozo de tarta. Era de chocolate, cubierta de moca, la preferida de Elv, aunque ni la había probado. Estaban en la cocina y Alan había llegado demasiado tarde a la cena de cumpleaños propiamente dicha. Elv lo esperaba, pero cuando apareció ni siquiera lo saludó.

Alan le dio un beso en la frente y le entregó cien dólares: su regalo de cumpleaños.

—No te lo gastes todo de golpe —le había dicho, y Elv se lo quedó mirando mientras su padre se preparaba un café. Luego desapareció, mientras los demás se comían la tarta. Se metió en la cama y se tapó con la colcha. Dieciséis no eran nada, no significaban nada. Oyó que su madre subía la escalera, abría la puerta y miraba si estaba en la cama, tras lo cual volvió a cerrar la puerta cuidadosamente. Su madre era tan ciega como su padre. ¿Qué habría pensado aquel verano cuando Elv se echó a llorar porque los jardineros habían exterminado los capullos?

—No es algo malo. Es necesario. De lo contrario, las polillas se

hubieran comido todos los árboles —le había asegurado Annie.

—No me importa —había dicho Elv—. No podría importarme menos.

A la mañana siguiente de su cumpleaños, Elv cogió los cien dólares que su padre le había dado y se fue a Hempstead haciendo dedo. El tipo que la recogió no dejó de mirarla ni un instante, como si Elv fuera un milagro, un hada que hubiera aparecido en el asiento del acompañante.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó ella, tranquilamente. En el bolsillo llevaba un cuchillo de pelar que había cogido del cajón de la plata.

—Puede —le había respondido el tipo. La siguió mirando como si esperara que ocurriera algo, así que Elv se apeó aprovechando un semáforo en rojo e hizo el resto del camino andando. Encontró la tienda de tatuajes, y aunque se suponía que los clientes debían tener dieciocho años, Elv parecía mayor y actuaba como si supiese lo que quería, así que nadie le pidió el carné de identidad. Se hizo tatuar dos estrellas negras encima de cada hombro, en el lugar donde estarían sus alas. Encontró el dolor extrañamente tranquilizador, como si fuera una puerta de salida de su cuerpo y de entrada a Arnelle. Allí se estaba congregando un ejército: la reina lo había apostado en la entrada. Cualquiera que residiera en el mundo de los humanos era sospechoso, incluida Elv. «Demuestra lo que vales», le dijo uno de los guardias. Elv llevaba puesto un vestido negro y bailarinas negras. Le llegó un olor a jazmín. El artista se mostró un poco reacio cuando ella se quitó la camisa y dijo:

—Puede que esto te duela.

Como si a ella le importara. El hombre le cubrió los tatuajes con vendas blancas.

—Es posible que traspase la sangre —le dijo.

Como si eso importara.

Elv esperó a que llegara el autobús, y luego, de nuevo en su barrio, se dirigió a pie por Main Street. Los omóplatos le ardían,

pero se sentía libre en la oscuridad. Cuando llegó a Nightingale Lane, empezó a caminar más despacio, hasta que se paró enfrente de su casa y observó a su familia dentro: su madre, Meg y Claire, su prima Mary Fox y la madre de ésta, Elise, estaban cenando juntas. Elv deseó estar dentro con ellas, vertiendo los espaguetis en un escurridor, cortando los pepinos y poniendo la mesa; lamentó no estar riéndose con las historias de Mary sobre lo idiotas que eran sus compañeros de clase. Pero estaba junto a un seto al final de Nightingale Lane y apenas podía oír lo que decían, aunque las ventanas estaban abiertas y sus risas salían al exterior.

Oyó un susurro y pensó que podría haber un demonio allí. Se llevó la mano al cuchillo del bolsillo, pero cuando se volvió vio a un chico del colegio que salía a gatas del patio de los Weinstein. Iba vestido con una sudadera negra y vaqueros. Cuando el chico la vio, titubeó, y luego se acercó; se llamaba Justin Levy y estaba locamente enamorado de Elv.

—¡Eh! —dijo, sentándose junto a ella debajo del seto.

—¿Robando a los Weinstein? —preguntó Elv.

Justin sacó dos frascos de pastillas del bolsillo.

—OxyContin. El señor Weinstein tiene cáncer.

Sacó una de las pastillas y se la ofreció a Elv, que la ingirió y se tumbó de espaldas en la hierba. No sintió nada, sólo tranquilidad, y tuvo la sensación de que podía quedarse eternamente debajo del seto. Ni siquiera le escocían los tatuajes.

—¿Qué clase de cáncer? —preguntó Elv.

—De páncreas. Mi padre trabaja con él y dice que no tiene ninguna esperanza. Han ido de visita a mi casa, a cenar, claro que el señor Weinstein no come mucho.

—¿Cómo has entrado y salido de la casa? Creía que tenían un perro.

—Llevaba una salchicha —respondió Justin Levy.

Elv soltó una carcajada.

—Apuesto a que lo hiciste.

—Es un perro precioso.

Los Weinstein tenían un viejo basset hound llamado *Pretzel* que

ladraba a todos los que pasaban, aunque si te inclinabas y le dabas una palmadita en la cabeza, se convertía en tu mejor amigo inmediatamente. Por algún motivo, a Elv le entraron ganas de llorar cuando pensó en el perro de los Weinstein. Justin Levy debió de saber que estaba disgustada y le cogió la mano, pero cuando ella le lanzó una mirada feroz, la soltó.

—Para que lo sepas: no estoy interesada en ti —le dijo Elv—. Nunca seré tu novia.

—Vale. —Justin Levy se quedó de piedra. Ni en sus fantasías más delirantes había imaginado jamás que Elv llegara a ser su novia. Todos los tipos que conocía le tenían pavor, aunque querían follar con ella. Él era feliz con tumbarse junto a ella en la hierba.

Elv se incorporó y se quitó la blusa. Justin Levy la miró estupefacto, y cuando ella le pidió que le quitara las vendas de los hombros, así lo hizo. Apenas tenían sangre, y debajo aparecieron las estrellas negras.

—¿Sabes lo que significan? —le preguntó Elv.

—¿Que eres hermosa? —se arriesgó Justin.

Elv soltó una carcajada; aquello era muy divertido: la gente veía con sus ojos y nada más. El día que conociera al hombre que supiera quién era ella, sería el día que la rescatarían de aquel patético mundo de humanos.

—Que soy invisible —dijo Elv. «Mira», le dijo a la reina de Arnelle. «Esta es tu prueba».

Por la noche, cuando Meg se quedó dormida, Claire se metió en la cama con Elv para oír historias sobre París. La oyó hablar de las diferentes tonalidades de verde que el río era capaz de mostrar y de que llovía a cántaros. Claire le preguntó por la pintura negra, pero Elv dijo que no recordaba lo que había hecho con ella, pero que de todas las maneras era horrible. Cuando Claire quiso saber algo acerca del hombre del que Meg le había hablado, Elv respondió que no representaba nada para ella.

—Esa Meg —dijo—. Menuda bocazas. No guardaría un secreto

ni aunque le pagaras.

—Cuéntame algo —le suplicó Claire—. Cuéntame un secreto.

—Tienes que jurar que nunca lo contarás.

—Sabes que no lo haré.

Elv le contó en susurros a Claire que la noche en que había encontrado a la gata, metida en un saco de arpillera y maullando, después de haber sido arrojada al agua como tanta basura, en realidad había dos sacos. No se lo había contado a Meg ni a la ama. Elv no pudo llegar hasta el segundo garito, y aquello la atormentaba y no podía olvidarlo.

—Salvaste a uno —dijo Claire.

—Pero no al otro.

Entonces le enseñó las estrellas negras de sus hombros, y Claire se quedó callada, impresionada.

—Mamá te matará —le dijo con admiración.

—Nunca lo sabrá. —Su madre era una optimista, lo que en opinión de Elv era lo mismo que idiota—. No se entera de nada.

Hablaban en susurros, y hasta ellas llegaba el ruido del acerolo, la respiración de la dormida Meg y el viento que soplaba fuera. A Claire se le hizo un nudo en la garganta; tenían secretos que no podían decir en voz alta.

—¿Adónde te llevó? —preguntó a Elv. Llevaba años queriendo hacer aquella pregunta, y había lardado mucho en conseguir pronunciar las palabras. Algunas palabras hacían sangre, te cortaban la lengua y hacían que supieras cosas que no podías abandonar. Elv había desaparecido un día entero. Claire había vuelto corriendo y esperó en la señal de *stop*, y allí se quedó hasta que anocheció, hasta que las luciérnagas aparecieron en el bosque, hasta que Elv regresó. No se lo había dicho entonces y no se lo diría en ese momento.

—Duerme, Gigi —dijo Elv—. Cierra los ojos.

Durante la primera semana de junio hubo una inesperada ola de calor con temperaturas que superaron los treinta grados. Era la clase de tiempo en el que la gente hace cosas idiotas, como zambullirse en

agua fría desde un muelle para acabar rompiéndose el cuello contra las rocas. Se alertó a los ancianos de que no salieran a la calle. Los pájaros morían en los nidos. Entonces Claire decidió impulsivamente que le cortaran el pelo muy corto. No solía tener demasiada iniciativa, así que estaba emocionada con su firme determinación de realizar un cambio. Se estaba achicharrando con aquellas escayolas, que casi estaban derretidas a causa del calor. Annie la llevó a la peluquería de Main Street, donde una joven llamada Denise le ató un blusón alrededor de los hombros.

—¿Estás segura? Tienes un pelo tan bonito que es una pena.

Claire estaba segura. Denise le cortó la abundante melena de pelo negro justo por debajo de la barbilla. Donarían el pelo cortado a la organización Mechones del Amor, que haría una peluca para una paciente de cáncer. Claire quedó encantada con su pelo corto —era mucho más fresco—, pero cuando sus hermanas la vieron quedaron horrorizadas. Las mayores estaban en casa viendo una vieja película en blanco y negro sobre un hombre lobo, lo bastante cautivadas por la situación comprometida del licántropo como para no discutir entre ellas, como era su costumbre. Cuando vieron el corte de pelo de Claire, las dos soltaron un alarido. Elv dijo:

—¿Quién te ha hecho eso? Me juego lo que sea a que fue idea de mamá.

Meg, al borde de las lágrimas, gritó:

—Oh, Claire. Ahora no nos parecemos.

Meg llevaba su largo pelo negro recogido en unas trenzas en lo alto de la cabeza. No le gustaban los cambios en nada. Era partidaria de los libros largos y enrevesados como *Grandes esperanzas*, donde los villanos resultaban ser héroes y siempre había alguien que salvaba la situación cuando todo parecía perdido.

—Ya no nos pareceremos nunca más —dijo Meg con tristeza.

—Sólo hay una manera de hacerlo —aconsejó Elv cuando su madre salió de la habitación—. Si eso es lo que quieres —le dijo a Meg—. Aunque probablemente hablas por hablar.

Meg levantó la barbilla. Sabía que sus hermanas tenían secretos, pues podía oírlas susurrar cuando estaban en la cama.

—¿Eso crees? —dijo—. Iré yo primero. Y luego veremos si tienes valor.

Subieron al piso de arriba, se sentaron en el suelo y Elv encendió una vela negra que se había traído de París. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca que había encontrado en una tienda de la *rue* de Tournon, una prenda odiosamente cara, pero eso era lo que buscaba: se la había metido en el bolso cuando el dueño de la tienda no miraba. Se le transparentaba todo, aunque eso la traía sin cuidado. Fue a buscar las tijeras y una toalla para ponerle a Meg encima de los hombros, y luego cerró la puerta del dormitorio con llave.

—¿Estás segura de que quieres que lo haga? —insistió—. ¿Al mil por ciento segura? Porque después no podrás cambiar de idea.

Meg asintió con la cabeza, estaba muy tranquila. No llevaba el pelo corto desde que tenía diez años, porque lo consideraba su único rasgo bello, pues aunque era igual de guapa que Elv, no era consciente de ello. Entonces se deshizo las trenzas. Incluso era posible que fuera más guapa que su hermana cuando se soltaba el pelo.

Claire se sentó en el borde la cama de Meg, sintiéndose culpable y responsable.

—Sólo me corté el mío porque tengo mucho calor con las escayolas y no me puedo hacer trenzas. Ni siquiera puedo lavármelo. Tal vez no deberías hacerlo, Meg. No tienes que hacerlo.

Siempre era una sorpresa que Meg se mostrara repentinamente resuelta, como ocurría en ese momento. Siempre se habían parecido y eso era lo que quería, así que ignoró rotundamente las protestas de Claire.

—No hay más remedio. Córtalo.

Elv soltó la trenza de Meg y empezó a cortar. Tardó un rato, porque las tijeras eran viejas y no estaban afiladas, y cuando por fin consiguió terminar, le entregó la trenza a Meg, aunque siguió cortando para igualar las puntas. El pelo siguió cayendo sobre la toalla y los tablones de madera del suelo.

—Lo puedes donar a los de Mechones del Amor —sugirió Claire—. Para que le sirva a una niña enferma.

—O puedes quemarlo y echarle una maldición a alguien —le recomendó Elv mientras recortaba un poco más. Estaba totalmente concentrada, ya que nunca le había cortado el pelo a nadie. Meg fue a mirarse al espejo: Elv se lo había dejado muy corto, demasiado, y las puntas eran irregulares a causa de las tijeras desafiladas. Parecía un chico.

—Sólo tiene que crecer un poco —dijo Claire—. ¿De acuerdo?

—Necesito un descanso —comentó Elv. Una vez cambiabas las cosas, no podías volver atrás; eso lo sabía, y ahora Meg también lo sabría. Salió por la ventana. Fuera, las hojas se agitaban ruidosamente y Claire la oyó descender por el acerolo. Meg seguía mirándose en el espejo, aparentemente conmocionada.

—Lo ha hecho a propósito. —Tenía la cara llena de manchas, como si fuera a ponerse a llorar. Se pasó la mano por el pelo, que tenía de punta—. Y no se va a cortar el suyo.

—Por supuesto que lo hará —le aseguró Claire—. Siempre parecemos iguales.

Esperaron, pero Elv no volvió, y no lo hizo hasta que casi había amanecido, trepando por la ventana, agotada. Había pasado la noche en la habitación de Justin Levy, al que había hecho dormir en el suelo. El chico hacía todo lo que ella le decía, lo cual era patético, la verdad. Habían fumado marihuana sin que a Elv le hubiera afectado lo más mínimo, y luego le había dicho que se tumbara en el suelo. Elv había soñado con estrellas negras, con agua negra y con un sol negro en el centro del cielo. Cuando las otras chicas se despertaron, Elv estaba por fin en su cama, durmiendo, con el largo pelo apelmazado y vestida aún, como si hubiera estado bailando en Arnelle durante toda la noche.

Annie llevó a Meg a la peluquería, donde Denise hizo todo lo que pudo, aunque el pelo de Meg acabó siendo aún más corto. Parecía una nadadora olímpica con un corte de chico. Cuando volvieron a casa, se miró en el espejo del cuarto de bañó y se negó a salir. Annie y Claire esperaron en la cocina, donde la oyeron llorar en voz baja.

—¿Qué la llevó a hacerse eso? —preguntó Annie.

El termómetro marcaba treinta y siete grados, un calor absolutamente sofocante, y los meteorólogos predecían que llegaría casi a los cuarenta y que habría tormentas eléctricas. El verdadero verano todavía no había llegado y ya resultaba insoportable. Annie empezó a telefonear a un montón de sitios para preguntar si podían instalarles un sistema de aire acondicionado, aunque tenían ventiladores repartidos por toda la casa. Había gente que pagaba el doble por aparatos de aire acondicionado a vendedores ambulantes en Northern Boulevard.

Annie se sentía aterrorizada. Tres chicas adolescentes ocupaban mucho espacio en una casa. Sus hijas no paraban de quejarse y estaban de mal humor; tenían secretos y se echaban a llorar sin ninguna razón aparente. Estaban empezando a superarla. Annie era incapaz de recordar la última vez que se habían sentado todas juntas para comer, hablar de algo o ver una película. En ese momento, Claire intentaba convencer a Meg de que saliera del baño hablando en aquel abominable amello, y el pánico se apoderó de ella: llamó aquí y allá para conseguir un aparato de aire acondicionado, pero en todo Long Island no había ninguno que se pudiera comprar. Todas tenían calor, estaban descontentas y fuera de sus casillas. Si Annie quería un aire acondicionado tendría que comprárselo a uno de los aquellos estafadores que se pasaban con el precio, y no le apetecía.

—Es bueno que nos cortemos el pelo —dijo Claire, cuando Meg salió por fin del baño con la cara llena de manchas y los ojos rojos.

Claire se iba a librar de las escayolas al final de la semana, y tal vez entonces se sentiría contenta y todo volvería por fin a su sitio, como solía ser cuando sentía que no tenía que escoger entre sus hermanas.

—Al menos estaremos frescas durante la ola de calor —le dijo a Meg—. Y ya sabes quién no lo estará.

Su madre seguía ocupada al teléfono buscando un aire acondicionado. Meg se inclinó sobre Claire, pues no quería que Annie la escuchara; ni siquiera quería que fuese cierto, aunque lo era, y su obligación era decírselo a Claire.

—Elv no es quien crees que es —le dijo Meg con una vocecita extraña—. Ten cuidado con ella.

El día que a Claire le quitaron las escayolas, cesó por fin el calor. Era maravilloso y extraño volver de pronto a tener brazos; se sentía como una araña, estaba incómoda y se mostraba torpe haciendo las tareas más simples: servirse un vaso de zumo de naranja, cepillarse los dientes… Se había cortado el pelo, y Meg y Elv ya no se hablaban. Cuando se cruzaban en el pasillo apartaban la mirada, como si se cruzaran con una sombra, una sombra que no tenían necesidad de reconocer. El colegio acabaría pronto y al año siguiente todo sería mejor; irían a París en primavera, las tres, como se suponía que tenía que ser. En todos los cuentos de hadas había siempre tres hermanas: la mayor era valiente; la del medio, digna de confianza, y la pequeña, la que tenía el corazón más grande. Elv había colgado un mapa de Arnelle en su armario empotrado, y a veces Claire se sentaba dentro con una linterna e intentaba memorizarlo. Los jardines de rosas, los espinos, las chozas de piedra y paja, los senderos que conducían al castillo, el lago donde el agua era tan profunda que nadie había podido ver nunca el fondo, las praderas donde el caballo que había sido rescatado deambulaba libremente sin silla ni riendas…

Cuando el último trimestre tocaba a su fin, llamaron a Annie al despacho del director. Elv iba a aprobar a duras penas. Se quedaba dormida en clase de latín, contestaba a los profesores… Annie la veía a través de la puerta de cristal, en la sala de espera. Precisamente, la semana anterior, Elv se había negado a hacer el examen de selectividad: no quería ir a la universidad. Quería algo diferente, tal vez vivir en París y trabajar para *madame* Cohen, sentarse en los cafés por la noche y pasear por el río.

El director llamó a Elv a su despacho cuando él y Annie estaban acabando su reunión.

—¿Hay algo que quieras decir?

—*Ni hamplig, suit ne henaj*. —Elv miró al suelo. «Eres un cerdo y un perro». Una leve sonrisa asomó en sus labios.

—Puede darse cuenta de a qué me refiero —dijo el director a Annie.

—¿No puedes aceptar las cosas y ser educada? —le dijo Annie a Elv cuando se dirigían hacia el coche.

—¿Es lo que quieres de mí? ¿Que sea educada? —Elv abrió la puerta del coche de un tirón y se sentó en el asiento del acompañante con las piernas dobladas debajo de ella. Bajó la visera para poderse mirar en el espejo mientras se pintaba los ojos con un lápiz verde; en Arnelle, todos los miembros de la familia real tenían los ojos verdes. No había tenido el valor de decirle a Claire que no había sido incluida entre los alumnos destacados, aunque le habría encantado comunicárselo a Meg, que era tan perfecta y que no sabía de la misa la media acerca de la vida real.

—¿Estás disgustada por algo? —preguntó Annie—. Puedes hablar conmigo. Antes lo hacías.

Elv soltó una carcajada.

—Hace cien años. —En Arnelle, cien años pasaban en un santiamén. El tiempo era transparente y podías ver a través de él. «Mira a través del cristal —le había dicho la reina—. ¿Ves lo sencillo que es retroceder en el tiempo?».

Elv se inclinó para poder verse mejor en el espejo y, al hacerlo, la camiseta sin mangas se movió. Se le veía la carne a través de la tela, y Annie entrevió una de las estrellas negras que se había tatuado.

—¿Qué es eso? —preguntó, sintiéndose desfallecer. De joven había sido una muchacha tímida que había sentido una especie de desesperación cada vez que tenía que hablar en público, y en ese momento la desesperación la abrumó.

Elv se quedó mirando su hombro y se bajó la camiseta.

—Hace mucho que la llevo —dijo tranquilamente—. Es sólo que no habías reparado en ella.

—Elv, por favor, habla conmigo.

—No voy a ser educada, si es de eso de lo que quieres hablar. Ya

puedes ir olvidándolo. —Elv sintió una extraña sensación en la garganta; si no tenía cuidado, se le iba a escapar algo que no quería decir. Se volvió para mirar por la ventanilla. Todo parecía igual en North Point Harbor, todo era de color verde. Era un alivio ser invisible, estar marcada por las estrellas. No tenía que escuchar ni una palabra más de su madre, ni aunque le suplicara que hablara con ella, ni aunque se echara a llorar.

—¿Podemos irnos? —preguntó Elv.

Su madre arrancó el coche.

Fue Meg la que encontró la marihuana en el armario empotrado. Estaba en una caja de zapatos, junto con unas cerillas y algunos papeles de liar. Arrastró a Claire dentro del armario y se sentaron allí, en la oscuridad, debajo del mapa de Arnelle. Meg encendió una linterna. Claire había crecido y era ya tan alta como sus hermanas, y de no haberse producido el estúpido desastre de los cortes de pelo, la gente habría pensado que eran trillizas. Se lo habrían pasado en grande en el colegio, engañando a los profesores y también a los compañeros de clase.

—Probablemente es de Justin Levy —dijo Claire—. Pasa mucho tiempo con él.

Meg hizo una mueca.

—Lo dudo. Justin no es su amigo. De hecho, se parece más a un esclavo. Todo el mundo sabe que ella tan sólo lo está utilizando.

Justin tenía coche propio y llevaba a Elv adondequiera que ella quisiera ir; ya ni siquiera iba andando al colegio con sus hermanas.

Claire se llevó la bolsita con cierre hermético a la nariz.

—Huele a pies —dijo.

—La cuestión es… ¿se lo decimos a mamá?

—No —dijo Claire—. Por supuesto que no.

—Tenemos que hacer algo —insistió Meg.

—¿Por qué?

—Si le guardas un secreto a alguien, eres tan culpable como él. Eres cómplice.

Claire tenía calor dentro del armario, donde realmente no había aire.

—Bien —dijo—. Hablaremos con Elv esta noche.

Elv no fue a casa a cenar. Annie, Claire y Meg cenaron *pizza* y ensalada. Las hermanas se miraron cuando Annie preguntó si sabían dónde estaba Elv; se encogieron de hombros y dijeron que no tenían ni idea.

—¿Ese tal Justin Levy es su chico? —quiso saber Annie.

—Lo dudo —dijo Meg—. Lo que pasa es que él está locamente enamorado de ella.

—¡Meg! —exclamó Claire.

—Bueno, eso lo sabe todo el mundo. Lo escribió con un aerosol en la pared.

—¿En qué pared? —preguntó Annie.

Había pintado «Me arrancaría el corazón por ti» en el lateral del viejo Museo Wahling del pueblo. Todo el mundo hablaba de ello.

—Está buena esta ensalada —dijo Claire.

—Me arrancaría el corazón por ti —dijo Meg.

—¿Se refería a Elv? —Annie había reparado en la temblorosa declaración de amor escrita con pintura amarilla.

—Ajá —respondió Meg.

—Lo suponemos, pero no lo sabemos —terció Claire, y lanzó una mirada a Meg—. Justin Levy tiene problemas emocionales.

—Y de los gordos —admitió Meg.

—Por lo que sabemos, esa pintada podría referirse a Mary Fox —aventuró Claire.

Las tres se echaron a reír.

—Me arrancaría el cerebelo por ti —bromeó Meg.

—Conjugaría latín por ti —largó Claire.

—Os querría durante todos los días de mi vida —dijo Annie a sus hijas, encantada en ese momento de no ser la madre de Justin Levy.

Estaban arriba, haciendo los deberes, cuando Elv llegó por fin a casa, oliendo a hojas quemadas.

—¿Empollando? —preguntó, mientras cogía uno de los libros de Meg *La letra escarlata* y lo hojeaba—. ¿A quién se le ocurriría llamar a alguien Hester?

Meg metió la mano debajo de la cama y sacó la caja de zapatos.

—Bueno, bueno —dijo Elv cuando la vio, y dejó el libro—. Mira lo que ha encontrado la pequeña detective.

—No queremos que te metas en problemas —le dijo Claire.

—¿Problemas con mayúsculas? —Elv se sentó a los pies de la cama de Claire, que no se quejó—. Ojalá no hurgaras en mis pertenencias personales —le dijo a Meg—. Y todo porque estás celosa.

—¿Celosa? —Meg soltó una carcajada. No parecía muy contenta.

—Empezó en París, y tú lo sabes. No podías soportar no tener los redaños de hacer lo que yo hacía.

—¿Te refieres a pasarte durmiendo todo el día? ¿O a ser una puta?

Elv alargó la mano y le dio una bofetada a su hermana.

—Eres una bruja celosa, y lo sabes.

Meg se apretó la mejilla, que le ardía.

—Quisiste culparme de cortarte el pelo, pero tú fuiste quien lo decidió. No tengo la culpa de que estés horrible.

—¡Parad! —dijo Claire.

—Ya te lo dije —le dijo Meg a Claire—. Es quien es.

Elv se dirigió a la ventana abierta y se escabulló. Claire se levantó, cogió la caja de zapatos y la volvió a dejar en el armario empotrado.

—Mamá no puede encontrar esto.

—¿Te pones de su lado? —dijo Meg.

—No. —Claire se puso unas chancletas. Deseó que Meg no hubiera hurgado en el armario, lamentó que no hubiera dejado las cosas tranquilas.

—Sí que te pones. Siempre lo haces.

—Eso no es verdad.

—No eres mucho mejor que Justin Levy. Sólo eres otro de sus esclavos.

—Ni siquiera la conoces —dijo Claire con frialdad—. Sólo crees que la conoces.

Claire bajó la escalera y salió al jardín por la puerta trasera. Detrás de ella, la casa estaba tranquila y sólo se oía el sonido amortiguado del televisor mientras su madre veía las noticias. La noche era clara y el aire no se movía. Allí estaba Elv, sentada debajo del emparrado, fumando un cigarrillo. La camiseta blanca se le pegaba al cuerpo, estaba descalza y tenía las plantas de los pies sucias de tierra. El pelo negro le llegaba hasta la cintura, y ya no se parecía nada a ellas, sino a la reina de un país demasiado lejano para visitarlo. Había polillas en el jardín, revoloteando ciegamente. En ese momento se apagó la luz del dormitorio; probablemente Meg se habría metido en la cama, llorando como hacía ella, en silencio, como no queriendo molestar a nadie.

—No deberías haber sido tan mezquina con ella —le dijo Claire a Elv.

—Eso no fue mezquino. Fue honesto. Es una bruja.

—Me dijo que yo era como Justin Levy.

—Sí, ya. Justin es patético, y tú eres valiente. En el mejor de los casos, sois opuestos. Meg no tiene ni idea. —De repente levantó las manos—. No te acerques más —le advirtió.

Claire se paró en el sitio.

Había un pájaro diminuto en su camino, y las dos hermanas se arrodillaron.

—Se ha caído del nido. —Elv recogió al polluelo—. Es un petirrojo.

Claire se quedó asombrada de lo frágil que era el polluelo, cuyo corazón podía ver latir a través de la piel, cubierta sólo con unas pocas plumas luminosas, por lo demás desperdigadas.

Las chicas se pusieron a buscar el nido, pero no pudieron

encontrarlo en la oscuridad. Había telas de araña y les aterrorizaba atravesarlas, así que Claire no paraba de sacudir las manos para apartarlas. Los grillos cantaban. Elv se sentó en la hierba mojada, triste y hermosa. Era todo lo que Claire quería ser.

—De todas formas, es demasiado tarde —decidió Elv—. Aunque encontráramos el nido, casi está muerto. ¿Quieres sostenerlo? —La reina de Arnelle había decretado que así tenía que ocurrir: «Agua, sexo y muerte», y ése era el número tres. Era imposible salvar al polluelo.

Claire se sentó junto a ella y Elv deslizó una mano por encima de las suyas y dejó que el pájaro se posara en la palma de su hermana. Claire sintió el estremecimiento del animal, a quien le latía tan deprisa el corazón que le recordó el aleteo de una polilla.

—Tal vez deberíamos rezar una oración —sugirió Claire.

—Hazlo tú, Gigi. Se te dan bien estas cosas.

El elogio de su hermana alentó a Claire.

—Tu vida ha sido corta —empezó con voz grave—, pero ha sido tan importante como cualquier otra vida.

Entonces Claire oyó algo: era Elv, llorando.

—No me mires —dijo Elv, que intentaba pensar en la manera en que el tiempo podría retroceder, regresar a la época lejana en que estaba dentro de un tienda con su madre, en el jardín. En uno de los cuentos que su madre le había contado aparecían doce princesas que bailaron toda una noche, doce hermanas que se convirtieron en cisnes.

—De acuerdo. —Claire bajó la mirada, sorprendida.

—Sigue —la instó Elv—. Termina.

—Esperamos que encuentres la paz. —Claire estaba desconcertada por la expansión emocional de Elv, así que acabó la oración lo más deprisa que pudo. Probablemente, estaría haciéndolo todo mal y no fuese tan diestra en aquello como Elv pensaba que era.

—Y deseamos que seas bienaventurado.

Las hermanas oían su respiración y el runrún de los grillos; de Main Street llegaba el zumbido del tráfico, un sonido abigarrado

que en las noches claras se extendía varias manzanas.

—Cierra los ojos —dijo entonces Elv.

—¿Por qué?

El mundo entero parecía vivo, lleno el aire de todo tipo de mosquitos y polillas.

—Sólo un minuto —dijo Elv—. Confía en mí.

Claire cerró los ojos, y al cabo de un momento el petirrojo dejó de moverse.

—Muy bien. Se acabó —dijo Elv—. Ya puedes abrirlos.

El petirrojo parecía aún más pequeño, sólo piel y huesos. Elv se dirigió al garaje y cogió una pala. Se había enfrentado al tercer temor de su lista, así que esa noche podría romper la postal escrita con tinta verde. Volvió y empezó a excavar un agujero debajo del seto de alheña. Las lágrimas le surcaban la cara, y paleaba la tierra tan deprisa que más que disgustada parecía furiosa. Claire estaba demasiado atemorizada para ofrecerse a ayudar. Cuando terminó, Elv desgarró la parte inferior de su camiseta favorita, la de París, y envolvió cuidadosamente al petirrojo en la tela. Claire jamás había querido a nadie más de lo que quiso a Elv en ese momento. Sintió algo doloroso en la garganta, dichosa por haber salido y haber encontrado a su hermana en el jardín y por estar con ella en la oscuridad.

Después del entierro, volvieron al jardín. Se resguardaron bajo un cobertizo de enredaderas y se sentaron con las piernas cruzadas al lado de una hilera de coles. A nadie le gustaban las coles, ni siquiera a su madre, así que eran una absoluta pérdida de tiempo. Elv encendió un cigarrillo y expulsó un chorro de humo que pareció verde en una noche tan oscura; el resto del mundo quedaba muy lejos. Sin previo aviso, Elv se inclinó y Claire pensó al principio que le iba a dar una bofetada, como a Meg, pero la rodeó con los brazos. Después de abrazarla con fuerza, se apartó. Cuando se levantó la camiseta para limpiarse las lágrimas de la cara, Claire se percató de que no llevaba nada debajo. Parecía una criatura que perteneciera al jardín, un ser que durmiera bajo las hojas y hablara con las lombrices y se adornara el largo pelo negro con polillas blancas. No parecía un

ser humano. Claire sintió entonces algo extraño, algo parecido a lo que debía de haber sentido Elv cuando vio el saco con el otro gato alejándose por el río, el que no había podido rescatar.

El verano de las polillas gitanas, aquel en que todo había cambiado, cuando Elv tenía once años, Claire ocho y Meg se había quedado en casa enferma, habían ido caminando a casa desde la señal de *stop* en medio de la oscuridad. Elv había estado ausente diez horas, y todavía llevaba el traje de baño, aunque no los zapatos, que habían desaparecido. Se habían cogido de las manos para caminar por la calle vacía. Su madre les había echado un rapapolvo al llegar a casa y las había mandado a su habitación, diciéndoles que ya hablarían de su desaparición por la mañana. Elv se había echado las culpas, argumentando que Claire no habría podido encontrar el camino de vuelta a casa sin ella. Elv iba a ser castigada por llegar tan tarde a casa, pero no le importó. Cuando subieron a su dormitorio, Elv se metió en la cama con las piernas encogidas. Meg estaba tumbada en la suya, leyendo *Grandes esperanzas*.

—¿Has leído este libro? —le preguntó a Elv.

Elv se había vuelto hacia la pared. Arnelle era como una semilla negra en el centro de su pecho.

Claire se había metido en la cama junto a ella. Elv olía a ceniza y tierra de jardín y tenía hojas en el hermoso pelo largo.

—Trata de un chico que cree que no tiene futuro, pero al final resulta que sí lo tiene —había dicho Meg—. Es un enrevesado misterio sobre el destino y el amor.

Elv sentía frío, y Claire la rodeó con sus brazos. No había manera de que alguna vez llegara a darle las gracias a su hermana ni palabras que expresaran su agradecimiento. Le había sucedido algo malo en lugar de a ella. El traje de baño de Elv aún seguía húmedo, pero no se había molestado en quitárselo.

Fue entonces cuando Claire supo que nunca hablarían.

Esa noche en el jardín, cuando el petirrojo había muerto en sus manos, los escarabajos de mayo revoloteaban sobre sus cabezas y Elv

manoteaba para ahuyentarlos. Las hermanas estaban sentadas junto a la hilera de coles. Nadie sabía dónde estaban; podrían haber estado a kilómetros de distancia o haberse escabullido por los escalones que conducían al interior de la tierra. Antes de que se dieran cuenta sería agosto. Elv se inclinó hacia delante para susurrarle algo; tenía la cara caliente y sucia por las lágrimas. En el mundo de los humanos tenías que escoger tus lealtades con cuidado, tenías que saber leer en los corazones. El largo pelo de Elv rozó la cara de Claire.

—Tú no eres como ella, ¿sabes? —El jardín estaba tan oscuro que sólo podían verse las caras; eso y nada más—. Te pareces mucho más a mí.

# *Cisne*

*Mi hermana se quedó en su habitación, escondida. Miraba al cielo y lloraba. Podrías pensar que se sentiría dichosa por ser humana, aunque no paraba de hablar de que necesitaba su libertad. Lo había perdido a una hermana tras otra; ¿se suponía que también tenía que perderla a ella? Estaba de pie en el alféizar de la ventana y sólo tenía un brazo; si se caía, se haría pedazos contra las rocas de abajo.*

*Salí a medianoche a recoger los juncos, aunque había perros salvajes y hombres con ideas asesinas. Llevaba unas agujas afiladas y palos. Por la noche, mientas mi hermana lloraba, entrelacé los juncos, y cuando acabé, le eché una capa por encima: se transformó en un pájaro y salió volando.*

*La observé hasta que pareció una nube: ya era libre. Bueno, yo también. Fui caminando a la dudad y conseguí un trabajo; después de todo, tenía talento. Cuando la gente me preguntaba si tenía familia, no mencionaba que una vez había tenido doce hermanas. Decía que yo cuidaba de mí misma y que me gustaba que fuera así, y pasado un tiempo lo decía convencida.*

Entre aquellas pocas comidas, las hermanas Sebry solían comer tomate en todas las comidas, tomates fritos rebozados con pan rallado; una rica sopa de tomate con apio, albahaca y crema de leche; ensaladas de tomates amarillos aliñados con vinagre balsámico… Una vez dejaron una olla con tomates en conserva a fuego lento en la cocina y se olvidaron; las chicas bautizaron el engrudo resultante como tomates negros de la muerte, delicioso para extender sobre una tostada. Contaban chistes sobre tomates: «¿Por qué se puso rojo el tomate? ¡Porque vio cómo se acicalaba la ensalada!», «¿Cómo arreglas un tomate roto? ¡Con pasta de tomate!». Inventaban recetas delirantes que tardaban horas en terminar: *mousse* de tomate, sorbete de tomate, tarta de tomates verdes. Pero aquel verano, Elv declaró que era alérgica a los tomates e insistió en que le producían urticaria, así que no comería ni uno más. Apartó el plato sin que le importara lo mucho que hubiese trabajado o se hubiera esforzado su madre en preparar la comida. A Elv le traía sin cuidado; comería lo que le viniera en gana y haría lo que quisiera. Lo dijo en voz baja, pero la oyeron todas.

A las hermanas, el olor caliente y húmedo de las plantas trepadoras del jardín en agosto siempre les recordaba a su madre, a quien a veces veían llorar mientras arrancaba las malas hierbas que crecían entre las hileras. No sabían muy bien si seguía enamorada de su padre o si era otra cosa lo que la hacía llorar. Elv supuso que sentía pena de sí misma; Claire consideró que era mejor no atosigarla con preguntas, y Meg salió a preguntarle si necesitaba algo, quizás un poco de ayuda para arrancar las malas hierbas. Annie abrazó a su hija, y después trabajaban juntas a menudo, a última hora del día, cuando el sol estaba bajo y los mosquitos no habían salido todavía. El silencio y la compañía eran un tónico para ambas.

Meg era ya una encantadora y aplicada muchacha de quince años que usaba gafas y se pasaba la mayor parte del tiempo sola. De todas las hermanas, era la que a Annie más le recordaba a sí misma a esa edad: tímida, seria y una lectora empedernida. Meg trabajaba como monitora en un campamento de verano, y sus pupilas la adoraban. Todas las tardes organizaba un debate literario, que no

tardó en convertirse en la actividad favorita del verano. Las pequeñas procuraban sentarse junto a ella para tener el honor de pasar las páginas, y todas empezaron a ponerse cintas de terciopelo en el pelo, igual que Meg, y algunas iban a casa y les preguntaban a sus madres si podían cortarse el pelo muy corto.

Sin embargo, Meg seguía siendo un pequeño misterio para Annie. Era un poco como una extraña, incluso para sus hermanas. Bueno, todas eran enigmáticas y reservadas, ya que Elv y Claire seguían parloteando en aquel idioma suyo y tenían sus propios chistes privados, pero guardaban silencio cuando Meg entraba en la habitación. Había una cierta mala uva entre ellas que Annie no acababa de comprender.

—Ojalá supiera lo que están diciendo —le soltó a Meg un día mientras trabajaban en el jardín, llenando un bidón con los polvorientos hierbajos que habían arrancado.

—Nada que merezca la pena oírse. Se creen mejor que nadie, eso es todo.

Arnelle ya no ofrecía ningún interés para Meg, que en secreto había revelado la existencia no sólo del idioma, sino también del mundo, un mundo donde se libraba una guerra que enfrentaba a las hadas con los demonios y los seres humanos. Las historias que contaba Elv estaban plagadas de abominaciones, algunas tan horribles que hacían que Meg diera un respingo y se tapara los oídos. Se mataban cisnes a los que se les arrancaba las plumas ensangrentadas, y las rosas se convertían en espinas mediante sortilegios y eran utilizadas para atravesar manos, ojos y corazones. Cuanto más vividas e inquietantes eran las historias, mayor entusiasmo ponía Elv en su relato. Había un hombre llamado Grimin al que ella quería matar; juntas, ella y Claire, maquinaban las maneras de causarle el dolor más duradero: hervirlo en aceite, exponerlo a los picotazos de los cuervos, encerrarlo en una caja de hierro con un enjambre de abejas…

Las abejas, había decidido Claire, miles de ellas, de aquellas asesinas que había en Sudamérica.

Por las noches, Annie y Meg se sentaban en el porche a leer

novelas a la luz crepuscular de agosto. En cuanto a Elv, había encontrado un empleo en una heladería que estaba a años luz de Berthillon, un sitio horrible que vendía natillas. Elv se sentía humillada por estar en un lugar de tan mala calidad, pero quería tener dinero propio y su propio horario. Cuando llegaba a casa por la noche, olía a caramelo caliente y azufre. Nunca contaba la verdad de nada; ni a su madre, ni a la gente del pueblo, ni a los clientes, a los que solía engañar en el cambio, y ni siquiera a sí misma. Lo que la gente llamaba verdad no tenía ningún valor para ella, no era nada más que un sospechoso y deficiente argumento para convencerte de que la vida merecía la pena.

Elv salía todas las noches dando un portazo, descalza, malhumorada y con demasiada prisa. «Hasta luego», le gritaba por encima del hombro a Claire, la única con quien se molestaba en hablar, la única que sabía quién era ella.

—Hasta luego, cocodrilo —le respondía Claire, lamentando no ser lo bastante mayor para acompañarla.

Annie siempre le preguntaba a Elv cuándo volvería, aunque sabía cuál sería la respuesta.

—En cualquier momento —contestaba Elv, distante, con impaciencia.

—¿Quieres que la siga? —le preguntó Meg una noche en que los árboles de Nightingale Lane estaban tan verdes que parecían negros y taciturnos contra el cielo ensombrecido. En el horizonte se acumulaban las nubes.

Annie negó con la cabeza.

—Si alguien debe seguida, soy yo.

Annie se quitó las sandalias; tenía las plantas de los pies polvorientas. Le maravillaba la manera en que Elv deambulaba por todo el pueblo descalza sin que jamás se hubiera lastimado con piedras, cristales o astillas. El pueblo era más seguro que la mayoría, con un índice de criminalidad prácticamente nulo, aunque nunca se podía saber lo que podría ocurrirle a una chica completamente sola.

Se comentaba que abajo, en el muelle, se celebraban fiestas desenfrenadas, y aunque la policía patrullaba habitualmente, las fiestas continuaban en las dunas de la playa. Nadie sabía cómo se las apañaban los chicos de la localidad para conseguir tantas latas de cerveza, pero lo cierto es que lo hacían, y nadie sabía de dónde salían las drogas, porque también las había. Una noche, de vuelta a casa desde el supermercado, Annie vio a un grupo de adolescentes arracimados junto al mástil de la bandera del parque. No parecían malos chicos, así que Annie detuvo el coche y salió para ir a hablar con ellos. La mayoría de ellos se marchó a la desbandada, aunque unos pocos se quedaron, riéndose nerviosamente al ver acercarse a un adulto. Cuando Annie preguntó si Elv estaba por allí, todos apartaron la mirada. Uno de los muchachos soltó una risita, y de vuelta al coche, Annie oyó que algunas de las chicas se echaban a reír.

Al pensar en aquel grupo de chicos y su reacción al oír el nombre de Elv, Annie cogió inesperadamente los zapatos.

—Me voy.

—No puedes impedir que haga lo que quiera. Ni siquiera se meterá en el coche contigo.

—Puedo castigarla sin salir. Y dejarla sin televisión. Podría obligarla a quedarse encerrada lo que queda de verano.

—Mamá —dijo Meg con tristeza.

—Podría encerrarla con llave en el dormitorio.

—Saldría por la ventana.

Llegó a ver a Elv mientras se perdía de vista por la calle y se detenía para darle una palmadita al viejo basset hound en el jardín de los Wienstein antes de desaparecer en la creciente oscuridad. Era como una sombra, algo que uno imaginaba y no podía atrapar.

Cuando no estaba en la heladería solía dirigirse al puente, donde se congregaba un grupo que tenía mala fama, pero que al menos sabía pasárselo bien. Con todo, incluso aquellas chicas mantenían las distancias y procuraban agarrarse con fuerza a sus chicos cuando Elv estaba cerca. Incluso a ellos les parecía peligrosa, siempre dispuesta a probar lo que fuera: si le dabas una pastilla, la cogía; si le ofrecías

una copa, siempre estaba dispuesta a aceptar. Su valentía y su aplomo eran legendarios, aunque Justin Levy la había visto ponerse nerviosa. En una ocasión, en la playa, ella había visto un coche en el aparcamiento y había salido huyendo; cuando Justin logró alcanzarla en Main Street, Elv estaba temblando.

—¿Sigue allí? —le preguntó a Justin. Llevaba puesto el traje de baño y una toalla mojada alrededor de la cintura. Ni siquiera había pensado en llamar a la policía; sólo se le había ocurrido salir corriendo.

Justin se había encogido de hombros, confundido, y ella le había obligado a volver corriendo para comprobarlo.

—No hay ningún coche en el aparcamiento —le aseguró al volver, jadeante, el fiel mensajero.

Después de aquello, Elv siguió permitiéndole que la siguiera a todas partes, hasta que Justin cometió la estupidez de proclamar el amor que sentía por ella. Se estaba poniendo pesado, y hacia mediados de agosto Elv se hartó.

—¿Qué pasa conmigo? —le había preguntado lastimeramente cuando Elv le dijo que dejara de seguirla.

Si Elv hubiera sido otra, le habría dicho: «No se trata de ti, sino de mí», que es lo que dice todo el mundo para librarse de alguien. Pero ella decidió ser sincera con Justin.

—No eres quien estoy buscando —contestó. Ella buscaba a alguien que no tuviera miedo del hierro ni de las cuerdas: un escapista, eso es lo que quería. Un hombre que pudiera volverla del revés, hacer que sintiera algo, puesto que nada más parecía lograrlo. Podía sentarse en el armario empotrado del dormitorio y cortarse con una hoja de afeitar y seguir sin sentir nada en absoluto; podía pasar la mano por la llama de una vela y no sentir nada al quemarse. Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos.

Y como si quisiera demostrar que Elv tenía razón, Justin se había puesto a llorar a moco tendido cuando se deshizo de él.

—¡Oh, Dios mío, Justin! Encuentra a alguien bueno, a alguien mejor que yo. Soy la última persona con la que deberías estar. Y deberías estarme agradecido por darte este consejo.

Después de eso, siempre que Justin la veía no la saludaba, y le dio por ponerse un abrigo negro, aunque fuera el mes de agosto, y llevar gafas de sol incluso por la noche. La gente empezó a reírse de él.

—Pareces un idiota —le dijo Elv la siguiente vez que se tropezó con él. Fue en el salón de té, y ella estaba con Brian Preston, conocido por su afición a las drogas y también por haber quemado la casa de verano de su familia en los Berkshires. Brian era idiota, guapo y divertido.

—Al menos quítate las gafas de sol —le dijo Elv.

Cuando Justin se las quitó, ella se dio cuenta de que había estado llorando de nuevo. ¿Es que nadie se da cuenta de cómo es el mundo real? Sintió asco por la debilidad de Justin. El señor Weinstein, el vecino de la calle, había muerto, y su bassett hound estaba siempre en el jardín. La señora Weinstein no permitía que el perro entrara en casa, y siempre que Elv pasaba junto a él también le entraban ganas de echarse a llorar. Tenía que detener aquello, ya que no servía para nada. Era como intentar ganar su sitio en la corte de Arnelle o intentar deshacerse de la semilla negra que llevaba dentro, del gusto a hierro y a lejía. El día en que el hombre del coche la había llevado a su casa y encerrado con Dave en una habitación, había llorado hasta que se dio cuenta de que no serviría de nada. Había hecho todo lo que la reina le había pedido y no había recibido nada a cambio. Arnelle no tenía sentido.

Así que decidió cambiar la historia.

Iba a pasarse al otro bando.

El pueblo abundaba en enredaderas de Virginia, glicinias y malas hierbas que de repente habían alcanzado una altura de casi un metro. Había sido uno de esos veranos de tormentas y granizo, y una noche húmeda y pasada por agua las noticias anunciaron una lluvia de ranas vivas. Los niños salieron corriendo de sus casas con botes de mayonesa para intentar atraparlas, igual que atrapaban a las luciérnagas. Se percibía la electricidad en el aire húmedo y caluroso;

era algo que te aplastaba y que hacía que quisieras dormir, alejarte de los problemas y contarte mentiras. Incluso la gente inteligente se dejaba engañar fácilmente, sobre todo por sus hijos. Cuando todo olía a humo, ¿cómo saber lo que se estaba quemando? Las cosas que deberían haber tenido sentido para Annie se antojaban meras coincidencias: cigarrillos encontrados en el jardín, portazos, chicos que arrojan guijarros a la ventana, descubrir a aquel chico del barrio, Justin Levy, sentado en la cerca una noche, con su abrigo negro, llorando… Si hubiera juntado las piezas, las habría podido interpretar.

Cuando Annie fue a visitar a su madre, le pidió consejo. Estaba preocupada por las hermanas Story: una no hablaba, otra se mostraba fría y la última parecía haber desaparecido ante sus ojos para convertirse en una persona completamente diferente. Quizá les había afectado el divorcio y la deserción de Alan más de lo que parecía a primera vista. O tal vez fuera culpa de ella, deprimida como había estado, absorta en su amargo matrimonio. Salía al jardín más en busca de consuelo que de sus hijas; se había aislado, ya no tenía citas y rara vez veía a las amigas… Un pobre ejemplo de cómo vivir en el mundo.

—Las jovencitas siempre están de mal humor —le dijo Natalia. La tarea de educar a los hijos era difícil.

—¿Yo era así?

—Bueno, tú estabas bien educada. Nunca tuve que castigarte. Pero solías llorar sin ningún motivo. Es una época muy sensible de la vida. No paras de probar cosas y de rechazarlas.

—¿Me parecía a Elv? —preguntó Annie.

—No —dijo Natalia, meneando la cabeza. Aquel hombre de París siguió merodeando mucho tiempo después de que las chicas volvieran a casa en primavera. Natalia encontró un cuchillo y un trozo de cuerda debajo de la cama del cuarto de invitados al finalizar el mes, cuando lo estaba limpiando. Se llevó con ella a la patita rescatada, *Sadie*, desde París a Nueva York. El animal se sentaba en su regazo por las tardes, cuando Martin echaba la siesta. Natalia recordaba con frecuencia la noche en que su nieta había regresado a

hurtadillas al piso, chorreando agua del río, demostrando ser tan aguerrida como compasiva—. No te pareces a Elv.

La última vez que las hermanas la habían ido a visitar a su piso, Natalia había encontrado a Elv metida en su armario empotrado, dormida sobre el suelo, hecha un ovillo como un gatito. El joyero estaba abierto y había desaparecido una cadena de oro. Natalia estaba segura de que Elv se la pondría y luego la devolvería al lugar correcto. Pero no volvió a ver el collar nunca más.

A veces, cuando contemplaba a su nieta —las uñas pintadas de negro, la expresión de su cara cuando creía que nadie la miraba, las marcas en su piel, que eran tan regulares que daba la sensación de que ella misma se hubiera cortado—, Natalia sentía miedo por la chica. Su amiga Lean Cohen le había dicho que los demonios cazaban a las jovencitas, que entraban por las ventanas y encontraban la manera de abrir las puertas. Natalia siempre había prestado poca atención a aquellas historias; en ese momento dudaba si descartadas. Se sorprendió cerrando las puertas con llave cada vez que Elv iba a visitarla, de manera que no pudiera entrar ni salir nadie. Había crecido convencida de que uno podía perder a alguien, aunque estuvieras en la habitación contigua, y en ese momento recordó las advertencias de su amiga con más claridad. Aunque Natalia no creía que entrometerse en los asuntos de su hija tuviera alguna utilidad, cogió a Annie del brazo antes de que se fuera a su casa.

—Observa atentamente a Elv —le aconsejó—. Obsérvala por dentro.

Empezó por buscar en el ático, que había sido una de las razones de que se decidieran a comprar la casa: los aleros inclinados, la amplitud, el viejo acerolo que proyectaba su sombra por la ventana… El sitio perfecto para criar a tres niñas. Habían pintado la carpintería de blanco antiguo y empapelado las paredes. Annie encontró la caja de zapatos donde había escondido primero la marihuana y, luego, un frasco de pastillas, Demerol, robado del

botiquín de los abuelos. Sobre la pared del armario empotrado, pegadas con cinta adhesiva, había una serie de fotografías de Elv besando a varios chicos. También había un misterioso mapa, con unos senderos en tinta verde que discurrían a través de un jardín de espinos; asimismo había unos demonios, entrelazados en un escandaloso y frenético abrazo.

Olvidado en la mesilla de noche había un diario de Elv, que Annie se llevó al jardín. Le temblaban las manos y se sintió como la bruja de un cuento de hadas que entrara subrepticiamente en un castillo a airear los trapos sucios. Esa mañana había llovido y no hacía tanto calor, los pájaros buscaban lombrices y los tomates estaban cubiertos de gotas relucientes. La mayor parte del diario estaba en amello, con leyendas escritas al pie de unas acuarelas en verde y negro: una chica con alas era mantenida cautiva, secuestrada por sus verdaderos padres; rosas muertas, barrotes de hierro colocados alrededor de un corazón palpitante arrancado de cuajo de un cuerpo ya inerte; un hombre llamado Grimin sujetaba a unas hadas y las violaba hasta hacerlas sangrar; duendes que vagaban entre los árboles prestos a la violación y la destrucción.

Annie ni siquiera había imaginado que Elv supiera semejantes cosas, para qué hablar de que llenara un diario con dibujos eróticos y malsanos. Se deshizo de las drogas y volvió a subir al ático. La casa estaba en silencio; se hacía grande cuando sólo había una persona dentro. Acudió a su cabeza el año previo al divorcio de ella y Alan y pensó en cómo debían de haber resonado las peleas allí arriba, en el ático. ¿Se habrían tapado las orejas con las manos las hermanas Story? ¿Se habrían metido todas debajo de una manta, deseando vivir en otra parte? Annie devolvió el diario a su sitio, cerró la puerta y entonces llamó a su ex marido. Estaba llorando, así que a Alan no le resultó fácil entender lo que decía, aunque en cuanto lo hizo insistió en que todo lo que Elv había hecho entraba en el terreno del comportamiento normal de los adolescentes. No en vano era director de instituto. Consumo de drogas blandas y un mundo fantástico: había visto cosas bastante peores, y muchos de aquellos alumnos habían terminado satisfactoriamente el instituto, se habían

matriculado en una universidad y seguido con sus vidas. Annie estaba exagerando las cosas, como siempre. ¿Pero sabía él que Elv no paraba de salir a todas horas? Y Elise la había informado de que Mary la había visto bañándose desnuda en la bahía con algunos chicos del instituto. ¿Y qué pasaba con su negativa a acatar las normas domésticas y con que se escabullera de casa todas las noches? Él le dijo que había que esperar, que las cosas volverían a su cauce.

A la mañana siguiente, un policía se pasó para informar a Annie de que su hija había robado una bandeja de magdalenas de la panadería. Se la había visto dándoselas a los niños en la zona de recreo, antes de que las alteradas madres de los infantes se precipitaran a arrojar a la basura los sospechosos manjares.

—Sólo eran magdalenas —dijo Annie, pronta a defender a su hija.

—Ya…, pero eran propiedad de alguien —dijo el agente, con frialdad.

Cuando se marchó, después de que lo convenciera para que no denunciara el incidente, Annie subió al ático y llamó a la puerta del dormitorio, cerrada con llave siempre que Elv estaba en casa. El pestillo se abrió con un chasquido y allí estaba ella, enfadada, a medio vestir y con el pelo enmarañado.

—La policía ha estado aquí —dijo Annie.

No hubo respuesta.

—¿Las magdalenas?

Los ojos de Elv tenían una sombra amarilla. Ni siquiera podía hacer algo bueno sin que la gente se metiera con ella. De haber sido Meg la que hubiera dado las magdalenas, probablemente habría recibido una medalla y ya estaría incluida en el cuadro de honor de la ciudad.

—Me niego a ser lo que tu gente quiera que sea —dijo Elv.

—¿Qué gente? —Annie estaba confundida. Pensó incluso que tal vez Elv estaba colocada.

—La raza humana —contestó Elv desdeñosamente.

Esa noche, Elv quemó toda su ropa en una cubo de basura; era

un paso más en su distanciamiento de la brutalidad del mundo de los humanos. La sacó a puñados de su armario, reuniendo trajes de baño, zapatos, bolsos y calcetines. Salvó de la quema un par de camisas negras, unos vaqueros negros y unas pocas camisetas, así como las botas puntiagudas de París, y en el último instante el traje azul que le había hecho su abuela. Todo lo demás ardió en las llamas, incluido su abrigo de invierno, después de haber vertido encima un líquido inflamable y una caja de cerillas encendidas. Un olor a lana quemada inundó el barrio, y la señora Weinstein llamó a los bomberos, alarmada al ver las llamas al otro lado de su manzano silvestre. El viejo perro de su marido se puso a aullar.

A Elv no podía importarle menos que Nightingale Lane se llenara de cenizas. Recibió a los bomberos descalza y en actitud desafiante. Ellos se aseguraron de que la hoguera no se descontrolara y se fueron haciendo atronar las sirenas. Cuatro horas después, Annie y Meg regaron el jardín para estar seguras de que las brasas no siguieran ardiendo. El hedor a hierbajos quemados y el penetrante olor de las tomateras chamuscadas duró toda la noche; los últimos guisantes que quedaban en las matas crepitaban al explotar, como si fueran petardos encendidos uno a uno.

Elise le dijo a Annie que debía llamar a la policía la próxima vez que Elv no llegara a casa a su hora, pero Annie temía que eso provocara que Elv se escapara de casa. Y seguramente se convertiría en una de esas chicas maltratadas y hurañas de las que se oía hablar en televisión, las que desaparecían y aparecían muertas. Así que cuando Elv no apareció por casa, Annie cogió una silla y esperó en la puerta trasera; cuando por fin llegó, tranquilamente, empezaba a amanecer. La hierba estaba regada y dejó las huellas de sus pisadas en el suelo de la cocina. No pareció sorprendida ni nerviosa cuando se encontró a su madre allí. Se desplomó sobre uno de los taburetes de la encimera y pidió que le hiciera tortitas.

—Me muero de hambre —dijo. Cuando el corazón le latía deprisa, se sentía viva; cuando tenía hambre, era voraz.

—No puedes andar por ahí de esta manera. Es peligroso pasar toda la noche fuera. Te puede ocurrir algo terrible.

—Ya ha ocurrido. —«Pregúntame. Descubre quién soy».

—Elisa cree que debería llamar a la policía. Por tu seguridad.

Elv se quedó mirando fijamente a su madre con la barbilla levantada.

—Supongo que no vas a hacer tortitas.

—No —dijo Annie—. No las voy a hacer. —Aquélla no era la niña a la que contaba cuentos en el jardín, su querida y responsable hija—. Y si vuelvo a encontrar drogas, Elv, te enviaré a rehabilitación. Hablo en serio. —Aquélla era otra recomendación de Elise. Basta de marear la perdiz. Hay que tomar el control.

Elv se preguntó cómo había podido dejar la caja de zapatos fuera de su sitio, y en ese momento lo comprendió: su madre había estado allí.

—¿Has registrado mis efectos personales? —preguntó.

—Esta es mi casa —dijo Annie—. Y mis normas.

—De acuerdo —dijo Elv, tranquilamente. Se tomó el enfrentamiento como un desafío que la estimularía a seguir con la batalla—. Hurga lo que quieras. No encontrarás nada.

Claire la ayudó a eliminar cualquier prueba acusatoria, y se deshicieron de las agujas y la tinta que Elv guardaba para sus tatuajes caseros, de la pipa de hachís, los papeles de liar, las cajas vacías de anticonceptivos y las hojas de afeitar que utilizaba para cortarse. Decía que tenía la sangre verde, pero a Claire le parecía roja cuando la cuchilla penetraba la carne de Elv. Claire había encontrado varias veces a su hermana desnuda delante del espejo del baño, mirándose sorprendida. Las dos se quedaban entonces mirando fijamente su cuerpo, que a Claire le parecía perfecto, aunque Elv parecía decepcionada de estar en su pellejo. Se volvía para escudriñarse la espalda, buscando el comienzo de sus alas negras, pero allí no había nada que no fuera piel y huesos.

Un día, Claire se despertó en mitad de la noche y se encontró con un muchacho enfundado en un abrigo negro que estaba sentado en la cama de Elv; el chico parecía un sueño. Claire cerró los ojos y deseó que se fuera, y al cabo de un instante había salido por la ventana y atravesado el jardín: era Justin, a quien Claire había visto

rondando por Nightingale Lane con anterioridad. Una vez incluso creyó verlo en el bosque cercano, llorando.

Al final del verano, Justin Levy se ahorcó en su habitación. Elv no fue al funeral, que se celebró en una capilla de Huntington.

Aquella noche, Claire se asomó a la ventana y vio a su hermana desenterrando el esqueleto del petirrojo, cuyos huesos colocó cuidadosamente en una fuente limpia, que luego metió en casa. Claire bajó sigilosamente la escalera y se reunió con su hermana en la mesa de la cocina. Elv tenía el juego de costura de su madre. Había un carrete de hilo negro y una aguja larga, y Elv estaba haciendo un collar con los huesos que había desenterrado de debajo del seto. Sería un amuleto en memoria del muerto.

Elv se había hecho sangre en los dedos al perforar unos pequeños agujeros en los huesos con un imperdible.

—¿No te duele?

Elv soltó una carcajada, pero algo se le atascó en la garganta. Le ocurría cuando pensaba en Justin, tan sensible al dolor. Debía haberle ensañado a andar por este mundo, mostrarle cómo guardar todo a buen recaudo.

—Puedo hacerme más daño que el que cualquiera pueda hacerme —le dijo a su hermana—. Y lo puedo hacer con los ojos cerrados.

Cuando le dio por llevar el collar de huesos, la gente del pueblo empezó a decir que Elv era una bruja, aunque Claire pensaba que el collar era triste y hermoso. Elv se lo dejó probar una vez; las dos se pararon delante del gran espejo de su dormitorio y, pese a su pelo corto, a Claire le agradó ver lo mucho que se parecían.

En cuanto a Meg, consideraba que el collar era una burla.

—Ni siquiera puede dejar descansar en paz a los muertos —le murmuró a Claire en una ocasión, cuando Elv había salido de la habitación. Su hermana mayor desprendía tanta energía y provocaba tanta confusión que era como si una tormenta hubiese sido atrapada en una vasija y luego fuera liberada en el tercer piso cada vez que

andaba por allí. Cuando Elv volvió al dormitorio de las hermanas, Meg se calló.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Elv a su hermana. En Arnelle todos comprendían que era posible llorar sin lágrimas, ser valiente aunque te carcomiera el miedo, pero Meg no comprendía nada—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

En arnello, «gato» era *pillar,* que dicho en voz alta parecía despiadado.

—A mí no me pasa nada —replicó Meg.

Elv sabía a qué se refería: «Eres tú. Siempre tú».

El tiempo estaba cambiando. Era septiembre y el colegio había empezado. Por las noches, Elv empezó a fumar un polvo blanco, para lo que utilizaba una pipa de cristal que parecía encenderse cuando aspiraba por ella. Claire se sentaba en el pasillo del tercer piso, guardando la puerta del dormitorio.

—Gracias, Gigi —le decía Elv, cuando Claire volvía a entrar en la habitación—. Ahora puedo respirar.

Cuando Claire le preguntó qué había en la pipa, Elv dijo:

—El antídoto contra la humanidad —y se echaba a reír—. De verdad, no es nada. Sólo tiza pulverizada.

Aunque había colegio, Elv no solía ir a casa hasta el amanecer. No le importaba mojarse cuando cruzaba corriendo el césped. Ardía bajo la piel a pesar del cambio de tiempo. A la hora en que las hermanas estaban listas para ir al colegio, se metía sigilosamente en la cama, desnuda y mojada. Si la sacudías, no se movía; si le hablabas, no respondía. La mayor parte del tiempo estaba agotada, aunque inquieta, y cuando conseguía conciliar un poco el sueño, hablaba dormida, siempre en amello.

Durante esas mañanas de colegio, Claire se sentaba a los pies de su cama, preocupada. Había empezado a temer el futuro, y Elv se consumía. Claire se preguntó un día si la entrada a Amelle no se cerraría cuando menos te lo esperaras, dejándote encerrada de un portazo en aquel mundo subterráneo. Susurró el nombre de Elv, pero no obtuvo respuesta, y entonces pasó un dedo por las cicatrices que su hermana había dejado en su propia piel. ¿Sabría cómo salvar

a Elv si alguna vez era necesario? ¿Se quedaría allí sin decir nada, observando cómo se la llevaban o se atrevería a ser valiente?

Meg empezó a esconder las cosas que le importaban. Lo guardaba todo en el armario empotrado del cuarto de invitados, que había protegido con un candado que compró en la ferretería y cuya pequeña llave escondía en la mochila. Le habían estado desapareciendo sus cosas: cintas del pelo, joyas, ropa... Desde que Elv había quemado sus pertenencias, cogía lo que se le antojaba. Elise había telefoneado a Annie para decirle que Mary había ido a casa y se había encontrado a Elv registrando su armario; Elv había forzado una ventana por la que había conseguido acceder al dormitorio de Mary. Cuando Mary entró y se encontró a su prima cargada con sus pertenencias, Elv la amenazó con quemar la casa si lo contaba. Mary había tenido un ataque de asma tan fuerte a consecuencia del episodio que Elise había tenido que llevarla a toda prisa al hospital.

A partir de entonces, Annie dejó de ver a su prima, de la misma manera que había terminado por evitar a la mayor parte de la gente del pueblo. No quería oír hablar de los hijos de los demás, de sus altas puntuaciones en la selectividad, de sus buenas notas, de sus brillantes futuros... No quería ver las expresiones de compasión cuando le preguntaban por Elv. La gente del pueblo hablaba sin parar de Elv, pues sus bufonadas eran una fuente constante de comentarios. Se la había visto sentada en el cementerio, descalza y fumando, merodeando por el lugar donde estaba enterrado Justin Levy. Había contestado a la profesora de historia, a la que todas las demás alumnas temían, y en ese momento la señora Hill estaba de baja. Y había robado un puñado de rosas premiadas del jardín de la señora Weinstein, que, ensartadas, había colgado sobre su cama: un amuleto protector, dijo.

—Es para que los duendes no nos coman vivos —le explicó a la señora Weinstein cuando fue a llamar a la puerta de casa—. ¿O le gustaría que nos ocurriera eso? ¿Le gustaría que muriéramos como minió *Pretzel? —Pretzel*, el basset hound, había sido atropellado a principios de mes por un coche que viajaba a gran velocidad. Era

demasiado viejo y corto de vista para quedarse fuera, lo cual no había sido obstáculo para que la señora Weinstein le impidiera entrar en casa. Elv había bombardeado el Honda de la señora Weinstein con huevos, un delito que esta última no había aclarado. Cuando la gente de la calle se volvía para mirar el atuendo negro de Elv y sus botas puntiagudas, ella les gritaba: «¿Qué coño estáis mirando?».

—Es tan idiota la gente de este pueblo —confió a Claire, que empezaba a preguntarse si existía algo parecido al exceso de audacia. Había empezado a tener pesadillas con el caballo de Central Park, el chico de la cama de Elv y el perro tirado en la calle—. Créeme, uno tiene que cuidar de sí mismo —le aseguró a su hermana pequeña—. De lo contrario, sus estúpidas normas te llevan a la ruina.

Una conocida de Meg, llamada Heidi Preston, le dijo que su hermano alardeaba de que podía acostarse con Elv siempre que quisiese a cambio de drogas. El chico podía conseguir metanfetaminas, OxyContin y Ritalin. Heidi no se lo contó con intención reprobatoria, sino más bien como una locutora que se limitara a informar de los hechos. Durante un par de semanas Meg permitió que Heidi fuera su mejor amiga, y descubrió que el conocimiento de Heidi sobre las drogas y el sexo era fascinante, además de bastante inesperado. Entonces Elv las vio juntas, y esa tarde, encolerizada, cogió por banda a Meg cuando ésta volvió del colegio.

—No te metas en mi vida —le espetó—. Y mantente alejada de la hermana de Brian.

Estaban en el dormitorio, con la puerta cerrada con llave, y Elv se abalanzó sobre Meg, la empujó contra la pared y la pellizcó. Para Claire, el tercer piso formaba parte de otro mundo, un sitio no del todo conectado con el resto del mundo de los humanos. Elv había hecho pintadas en las paredes con tinta verde, y, alrededor de su cama, el suelo era un basurero de hojas estrujadas, tazas y vasos usados.

—Hablo en serio —dijo Elv—. No vuelvas a hablar en tu vida con esa chica.

—¡Déjalo ya! —exclamó Meg, intentando zafarse, sin conseguirlo. Estaba llorando e intentaba que sus hermanas no lo vieran. Allí donde Elv la había pellizcado, le estaban saliendo unos ronchones rojos en la piel.

—Eres una vaca estúpida que se mete en los asuntos de todo el mundo. Esa es la razón de que Claire y yo te odiemos. No eres nada, Meg.

Meg miró al suelo, sollozando.

Claire sintió que se le subía la sangre a la cabeza.

—¡No le hables así!

Elv se volvió y ge la quedó mirando fijamente, confundida.

—Meg puede hacer lo que le plazca —le dijo a Elv, sorprendiéndose incluso a sí misma. Ella y Elv habían sido uña y carne, pero desde que Elv había empezado a fumar aquel polvo blanco se había convertido en alguien diferente. «A veces tienes que ser mezquina», le había susurrado a Claire. «Tienes que protegerte a toda costa»—. Meg puede ser amiga de quien le dé la gana —añadió Claire.

Meg se metió en la cama y se cubrió con la colcha. Hacía eso siempre que lloraba, creyendo que nadie se enteraría.

—Muy bien. —Elv tenía la cara roja como la grana—. Me trae sin cuidado Meg.

—A mí no —dijo Claire, acaloradamente.

—¿En serio? —dijo Elv—. ¿Te habría salvado ella?

Aquél fue el final de la amistad de Meg con Heidi, y a partir de entonces ella y Claire volvían caminando juntas desde el colegio. La luz de septiembre era implacable: el césped de los jardines estaba marrón. La gente del barrio miraba por las ventanas y pensaba que las dos hermanas Story parecían gemelas. Por las noches hacían sus deberes en la cocina, mientras Elv deambulaba incansablemente por la ciudad. A Meg no le importaba si volvía o no a hablar con Heidi y ya no estaba realmente interesada en tener amigas; en ese momento tenía a Claire, y eso era suficiente.

El tiempo refrescaba de noche y había que ponerse un jersey o una chaqueta ligera, y los bordes de las hojas ya se estaban doblando. Ese año, el otoño llegó pronto y fue especialmente bienvenido después del tórrido y húmedo verano. Annie había limpiado la mayor parte del jardín, tiró las lechugas y los calabacines de capullos blancos que se habían agostado y las vainas de guisantes chamuscadas. Meg la ayudaba, y Claire no tardó en decidirse a echar también una mano. Trabajaban bien juntas, a un ritmo constante, mientras arrancaban las malas hierbas, removían el suelo y recolectaban las últimas hortalizas. Pisaban los tomates caídos, y el ruido que hacían al aplastarlos les hacía reír hasta que casi se caían al suelo.

—¿Crees que tu pasado te acompaña para siempre? —le preguntó Claire a Meg un día. Estaban arrancando las estacas de madera utilizadas para mantener erectas las trepadoras más pesadas —. ¿Crees que puedes escapar alguna vez de él?

Caía una ligera llovizna y las dos hermanas Story llevaban puestos sendos impermeables. Su madre recogía las coles que nadie quería y que más tarde llevaría al ayuntamiento, donde había un comedor comunitario para los necesitados.

Meg se encogió de hombros.

—Creo que eres quien eres.

—Pero, ¿y si te atacan unos tiburones o te secuestran? Esas cosas te cambian, ¿sabes? No puedes ser la misma después de eso.

—No hay tiburones en North Point Harbor —puntualizó Meg.

—Una vez hubo uno. —Annie las había oído por casualidad y se acercó para tomar parte. Le encantaba pasar el rato con las dos niñas —. Apareció por la punta de Montauk.

—¡No, no es verdad! —Meg y Claire se echaron a reír.

—Y medía tres metros —les juró Annie, sonriendo de buena gana. Se sentía como antaño, cuando sus hijas eran pequeñas y ella también era más joven. Aun antes del divorcio, Alan nunca estaba en casa, así que estaban las cuatro solas y unidas.

—Tenía mil dientes —añadió Meg a la historia—. Y podía tragarse un caballo entero. Y una vaca entera.

—Y se podía comer una ciudad entera —añadió Annie—. Con sus casas y sus tiendas. Y, entonces, un buen día se largó. Se fue al mar al que pertenecía y nunca pensó en el pueblo llamado North Point Harbor.

—Se perdió y nunca lo encontraron —dijo Claire. Desde allí veía la ventana del dormitorio de las tres; las hojas del acerolo parecían alas negras. Cerró los ojos y deseó que jamás le ocurriera nada malo a Elv. Y lamentó también que no pudieran volver a lo que habían sido antes de que se convirtiesen en lo que eran en ese momento.

Acabó el primer semestre del colegio y Elv se había saltado todas sus clases. La policía la había detenido por robar en una tienda, aunque la denuncia fue retirada a cambio de que prometiera no volver a pisar la farmacia local. Sólo había sido esmalte de uñas y caramelos de menta, se justificó; no era un delito federal, precisamente. Al menos, Alan había contratado a un abogado decente y pagado la multa, que fue considerable. La tensión en la casa iba de mal en peor. Elv parecía tener un novio diferente cada semana, que la seguía como un perro, luego desaparecía y era sustituido por alguien nuevo. Había sucedido poco a poco, pero había acabado por convertirse en una extraña en su casa. Apenas hablaba, entraba y salía como una sombra… Desde la pelea a causa de Heidi Preston se había mostrado distante con todos, incluso con su querida Claire. Necesitaba espacio para respirar, eso era lo que le decía a Claire cuando ella se acurrucaba a su lado en la cama. Le decía que se fuera, aunque estaba llorando, tenía la piel fría y estaba completamente sola.

Meg investigó sobre la metanfetamina. Ella y Claire se sentaron en la biblioteca y se instruyeron sobre los efectos: sarpullidos, paranoia, violentos estallidos de ira, incapacidad para dormir… todo les sonaba familiar. Meg se encontró con Heidi Preston, que le contó que habían enviado a su hermano Brian a un colegio de Maine a causa de Elv: los padres de Heidi los habían encontrado

drogándose en el sótano. En aquellos momentos, Brian se había escapado del internado y ni siquiera sabían dónde estaba. Meg y Claire subieron a su dormitorio y registraron la caja de zapatos y examinaron el mapa colocado en la pared del armario empotrado. Claire no había reparado nunca en que todos los caminos de Arnelle eran circulares ni en que todos conducían al mismo sitio.

Una noche de principios de octubre cayó una helada repentina. Annie quiso proteger lo último de su cosecha, pues a menudo seguía teniendo tomates frescos en aquella época del año, que utilizaba para hacer salsa de espaguetis hasta bien entrado el invierno. Salió para extender un plástico sobre las escasas y temblorosas plantas que quedaban, y al levantar la vista vio salir a Elv por la ventana y bajar por el árbol. Annie se quedó absolutamente inmóvil, oculta por las hojas, mientras oía el viento y el revoloteo de las pocas polillas que quedaban en el jardín, brillantes en la oscuridad.

Elv llevaba puesta una fina blusa negra que se le adhería a los senos y los vaqueros negros. A pesar del frío, iba descalza, y empezó a correr en cuanto tocó el suelo. Por algún motivo Annie echó a correr tras ella. No lo pensó, tan sólo actuó. Fue como si alguien hubiera apretado un botón que activara un resorte y a Annie no le hubiera quedado más opción que correr. Elv caminaba sin hacer ruido y era sorprendentemente rápida. Annie se quedó sin resuello enseguida, pero continuó, siguiendo a su hija. Parecía como si todas las personas del mundo estuvieran durmiendo, ajenas al veloz transcurso del tiempo. Los perros ladraban en los patios. Aunque las hojas habían empezado a cambiar de color, en la oscuridad todo parecía negro.

Elv se dirigió hacia el aparcamiento del pequeño supermercado, donde, cerca de un pequeño grupo de acacias falsas que habían crecido entre el asfalto, había un viejo coche aparcado con el motor en marcha, escupiendo los gases del tubo de escape en la oscuridad. Annie se detuvo en una zona de zarzas con la respiración resonándole en la cabeza y sudando, aunque el aire era frío. Vio

abrirse la puerta del coche y del interior se escapó una ráfaga de música atronadora. En cuanto Elv subió, el coche partió a toda velocidad, haciendo chirriar los neumáticos. Annie se quedó entre las zarzas resollando y luego se dirigió a casa caminando lentamente, con un pinchazo en el costazo. Dentro del coche había unos chicos, ninguno del pueblo, ninguno que Annie reconociera. Creyó haber oído que Elv se reía.

Cuando llegó a casa, la luz de la cocina estaba encendida y Annie tuvo un arrebato de esperanza —quizá la hayan dejado en algún sitio y Elv ya está de vuelta—, pero cuando entró sólo la estaban esperando Meg y Claire, que habían hecho un té.

—¿La encontraste? —preguntó Meg.

Annie negó con la cabeza y fue a sentarse con las chicas. Claire le entregó a su madre una toalla de papel mojada; se había arañado con las zarzas, y le sangraban los brazos y la frente.

—Gracias —dijo Annie.

—Está tomando cristales —le dijo Meg a su madre.

—¿Qué? —Annie miró a sus hijas. Tenían que ir al colegio por la mañana y no debían estar levantadas a medianoche; Claire sólo tenía trece años y Meg, quince.

—Cristales de metanfetamina —le explicó Meg—. La/hermana de Brian Preston, Heidi, nos lo dijo. Él iba a nuestro colegio hasta que lo expulsaron.

Meg y Claire estaban sentadas juntas, tocándose con las rodillas. Se habían aliado y estaban delatando a Elv, aunque no tenían ninguna duda de que pagarían su deslealtad. Elv no era de las que perdonaban. *Je ne sprech suit ne rellal har*, había oído decir por casualidad Claire a Elv, cuando Meg encontró la pipa de cristal y la bolsa de polvo blancuzco: «Di una sola palabra y haré que lo lamentes».

Se lo había hecho prometer a las dos, aunque tenían los dedos cruzados a la espalda; alumnas aplicadas siempre de las lecciones de Elv, así habían aprendido a mentir. Meg le llevó la mochila de Elv a su madre; si no la paraban, ella no lo haría por sí misma.

Meg había convencido a Claire de que aquello era lo correcto,

aunque, incluso en ese momento, Claire no estaba segura. En los últimos tiempos había tenido problemas para dormir, porque temía que el fantasma de Justin Levy apareciera en la ventana, buscando todavía a Elv, y no paraba de pensar en demonios y mujeres con alas negras. Aquel día terrible, aguardó en el cruce de la señal de *stop* durante horas y acabó cubierta de picaduras de mosquitos zancudos, pero habría esperado mil años antes de volver a casa sin su hermana.

«Si no la ayudamos nosotras, nadie lo hará», le había susurrado esa noche Meg. «O ahora o nunca».

Claire pensaba que Elv la necesitaba y que, incapaz de hablar o de formar las palabras, la llamaba en silencio, utilizando el conjuro pensado para las ocasiones más desesperadas: *Reuna malin*, «sálvame». No había alternativa, y por eso estaban esperando cuando su madre volvió a casa. Habían ido a decirle la verdad sobre Elv, aunque sabían que en cuanto lo hicieran, nada volvería a ser lo mismo.

# *Hierro*

*Sólo queríamos estudiarlo, así que colocamos la trampa en el prado. Tenía unos barrotes metálicos y una compuerta que se cerraba de golpe cuando se cruzaba el umbral. La gente apenas creía ya en él, pero nosotros sí: habíamos visto su sombra.*

*Lo atrapamos a la primera.*

*Creímos que había sido la suerte, que era cosa del destino, y nos sentimos orgullosas de nosotras mismas.*

*Allí estaba, escondiéndose del sol. Los cuervos volaban en círculo en lo alto.*

*Como no se movía, lo azuzamos con palos. Teníamos miedo de que, si abríamos la compuerta, saliera corriendo, así que lo estuvimos observando durante todo el día.*

*«Dinos cómo te llamas», dijimos; sabíamos que si lo hacía, sería nuestro para siempre.*

*No dijo nada. A lo mejor no sabía hablar.*

*Cada vez estaba más pálido, tan pálido como un claro de luna.*

*Era tan bonito que no podíamos dejar de mirarlo. Lo observamos durante todo el día.*

*«Háblanos», le pedimos una y otra vez.*

*No dijo nada hasta que desapareció, enrollado como una hoja. Oímos con toda claridad que se llamaba tristeza, y entonces fue nuestro para siempre jamás.*

Se Hampshire. Todo estaba mejor y más vivo. El mundo entero resplandecía. Las otras chicas también iban para que no pareciera que había algún problema. Una ocasión de estar en familia, nada más; una correría por el campo. Era raro que Alan pasara siquiera una hora con su ex y las chicas, ni qué decir de un día entero. Era un intento de dar un enfoque nuevo y más civilizado al divorcio; así se lo habían explicado a Elv. Lo cierto es que Annie había tenido que forzar la implicación de Alan, que había dado su brazo a torcer después de no pocas discusiones y suplicáis. Sin embargo, debían de haber sido convincentes, porque allí estaba Elv, durmiendo en el asiento trasero. De vez en cuando, Annie oía a Claire y Meg susurrar entre sí en amello. Estaban preocupadas, dos palomas angustiadas. *¿Se sure gave ne?* «¿Falta mucho para que lleguemos?». *Sela se befora*. «¿Y si estamos equivocadas?». *Quell me mora*. «No hagas preguntas».

Annie tenía facilidad para los idiomas. Había aprendido francés oyéndoselo hablar a sus padres, y en ese momento, gracias a los retazos que Claire le había enseñado durante su convalecencia, comprendía un poco de amello. Recientemente había ido a ver a un psicoterapeuta, que le había hecho saber que nunca debía haber permitido que se construyeran una realidad independiente, en especial una que excluyera a los padres. Las hermanas Story se habían aislado del resto del mundo, como si fueran meras transeúntes en el mundo de aquí y ahora quisieran vivir en otro tiempo y lugar. Tales actividades provocaban desarraigo, delirios y deslealtad. Les debía haber bastado con el mundo en que vivían.

Elv iba tumbada, vestida con las ropas con las que había dormido. La habían despertado temprano, y aunque había gruñido y despotricado, cuando vio que su padre había ido a visitarlas, se calzó

las botas, cogió una sudadera y se tiró dentro del coche, donde no había tardado en volver a quedarse dormida. Estaba soñando mientras Meg miraba por la ventanilla, Claire se mordía las uñas, su padre conducía y Annie iba sentada en el asiento delantero con las gafas de sol puestas, aunque era un día sin sol. Annie había llevado una nevera con bebidas y bocadillos, a pesar de que nadie estaba interesado en comer. Los árboles estaban tan rojos cuando llegaron a New Hampshire que las hojas parecían lenguas de fuego. Elv bostezó y se repantingó sobre las piernas de Claire.

—*Halav semma burra*. —Hablaba medio en sueños. «Qué incómodo es esto».

Elv seguía llevando los huesos del petirrojo, que se habían vuelto amarillos y mostraban unas estrías negras en el tuétano, aunque a ella no le importaba que se descompusieran: todas las chicas necesitaban una protección contra el mal.

Elv pesaba, aunque Claire no se quejó, y pasó los dedos por el enmarañado pelo de su hermana. Elv no se lo cepillaba ni se lo cuidaba, aunque seguía siendo hermoso. Durante un instante, Claire pensó que debía despertarla; si escapaban, podrían vivir en el bosque, alimentándose de bayas silvestres, comunicándose con los osos, y no las encontrarían nunca.

—Déjala dormir —le susurró Meg.

Desde que se lo habían cortado, el pelo de Meg se había vuelto basto, y ya no era lacio; se le rizaba los días húmedos. Había cumplido dieciséis años y durante un tiempo tuvo la misma edad que Elv. De hecho, se sentía como la hermana mayor, la que tenía que levantarse y hacer todas las faenas de casa, regar el jardín, hacer los deberes y guardar silencio cuando quería gritar. Esa mañana, cuando se dirigían hacia el camino de acceso a la casa, se inclinó para decirle a Claire en un susurro:

—Cuando lleguemos a New Hampshire, haz todo lo que yo te diga.

Su madre se había sincerado con Meg. Le había dicho que aquella injerencia era por el bien de Elv. Querían salvarla. Y cuando Meg le había revelado parte de esto a Claire, ella no pudo sino

preguntarse si Elv quería ser salvada.

Mientras viajaban, Meg recordó haber leído en alguna parte que los tigres pueden oler el miedo, y que lo mejor que se podía hacer si alguna vez te atacaban era pensar en chocolate o canela, olores que enmascaran el miedo. Se obligó a pensar en chocolate fundido y tartas de manzana calientes y en las tostadas de nubes de malvavisco que acostumbraban a hacer a la parrilla en verano. Puso tanto empeño en ello que llegó a saborear el chocolate, aunque tenía un gusto áspero y lamentó no tener a mimo la nevera que había llevado su madre, en la que había botellas de agua mineral.

Cuando Elv se despertó, estaba cansada y de mal humor. Alcanzaba a ver imágenes fugaces por la ventanilla: hojas rojas, la corteza negra de los árboles, las sombras de otros coches… Sabía que llevaban viajando mucho tiempo.

—*Harra Leviv jolee* —murmuró. «Nuestros padres están locos»—. *Ja below New Hampshire*. —«Odio New Hampshire».

A pesar de los nervios, Meg y Claire se rieron; ellas también odiaban New Hampshire. El día se estaba haciendo ya demasiado largo, y se les estaban durmiendo las piernas bajo el peso de su hermana. Elv tenía unas pequeñas marcas por todo el dorso de ambas manos allí donde se quemaba cuando se aburría. Se habían formado costras en las quemaduras, y parecía que estuviera pasando la varicela. Tenía quince estrellas negras en el cuerpo, la mayoría en lugares que su madre no podía ver, tatuajes caseros que se había hecho hundiendo una aguja con tinta en la piel. Tirados en el suelo de su armario empotrado había docenas de bolígrafos Bic rotos. Puesto que su madre no veía nada, Elv se había salido con la suya. Había perfeccionado el engaño casero; un secreto, después de todo, sólo podía considerarse como tal si nadie tenía noticias de él.

Annie puso la radio y sonó una canción que hablaba del enamoramiento. Mantuvo la mirada al frente, pues estar en el coche con Alan resultaba aún más incómodo de lo que había imaginado. Pero era el padre de las chicas, a pesar de que se hubiera ido a vivir con su novia, aquella mujer guapa que había venido a comerse la tarta de cumpleaños de Elv. Bueno, ¿qué importaba con quién

estuviera? Annie no sabía si alguna vez lo había querido. Mientras avanzaban por la carretera, se preguntó si alguna vez volvería a sentir algo. Tal vez no tuviera sentimientos. ¿Qué clase de persona engañaba a su propia hija? Se había convertido en la bruja del bosque, tal y como Elv había predicho en su diario, que señalaba el camino con un rastro de bocadillos y mucha alegría. Era la vieja que robaba niños y los engañaba para que se adentraran en el bosque. Del lugar al que se dirigían no escapaba nadie, o al menos eso es lo que ponía el folleto: jamás había conseguido escapar ni un solo estudiante.

Había empezado a llover, los limpiaparabrisas marcaban su rítmico compás y las ventanillas estaban empañadas y cubiertas de regueros. Las hojas rojas caían formando nubes. Atravesaron un pueblecito donde todo, excepto la gasolinera, parecía estar cerrado por fiesta o sin actividad. Annie no había dejado de investigar durante las últimas semanas. Había consultado a un consejero familiar y acudido a un psicoterapeuta, y se había metido en Internet y hablado con otros padres compungidos de medio país. La opinión general siempre era la misma: el colegio Westfield era el mejor y, aunque irrisoriamente caro, tenía fama de ser el que mayor éxito tenía con chicos como Elv. Annie le había pedido prestado el dinero a sus padres, y su padre le había extendido un cheque sin preguntarle para qué era. Estaba enfermo, aquejado de una cardiopatía obstructiva, y para Annie era muy desagradable tener que pedirle algo. Pero durante la primavera, el abuelo había estado en París con las chicas y se había dado cuenta de lo que ocurría con Elv. Cuando volvieron a París después de pasar el verano en Nueva York, el hombre con el que Elv había estado liada seguía merodeando por allí. En una ocasión, al regresar a casa después de asistir a la ópera, lo encontraron llorando debajo del castaño, y Martin había tenido que echarlo a escobazos.

Después de atravesar el pequeño y tranquilo pueblo, cogieron un viejo camino forestal que serpenteaba a través de las montañas. Junto al camino discurrían unos muros de piedra, lindes de unos abandonados manzanares cuyos terrenos seguían salpicados de unos

árboles negros y retorcidos. El colegio se levantaba en una hacienda bastante venida a menos, y toda la propiedad estaba rodeaba por una cerca que se ocultaba tras los pinos, aunque si mirabas con detenimiento, veías un entramado de alambre de espino. Claire la descubrió de inmediato, y aquello hizo que pensara en una telaraña espinosa e imaginase miles de arañas recorriéndole la piel. Estaba teniendo un ataque de pánico, y no entendía que le doliera respirar. Atravesaron una cancela automática que se cerró tras ellos con un chasquido. Seguía lloviendo, una lluvia fría para octubre, y tuvieron que cruzar charcos enlodados. No era de extrañar que todos odiaran New Hampshire.

Elv se había emborrachado la noche anterior, por lo que estaba resacosa, agotada y más conformista de lo habitual, así como bastante sorprendida por la idea de que su padre, por lo general tan indiferente, las acompañara. No tenía ni idea de que los orientadores la estuvieran esperando, dos tipos grandes que no tenían el aspecto que Annie había supuesto que tendrían dos orientadores escolares: más bien parecían boxeadores profesionales o gorilas de un club nocturno. Llevaban puestos unos impermeables negros y botas de trabajo, y estaban parados bajo la lluvia, esperando. Si Annie hubiera podido sentir algo, tal vez se habría visto abrumada por el arrepentimiento o podría haber hecho que Alan diera la vuelta, pero estaba paralizada; todas lo estaban. Meg y Claire miraban por la ventanilla sobrecogidas: el lugar parecía una cárcel. El coche se detuvo, Alan abrió la puerta y salió. Annie se volvió hacia las pequeñas, y Meg pensó que podía oler el miedo de su madre. Nadie le había dicho que pensara en el chocolate.

—Quedaos en el coche —les dijo.

Cuando Annie salió del coche, se empapó inmediatamente. La lluvia caía con tanta fuerza que resultaba ensordecedora. Mientras Alan se dirigía a hablar con los orientadores, Annie abrió la puerta trasera y se asomó al interior.

—Elv. —Incluso a ella misma le sonó a traición—. Levántate.

Elv bostezó y se estiró, y la lluvia le salpicó en las piernas.

—*Al je meara* —dijo Elv. «Déjame en paz». Annie extendió la

mano y la zarandeó por el hombro.

—Ya estamos aquí.

No se había hecho mención previa de ningún destino en concreto. Aquello no era más que una excursión al campo, tan sólo una comida campestre otoñal, una oportunidad de pasar algún tiempo con su padre. Elv había bajado la guardia y aceptó ir, y de repente había un *aquí*. A Elv no le gustó cómo sonó aquello. Se incorporó en el asiento trasero y miró fuera, escudriñando a su padre y a los dos hombres que hablaban con él. También a ella le pareció una cárcel el edificio que tenían detrás. No necesitaba ver más: se dio cuenta de que era una trampa. Empujó a su madre para pasar. Annie no era rival para ella, así que cayó hacia atrás cuando Elv saltó fuera del coche.

No era tan imbécil como pensaban. Le importaba un comino el barro que hubiera allí, chapoteó sobre él al echar a correr. Su pelo se asemejaba a una catarata al lanzarse bajo la lluvia, concentrada en el bosque que tenía delante, en las hojas rojas y en la corteza negra. Voló hacia allí, creyendo que les llevaba una ventaja considerable, pero entonces oyó la respiración agitada de sus perseguidores, que parecían caballos, acercándose por detrás. Y entonces la derribaron, con tanta fuerza que le rompieron tres costillas. Elv oyó el crujido de los huesos, y con un doloroso ramalazo se quedó sin respiración. Ya en el barro, intentó zafarse de quienes la agarraban. Al caer, el collar de huesos de petirrojo se hizo pedazos, que brillaron *como* el ópalo al desperdigarse. Elv alargó la mano para coger los trozos rotos, pero se los quitaron de las manos. El suelo estaba frío y viscoso, y el barro podía asfixiarte si gritabas y luchabas mientras te mantenían con la cara contra el suelo. Le estaban haciendo daño, aunque Elv no cejaba en su empeño de huir. Había practicado el escapismo con cuerdas para que nadie pudiera volver a hacerle aquello nunca más, y se había cortado para fortalecerse y habituarse al dolor. Deseó poder encontrar la puerta que conducía al otro mundo, pero estaba demasiado lejos de ella. Se dio cuenta de que la estaban dominando, así que mordió en la mano al hombre que la sujetaba. El sujeto la zarandeó, soltó algunas palabrotas y la agarró con más fuerza. Elv

vio las estrellas, pero no le importó; había conseguido hacerle sangre. Nunca más permitiría que la asustaran, la ataran con esposas y la amordazaran.

La secretaria del director había salido para acompañar a Alan y Annie al interior, sujetando un paraguas negro sobre sus cabezas: había algunas cosas que ningún padre debía ver. Después de una breve charla orientativa de media hora, les pedirían que se marcharan. Durante los tres primeros meses no se permitían llamadas telefónicas ni visitas ni se admitían envíos de paquetes desde casa. Los estudiantes tenían que estar fuera de su medio, lejos de los detonantes que los habían conducido a las drogas y al comportamiento descontrolado. Annie temblaba, Alan chorreaba agua y en el suelo, bajo sus pies, se formaron unos charcos. El colegio olía a desinfectante y al desayuno de aquella mañana, beicon y tostadas requemadas. Se sentaron en una mesa de reuniones y firmaron los documentos de inscripción de su hija, mientras los orientadores arrastraban a Elv hasta la puerta de la residencia de estudiantes, un edificio de hormigón pintado de verde claro. Claire y Meg observaban todo por la ventanilla del coche, y a Claire se le hizo un nudo en la garganta.

—*¡Nom gig!* —gritó Elv—. *Reuna malin*. —«Sálvame».

Uno de aquellos hombretones la levantó; le puso las manos por todo el cuerpo, tocándola en sitios en los que no debería haberla tocado, porque no podía. La levantó del suelo en vilo como si Elv no fuera más que un saco de piel y huesos.

Claire y Meg estaban paralizadas.

—¡Venid a ayudarme! —les gritó Elv.

Uno de los hombres abrió la puerta de entrada a la residencia, mientras el otro sujetaba a Elv. Claire bajó la ventanilla para ver mejor: le estaban haciendo daño. La lluvia entró en el coche y estaba fría.

—No escuches —le dijo Meg a Claire, y subió la ventanilla. No podían deshacer lo que habían hecho. La lluvia caía cada vez con más fuerza, y había tantas hojas en el parabrisas que ya no podían ver nada a través del cristal. Se acurrucaron en el suelo del coche,

abrazadas. Claire pensaba en los mosquitos zancudos que revoloteaban en el cruce de la señal de *stop*, en la desazón que había sentido y en lo paralizada que se había quedado aquel aciago día.

Por su parte, Meg era incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de los tigres. Se decía que nunca olvidaban un acto de crueldad ni de bondad y eran famosos por su espíritu vengativo: volvían a los pueblos donde se habían colocado trampas y acababan con cualquiera que se cruzara en su camino. Soñaban con piel y huesos, y todo lo que comían olía a venganza.

—No le van a hacer daño. —Meg cruzó los dedos a la espalda con la esperanza de que lo que estaba prometiendo no se volviera en su contra y resultara no ser cierto—. Y cuando vuelva de nuevo a casa, será otra vez la que era.

Claire no dijo nada, aunque sabía que aquello no era cierto. Ojalá pudiera salir y recoger los huesos del petirrojo, ojalá pudiera hacer que desapareciera aquel día. Elv había pronunciado el conjuro en voz alta y ella no había respondido.

Siguió escuchando la lluvia, y entonces comprendió lo que estaba sucediendo: el mundo que habían conocido se escapaba de ellas.

Al final volvieron sus padres. Entraron en el coche sin hablar, llevando con ellos la humedad y el frío. Cerraron las puertas del coche de sendos portazos y Alan hizo girar la llave en el contacto. No había nada más que decir. Sería la última vez que estarían todos juntos. Después de aquello Alan vería a sus hijas cada vez menos, y ellas nunca se pondrían en contacto con él. Y cuando lo vieran, les vendría a la memoria aquel día, cuando su padre se echó a llorar al arrancar el coche, compungido no por ellas ni por Elv, sino por sí mismo.

—Si hubieras sido más estricta con ella, no habría sucedido nada de esto —le dijo a la madre de las chicas.

Annie no respondió, y sus hijas no la culparon por ello. Conservaba la huella de los arañazos que se había hecho con las

zarzas al seguir a Elv por el bosque y había perdido más de cuatro kilos sin proponérselo. Mientras se alejaban, Claire y Meg se quedaron donde estaban, en el suelo del coche. Eran demasiado mayores para comportarse de una manera tan infantil, dieciséis y catorce años, tan altas ya como una mujer adulta, y en circunstancias normales su madre habría insistido en que se pusieran los cinturones de seguridad, pero en esta ocasión no dijo nada. Ni siquiera pareció darse cuenta de que ellas no estaban en sus asientos.

Fue un trayecto agitado el del camino lleno de baches, que se hizo más suave en cuanto cogieron la carretera asfaltada que llevaba al pueblo. El coche culebreó entre las montañas, pasó el pueblo y llegó a la carretera principal. Claire apoyó la cabeza en el asiento y casi se quedó dormida. Llovió y llovió, hasta que paró de repente. Llevaban viajando todo el día y Alan detuvo el coche en el aparcamiento de un restaurante. Los bocadillos de Annie se habían echado a perder, empapados después de tantas horas en la nevera, y nadie los quiso. La luz se estaba yendo, e incluso las hojas rojas parecían oscuras; Los cuatro salieron del coche. Nadie habría pensado que eran una familia. Soplaba el viento y Annie seguía temblando.

—Tomemos un chocolate caliente —sugirió Alan.

Estaban agotados y helados, y no veían el momento de salir de New Hampshire. Ninguno había comido, ni siquiera desayunado, y las tripas les hacían ruido. El padre de Claire y Meg no sabía que a sus hijas ya no les gustaba el chocolate caliente, pero lo cierto es que no sabía absolutamente nada sobre ellas. Las chicas habían empezado a tomar café, pues ya eran lo bastante mayores. Se alisaron el pelo y los abrigos.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Claire a su hermana. Seguía teniendo el nudo en la garganta. Su soledad era como una piedra negra que no podía tragar.

Caminaban detrás de sus padres. No tenían ni idea de dónde estaban, si se trataba de un pueblo o sólo de un punto en el mapa del que nadie había oído hablar. El restaurante tenía un cartel de neón azul que parecía lluvia cayendo sobre una carretera negra.

—No preguntes —dijo Meg.

Como Elv seguía sin tranquilizarse, le pusieron una camisa de fuerza durante trece horas. Debían haberla liberado al cabo de siete, pero los turnos cambiaron y la olvidaron en la sala de reflexión. La enfermera de guardia que la encontró se disculpó y le dijo que no volvería a ocurrir nunca más.

Siempre que no hiciera nada para que ocurriera, claro. Elv sabía la manera de controlar sus modales hasta que pudiera escapar. Después de aquel incidente inicial, se mostró tan sosegada que cualquiera habría imaginado que era una chica tranquila y bastante bien educada. Tenía buenas razones para aparentarlo: las hebillas de la camisa le habían dejado marcas en la piel. Se compenetraba con el hierro, y sabía el tipo de marcas que dejaba la cuerda. Cuando se negó a comer, la amenazaron con meterle la comida a la fuerza, así que enseguida aceptó el pan que le daban. Aprendía con rapidez: lo que había ocurrido una vez, no volvería a ocurrir. Y se fue tranquilizando cada vez más, agazapada en Arnelle, aguardando su momento.

El médico que la examinó le dio paracetamol para las costillas, y le dijo que si era su voluntad portarse tan mal, habría consecuencias. Elv se dirigió a la habitación que le habían asignado sin quejarse, ni de sus costillas ni del frío suelo de linóleo ni de los pequeños bicharracos negros que salieron corriendo cuando encendió la luz del baño. Se acercaba a todos y a todo con prudencia. Se sentía angustiada y aterrorizada, y a menudo se despertaba sobresaltada sin poder respirar. Había sido traicionada y engañada, pero no la destruirían. Le había ocurrido lo mismo a la nueva reina de Arnelle, a quien la antigua reina había advertido que desconfiara de todos, que no cerrara los ojos ni una vez: la traición era rápida, incisiva, inesperada. Una de sus hermanas era celosa y mezquina, y la otra, aunque de buen corazón, débil, y habían unido sus fuerzas en el mundo de los humanos. Elv había llegado a despreciar a las hadas, aquellas criaturas retraídas y traicioneras, y puesto que la historia

había cambiado, así tenía que hacerlo su lealtad. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que existía una gran diferencia entre un demonio, que era un espíritu puro de la oscuridad bastante parecido a ella, y un trasgo, que era un humano con corazón diabólico. Y al igual que la nueva reiná, decidió reclutar demonios. Sólo ellos tenían el suficiente poder para acudir en su ayuda y desliar las negras enredaderas utilizadas para sujetarla bajo el tocón de un castaño.

Se esmeró en cumplir las normas de Westfield. Jamás hablaba con descaro a los celadores u orientadores o lo que fuera que se suponía que eran, y asistía a los grupos de terapia, donde fingía prestar atención y a veces hasta intervenía, tímidamente, sin darle demasiado al pico. Pero durante todo ese tiempo cada vez se fue sumergiendo más en Arnelle. ¿Qué era un demonio si no un alma perdida a la que se la obligaba a utilizar sus habilidades para sobrevivir? Encontraba refugio entre ellos, se escapaba de las lianas que la sujetaban y se internaba corriendo en el bosque. Allí encontró un jardín de rosas negras, el lugar perfecto para esconderse tanto de las hadas y los trasgos como de los humanos.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, Elv era capaz de estar en ambos lugares al mismo tiempo, lo cual suponía un gran triunfo y un alivio aún mayor, de tal suerte que podía hablar con un profesor y estar en el jardín negro al mismo tiempo. Hizo una promesa amella que pensaba mantener: conseguiría superar aquello y luego les haría pagar por lo que le habían hecho. Ella y los demonios arrebatarían Arnelle a los rebeldes que seguían persiguiéndola. Las hadas y sus compinches humanos serían atrapados en cazamariposas por los demonios, y luego serían arrojados al mundo de la vigilia, en la ciudad de Nueva York, en París, allí mismo, en el bosque de New Hampshire. Todos aquellos demonios habían sido traicionados, como lo había sido ella, desterrados y denigrados. Todos se sentían profundamente solos.

El folleto decía que Westfield era una escuela terapéutica, pero por lo que concernía a Elv no era más que un simple pozo negro para mozalbetes malcriados y drogadictos con trastornos de personalidad. La mayoría de los internos procedía de familias de

clase media, y no estaban allí por orden judicial, lo que garantizaría que el estado, el condado o la ciudad donde vivían pagaran los gastos académicos. Al terminar el primer mes, Elv ya había comprendido la filosofía del colegio, que no era otra que la de doblegarte rápidamente hasta reducirte a la nada. Te destruían y luego te reconstruían de nuevo, sólo que lo hacían a su manera, al estilo de Westfield. Lo que querían eran clones, gente sin pensamiento propio con el programa de Westfield grabado en sus almas, y a tal fin machacaban a la gente, destrozándola en las terapias de grupo. Durante el primer mes, Elv llevó un trozo de cartón colgado del cuello que rezaba: «SOY UNA MENTIROSA». Le había dicho a un profesor que se había perdido una clase porque se notaba febril, pero cuando le tomaron la temperatura era normal. Bueno, lo cierto es que detestaba aquella asignatura, y si era una mentirosa, al menos era algo que hacía bien. Tendrían que hacer muchísimo más que colgarle un cartel del cuello si querían humillarla. Por suerte, no estaba en el grupo del psicoterapeuta que insistía en que sus pacientes se desnudaran y se colocaran en círculo, para que no pudieran esconder su yo interior. Habrían tenido que arrancarle la ropa y aun así Elv no hubiera estado dispuesta a dejar ver nada.

Elv se había enterado de la peor técnica de Westfield por su único aliado, Michael. Michael provenía de Astoria, Queens, y había eludido la cárcel a cambio de pasar un año en el colegio. Le contó a Elv que a aquellos alumnos que no mejoraban y se negaban sistemáticamente a cooperar les hacían algo llamado «manteamiento», que consistía en envolverte totalmente en una manta y no dejarte mover durante horas —daba igual lo mucho que forcejearas—, hasta que al final renacías con un flamante y complaciente ego. Se suponía que tenía que ser un renacimiento,

aunque no se trataba más que de un sometimiento absoluto. A veces te mantenían inmovilizado durante horas. Si Elv pensaba que la camisa de fuerza era mala, le dijo Michael, aquello era mil veces peor. Cuando te encontrabas con que apenas podías respirar, cuando te asfixiabas con tu furia y tu bilis, no te quedaba otro remedio que ceder. Así te convertían a su mundo.

Se decía que los demonios eran crueles, pero un demonio jamás habría sido tan brutal. Un demonio se limitaba a llamarte por tu nombre, te rodeaba con sus brazos, te contaba en susurros su apuro, comprendía el tuyo y luego se apoderaba de ti. El alcance de la crueldad humana seguía asombrando a Elv. Si querías sobrevivir en aquel lugar, tenías que hacerles creer que te habías rendido, pues cuanto más te resistieras, con más violencia te quebrarían. Tenías que esconderte, eso lo entendía. En una ocasión le dijo a un trasgo que la liberara. Le había hablado con tanta dulzura que él le había desatado las cuerdas, dado la espalda y dejado sola para ir a buscarle un vaso de agua. La ventana estaba abierta. Ya a los once años ella sabía que las oportunidades no se repetían.

Durante los primeros tres meses, Elv tuvo los privilegios de nivel uno: ni llamadas telefónicas ni visitas. Se le asignó la limpieza de las letrinas con la intención de domeñarla, un trabajo asqueroso y repugnante, pero ella no se quejó. No iba a volver a la celda de aislamiento bajo ninguna circunstancia. Todos los días cogía una fregona y un balde de agua jabonosa y hacía su trabajo. En los baños había escarabajos, y se suponía que Elv tenía que matarlos con un insecticida en aerosol, pero los dejaba vivir. Ojalá pudiera meterlos en un sobre y enviárselos por correo a Meg. «Gracias por traicionarme», le escribiría en la nota. Era un personaje de cuento de hadas, fregoteando desde el alba, pero ella tenía pelo, dientes y alas. No le importaba levantarse a las cinco y media, pues le encantaba el color azul oscuro del cielo a esa hora, y apreciaba la sensación de estar sola en el mundo. «Pagarás con creces lo que me has hecho».

A Elv no le gustaban las chicas de Westfield, lo cual no la

sorprendió. La gente era envidiosa, mezquina y mala, y no le importaba lo que pensaran. Ya estaba sola. Cuando una chica imprevisible llamada Katy empezó a perseguirla, a insultarla y empujarla, a Elv le resultó difícil no responder, pero se ciñó a su plan: «sígueles la corriente a todos y tendrás más oportunidades de conseguir lo que quieres; deja que la persona con poder crea que estás de su lado».

—¿No te han dicho nunca que eres una zorra? —le dijo Katy. La había tomado con ella desde que Elv había sugerido en una terapia de grupo que tenía problemas para controlar su ira.

Elv ya había decidido que cuantos más problemas causara Katy, mejor se portaría ella. Cuando Elv se dio la vuelta para alejarse, Katy agarró un jarrón de cristal de la mesa de la recepción y lo lanzó a la cabeza de Elv. Desde entonces sólo estuvieron permitidos los jarrones de plástico. El jarrón se rompió en cientos de afilados trozos, y se tardaron varias semanas en terminar de barrer los pequeños pedazos estrellados de cristal.

Cuando los orientadores entraron corriendo en la habitación para separar a las chicas, todos pudieron ver claramente que Elv era la víctima. Enredados en su pelo asomaban unos cuantos fragmentos del jarrón, brillando como cuentas de hielo en un hilillo de sangre. Elv estaba pálida y tenía los ojos cerrados. Estaba en el jardín de Arnelle cuando la llevaron a la enfermería. «No reveles nada, no digas nada, y al final conseguirás lo que quieres».

Katy fue inmediatamente trasladada a la celda de aislamiento, y Elv, por su parte, fue liberada de la limpieza de las letrinas. Le entraron ganas de saltar y aplaudir, pero se limitó a decir «Gracias» en voz baja y solemne. «Les agradezco su confianza y apoyo». Dominaba a la perfección el lenguaje de la autoayuda, y en el grupo de terapia contaba lacrimógenas historias que conmovían a todos. Parecía como si estuviera mintiendo, aunque era la verdad: que la habían tenido a pan y agua, que la habían mantenido confinada… Cuando lloraba, sus lágrimas estaban hechas de cristal y se rompían en dos cuando caían al suelo. Nadie se daba cuenta, todos pensaban que eran reales, como si Elv hubiera lamentado alguna vez lo que

había ocurrido.

Se dio cuenta de que empezaba a gustar a los profesores, que la compadecían porque creían que había sido tratada injustamente en casa, que procedía de una familia desestructurada a causa del divorcio y los secretos familiares y que tan sólo intentaba recuperar su vida. Era una alumna modélica y enseguida conquistó a los profesores. Asistía a todas sus clases, aunque eran una pérdida de tiempo: bastaba con aparecer y aprobabas. A Westfield le gustaba alardear de que el cien por cien de los alumnos inscritos terminaba el instituto, aunque nadie aprendiera nada. Era todo una gran pantomima organizada para los padres.

No pasó mucho tiempo antes de que le concedieran permiso para pasear por los jardines. Fue a buscar los huesos del petirrojo, aquellos trozos brillantes y opalescentes, aunque habían caído demasiadas hojas y no encontró ni uno. Se tumbó sobre las hojas y escuchó a los que habitaban debajo llamarla por su nombre. Se detestaba por llorar, aunque hubieran sido lágrimas de cocodrilo. Allí mismo, en aquel preciso instante, quiso renunciar a todos sus atributos humanos, pues no le habían reportado nada. Sólo la habían llevado allí. En Arnelle era la que liberaba a los demonios de las redes que los atrapaban y la conocían como su redentora. En el mundo de los demonios, era importante. En aquel mundo era una reina.

La madre de Elv le envió un regalo por Acción de Gracias: un jersey negro de cachemira. «Ahora que llega el frío», había escrito Annie. ¿Le estaba tomando el pelo? Su madre jamás quiso saber la verdad sobre nada, empeñada en creer que todo estaba bien y que no había piel y huesos ni trasgos ni normas. A los alumnos de Westfield no se les permitía llevar su propia ropa, así que Elv regaló el jersey a Julie Hagen, la orientadora que tenía a su cargo la asignación de las tareas. Elv no podía tener nada que no fueran aquellos horribles vaqueros y la camiseta verde que todos estaban obligados a llevar. ¿Y qué más daba? Tal vez la hubieran atrapado en Westfield, pero ella

estaba escondida en Arnelle. Aspiró la fragancia de las hipnóticas rosas negras mientras avanzaba por el pasillo hacia la cafetería y sintió que le brotaban las alas a través de la piel, pluma a pluma, hueso a hueso. No esperaba que doliera tanto.

En lo más crudo del invierno, cuando la nieve alcanzaba casi un metro de altura y los abedules blancos se difuminaban en el paisaje, Elv se ganó el derecho a cuidar de los caballos. Se había esforzado mucho para conseguir el trabajo que le diera mayor libertad. Había jurado que el azúcar la ponía hiperactiva y le daba sus postres a Julie Hagen, la orientadora a la que había regalado el jersey negro de cachemira. La señorita Hagen era bastante crédula, así que Elv se dedicaba a merodear por su despacho con la excusa de que se sentía sola. Empezó a hacerle recados y no tardó en convertirse en la mimada de la señorita Hagen y en su triunfo personal. Al final, la artimaña dio sus frutos, y cuando la nieve lo cubría todo y anochecía a las cuatro, Elv consiguió la bicoca que codiciaba.

Tal vez otros alumnos temieran los caballos o se negasen a palear el estiércol o se resistieran a levantarse tan temprano para hundirse en el campo nevado horas antes del amanecer. Elv estaba emocionada con su nuevo puesto y valoraba sobremanera aquel tiempo de soledad. Se dirigía a los establos muy temprano y se quedaba allí la mayor parte del día, a excepción de las pocas horas que tenía que pasar en clase. Las primeras y centelleantes luces de la mañana proporcionaban el momento perfecto para atisbar a los búhos que se posaban en los árboles altos después de una noche de vuelo. Una vez, apareció un zorro en la nieve, y Elv se quedó parada allí, en silencio, respirando el aire frío mientras observaba el color escarlata de la piel del zorro, sintiéndose hechizada y afortunada. Podría haber estado en cualquier parte, en un brezal, un páramo o un jardín.

Annie telefoneaba todas las semanas, pero Elv nunca atendía sus llamadas. Cuando cogió la gripe, fue la señorita Hagen la que le llevaba té y paños fríos para la frente. Y cuando llegaron las fiestas,

Claire fue la única que le envió una postal. Elv se sentó en la cama para leerla. La tarjeta tenía la forma de un basset hound, y se parecía a *Pretzel*, que había vivido en la misma calle. La postal tenía impresa la siguiente leyenda: «¡Caray!, te echo de menos».

«Vuelve», había escrito Claire. *Nom brava gig*.

Claire le escribía todas las semanas, y aunque Elv leía las cartas con avidez, no las contestaba. Si Elv hubiera sido la que se encontraba en el coche, jamás se habría quedado sentada allí, paralizada por el miedo, mientras se llevaban a su hermana al colegio. Habría hecho cualquier cosa para detenerlos, pero Claire no sabía lo que ella sabía, y Elv daba gracias porque fuera así. Claire no sabía ser cruel, ni contraatacar, ni luchar por su vida.

Elv no le escribió, pero metió la postal debajo de la almohada. Era lo único que guardaba de su casa.

Cuando Annie fue a visitarla, lo hizo sin avisar, inesperadamente, también sin que se lo pidieran. Pensó que podría ser la única forma de comunicarse con Elv, que si se sentaban y hablaban tal vez podrían resolver lo que se había estropeado. Pasó toda la semana soñando con su hija, y al final temía conciliar el sueño. Sus vidas habían continuado como si todo fuera normal o lo pareciese. Annie y las chicas desayunaban juntas, y luego Meg y Claire se iban al colegio.

Annie había dejado de trabajar, decidida a centrarse en su familia, y ya que tenía dinero ahorrado, vivirían de él. Estaba deseando dedicarse a algo, aunque ese algo fuera hacer de chófer. Preparaba cenas complicadas, aprendió a cocinar *sushi* y empezó a tricotar, y ayudó a las chicas a pintar su dormitorio de un intenso amarillo huevo con la esperanza de levantar el ánimo en la tercera planta.

De noche, sin embargo, nada parecía normal. La casa estaba llena de ruidos, las ramas golpeaban el techo formando una extraña melodía. A veces soñaba que llevaba a Elv a Westfield, con las mismas curvas de la carretera, las mismas hojas que caían, con aquel

terrorífico momento en que Elv miró por la ventanilla y se dio cuenta de dónde estaban. Todos decían que esperase, que Elv se pondría en contacto con ella cuando estuviera preparada para hacerlo. Le decían que su hija mayor cambiaría totalmente y que volvería a ella. Pero ya había esperado suficiente.

Un día, después de que Claire y Meg se fueron al colegio, Annie se metió en el coche y partió hacia New Hampshire. Había sido tan apremiante el impulso que ni siquiera se había molestado en escuchar las previsiones meteorológicas. Cuando llegó al límite del estado de New Hampshire, nevaba con tanta fuerza que la carretera no parecía la misma. Se detuvo en un supermercado, compró comida y siguió su camino. Cada vez más desorientada, tuvo que parar varias veces para preguntar el camino. La zona que rodeaba Westfield era un misterio. Las carreteras estaban mal señalizadas y los desvíos surgían de manera imprevista; todo estaba blanco y los bosques no tenían fin. Abetos, robles y desmoronados muros de piedra serpenteaban por donde otrora había habido campos de labranza. Annie detuvo el coche en el arcén, completamente perdida. El terreno era agreste y accidentado y, sin querer, había pasado por encima de algunos troncos caídos. Fuera como fuese, había dejado atrás el desvío al colegio Westfield.

Un coche de la policía se detuvo detrás del suyo. Annie sabía que estaba a punto de echarse a llorar, así que se puso las gafas de sol. El agente se acercó y dio unos golpecitos en el cristal.

—¿Va todo bien? —le preguntó, cuando Annie bajó con un zumbido la ventanilla. El hombre la miró con curiosidad.

—Me he pasado el colegio Westfield. No lo he visto. Mi hija está allí.

—Puede hacer un cambio de sentido —autorizó el agente—. Me aseguraré de que la carretera esté despejada.

Annie se dio cuenta de que la compadecía, porque veía aquella misma expresión en los vecinos y los amigos.

—Está a poco menos de medio kilómetro a la izquierda. ¿Por qué no se queda aquí hasta que esté en condiciones de conducir? —le sugirió el agente—. Esperaré, no tengo prisa.

Annie se quedó allí aparcada durante un rato, y después giró y enfiló de nuevo el asfalto. El agente le dijo adiós con la mano, y Annie tuvo la sensación de que él era la única persona sobre la Tierra que sabía que estaba viva. La nieve caía ya con más fuerza, y pese a avanzar despacio, no era capaz de ver nada. Siguió conduciendo lentamente, y cuando escudriñaba a través de los copos grandes y esponjosos, las verjas de Westfield aparecieron envueltas en una niebla blanca. Esa vez no se pasó el desvío.

La bolsa de las provisiones estaba encima del asiento trasero: fruta, galletas y una planta. Annie aparcó y recogió su regalo. Se dejó puestas las gafas de sol y se ató un pañuelo a la cabeza. El colegio parecía diferente bajo la nevada, como si hubiera quedado atrapado en una bola de nieve. El campus parecía extenderse tan lejos que podría haber sido perfectamente la estepa rusa. La madre de Annie siempre decía que su infancia en Moscú había sido una infancia invernal. Lo primero que los padres de Natalia hicieron al llegar a París fue comprar fruta, algo que, excepto a lo sumo unas manzanas marrones, rara vez habían tenido. Fue Natalia quien inició a Elv en su afición a los albaricoques. «La fruta es siempre una ofrenda» —les decía Natalia a las chicas a todas horas. «Nadie sabe eso mejor que los que nunca la han probado».

Annie oyó el crujido de sus botas y el ruido de su respiración mientras avanzaba por el helado sendero que conducía al edificio de la secretaría. Creyó ver algo entre las hierbas altas y plumosas, una zarigüeya o un mapache; fuera lo que fuese, la observaba mientras hacía todo lo posible para no resbalar en el hielo. En el interior, dos celadores estaban charlando en el mostrador de la recepción. Dejaron de hablar cuando Annie se acercó.

—He venido a ver a mi hija —les dijo Annie.

No le respondieron y Annie sintió que le invadía el pánico. ¿No conocían a sus propios alumnos?

—A mi hija —insistió—. Elisabeth Story. Elv. Es una alumna.

—¿Ha concertado una cita? —le preguntó uno de los celadores.

—¿Necesito una cita para ver a mi hija?

Según parecía, sí. El celador llamó a la secretaría, y lo único que

pudo hacer Annie fue esperar mientras el paquete de comida era examinado. Sólo la fruta era aceptable; la planta tendría que ser confiscada. Para saber a qué atenerse en el futuro, le entregaron una lista de cosas permitidas y no permitidas, y Annie se acordó del jersey de cachemira que había enviado por Acción de Gracias. Le había costado horas escoger el adecuado, ni demasiado sofisticado ni demasiado cursi.

Elv volvía de desayunar en la cafetería cuando divisó a su madre en el vestíbulo; echó a correr hacia su habitación y cerró la puerta. El corazón le latía aceleradamente. Su madre parecía una extraña con su abrigo de invierno negro y las gafas de sol puestas, pese a que fuera nevaba. Elv sintió que la invadía la tristeza. Pensó en la imagen de ella en el jardín con su madre, mientras las otras dos eran pequeñas y dormían en sus cunas y sólo ella la ayudaba a recolectar los tomates y los guisantes. Su madre la aupaba tanto que podía llegar a los zarcillos colgantes más altos y tirar de las vainas de color verde mar. Había polen en el aire, el acerolo enviaba la luz a través de los tablones del enrejado, y su madre se reía al ver la cantidad de vainas que Elv conseguía reunir de una vez, docenas en un solo puñado.

Elv entró en el baño y se metió los dedos en la garganta para provocarse el vómito. Cuando Julie Hagen fue a recogerla, después de conseguir un permiso especial para una reunión familiar, Elv estaba en el sueño del baño, vomitando. La señorita Hagen regresó al vestíbulo para decirle a Annie que la visita tendría que posponerse, que su hija estaba enferma y no era el mejor momento para un primer encuentro: no había motivo de preocupación, probablemente fuera sólo un virus intestinal. A pesar de sus protestas, a Annie no le quedó más remedio que marcharse.

Elv fue hasta la ventana para ver al coche de su madre atravesar el aparcamiento. El vehículo se alejó lentamente, como si estuviera atrapado en un sueño, y se detuvo al final del largo camino de acceso. Elv sintió algo revoloteando en su pecho. El coche arrancó de nuevo, atravesó las cancelas y desapareció. No tenía sentido sentir nada. Elv estaba extrañamente protegida, como si viviera en un

castillo amello hecho de piedras y estacas, como si la alambrada de espinos estuviera allí para protegerla del mal. Cuando le llevaron el paquete de comida que había dejado su madre, Elv lo dejó en su cómoda hasta que la fruta se pudrió. Contenía manzanas amarillas, naranjas sanguinas y mandarinas, aunque no tardaron en ponerse negras y volverse tóxicas. Finalmente, Elv arrojó la fruta por la ventana para que los pájaros la picotearan.

Se tumbó en la cama hecha un ovillo y pensó en el otro mundo. Entonces uno de los demonios, una diminuta criatura descarriada de alas del color de la sangre, le tiró de la manga. Los seres humanos habían sido tan crueles con los demonios como lo habían sido con ella, y Elv los compadecía y se compadecía de sí misma. Si al menos no la hubieran sustraído de su verdadera vida, podría haber sido feliz. Dejó que el demonio, aquel pobre y adorable ser, se tumbara junto a ella. Dejó que se metiera lentamente bajo su piel.

Elv le hacía los deberes a Michael a cambio de cigarrillos, y aunque al principio su idea era la de hojear los libros por encima, al final se puso a leer las novelas encomendadas. Hacía poco que lidiaba con *La letra escarlata*, que le pareció sorprendentemente bueno. Se acordó de cuando Meg lo leía y a ella le había parecido una pérdida de tiempo por parte de su hermana, aunque a la sazón quedó subyugada por la forma en que Hawthorne parecía tomar partido por Hester Prynne. Sabía lo que era que la marcaran a una. Cuando contemplaba sus tatuajes en el espejo, sentía la marginación de la misma manera que la sentía Hester, desnuda y caída, expuesta a la vista de todos.

Los únicos momentos en que Elv no se escabullía al otro mundo era cuando se ocupaba de los caballos. Le encantaba el trabajo, razón por la cual no se atrevía a decírselo a nadie, ni tan siquiera a la señorita Hagen, que solía estar de su parte. Temía que si alguien sabía que era feliz, se lo arrebataran todo. Los caballos se llamaban *Daisy* y *Cookie, Sammy y Jack*. Los habían abandonado cuando el antiguo dueño de la hacienda se arruinó y vendió sus tierras al

colegio. Había abandonado a los caballos junto con la propiedad y los muebles, como si no fueran más que peces de colores en un estanque. *Daisy* y *Cookie* eran jóvenes y briosos, aunque *Sammy* y *Jack* eran sus favoritos. Sammy era un pequeño palomino, asustadizo por algún motivo que Elv ignoraba; *Jack* era un caballo viejo y enorme, ennoblecido por unas enormes pezuñas. Todos los caballos la conocían, y por más temprano que llegara, siempre la estaban esperando ansiosos.

Las navidades llegaron y pasaron. Hubo una cena con pavo, y Elv se escabulló entonces a los establos. El invierno continuó, cada vez más oscuro, y los días eran tan cortos que pasaban rápidamente. North Point Harbor se encontraba tan lejos que bien podría haber estado en la otra punta del mundo. Elv adelgazó, pero se fortaleció con el trabajo con los caballos, transportando de aquí para allá las balas de heno, limpiando los compartimentos… Durante los meses de enero y febrero hizo tanto frío que los caballos tuvieron que llevar encima mantas de lana, y cuando respiraban, parecían tubos de escape. A Elv le encantaba estar con ellos, adoraba el olor del heno, y pensaba en Central Park y en el caballo que se había escapado con su hermana. Mejor morir que ser un esclavo de los hombres, atado y con un bocado de hierro en la boca.

Cuando Elv llegaba por la mañana, *Jack* golpeaba ruidosamente su cuerpo contra la pared del compartimento y relinchaba como un loco, y cuando ella silbaba, el animal se acercaba de inmediato, como si fuera un perro enorme y bien amaestrado. A veces Elv se sentaba en la paja de su compartimento y le hablaba. Él la miraba con sus grandes ojos negros y Elv sentía que las lágrimas llegaban a los suyos, auténticas, nada de lágrimas de cocodrilo. A lo mejor robaba a *Jack* cuando se fuera de allí, o quizá le dejara abierta la puerta de su compartimento para que pudiera huir y ser libre. Los caballos no juzgaban a Elv por su aspecto ni reparaban en que estuviera estigmatizada o caída. No les importaba que le hubiera ocurrido algo malo y que nadie viera quién era. No les importaba que llevara aquella ropa horrible ni que se quemara con cigarrillos ni que se sentara en el heno y llorara al recordar cuánto tiempo la había

esperado Claire en aquel cruce, todo el día, hasta que cayó la oscuridad y los mosquitos llenaron el aire. Fue Claire quien, sofocada y con la cara surcada de lágrimas, había llorado durante horas. Y fue Elv quien tuvo que consolarla.

A veces Elv y Michael se escondían detrás de los establos y fumaban los cigarrillos que el hermano de él le pasaba a escondidas los días de visita. Para entonces, Elv le hacía ya todos los deberes, incluso los de matemáticas. En los últimos tiempos se saltaba las actividades de la tarde para regresar a *La letra escarlata*, que en ocasiones prefería a escabullirse a Arnelle. Odiaba a Dimsdale y quería que recibiera su merecido. Aunque aquello no era la vida real, quizás un ser humano detestable acabara recibiendo lo que se merecía y la chica a la que había hecho caer le diera la espalda y se alejara de él.

Un día ventoso en que regresaba a los establos, vio a Michael que salía del edificio de la secretaría. Gracias al esfuerzo de Elv, Michael se había convertido en un alumno reconocido y como tal se le permitían visitas familiares sin supervisión, aunque sólo tenía un visitante, su hermano de Nueva York. Elv se encontraba entre la hierba crecida, que para entonces era de color verde claro. Estaban a principios de la primavera, el suelo estaba embarrado y el aire era frío y vivificante. Elv llevaba fuera de casa seis meses, y el mundo exterior ya ni siquiera existía. A duras penas recordaba la cara de su madre, cuyas cartas para entonces ni se molestaba en abrir. Todo lo que recordaba anterior a su estancia en Westfield parecía borroso. Elv ya estaba preparada para lo que tenía que ocurrir a continuación: estaba esperando la llegada de una nueva vida.

El primer día que dio la impresión de que el invierno se había acabado realmente, ella se dejó olvidada la chaqueta, aunque el aire seguía siendo frío. En New Hampshire, todos esperaban desesperadamente la llegada de la primavera, al igual que ella. Llevaba unos vaqueros que le iban grandes y una sudadera encima de su camiseta verde, la odiosa ropa que se suponía, como bien sabía

ella, que tenía que hacerla sentir que no era un individuo. Todo el mundo era igual en Westfield, aunque eso significara sentirse horrible. Elv se había puesto unas botas altas de caucho llenas de barro. El pelo negro y largo era lo único que conservaba de la persona que había sido. Sin embargo, cuando se detuvo entre la hierba, se sintió expectante: a buen seguro que en alguna parte tenía que haber otro mundo, un mundo donde se la conociera de alguna manera profunda que trascendiera las palabras.

Michael le estaba hablando a su hermano de un tipo de su antiguo barrio al que acababan de arrestar, aunque Lorry no le prestaba atención. Lorry tenía veinticinco años y era independiente. Había una diferencia de edad de ocho años entre los hermanos, que no se parecían absolutamente en nada. Mientras que Michael era un fanfarrón, Lorry era más bien un embaucador. Si Michael era un ladrón de coches que cogía lo que quería ávidamente y siempre lo pillaban, a Lorry le gustaba que los demás le entregaran lo que más valoraban, convencidos de que lo hacían por decisión propia. Era alto y delgado, guapo, moreno, de párpados caídos y con una rara habilidad para conocer a la gente. Las mujeres decían que tenía una sonrisa mortal y que era difícil resistírsele, y todos estaban de acuerdo en algo: podía salir de cualquier clase de problema gracias a su pico de oro. En la ciudad era famoso por sus tatuajes. En una mano llevaba una corona de espinas, y una corona de rosas en la otra, y encima de cada una había una estrella negra. El dorso de la mano era uno de los lugares más dolorosos de tatuar —la piel era fina como el papel—, pero a Lorry no le importaba. Se decía a sí mismo que había que pagar un precio por cada historia que valiera la pena contar, y que sus tatuajes contaban la historia por él cuando no tenía el tiempo, la energía o el ánimo de explicarla él mismo.

Vio a la chica que había salido de los establos parada en medio de la hierba con el pelo revoloteando. Había polen en el aire y todo parecía verdoso y envuelto en calima.

—¿Quién es ésa? —le preguntó a su hermano.

—¿Ésa? Es una pequeña zorra de las afueras cuyos padres pensaron que era incontrolable. La tengo haciéndome todos los

deberes. —Michael tenía que alardear siempre delante de su hermano—. Hace todo lo que le digo.

Lorry soltó una carcajada. Al contrario que su hermano pequeño, no tenía necesidad de fanfarronear. Sencillamente sabía lo que quería.

—Pues ya no.

Elv vio a Michael y a su visitante, pero supuso que ellos no la habían descubierto, ya que se creía invisible: estaba en Arnelle, lejos de la embarrada primavera orlada de verde. Estaba en un campo donde las violetas eran tan grandes como coles; los tomates, negros y venenosos, y las manzanas del amor te desafiaban a morderlas. Iba allí siempre que salía de los establos. En New Hampshire ella no era nada, tan sólo una mota en la hierba, pero su corte de demonios se había apoderado del otro mundo, donde habían dado caza a las hadas renegadas, que habían resultado ser unas cobardes dispuestas a pactar con los seres humanos. Habían levantado casas de paja y barro, rodeándolas con las piedras negras de la venganza, un conjuro contra cualquiera que intentara hacerles daño.

Elv supuso que el apuesto hombre que se acercaba se dirigía al aparcamiento situado más allá del prado. Nunca había visto al hermano de Michael anteriormente, aunque había oído hablar de sus hazañas. Era como un mago, le había dicho Michael, capaz de hacer aparecer las cosas cuando uno menos lo esperaba: dinero, drogas, un piso gratis, un coche con el depósito lleno… Elv se percató de repente de que se dirigía directamente hacia ella, y sintió que se mareaba, obligada a salir de Arnelle, y fue como si la arrancaran de algo. Oyó un crujido, y se le antojó que la atmósfera se desintegraba. Entonces entró en este mundo y oyó que su corazón latía con fuerza.

—Nadie tan hermosa debería estar aquí —le dijo Lorry.

Las primeras palabras que él le dirigía la traspasaron. Allí estaba ella, en New Hampshire, de pie entre las hierbas con sus horribles ropas, apartándose el pelo de los ojos para poder verlo con más claridad.

—Jamás deberían haberte metido aquí —continuó Lorry, como

si estuvieran en medio de una conversación, como si la conociera mejor que nadie.

Casi era demasiado guapo, como si se tratara de una estrella de cine que deambulara por la campiña de New Hamsphire por accidente. Llevaba un abrigo negro, vaqueros, botas y guantes de piel negros, y era tan alto que Elv tuvo que levantar la vista para mirarlo a la cara. Ningún hombre le había hablado jamás de una forma tan directa. Por lo general, Elv habría coqueteado con él, o si estaba de mal humor le habría dado la espalda. Pero la presencia de Lorry la abrumó, así que levantó la barbilla como una niña que concertara una cita, al tiempo que intentaba deshacer cualquier hechizo del que hubiera sido objeto.

—Apuesto a que ni tan siquiera sabes cual es mi nombre.

Él la miró a través del polen verde del aire con los ojos entrecerrados.

—Eres Elv.

A Elv le pareció hermoso su propio nombre por primera vez. La fuerza del hechizo se duplicó.

—Salgamos de aquí.

Lorry asumió el mando con una energía fluida. La agarró de la mano y se adentraron en el bosque después de dejar atrás los establos. El aire era frío, aunque el césped estaba verde, y algunas briznas se adhirieron a la ropa de Elv. El bosque era frondoso, abundante en abedules y pinos, los helechos de cabeza de violín se estaban abriendo y un gran número de ipomoeas acuáticas estaban verdeando, cubriéndose de unas hojas enormes y mohosas. En la cafetería ya se habría servido la comida, pero nadie la echaría de menos, pues solía quedarse con los caballos hasta la hora de entrar en clase —a veces no aparecía hasta la hora de la cena—, y en caso de necesitaría, Julie Hagen le haría una nota autorizando su ausencia.

No en vano, Elv era su niña mimada, la chica que había sido controlada y transformada, la chica que sabía comportarse… hasta que encontrara la manera de escapar.

Mientras caminaban, Lorry empezó a contarle la historia de su

vida. Había crecido en Queens, aunque sus padres los habían abandonado a él y a su hermano, y no había dependido de nadie desde los diez años. Había aprendido a sobrevivir cuando los demás le dieron la espalda. Se detuvo de repente, a mitad de frase, así que ella chocó con él. Lorry sonrió de buena gana y le puso una mano en la cintura para sujetarla. Tenía un tacto caliente, que se propagó por todo el cuerpo de Elv.

—A menos que no quieras que te lo cuente —dijo Lorry.

—No. Cuéntamelo. —Estaba sobrecogida por la emoción. La mayoría de la gente era tan aburrida que Elv solía desconectar de lo que decían, pero no con él. Estaba preparada para escuchar—. Una vez que empiezas una historia, tienes que terminarla.

—No es la clase de historia que te contaría tu madre a la hora de dormir —le advirtió Lorry—. Es aterradora —le dijo en un tono febril que la advertía de que se lo pensara dos veces—. Algunas historias permanecen contigo aunque quieras olvidarlas.

No obstante, Elv insistió, tozuda.

—Ésas son las mejores historias.

Lorry soltó una carcajada, embelesado. Era una chica guapísima, exquisita en su tozudez y belleza, y había buenas razones para que la cautivara de inmediato. Pero lo haría a fuego lento, dejando que las llamas la consumieran y que fuera ella quien acudiera a él.

—Érase una vez… —dijo Lorry, y los dos se rieron de nuevo. Los cuervos se llamaban desde los árboles y Lorry esperó hasta que levantaran el vuelo y se hiciera el silencio. Le contó que era independiente desde que habían intentado matarlo de una paliza en su último hogar de acogida. Con anterioridad, la cosa había sido mala: en un lugar le habían obligado a permanecer bajo la lluvia y había cogido una neumonía; en otro sólo le daban de comer pan y agua; en un tercero le ponían monedas de un centavo en los ojos, tal y como se hacía con los muertos, y tenía que dormir sin moverse en toda la noche para que las monedas no se cayeran. Pero la última casa había sido la peor. Siempre que no iba al colegio, lo mantenían encerrado con llave en un cuarto diminuto al que llamaban «su dormitorio», un armario empotrado sin ventilación donde

guardaban los trastos y los zapatos viejos. Cuando finalmente se hartó, se metió en el bolsillo un cuchillo de la cafetería del colegio y aquella misma noche cortó las cuerdas.

—¿Es que te ataban? —Elv estaba fascinada. Se llevó la mano al pecho para intentar detener el martilleo de su corazón. En cierta forma, su conjuro secreto había sido desvelado: cuerda, hierro, agua, pan.

—Eso lo hace la gente que es débil, pues es la única manera que tiene de obtener el poder. No tienen nada dentro de ellos, así que intentan atarte y mantenerte cautivo. Pero eso no me iba a ocurrir a mí.

Saltó por la ventana y no volvió nunca. Una noche gélida en que creyó que iba a morir congelado, encontró una escalera oculta en la calle Treinta y Tres, detrás de una verja de hierro. Así era como se encontraban todos los tesoros, cuando ni siquiera los buscabas. Como ese mismo día, por ejemplo, cuando la había visto al otro lado del prado.

Elv pensó en la palabra «tesoro» y le dijo que siguiera. Lorry tiró de ella hacia abajo y se sentaron. El sol penetraba entre los árboles formando pequeños puntos de luz.

Lorry abrió la verja de hierro y bajó tantos escalones que no pasó mucho tiempo antes de que el metro pasara por encima de él. No se podía creer lo que había encontrado.

Los mosquitos revoloteaban en el aire, aunque Elv apenas reparó en ellos. Su respiración se aceleró.

—¿Estuviste viviendo bajo tierra?

—Te hablaré de ello en otra ocasión. —Lorry se encogió de hombros—. Es una larga historia.

—No. —El tono de Elv era apremiante—. Cuéntamelo ahora.

La tenía en el bote y él lo sabía. Le dijo que la historia tendría que esperar a la siguiente ocasión: la campana de la cena había estado sonando, sólo que Elv no la había oído. Si no se daba prisa, se perdería la cena y eso acarrearía alguno de los castigos de Westfield: aislamiento o humillación. Llevaban mucho tiempo en el bosque. Era la hora en que los ratones de campo se aventuraban a

salir, después de que los halcones se hubieran posado en los árboles y antes de que los búhos salieran a cazar. En ese momento, el cielo había adquirido el color que más le gustaba a Elv: un delicado azul oscuro que caía sobre la tierra como si fuera ceniza.

—No quiero que tengas problemas —dijo Lorry, mientras la acompañaba de vuelta al colegio y se detenía a encender un cigarrillo. Tenía malos hábitos, aunque era capaz de controlar sus excesos, al contrario que la mayoría de idiotas que conocía—. Puedo dejarlo cuando quiera —le dijo a Elv—. No soy esclavo de nada ni de nadie.

Se había quitado los guantes para encender la cerilla, dejando a la vista las estrellas negras, las rosas y las espinas. Elv sintió que algo la golpeaba en la boca del estómago; aquéllas eran las imágenes de sus cuentos, piel y huesos, sangre y carne, y pensó: «¿Es así como ocurre?». Y cuando miró a Lorry sintió un estremecimiento en todo el cuerpo. Había oído que el amor te vuelve del revés, pero fue entonces y por primera vez cuando se hizo una idea de lo que realmente significaba aquello. Tuvo la misma sensación que había tenido siempre que se arrojaba desde un embarcadero al agua fría y profunda, algo que se encontraba a medio camino entre el deseo y el terror.

Lorry se acercó y Elv pensó que la iba a besar, pero la rodeó con los brazos. Cobijada en su abrazo, apenas fue capaz de respirar. Antes de que pudiera contenerse, rompió a llorar. Sabía que estaba a punto de entregarse a él y ni siquiera intentó detenerse.

A Elv no le importaba la hora, pero Lorry la acompañó de vuelta bajo la luz mortecina. Cuando se marchó, Elv fue hasta la ventana del comedor y se quedó mirando a través de los cristales. Se había convertido en una experta en cielos, capaz de decir la hora por la posición del sol y las estrellas. Expresó un deseo, tal y como tenía por costumbre cuando su madre la llevaba al jardín para contarle cuentos, observar las polillas blancas y ver ascender la luna sobre North Point Harbor.

—¿Dónde coño has estado? —le preguntó Michael, cuando Elv cogió la bandeja de la cena: pastel de carne, judías verdes recocidas y

un helado con sirope de triste aspecto.

Se sentó a la gran mesa metálica, enfrente de él. Ni ella misma estaba segura, así que se limitó a encogerse de hombros y le preguntó si quería su postre. Insaciable siempre, Michael lo cogió. Y no es que Elv fuera menos insaciable: cuando llegó el día de la siguiente visita de Lorry, lo estaba esperando en la verja.

Lorry fue de visita a Westfield todas las semanas. Transcurrió algún tiempo antes incluso de que la besara, pero cuando lo hizo, Elv tuvo la sensación de que el mundo se desmoronaba. Cayó de pie en el amor, como si lo hiciera desde un puente; caer de cabeza era demasiado racional para lo que le había ocurrido. Para entonces ya sabía más de la historia. Lorry había vivido bajo tierra los siete años siguientes a la fuga de su último hogar de acogida, y había establecido su campamento en un andén situado ocho plantas por debajo de Penn Station. Uno nunca se habría imaginado que el mundo fuera tan profundo, pero lo era. Tenía una tienda, una linterna y una cantimplora, y el lugar era acogedor, siempre que no reparases en los chirridos de los trenes que pasaban a todas horas. Era come un niño explorador, sólo que al revés, no por diversión ni por juego, sino por mera supervivencia. Los que vivían allí se llamaban a sí mismos «la Gente», pero no tenían nada que ver con los seres humanos de arriba: eran más amables, más valientes y más fuertes. Algunos eran tan peligrosos como el combustible: una palabra equivocada podía ser la cerilla que los inflamara. Algunos otros estaban perdidos: había un gigante tan difícil de encontrar que tenías que escribir su nombre en un trozo de papel y dejarlo junto a las vías del tren, y una semana después tal vez apareciera para venderte marihuana u hongos. Los mejores de entre la Gente se apiadaron de Lorry y le mostraron la manera de conseguir agua fresca en los lavabos de algunas estaciones de metro construidas hacía décadas pero que nunca se habían utilizado. Le enseñaron a robar carteras y a vendarse una herida con tela de araña para evitar la infección. A cazar ratas y a esperar fuera de las panaderías de la

superficie hasta la hora de cierre, cuando lo que era pan duro para ellos, era un tesoro para él.

Pese a sus diez años, no fue una presa fácil. Tenía un cuchillo, la habilidad de dormir con los ojos abiertos y el talento de saber esconderse. Bajo tierra tenía enemigos, pero también amigos, gente que había visto superar épocas tan duras que habrían matado a cualquier otro.

El gigante le cogió simpatía, al igual que su esposa, que trabajaba en un restaurante de la superficie, y donde a menudo le dejaba que se hiciera la cena.

—Tú no perteneces a esto —le decía la mujer—. Quiero ver el día en que te marches de aquí y vuelvas al mundo de arriba.

Pero no había nada para él en aquel mundo, y no tardó en darse cuenta de que el reino que había escogido era igual de peligroso que el de la superficie. Por suerte, sólo unas pocas semanas después de su llegada al subsuelo adoptó a un perro, mitad husky, mitad pastor alemán, llamado *Madre*, el cual fue maltratado y resabiado por un mendigo desequilibrado que finalmente lo abandonó. *Madre* le había salvado la vida a Lorry más de una vez, de ahí el nombre: la madre que nunca había tenido, aunque con fauces y garras, una bestia cuya mera presencia espantaba a los residentes malvados, aunque siempre comió de la mano de Lorry y no le mordió ni una vez. De esa manera, Lorry llegó a comprender lo que era la lealtad, el primer rasgo humano valioso que había conocido.

Estaban en la hierba, en el lugar donde se habían desperdigado los huesos del petirrojo y ella se había roto las costillas. Él la rodeaba con los brazos por debajo de la ropa. Lorry era tan ardiente qué Elv tuvo la sensación de ser una cerilla que habían puesto contra su piel, como aquellos hombres combustibles del subsuelo, y que sólo esperaba a ser encendida. —¿Debería soltarte? —preguntó Lorry.

Estar cerca de él era como estar en otro mundo, y Elv se sentía segura de una forma que no comprendía. Cerró los ojos y pensó en el perro asilvestrado y en el andén del metro iluminado por la luz de

las linternas. La mayoría de los hombres se habría abalanzado sobre ella, pero Lorry había esperado a que estuviera preparada. Le dijo que no la soltara. Ya nada parecía importar, ni siquiera Arnelle, y todo lo que le había ocurrido antes formaba parte de una vida fantasmal. Sólo aquello era real y hermoso.

—Puedes confiar en mí —dijo él—. La gente no para de decirte eso, y sabes que no puedes creerlos. Pero éste soy yo, Elv. Sólo yo.

Elv no podía recordar la última vez que había confiado en alguien. Lorry le quitó la ropa y le pasó las manos por encima, tomándose su tiempo. Ella se entregó a él completamente. No tenía sentido resistirse a lo que estaba ocurriendo, pues parecía cosa del destino. Quería que alguien la protegiese y la conociera. Sintió que perdía el control, como una niña boba que creyera en el amor y el destino. Lorry no paraba de hablar, y cuanto más hablaba, más se entrelazaban. Elv jadeó cuando Lorry se movió para penetrarla, conmovida por lo mucho que lo quería. Con todos aquellos muchachos de su pueblo se mantuvo fuera de sí misma, observando; en ese momento estaba dentro, mirando hacia fuera, y lo que vio fue a un hombre que no podía apartar los ojos de ella. Era exactamente lo que ella quería.

No la besó hasta el mismísimo final, pero para entonces ella le pertenecía. Lorry le dijo que había hecho la promesa de que jamás besaría a una mujer a la que no amara, que eso iba en contra de su naturaleza, porque el beso era la manera de entrar en el alma de otra persona. Esperó a que ella se pusiera la camiseta y se abotonara los vaqueros, y cuando la atrajo de nuevo hacia él, Elv se percató de que Lorry no se había quitado el abrigo en ningún momento. Se había pasado la vida huyendo, le dijo. Pero en ese momento no lo hacía.

Estaban escondidos en el bosque, y Elv veía los ángulos del colegio a través de los árboles. No quería volver, así que se hizo un ovillo y se cubrió la cara, aturdida. Eso era lo que ocurría cuando empezabas a tener sentimientos, algo imparable se apoderaba de ti.

—Vamos —dijo Lorry—. Haré lo que sea para hacerte feliz. Te conseguiré lo que quieras. En serio. Sólo tienes que pedírmelo.

—Quiero a *Jack* —dijo ella.

—*¿Jack?* —Lorry se apartó frunciendo el ceño.

Elv sintió un pequeño arrebato de placer. Él estaba celoso. Entonces hizo un gesto con la cabeza hacia el establo.

—El viejo caballo. Es el mejor.

Lorry soltó una carcajada, aliviado, y cualquier aire de amenaza se evaporó.

—No te lo puedo conseguir ahora mismo. Pero tengo otra cosa que te hará más fácil tu estancia aquí. —Sacó una papelina del bolsillo e hizo restallar los dedos contra el papel parafinado—. Lo llamo la bruja. Es mi defecto fatídico. —Y soltó una carcajada.

Elv negó con la cabeza, convencida de que no era verdad: Lorry no tenía defectos, tal y como ella había estado esperando. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Cómo había sido tan afortunada? Él había atravesado el prado y todo había empezado, su verdadera vida, su vida en la Tierra. Lorry hizo las rayas de heroína, que a Elv le hicieron pensar en el rocío helado sobre la hierba.

Fue aspirar el polvo y Elv flipó. Nada de lo que había probado hasta entonces era comparable a aquello. Se apoyó en Lorry. Estaba a kilómetros de distancia del barro del prado y del acre y verde aroma de las hojas de palma. A ninguno de los dos le preocupó que refrescara al desvanecerse la luz, que Elv no había reparado en lo hermosa que podía ser en New Hampshire. La hierba parecía negra y las ranas de las marismas empezaron a cantar. A Elv no le importaba nada excepto él y lo besó todo lo que se atrevió.

Llegó tarde casi una hora y se perdió la cena. Habrían encerrado a cualquier otro en la celda de aislamiento, pero la señorita Hagen, tan entregada y bienintencionada, salió en su defensa. Por todo castigo, a Elv se le encomendó una segunda tarea.

—Es todo lo que pude hacer —le dijo la señorita Hagen en tono de disculpa.

—No pasa nada —le aseguró Elv—. Es que me perdí.

Se rió porque era cierto. Estaba perdida y él la había encontrado, y la verdad es que no le importaba el castigo. Trabajaba en los

establos por las mañanas y se encargaba de las letrinas por la noche, después de cenar. Daba igual. Sólo esperaba su momento, y contaba las horas. Michael se pasó para ver cómo pasaba la fregona por los baños de la sala de recreo. Estaba resentido, taciturno, alguien carcomido por los celos, pues rara vez veía ya a su hermano, que para entonces estaba obsesionado con Elv. Se limitaba a recibir a Lorry en el edificio de la administración y luego se esfumaba, mientras su hermano iba a encontrarse con Elv en el lugar del bosque acordado previamente.

En ese momento, Michael intentaba deshacer el vínculo que los unía, así que se encaramó a una silla y le dijo a Elv que era una idiota si pensaba que podría conservar las atenciones de Lorry. Todas las mujeres que conocía se enamoraban de él. ¿Se creía que era la primera? Todas le entregaban sus corazones y sus ahorros, y cuando había acabado con ellas, se marchaba y pasaba a la siguiente. Por si no lo había notado, el defecto fatídico sobre el que Lorry había bromeado no era ninguna broma. Llevaba años enganchado a la heroína, y ése no era un vicio menor, era el King Kong de los vicios, y lo era todo para él. Lorry era un mentiroso, uno de los mejores. Era un terreno peligroso para una chica como Elv, demasiado idiota para darse cuenta de quién era: era su hermano, por supuesto, pero además era un lobo. Tal vez fuera mejor que borrara a Lorry de su lista de visitantes, sugirió Michael con una sonrisa burlona, y Elv levantó la vista, con los ojos entrecerrados. Justo lo que Lorry había dicho: los menos poderosos son los que hacen todo lo que pueden para herirte.

Elv le dijo a Michael que si no mantenía la boca cerrada no le volvería a hacer los deberes. Era evidente que su ex amigo era un idiota, así que su relación quedó disuelta en el acto. No se parecía en nada a su hermano. Ni siquiera era capaz de aprobar la geometría elemental sin la ayuda de Elv, y su ayuda era algo que sólo tendría mientras Lorry siguiera en su lista de visitas.

Algunas semanas más tarde, Elv creyó que estaba embarazada. Se

sintió aterrorizada y tuvo miedo de decírselo a Lorry, pero cuando finalmente lo hizo, la sorprendió: le dijo que apechugarían con lo que ocurriera, que entre los dos criarían al bebé muy bien y que lo harían mil veces mejor que sus respectivos padres.

—Estamos juntos —dijo—. Ya te lo dije. No me iré.

Cuando unos días más tarde a Elv le vino la regla, la invadió una enorme tristeza. Se encerró en el establo y se puso a llorar, mientras los caballos la observaban. Ojalá fuera una chica normal que viviera en una casa y pudiera llamar al hombre que amaba para hablar con él, y escuchar su voz durante toda la noche. Estaba loca por él. Escribió el nombre de Lorry en trozos de papel, igual que en una ocasión había hecho un mapa de las calles y callejones de Arnelle. No pensaba más allá del siguiente día de visita. Y entonces ocurrió lo peor que podía ocurrir, algo tan terrible que ni siquiera había pensado en ello: iban a soltar a Michael. Había cumplido dieciocho años, y tras acabar el trimestre académico con sobresalientes y notables gracias a ella, iba a terminar por fin la enseñanza secundaria.

Elv fue a la ceremonia de graduación: diez alumnos deslucidos y unos cuantos familiares que no sabían si estar preocupados o aliviados. Se sentó en la última fila. Lorry entró y se sentó junto a ella. Se cogieron las manos por debajo de las sillas para que nadie lo viera, y Elv no dejó de llorar durante toda la ceremonia. Lorry se inclinó sobre ella.

—Esto es pasajero —le dijo—. No tiene nada que ver con nuestras verdaderas vidas.

Aprisa y corriendo planearon un encuentro para el fin de semana. Después de la ceremonia, una vez que Michael hubo hecho las maletas y se fue, Elv se quedó de pie en el aparcamiento vacío, y la señorita Hagen se acercó a consolarla, tal y como ella esperaba. La señorita Hagen sabía que Elv y Michael habían estado unidos. La marcha de un amigo era siempre algo difícil, pero Elv había hecho grandes progresos; si perseveraba, no tardaría en asistir a su propia graduación.

Los escarabajos de mayo revoloteaban en la opresiva atmósfera y

Elv no tuvo que fingir que pestañeaba para contener las lágrimas. Le dio las gracias a la señorita Hagen por todo lo que había hecho, por cambiar su vida, aunque había sido un día tan triste que quizá podría tener una tarde libre. Si pudiera pasear por la ciudad, sentarse en un restaurante y hacer una llamada de teléfono, tal vez tendría fuerzas suficientes para seguir adelante.

El pase le llegó al día siguiente.

Elv no sentía ningún interés por el pequeño pueblo de New Hampshire, en el que sólo había una pizzería, una lavandería y una tienda de ultramarinos que estaba cerrada la mitad del tiempo. No era ésa la razón de que no hubiera dormido en toda la noche. Dio de comer a los caballos antes de lo normal, cuando el cielo estaba completamente negro, y volvió a la habitación a sentarse en el borde de la cama. Esperó, vestida con una falda y una blusa que contaban con el beneplácito del colegio, para pasar un día «fuera». Se le permitió salir del recinto a las diez y tenía que volver a las tres. Elv no pensaba en el regreso, sólo en el tiempo que transcurriría antes de que estuviera con él.

Normalmente se tardaba media hora en ir caminando al pueblo por la carretera, pero Elv lo hizo corriendo. Lorry la esperaba en el aparcamiento situado detrás de la lavandería, tal y como habían planeado. Se marcharon en coche y encontraron un antiguo camino maderero que se adentraba en el bosque. Podrían ser todo lo temerarios que quisieran, podían hacer lo que se les antojara. Hicieron el amor en el coche, rápidamente, deseándose el uno al otro de manera desesperada. Lorry se sentó a Elv en el regazo y le dijo que ésa era la verdadera vida de ambos, que aquello era lo que habían estado esperando. Cuando salieron del coche, se dedicaron a explorar. Encontraron un estanque, se quitaron las ropas y se zambulleron en él sin ningún cuidado. Las ranas saltaban a su paso. La impresión del agua fría hizo que se aferraran el uno al otro. La luz del sol era débil y pálida, pero cuando salieron al aire frío, Elv siguió desnuda y se tumbó sobre una vieja manta que Lorry había

extendido para ella. Había Susanas de ojos negros, cardos y docenas de pequeñas mariposas que revoloteaban erráticamente sobre las flores. Elv se recogió el pelo en una trenza que sujetó con una pinza. Si Arnelle hubiera existido realmente, habría tenido aquel mismo paisaje pardo rojizo de pinos, robles y abedules, las mismas orillas de helechos salpicados de sol.

Lorry se puso la ropa y fue a buscar algo al coche. Iba canturreando para sí, y Elv pensó: «En esto consiste la felicidad». Lorry había llevado tinta y agujas para señalar aquel día, y también se había llevado a la bruja. «Mi defecto fatídico», comentó, mientras se arrodillaba junto a ella. Elv quiso inyectársela, y Lorry se mostró reacio, pero ella se burló de él y al final consiguió convencerlo. Lo hizo todo por ella, desde atarle el cinturón alrededor del brazo y decirle que cerrara los ojos, hasta calentar la heroína sobre el mechero para derretirla y licuarla. Elv se dejó arrastrar al interior de aquella deliciosa cosa que en ese momento se le antojaba la felicidad. Quería un tatuaje, así que Lorry le dijo que se tumbara y se diera la vuelta. Orgullosa de sus sueños, hizo lo que le decía. Ni siquiera sintió la aguja. Estaba flotando, y todo era perfecto. Y cuando Lorry se inclinó para preguntarle si le hacía daño, respondió que no, que en absoluto. Qué verde era la luz, y con qué velocidad se lanzaban las libélulas sobre la superficie del estanque. Cuando Lorry acabó el tatuaje, Elv se dirigió al coche y se miró en el retrovisor: había una pequeña rosa negra en la base de su cuello.

Elv no quería volver y argumentó cuantas razones fue capaz de idear para que la llevara con él, pero al final comprendió la razón de que él no quisiera: no tenía dieciocho años, y si la pillaban la enviarían de vuelta a Westfield, pero Lorry iría a la cárcel. Elv se vistió y se soltó el pelo. Era tarde, y eso significaba problemas.

—Me van a hacer algo terrible. —Elv estaba preocupada.

—Aunque lo hagan —dijo Lorry—, no pueden tocarte.

La llevó en coche hasta la mitad del camino de vuelta al colegio y se detuvo a un lado de la carretera. Elv trepó de nuevo a su regazo, rodeándolo con los brazos y las piernas. No quería dejarlo ir: aquel mundo, tan brillante con él dentro, no tenía ningún sentido sin él.

—¿Y si no te vuelvo a ver nunca más? —preguntó Elv.

Lorry le juró que cuando ella saliera de Westfield, estaría esperándola, y que daría igual dónde estuviera, porque él la encontraría.

—¿Qué le pasó al perro? —preguntó ella—. A *Madre*. Al menos cuéntame eso.

Al cabo de un tiempo, algunos de los peores elementos de la Gente habían puesto precio a la cabeza del perro. Lorry había sido invencible con *Madre* a su lado desde los diez a los diecisiete años. A algunos no les gustaba eso, pues amenazaba la jerarquía del mundo subterráneo, donde el mal era a veces su propia recompensa y el bien y la bondad solían padecer. Había ocurrido en mitad de un verano, cuando en los túneles hacía calor y los ánimos estaban exaltados. Se le cayó el alma a los pies cuando se despertó y descubrió que su perro había desaparecido. *Madre jamás* habría abandonado a Lorry por voluntad propia.

—¿Qué ocurrió entonces? —Elv intensificó su abrazo.

No había tiempo para el resto de la historia, el cielo ya había adquirido el intenso azul veraniego del final de la tarde. Después de que Lorry se alejara en el coche, Elv tuvo un momentáneo ataque de pánico y le entraron ganas de echar a correr detrás del vehículo por aquel inhóspito tramo de carretera. Pero no se atrevió a desbaratar el futuro de ambos por un precipitado acto de locura de amor.

Volvió por el mismo camino, ignorando a los camioneros que hacían atronar sus bocinas, siguiendo la carretera que conducía a Westfield. Llegó pasada la hora del toque de queda y la estaban esperando: cinco minutos más y habrían comunicado su desaparición a la policía del estado. Ni siquiera la señorita Hagen pudo sacarla de aquélla.

Le trasquilaron el pelo y luego le pasaron una maquinilla eléctrica y, mientras lo hacían, ella recordó la manera que tenía él de rodearla con sus brazos y las promesas que se habían hecho. Pensó en el agua verde y en las ranas, en las ipomoeas acuáticas y en cada una de las hojas sin abrir; pensó en el primer beso que Lorry le había dado y en todo lo que había desvelado. Elv siempre había creído que

su larga melena era la única parte valiosa de su ser, lo único bello que tenía. Para ser sincera, le había impresionado la valentía de Meg el día que ella le cortó la suya. Entonces le tocaba a ella, aunque no iba a sufrir su pérdida como Meg ni iba a permitir que aquello la condicionara. Se negaba a esconderse, pues el resto del mundo no importaba: ella sólo era una, y era sólo de él. Cuando los orientadores le pusieron delante un espejo, Elv no se comportó como las demás chicas, que rompían a llorar o se cubrían las cabezas, y no era como su hermana, alguien dispuesto a traicionar a los de su propia sangre. No contrajo ni un músculo cuando vio su reflejo en el espejo. Una vez rapado el pelo, la rosa negra de la base de su cuello quedaba a la vista, como si estuviera a punto de florecer. Tanto mejor.

Así era ella por dentro.

Su abuelo murió de un ataque al corazón al final del invierno. El funeral se celebró en Nueva York, fue un sombrío acontecimiento al que asistió sólo un reducido círculo de allegados. Nadie comentó el hecho de que Elv no estuviera allí, aunque todos sabían lo ocurrido: la habían enviado fuera a causa de su comportamiento veleidoso, en el que mediaban drogas y una sucesión interminable de chicos. Era una niña encantadora en un instante, y al siguiente se había convertido en una adolescente descontrolada. Cómo era lógico, la familia estaba destrozada. Annie parecía diez años más vieja y las hijas pequeñas, con la tez pálida, estuvieron demasiado calladas. Ni uno solo de los parientes hizo mención alguna del hecho de que sólo estuvieran presentes dos de las hermanas Story, ambas con abrigos negros, de pie junto a la tumba al lado de su madre y de su querida ama. Mary Fox, siempre tan seria e inteligente, lloró a moco tendido y su madre tuvo que consolada. Se fue entonces, para intentar calmarse, bajo las ramas de unos pinos, dando la espalda a los demás

para que no la vieran llorar. Meg y Claire, sin embargo, permanecieron imperturbables, inexpresivas, cogidas del brazo. Después, su abuela volvió a París. Cuando el colegio inició las vacaciones de primavera, Claire y Meg se reunieron con ella, pues seguían enamoradas de la ciudad. La luz era de mil colores diferentes en París y cambiaba todos los días. Pero aquélla fue una época en que todo el mundo se sentía solo, aunque estuvieran juntos, aunque estuvieran en su lugar favorito del mundo, en el piso de su ama en el Marais.

El castaño había florecido y ese año las hojas estaban especialmente brillantes. Todas las mañanas, las chicas y su abuela desayunaban huevos pasados por agua y bebían en tazones leche caliente rociada con café. No hablaban de Elv, e intentaban no pensar en ella, aunque, como era natural, la gata que había rescatado siempre estaba entre los pies de alguna. Natalia estaba terriblemente unida al animal, al que transportaba de un lado a otro del Atlántico en una caja portátil. *Sadie* había crecido hasta convertirse en una enorme y antipática gata atigrada de ojos verdes. Por algún motivo le había cogido antipatía a Meg, y en cuanto oía su voz, se metía rápidamente en el armario empotrado y se acurrucaba entre las botas y los paraguas. A Meg no parecía importarle; decía que era alérgica a los gatos y procuraba evitar por completo a *Sadie*. Pero Claire solía tumbarse en el suelo para jugar con el juguete favorito de la gata —un ratón de ganchillo atado a una cuerda—, hasta que *Sadie* empezaba a golpear al ratón con la pata sin ningún entusiasmo. Claire y Meg aparentaban más edad de la que tenían, eran unas muchachas recelosas y nunca hablaban con extraños. A veces el nombre de Elv surgía en la conversación cuando hablaban de otros años pasados en París, al recordar cómo se escondían detrás del viejo abrevadero de piedra, cuando su madre las buscaba para avisarlas de la cena, o al citar el juego de memoria al que habían jugado el día que fueron en tren a Versalles. Entonces se mordían los labios y miraban al suelo. Meg pensaba en la manera que tenía su hermana de pellizcarla cuando se enfadaba, pero Claire se acordaba de la ocasión en que Elv le había contado el cuento de Grimin, el ser

humano más malvado del mundo. «Él creía que me ahogaría, pero no fue así. Pensaba que moriría desangrada, pero sigo aquí». No pasaba un día sin que Claire lamentara no haber abierto la puerta del coche en Westfield; debía haber salido y salvado a su hermana. Con sólo haber corrido lo suficiente, New Hampshire habría desaparecido detrás de ellas, y también todos los cuentos que hubieran sabido alguna vez, desmoronándose las palabras en torno a ellas, letra a letra, hasta caer al fondo del pozo más profundo.

Cuando *madame* Cohen fue a cenar y preguntó cómo estaba Elv, las hermanas Story se callaron. Claire le había escrito cartas y postales, pero nunca había recibido contestación, y Meg temía realmente el momento en que su hermana regresara. Natalia había preparado un arroz pilaf con tomates secos para acompañar el pollo asado que sirvió. *Madame* Cohen les pasó un cuenco a las chicas, pero dijeron que no tenían hambre.

—Aquí, en este país, hasta bien entrado el siglo XIX, los herboristas pensaban que los tomates eran malos para la salud —les dijo—. Comer simplemente uno se consideraba un acto de valentía.

Meg se disculpó para ayudar a su ama a llevar fuera las bebidas, limonada casera y una botella de vino blanco del país.

—No se puede creer siempre lo que te dicen los demás —le dijo *madame* Cohen a Claire, la que para ella era la más sensible y sentimental de las hermanas Story. Señaló su cena—. Si lo hiciéramos, pensaríamos que esto es tan mortífero como la mandrágora. —Se metió en la boca el tenedor con el arroz—. Yo tuve dos hermanas —dijo—. Yo era la pequeña. Como tú.

Claire siempre le había tenido un poco de miedo a la amiga de su abuela, recelosa de su ropa negra y su severa apariencia. *Madame* Cohen llevaba su pelo blanco recogido en lo alto, sujeto con unas peinetas de concha de tortuga. Siempre calzaba zapatos cómodos y solía llevar un paraguas, incluso los días soleados. Claire no sabía si su francés era lo bastante bueno para hablar con *madame* Cohen.

—¿Y qué les pasó?

—Eso fue exactamente lo que quiso saber tu hermana Elv —le respondió *madame* Cohen—. Desaparecieron hace mucho tiempo.

A causa de otras personas, así fue. No a causa de mí.

—¿Qué crees que les ocurrió a las hermanas de *madame* Cohen? —le preguntó Claire a Meg mientras se preparaban para acostarse. Meg se había hecho recientemente la promesa de leer toda la obra de Dickens, y acababa de empezar *Oliver Twist*.

—¿*Madame* Cohen tenía hermanas? —Meg se metió en la cama y alargó la mano para coger su libro. Claire se metió junto a ella. No le importaba que Meg se quedara leyendo, pues le gustaba dormir con la luz encendida. Pero aun con el resplandor amarillo de la lamparita, pese al crujido de las páginas y el familiar sonido del tráfico de las calles cercanas, y por más que supiera que Meg estaba allí mismo, a su lado, seguía sintiéndose sola.

Aquella primavera, la abuela de las chicas les concedió mucha más libertad que la que su madre les habría dado nunca, teniendo en cuenta lo que había sucedido con Elv. Natalia creía que la libertad nunca era un problema, y sí aquellos que no sabían cómo utilizar las responsabilidades inherentes a ella. Por las tardes, mientras echaba la siesta, las chicas se iban caminando a la de Saint-Louis y hacían un alto en Berthillon. A Meg le gustaba probar algo nuevo cada vez, naranja sanguina, por ejemplo, o jengibre con caramelo, aunque Claire seguía fiel a la vainilla, leal como era a sus cosas favoritas. Luego se dirigían al Sena a mirar fijamente el agua verde mientras se comían sus helados. A veces se sentaban delante de Notre Dame y observaban a los turistas. Les gustaba adivinar qué familias eran felices y cuáles sólo lo fingían. Calculaban que acertaban en el noventa y nueve por ciento de las veces.

Mucha gente creía que las chicas eran gemelas. Ambas se peinaban de la misma manera, con el pelo liso y recto hasta la mandíbula y una onda en la frente. Exploraban la orilla izquierda, donde pasaban horas en Shakespeare and Co. hojeando libros viejos,

leyendo las dedicatorias garabateadas en las portadas y preguntándose quién habría estado enamorado de verdad y quién habría hecho tan sólo un regalo de conveniencia. Sabían hablar el suficiente francés para pedir en las cafeterías, y les encantaban las de Saint-Germain, donde tomaban café exprés o con leche y hasta tenían a veces la audacia de pedir sendos vasos de kir, un cóctel, que los camareros siempre les servían sin preguntar. Coqueteaban con los chicos, pero nunca revelaban sus verdaderos nombres ni dónde vivían. No confiaban en nadie, salvo la una en la otra.

Ya no creían en Arnelle, eran demasiado mayores para los cuentos de hadas, y ya nunca hablaban en amello. Les hacía pensar en cosas que no querían recordar: hojas rojas, lluvia, New Hampshire. Hasta se estaban olvidando de las palabras que Elv les había enseñado, y ya no eran capaces de recordar si *henaj* significaba «lobo» o «perro», o si *nejimi* era «héroe» o «cobarde». Sin embargo, cuando se encontraban en alguna circunstancia espantosa, su vocabulario privado a veces afloraba con fluidez, lo cual las sorprendía. Susurraron velozmente entre sí en amello cuando, al llegar, se habían perdido en el aeropuerto; y luego otra vez cuando a Claire le dolía el estómago y creía que se iba a morir de un ataque de apendicitis. Mantuvieron entonces, aterrorizadas, una lacrimógena conversación en amello, aunque todo resultó ser un buen empacho, nada más.

En el cuarto de los invitados de su abuela había dos camas, pero las hermanas dormían juntas. Eran demasiado mayores para eso, pero no les importaba. No hablaban del motivo que las impulsaba a compartir cama, ni por supuesto se contaban los sueños, cada una por sus propias razones: el tigre en la puerta; el chico en el borde la cama; la lluvia de hojas rojas, el hombre que decía: «Me conoces. Entra en el coche».

Annie llegó a París a falta de pocos días para que terminaran las vacaciones, para recogerlas y también para comprobar cómo estaba su madre. Tal vez alguien debería haber estado pendiente de ella, pues ya no parecía la misma: había perdido más peso, y la mayor parte del tiempo llevaba puestas sus gafas oscuras para ocultar las

ojeras. Durante la ausencia de las chicas había padecido unos pavorosos episodios de insomnio, en los que permanecía en vela mirando fijamente el patio y preguntándose cuándo había empezado a estropearse todo. Creía que empezó aquel día en el Plaza, cuando Elv la había mirado de aquella manera cuando la acusaron de ser la instigadora del robo del coche de caballos.

Después de llegar a París, Annie se sintió tan cansada que se arrastró hasta la segunda cama del cuarto de las chicas y durmió diecisiete horas seguidas. Se hizo un ovillo y se cubrió con una nívea colcha de lino, la misma que utilizaba los veranos que pasaba allí, en París, siendo niña. Cuando tenía doce o trece años, se habló de quedarse a vivir en Francia, pero los negocios de su padre estaban en Nueva York, así que volvieron a Manhattan. Más tarde, Annie llegó a obsesionarse con el diferente tipo de vida que podría haber llevado si se hubieran quedado en París: el hombre del que podría haberse enamorado, el piso en el que hubiera vivido, las hijas cuyo único idioma habría sido el francés…

Las hermanas se sentaron en el borde de la cama de su madre. Ese día, la luz que entraba por la ventana era rosa y brillante, y estaban encantadas de que ella estuviera allí. Desde que Elv se fue, su madre se había vuelto demasiado tranquila. Se olvidaba de ir a la compra o de hacer la cena, la leche solía cortarse en el frigorífico, y Meg se hacía cargo de limpiar la casa una vez a la semana. A veces ya no parecía su madre. En ese momento, por ejemplo, parecía una niña pequeña que estaba durmiendo en la cama del cuarto de invitados; desaparecía ante los ojos de sus hijas. Meg comprobó que respiraba, para lo que sostuvo un espejo cerca de la boca de su madre, como había visto hacer en una película antigua. Cuando el cristal se empañó, las chicas supieron que seguía viva.

Finalmente, Natalia despertó a Annie sacudiéndola y llamándola por su nombre, y le llevó una taza de té caliente. Natalia insistió en que salieran todas a pasar el día fuera. Fueron al Museo d'Orsay, donde creían que se divertirían, hasta que se percataron de que Annie estaba parada delante del autorretrato de Van Gogh, llorando. Annie se disculpó y se fue al cuarto de baño. Claire se

acordó del río negro que Elv había pintado en una ocasión y lamentó no haber implorado que se lo diera; ojalá lo tuviera en ese mismo instante.

El resto del fin de semana fue mejor. Las hermanas Story llevaron a su madre a los sitios que más les gustaban, sin dejarse ninguno: el puesto de helados, la librería, los jardines de Luxemburgo y el banco delante de Notre Dame, donde se sentaron cogidas de la mano, dando la impresión, a cualquiera que hubiera pasado por su lado, de que eran felices. Por primera vez en mucho tiempo, cubierta por la colcha blanca, Annie durmió durante toda la noche. Desayunó huevos pasados por agua, se pintó las uñas de rojo y luego también pintó con brillo las de sus hijas. Era su último día en París y las hermanas estaban en la cocina, pelando y cortando peras para hacer una tarta, mientras su madre y su abuela tomaban el café de la mañana en la terraza. Abajo, en el patio, dos inquilinos de edad discutían acerca de si un tercero podía o no amarrar su bicicleta al ya roto abrevadero de piedra. Annie soltó una carcajada cuando uno de los inquilinos llamó al otro «botarate». Meg y Claire se miraron; desde donde estaban oían el tictac del reloj situado encima de la cocina y a las palomas en el patio, y desearon que aquel momento durase eternamente. La luz del sol era naranja. Tenían que acordarse de eso y Meg se aseguraría de que lo hicieran: fue a buscar un trozo de papel donde escribió la palabra «naranja», y luego dobló el papel por la mitad. Podían cortar peras y escribir todos los colores de la luz, y escuchar reír a las personas y oler las flores del castaño y olvidarse del resto del mundo. Querían quedarse en el piso de su abuela para siempre, aunque tendrían que contentarse con tener aquel recuerdo de estar sentadas en la cocina, dichosas.

El vuelo de vuelta lo hicieron en Air France. Hablaron en francés a las azafatas, lo que hizo que su madre se sintiera orgullosa de ellas y les permitiera tomarse una copa de champán cada una. Claire se sintió mareada y con ganas de vomitar poco antes de aterrizar en el aeropuerto Kennedy, y tuvo que ir al lavabo aunque las señales de los cinturones de seguridad ya estaban encendidas. Una vez allí, vomitó en el horrible y asqueroso inodoro. Se aferró al

lavabo, afligida porque había imaginado que sería feliz o incluso que tenía derecho a serlo. Debió de haber estado ausente mucho tiempo, porque su madre fue a buscarla, preocupada.

Annie llamó a la puerta.

—¿Claire? ¿Te encuentras bien?

Claire abrió la puerta, y Annie le tocó la frente: estaba ardiendo.

—Claire —dijo—. Cariño.

—Estoy bien —insistió Claire—. De verdad que lo estoy. —Y entonces, antes de que pudiera detenerse, dijo—: Tal vez sea que la echo de menos.

Sin duda, Claire echaba de menos a su querida abuela, aunque no era de ella de quien hablaba, y las dos lo sabían.

—Yo también la echo de menos —dijo Annie.

Volvieron a sus asientos. Estaban más cerca de casa de lo que habían pensado, en la otra punta del Atlántico. Se abrocharon los cinturones de seguridad, y ya no pensaron en París.

Elv estaba por fin preparada para verlos. No habían tenido que recurrir a las lisonjas ni a las súplicas. Fue ella quien solicitó la reunión y, además, quiso que se celebrara de inmediato. A veces, Annie tenía la sensación de que se había inventado a Elv y de que todos aquellos años que habían pasado juntas no eran más que un sueño febril. Alan y Annie acordaron acudir por separado, pues ninguno de los dos quería estar en el coche con el otro durante cinco horas. Annie se había puesto unos pantalones deportivos negros y un jersey también negro. Parecía vestida para un funeral, así que en el último momento añadió al conjunto un pañuelo de seda rosa que una de sus hijas le había animado a comprarse en una diminuta tienda de la *rue* de Tournon. Cuando vio que se preparaba para el viaje, Meg sacó el trozo de papel en el que había escrito la palabra «naranja» para recordar lo hermosa que había sido la luz aquel día en la cocina de la abuela. Le dijo a su madre que no se preocupase, que ella haría la cena para las dos y le recordó que tuviera cuidado con la carretera, como si fuese ella la madre. Luego, se sentó en la cocina,

preocupada por lo que ocurriría a continuación.

Mientras conducía por la carretera, Annie se acordó de sus tres hijas ayudándola en el jardín, cuando eran pequeñas, un día en que Natalia y su amiga, *madame* Cohen, fueron a visitarlas. La ancianas se sentaron en las sillas del jardín, desde donde no pararon de aplaudir cada vez que las chicas cogían un tomate maduro. Las niñas se sentaron en la hierba con las piernas cruzadas rodeando a *madame* Cohen, y la mujer les contó que los tomates eran de la misma familia que la belladona y el beleño negro, dos plantas venenosas y las dos asociadas a las brujas.

—Su fruto es delicioso —les dijo mientras levantaba un maduro tomate Indian Orange—, pero las hojas pueden ser letales.

Se reunieron con Elv en la alfombrada sala destinada a terapias. Alan y Annie estaban inquietos, como si fueran a reunirse con alguien por primera vez. La novia de Alan, Cheryl, le esperaba en el coche. Alan se había comprado un/Miata descapotable con espacio sólo para dos ocupantes. Él y Cheryl vivían en una casa en la parte occidental de North Point Harbor, aunque estaban considerando ponerla a la venta, y también pensaban en la posibilidad de solicitar plaza en los Hamptons, ya que últimamente salían a navegar.

—La verdad, no veo qué podemos hacer aquí de bueno —dijo Alan, y Annie interpretó aquello como que él ya se había desentendido por completo de sus hijas y sus problemas y que quería volver con Cheryl. La verdad es que no lo culpaba por estar a la defensiva. Annie ya ni siquiera estaba enfadada, y había decidido que, con independencia de lo que Alan pensara, no perdería la esperanza.

—Elv ha querido que tuviéramos esta reunión —dijo—. Miremos hacia el futuro.

La orientadora iba vestida de manera informal, con unos

vaqueros y un jersey negro. La señorita Hagen les dijo que ella misma era una drogadicta rehabilitada, y que era importante olvidarse del pasado y no mostrarse excesivamente críticos. Elv había cometido errores y había sido un blanco fácil para las drogas —la sensible hija de un divorcio—, pero era una chica encantadora e inteligente que estaba dispuesta a empezar de nuevo. Por supuesto, los problemas continuarían y se tardaría algún tiempo en recuperar la confianza.

Cuando Elv entró por fin en la habitación, Annie tuvo que controlarse para no gritar. Elv mantuvo la mirada fija al frente cuando se dejó caer en la silla. Se había hecho algo horrible en el pelo, que estaba cortado a trasquilones, de manera que había clapas por todas partes. Llevaba vaqueros azules informes y una sudadera arrugada con la que intentaba ocultar un nuevo tatuaje.

—Hola —dijo Elv con la mirada baja, sin dirigirse a nadie en particular.

—Quedémonos sentados y en silencio durante un rato —sugirió Julie—. Así podremos acostumbrarnos a compartir el mismo espacio sin hostilidad ni agresividad.

Alan y Annie se removieron en sus sillas. Desde el pasillo llegó el ruido de algún jaleo: dos alumnos estaban peleándose, llamándose gilipollas mutuamente. Annie levantó la vista en el momento en que Elv hacía lo mismo, y por alguna razón las dos soltaron una carcajada. Probablemente fuera una risa nerviosa, pero era risa al fin y a la postre, y eso era bueno.

Hacía frío en la sala de terapia. Elv tenía las uñas mordidas hasta la carne y había adquirido el hábito de tamborilear con el pie. Se había pasado las dos últimas semanas solicitando aquella reunión, desde la última vez que vio a Lorry, pero su padre estaba siempre demasiado ocupado.

—Te has cortado el pelo —dijo Annie, sinceramente impresionada.

—Es fantástico, ¿verdad? —dijo Elv—. Sólo bromeaba —añadió. No parecía tan enfadada como al principio. La ropa le estaba tan holgada que no parecía la suya.

—Forma parte del programa de gestión del comportamiento. El personal docente decidió que había que cortarlo.

—¿Quieres decir que es un castigo? —Annie estaba indignada.

—Es gestión del comportamiento —dijo Alan, corrigiéndola.

La mirada de Elv se movió rápidamente hacia su padre, y Annie recordó lo que les habían dicho, que no esperasen demasiado.

—La gente comienza a pensar en ir a casa después de un año en el colegio —dijo Julie—. Así que es absolutamente razonable que Elv empiece a hacerse a la idea. Y ésta podría ser una ocasión perfecta para que vuelva a establecer de nuevo vínculos con su familia. Un traslado a casa podría ser muy beneficioso.

Alan la interrumpió.

—¿No es un poco pronto para pensar en eso? Es nuestra primera reunión.

Elv se mordía las uñas e intentaba pensar en el bosque, en el estanque, en la forma en que Lorry la abrazaba, en cómo continuaría la historia. ¿Encontró al perro vivo o muerto? ¿Buscó venganza o huyó?

—Bueno, creo que tenemos que considerar lo bien que lo está haciendo. Elv ha sido uno de nuestros mejores alumnos —dijo Julie Hagen—. Ha tenido un sobresaliente en inglés.

Aquélla era una gilipollez de asignatura, pero el rostro de Elv dejó traslucir un arrebato de orgullo. Nadie más se había molestado en leer algo, por más que podían escoger lo que quisieran, incluso libros de historietas; todos se quedaban sentados en silencio. Los demás alumnos la miraban, asombrados, cuando se levantaba y empezaba a explicar que Dimsdale representaba todos los factores represores de la sociedad, a la gente que te juzgaba por las cosas que te habían sucedido sin que tuvieras en absoluto ningún poder sobre ellas, cosas como el amor, la fe y la tragedia. Realmente parecía conmovida, como si estuviera a punto de echarse a llorar de un momento a otro.

—Bueno. Entonces es que quizás está donde debe estar —sugirió Alan—. Este sitio tiene mucho que ofrecer a un estudiante.

—No deberías haber venido —le dijo Elv—. Te trae sin cuidado

lo que me ocurra. Nunca te ha importado. Ni siquiera sé por qué te has molestado.

—Porque eres mi hija —dijo Alan.

—¿Lo soy? ¿Dónde estuve el verano que conseguiste tu estúpido divorcio?

—No sé a qué viene sacar esto a colación —dijo Alan, dirigiéndose a la orientadora—. Eso ocurrió hace cinco años.

La señorita Hagen dijo que se daba cuenta de que habría que recorrer un largo camino antes de que hubiera una comunicación efectiva entre ellos. Todos tenían las mejores intenciones, aunque quizá ya era suficiente para la primera reunión. Podrían volver a reunirse al mes siguiente.

—No puedo esperar hasta entonces —dijo Elv, aterrorizada. La señorita Hagen intentaba acompañar a sus padres fuera, aunque Elv la instó a que continuara la reunión—. Quiero irme ahora —suplicó.

Cuando la señorita Hagen abrió la puerta, la intensificación del alboroto y su creciente violencia se hicieron evidentes. Dos robustos orientadores sujetaban contra el suelo a un muchacho alto y huesudo al que habían envuelto en una manta para que no pudiera moverse. El chico gritaba, pero sus gritos quedaban amortiguados. Uno de los orientadores se sentó en la espalda del muchacho; parecía lo bastante grande para aplastarlo. La señorita Hagen hizo volver rápidamente a los Story a la sala de terapia. Annie se sentía aturdida, asombrada por lo que había visto. ¿Era así como el personal de Westfield sofocaba un alboroto? Alan estaba junto a la orientadora, pidiendo ver las notas de Elv. Mientras volvían al interior de la sala de terapia, Elv se acercó a su madre. Se acercó tanto que a Annie le llegó el olor del jabón industrial que los alumnos utilizaban para ducharse.

—Por favor —susurró Elv. Estaba tan cerca que Annie percibió el calor de su cuerpo. Su voz era aguda e insignificante y ni siquiera parecía ya su voz—. Sácame de aquí. Te lo suplico.

Ya en el aparcamiento, Alan insistió en que tenían que ceñirse al

programa, en que habrían de confiar en la filosofía de Westfield para que ésta diera sus frutos. Annie lo observó alejarse con Cheryl y luego se metió en su coche. Condujo hasta el lugar donde el policía le había hecho dar la vuelta, allí donde aparcó cuando había montones de nieve acumulada y el bosque estaba blanco y silencioso. En ese momento, las moscas negras revoloteaban en el aire, las hojas eran de color verde claro y las sombras caían por la carretera. Se acordó del muchacho del pasillo y de su hija, cuya voz ya no parecía la suya, y se recordó mientras estaba de pie en el patio con Elv, señalando a Orion y contándole un cuento en el que una chica había acabado por despertarse después de haber permanecido dormida durante cien años.

Hizo un cambio de sentido y regresó al colegio. Se dirigió directamente a la secretaría, donde firmó los papeles de puesta en libertad. No, no deseaba hablar con ningún orientador ni con el decano, la decisión estaba tomada. Había sido por el muchacho del pasillo y por la súplica desesperada de su hija. Por la manera en que todo avanzaba vertiginosamente en el tiempo y el invierno se convertía en primavera en segundos, o eso le pareció. Elv estaba en el vestíbulo principal diez minutos después de que Julie le comunicara que iba a ser liberada de Westfield, lo que le produjo un indisimulado regocijo. Para sorpresa de Annie, Elv le echó incluso los brazos al cuello, lo cual fue algo totalmente inesperado, y luego, con la misma rapidez, se apartó. Sólo llevaba una pequeña mochila, todo lo demás lo abandonaba, y se la colgó del hombro. Con el pelo trasquilado parecía más joven de lo que era. Miró por el vestíbulo de entrada.

—¿No está papá?

—No —le dijo Annie—. Sólo tú y yo.

Eso no suponía ningún problema para Elv, a quien le traían sin cuidado los detalles; sólo quería salir de Westfield. No se despidió de nadie, aunque le dejó su ejemplar de *La letra escarlata* a la señorita Hagen. Si pensaba en los caballos, se pondría demasiado triste, así que no iba a pensar en ellos. Mientras se dirigían al aparcamiento se mostró cautelosa, aunque alborozada. Quería

recordar el momento de su liberación y confiaba en que los caballos no la esperasen por las mañanas, golpeando ruidosamente las paredes de los compartimentos, mirando por la desvencijada puerta hacia el prado.

Elv se comportó con una sorprendente cortesía en el coche. En Westfield había aprendido que era mejor hablar sólo cuando te hablaban. Lo cierto era que allí había aprendido muchas cosas. No las echaría de menos, pero conservaría el recuerdo de ciertos hechos cuyas consecuencias lo habían cambiado todo, incluido lo que era ella.

—Lo solucionaremos todo —le estaba diciendo su madre, y Elv no la contradijo. Miraba fijamente por la ventanilla. Le parecía increíble que casi fuera verano, pero intentó no dejar traslucir lo excitada que estaba. Tenía diecisiete años y estaba preparada para enfrentarse al mundo, estuviera o no preparado el mundo para enfrentarse a ella. Después de todo, era capaz de sentir. Eso era lo que Lorry le había enseñado.

Se detuvieron en un área de descanso a tomar un café con rosquillas. Elv se disculpó, diciendo que tenía que ir al baño y que volvería enseguida, y le pidió dinero a su madre para comprarse unos Tampax —¿cómo podría negarse a esa petición?—, y se dirigió por el pasillo a llamar a Lorry desde un teléfono público. Fue una conmoción oír su voz. Se sentía mucho más auténtica cuando hablaba con él.

—Nena —dijo Lorry—. ¿Dónde estás? —Sólo aquellas pocas palabras, y Elv se derritió. Ella, que se había sentido orgullosa de su alejamiento de todas las cosas humanas, se consumía de emoción. Le había preocupado que él no la quisiera en el mundo real, donde había tantas distracciones, tantas otras chicas.

Le dijo que por fin era libre.

—Me moriré si no te veo —le dijo en un susurro.

Lorry se echó a reír.

—No permitiría que eso ocurriera —le dijo. Parecía… tan seguro de sí mismo, tan seguro de los dos… Cuando colgó, Elv se puso a bailar, aunque la gente la estaba mirando— ¡Buu! —le dijo a

un niño pequeño que la observaba con el entrecejo arrugado. El niño se echó a reír y le respondió con otro «buu». Se sonrieron el uno al otro abiertamente, hasta que la madre de la criatura cogió a su hijo de la mano y se lo llevó. Elv no tenía de qué preocuparse. Michael le había dicho que Lorry era famoso entre sus amigos por aburrirse de sus novias y deshacerse de ellas. Ese no era caso; seguía queriéndola.

Cuando volvió a la cafetería, Elv reparó en el aparente nerviosismo de su madre. Annie no se había parado a pensar las cosas, había actuado impulsivamente, y allí estaba en ese momento, bebiéndose un descafeinado templado mientras esperaba a su hija. En la distancia, a medida que se iba acercando por el pasillo, Elv le pareció una completa extraña, el pelo a trasquilones, vestida con aquella descomunal sudadera, con el tatuaje de la rosa negra, que parecía una herida reciente. Caminaba de una manera diferente, con pasos livianos, mirando a ambos lados con cautela. Llevaba las zapatillas sin cordones que en Westfield eran obligatorias para todo el mundo. Era lo primero que tenía previsto quemar.

—Ya te dije que volvería enseguida —dijo Elv.

Estaban a unas tres horas de viaje de Nueva York, y durante un año apenas habían intercambiado algo más que un puñado de palabras. Annie sintió de repente que había cometido un terrible error, que no tenía ni idea de cómo podría haber afectado Westfield a su hija, si para mejor o para peor. Sintió un incontrolable deseo de echar a correr, de dejarle el coche a Elv y largarse al campo. Podría vivir entre los ciervos en el profundo y oscuro bosque. Podría beber en un fresco manantial el agua clara de New Hampshire, y por la noche habría un cielo infinito lleno de estrellas.

Elv arrojó su vaso vacío de café a la papelera. Estaba impaciente por ver lo que sucedería a continuación.

—¿Lista? —preguntó.

# *Rosa*

*Todo era rojo, el aire, el sol, allí donde mirara… excepto él Me enamoré de alguien que era humano. Lo observaba atravesar las colinas y volver por la noche, cuando había terminado su trabajo. Yo veía cosas que ninguna otra mujer vería: que él sabía llorar, que estaba solo.*

*Me entregué por completo a él como una idiota, pero él no me veía. Y entonces, un día, se dio cuenta de que era hermosa y me quiso. Me descuartizó y me llevó con él, en sus manos, y no me importó que me estuviera muriendo, hasta que realmente lo estuve.*

Meg cerró el dormitorio con llave todas las noches. Elv tenía ya su propia habitación, uno de los dormitorios del primer piso. Dijo que necesitaba intimidad y que a los diecisiete años era demasiado mayor para compartir espacio con las pequeñas. Pero Meg sabía la verdad: Elv no quería estar arriba, en el ático, con ellas, porque en su pequeño dormitorio podía hablar por teléfono toda la noche. Y escabullirse por la ventana sin que nadie lo notara. Podía prepararse un cóctel de drogas para ayudarse a soportar su

enclaustramiento en casa, hasta que por fin cumpliera los dieciocho y fuera libre. Su madre le había dado todo lo que cualquier chica podría desear —su propio televisor, su teléfono particular—, y, sin embargo, no era feliz. Se enfurruñaba a todas horas y se iba corriendo al pueblo a la menor oportunidad, diciéndole a su madre que iba a ver a unas amigas y que pasaría la noche con ellas. Pero cualquiera con medio cerebro se daba cuenta de que todo era mentira. Elv no había tenido una amiga en toda su vida.

A veces, Meg pensaba que ella era la única que se daba cuenta de quién era realmente su hermana, y sin duda no era alguien a quien uno quisiera merodeando por su casa. Meg se mostraba poco dispuesta a permanecer en la misma habitación que su hermana. No se podía confiar jamás en un tigre, en alguien sediento de sangre y convencido de que lo habías traicionado. Meg esperaba a que Claire se quedara dormida, y entonces salía de la cama sin hacer ruido y se dirigía de puntillas hasta la puerta y cerraba con llave. A veces sacaba el arrugado trozo de papel en el que había escrito «naranja» y que guardaba en su billetera, con el carné del colegio. Una o dos veces se había quedado dormida sujetándolo. Se alegraba de que se le hubiera ocurrido escribirlo cuando estaban en París.

Su madre había ido a hacer una visita a New Hampshire y volvió con su hermana mayor, ganada para la causa por las mentiras y ruegos de Elv.

—¿Ya estás contenta? —le preguntó Elv a Meg con retintín poco después de llegar a casa, y fue en ese momento cuando Meg supo que nada había cambiado para mejor—. Ahora llevo el pelo más corto que tú. ¿Eso te alegra?

A Meg le dolió que su hermana pensara que era tan vengativa, aunque lo cierto era que había reparado en que su pelo era ya mucho más largo. Elv no era tan deslumbrante ni tan manifiestamente bonita como antes; su belleza era entonces más oscura, estaba más delgada y huesuda, e incluso sus ojos parecían de un verde más oscuro. En la semana posterior a su llegada a casa, Meg la había visto metida en un coche con cierto hombre en el aparcamiento que había junto a la playa. Elv estaba sentada en su regazo, besándolo,

con la clase de besos que a Meg le daba vergüenza ver. Estaban a plena luz del día, y muchos de los niños que Meg conocía del campamento donde había trabajado de monitora en una ocasión corrían por la zona de juegos. Pasó por su lado a toda prisa, avergonzada y con la cabeza gacha, pero Elv había levantado la vista. Aquella noche, Elv se había acercado a Meg en la cocina mientras su madre estaba en el jardín y Claire en el salón, ensartando un collar de cuentas para regalárselo a su ama.

—No se lo digas a mamá. —Elv agarró a Meg como solía hacer en otros tiempos. Parecía tener más fuerza.

—Ya te lo he dicho, me trae sin cuidado lo que hagas. —A Meg le latía el corazón con fuerza, y se zafó de la mano de Elv.

—Te lo digo en serio. Si abres la boca haré que tu vida sea un infierno. —Elv se lo dijo con total naturalidad, y Meg no tenía ninguna razón para creer que no cumpliría exactamente sus amenazas. Ya estaba consiguiendo que todo fuera doloroso sin proponérselo siquiera.

—No te voy a detener. —Meg se encogió de hombros—. Por mí, te puedes desnudar en público, si eso es lo que realmente quieres.

Elv soltó una carcajada.

—Estás celosa. Siempre quieres lo que tengo, no creas que no lo sé. Y no creas que no sé que fuiste tú la que me encerró. Finge cuanto quieras —le dijo Elv—. Sé que fuiste tú.

Había ocasiones en que a Meg se le hacía increíble lo mucho que odiaba a su hermana.

Recientemente se había encontrado con Heidi Preston, que le informó de que, según sus fuentes, Elv consumía heroína.

—Ya lo dudo —había dicho Meg, que todavía defendía a su hermana, aunque se acordaba de cómo Elv se tambaleaba por las mañanas y bien entrada la noche y en lo mucho que había adelgazado. Entonces recordó los cardenales que tenía en la piel.

—Bueno. Está bien. —Heidi se había encogido de hombros—. Algunas personas dicen que su novio es una estrella cinematográfica.

—Eso me parece igual de discutible.

Meg no quiso pensar en el atractivo hombre del coche ni en los besos que había visto, ya que había algo ilícito en ello, algo que le sugería lo poco que sabía sobre los hombres y las mujeres. Le había preguntado por su hermano Brian, a lo que Heidi le respondió que creía que estaba en alguna parte del Oeste, porque una vez le había dicho que un hombre siempre podía ganarse la vida en un rancho. Ojalá les ocurriera lo mismo a ellos, había pensado Meg. Tal vez cuando cumpliera los dieciocho años Elv se marchara, igual que se había ido Brian Preston, y les enviara postales de misteriosos lugares de California y Oregón en las que les prometiera que no volvería jamás.

Hasta que llegara ese momento, Meg intentaría por todos los medios evitar a su hermana. Estaba contenta de que sólo estuvieran ellas dos en el ático, toda vez que Elv hacía lo que le daba la gana y cogía cuanto se le antojaba. Ésa había sido la razón de que Meg hubiera cogido recientemente clavos y un martillo y hubiera cegado permanentemente la ventana del dormitorio de ambas como precaución. Ya nadie podía entrar por ella.

A veces Annie trabajaba en el jardín por la noche, esperando a que Elv regresara a casa, preocupada porque quizás Alan tenía razón. Annie eludía la verdad e intentaba mantener el optimismo, pero, ¿quién creía ella que llamaba a casa a altas horas de la noche?, ¿y quién aparcaba al final de la calle, esperando a que Elv se escabullera por la ventana y echase a correr por Nightingale Lane? Tal vez había llevado a Elv a casa demasiado pronto o, sencillamente, como madre no estuviera a la altura de la tarea. Había sequía y el suelo del jardín estaba lleno de polvo. Las hojas enrolladas del acerolo crujían con el impulso del viento. No había ningún tomate en las matas y las flores con forma de estrella se habían caído antes de dar su fruto. Annie había plantado siete variedades, dos más de las habituales, añadiendo unas Arkansas Traveler y una nueva variedad de Cherokee, pero había acabado con nada. Había descubierto unos gusanos cornudos del tomate, tan bonitos cuando se convertían en polillas y tan destructivos para las tomateras en su forma larvaria. Cuando llegó la época de la cosecha,

se puso los guantes y arrancó las tomateras, y el suelo acabó lleno de hojas rojas y marrones. Ya no tenía presupuesto para contratar a un jardinero. Había hogueras por todo el pueblo donde ardían las hojas, y una ceniza negra flotaba sin rumbo por el aire. Annie levantó la vista y vio a Meg detrás de la ventana clausurada del ático. El acre aroma de las tomateras seguía en el aire y el cubo metálico de la basura rebosaba de zarcillos y hojas que la oscuridad volvía amarillos. En eso se había convertido su jardín entonces.

Cuando comenzó el nuevo trimestre, la gente del colegio evitaba a Claire y Meg. Todos hablaban de las chicas Story y de la loca de su hermana, y había toda clase de rumores, algunos ciertos, otros demasiado inverosímiles para la credulidad de las personas razonables. Unas cuantas compañeras de clase de las chicas juraban que Elv había desaparecido durante todo aquel tiempo porque había tenido un hijo. Otras comentaban en susurros que robó un banco y estuvo en la cárcel, y que a la sazón se reunía con su amante en la iglesia de la plaza del pueblo, dispuestos a profanar el altar con misas negras, encuentros sexuales y consumo de drogas. Mucha gente del pueblo había visto a Elv haciendo dedo para ir a la estación de ferrocarril. Y esto era un hecho: habían llegado a ver un coche dejándola en el centro del pueblo a altas horas de la noche, y cuando ella se dio cuenta de que la miraban, con gesto estúpido se reía y gritaba: «¿Qué carajo estáis mirando?». Todos los que la observaban se fueron de allí con el rabo entre las piernas, aunque fueran vecinos respetables, padre o madre de algún conocido.

Elv tardó sólo dos días en anunciar que iba a dejar el colegio, aunque prometió asistir a clases nocturnas y sacarse una titulación equivalente al bachillerato superior. Después de Westfield y todo lo que había pasado allí, no se podía esperar que se sentara en clase con un puñado de muchachos y muchachas de pueblo que pensaban que ir al centro comercial era la máxima aspiración.

—No paran de hablar de mí —dijo—. ¿Esperas que me siente allí y lo aguante? —Rogó y suplicó, y le prometió a su madre que

hincaría los codos. Ya había leído *La letra escarlata*, el libro de la lista para el examen de grado de la asignatura de inglés, y había sacado un sobresaliente en el trabajo que había hecho. E hizo la solemne promesa de estudiar todo lo que pudiera, aunque también tenía los dedos cruzados a la espalda para invalidar la mentira que estaba contando. No había cogido un libro desde que había vuelto a casa, ya que sólo estaba interesada en una historia y sólo en un narrador.

Meg había leído *La letra escarlata* en primer curso, y ese año estaba en un seminario avanzado de inglés para estudiantes de tercer curso, dedicado a la obra de Virginia Woolf. Disfrutó leyendo *Al faro*, que hizo que se olvidara de Elv y evitó que se obsesionara con sacar unas notas lo bastante buenas para entrar en Wesley. Nada deseaba más que ser aceptada allí, y estaba verdaderamente asustada ante la posibilidad de no conseguirlo, aunque se guardaba muy mucho de hacer público su temor. Ojalá fuera tan inteligente como Mary Fox, que ya había sido aceptada en primera instancia por Yale. A Mary le resultaba todo facilísimo, mientras que Meg tenía que esforzarse bastante para sacar buenas notas.

Lo único bueno era que se había librado de Elv en el colegio. Los dos días que había asistido a clase habían sido bastante tempestuosos: apareció con una falda negra corta, una camisa casi transparente y las puntiagudas botas negras de París. Hacía poco alguien había pintado con aerosol un pentáculo en la taquilla de Meg, como si los rumores fueran sobre ella y no sobre su hermana. Se avisó a dos conserjes y volvieron a repintar la taquilla. Tarde o temprano la gente se olvidaría de Elv, y desaparecería de sus conciencias tan pronto como abandonara el pueblo, lo cual no sería lo bastante pronto si se le preguntaba a Meg. Meg comía ya con Claire todos los días en la cafetería, las dos solas, por lo general bocadillos de mantequilla de cacahuete o de ensalada de huevo, y disponían de mucho espacio: nadie se sentaba con ellas a su mesa.

La señorita Hagen sugirió que probaran a seguir alguna terapia familiar cuando Annie llamó para hablar de lo agitada que parecía

Elv. Y así lo hicieron, aunque todas estaban poco comunicativas e incómodas. Meg se mostraba especialmente nerviosa para decir algo, preocupada por las represalias: tenía que ir a casa con la inescrutable persona que la miraba con hostilidad desde el otro extremo de la habitación. Incluso cuando le preguntaron directamente, a lo máximo que llegó fue a decir «No lo sé», y ni siquiera pareció muy segura al respecto. Meg y Claire se miraban la una a la otra en busca de seguridad, sentadas muy juntas en un sofá. A veces se cogían de las manos sin pensar, y entonces Claire se percataba de la atenta mirada de Elv y soltaba rápidamente la mano de Meg.

La terapeuta sugirió que jugaran a un juego de confianza en el que cerrabas los ojos y te dejabas caer de espadas, dejando que otra persona te agarrara, pero todas se negaron a jugar. Sólo Claire pensó que era una buena idea.

—Hagamos sólo una prueba —las animó, pero las otras negaron con las cabezas y Elv puso los ojos en blanco.

—Si no se van a implicar, no veo la manera de hacer algo por ustedes —dijo la terapeuta a Annie y a las chicas. Meg estaba de acuerdo. No creía que la terapia les fuera a reportar ningún beneficio, nunca las ayudaría a llegar a un acuerdo sobre en qué se habían convertido sus vidas. Había asumido la premisa de la visión individual leyendo *Al faro*, según la cual todo depende del punto de vista de la persona. Incluso el detalle más insignificante era susceptible de interpretación. El viejo acerolo que crecía en la parte exterior de la ventana del dormitorio, por ejemplo: desde el comienzo de aquel otoño se había cubierto de hielo, pero a veces, al verlo, Meg podía imaginar que era el castaño del patio del edificio de pisos de su abuela^ Cuando veía a Claire sentada con Elv en el sofá, parloteando sin cesar mientras hacían collares juntas, se preguntaba a quién veía Claire y a quién se imaginaba.

Todos los encuentros que Meg tuvo con Elv aquel otoño fueron una complicación para ella. Se daba cuenta de que apretaba los dientes y de que había adquirido varios hábitos nerviosos: se mordía las uñas y

a menudo se descubría contando en silencio hasta mil para limpiar su cabeza de malos pensamientos. Quería que Elv desapareciera, que se la comieran los tigres o se fuera a vivir a un rancho donde no hubiera servicio telefónico.

—¿Sabes?, la verdad es que no tienes que estudiar tanto —le dijo Elv a Meg una mañana que se encontraron casualmente en la cocina. Meg levantó la vista de la mesa, y cuando vio a Elv se le cayó el alma a los pies. Había estado comiéndose una tostada de pan y estudiando para el examen de latín, y casi se había convencido de que Elv ya no existía. En ese momento, al encontrarse cara a cara con ella, no le quedó más remedio que aceptar el hecho de que había vuelto. Elv estaba mucho más flaca de lo habitual, y a la luz turbia de aquella mañana nublada en cierto modo parecía más hermosa que nunca. Se iba corriendo al pueblo a la menor oportunidad, pero también se había acomodado, se había apoderado de la casa, lo cual seguía sin querer decir que fuera digna de confianza.

—No me importa estudiar —replicó Meg—. Me gusta el latín.

—Qué estupendo. Por si no lo sabías, el latín es una lengua muerta. ¿Quién te crees que eres? ¿Mary Fox? No te molestes, dudo que consigas entrar en Yale.

—No voy a solicitar entrar allí.

Claire entró en la habitación. Cogió un plátano y un poco de mantequilla de cacahuete, la mezcla de sus bocadillos favoritos. La madre de las chicas solía quedarse levantada hasta tarde esperando a que Elv regresara a casa, así que Claire y Meg se habían conjurado para dejarla dormir por las mañanas.

—Y aquí está tu sombra —proclamó Elv cuando Claire sacó la rebanada de pan. De un tiempo a esa parte, tenía celos de Meg. Se sentó junto a ella y procuró acercarse más de la cuenta. De repente, estaba hambrienta—. ¿Hay más tostadas? —preguntó a Meg.

Claire se rió mientras se preparaba dos bocadillos, y Elv se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Que eres muy mala con ella, pero quieres que te haga el desayuno.

—Te revuelves contra mí porque eras mi esclava y ahora lo eres de ella —replicó Elv con rapidez.

Claire le sacó la lengua y Elv se rió, divertida.

—¿Se supone que he de sentirme insultada?

—Claire no es ninguna esclava —dijo Meg tranquilamente. Recogió sus libros y fue a buscar su abrigo.

—Supongo que no te vas a comer eso —dijo Elv, cogiendo lo que quedaba de la tostada de Meg y metiéndosela en la boca—. Adiós, esclava —le dijo a Claire, que seguía a Meg fuera de la cocina, llevando los dos bocadillos en una fiambrera—. Adiós, ricitos —dijo con un gorjeo a Meg, que se arredró, siempre sensible a todo lo relacionado con su pelo.

—Adiós, zorra —le soltó Claire.

Elv soltó una sonora carcajada ante la demostración de coraje de Claire.

—¡Ay! —Elv se llevó las manos al corazón sin dejar de sonreír —. Eso ha dolido.

—¡Era una broma! —protestó Claire.

—Vamos —dijo Meg, tirando del brazo de Claire—. Ya te dije que no hablaras con ella.

Claire no paró de pensar en Elv durante todo el día. Pensó en ella en lugar de prestar atención en clase, y de nuevo durante el entrenamiento de fútbol, que se celebró en el gimnasio donde Elv solía realizar sus ejercicios con el equipo de gimnasia y el club de danza, y asimismo durante la clase de piano. Desde aquel funesto suceso, Elv había ocultado su verdadero yo; la gente creía que la conocía, pero no sabían absolutamente nada de ella.

Empezó a nevar al final de la tarde, grandes copos húmedos, la primera nieve del año, y todo olía a fresco, como a ropa limpia. Claire se dirigió a casa caminando porque el autobús ya se había ido

mientras estaba en la sala de música, tomando clases de piano. Llevaba zapatillas deportivas y tenía los pies helados. En cierto sentido no tener amigas era liberador, habida cuenta de que el primer curso de instituto abundaba en mezquinas envidias y camarillas. Claire no tenía nada que ver con todo eso. Las hermanas Story seguían al margen.

Mientras cruzaba el pueblo, Claire vio el Miata blanco de su padre aparcado detrás de la tienda de ultramarinos, en el apartado solar que nadie utilizaba. Su padre cuidaba tanto aquel coche que a Claire le sorprendió que lo hubiera sacado con la nevada, ya que el coche de uso cotidiano era un Jeep. El Miata, decía su madre, era el coche de su crisis de los cuarenta. Claire había visto a Alan y Cheryl circular con el coche por el pueblo en verano, con la capota quitada, como si fueran la pareja protagonista de *Dos en la carretera*, la película favorita de su madre. A lo mejor su relación se hacía pedazos de la misma manera que ocurría en la película. A lo mejor recibían lo que se merecían.

Claire dio la vuelta al mercado caminando bajo la nieve y dejó atrás los contenedores de la basura. Ya oscurecía, el cielo ennegrecía y los copos habían adquirido una tonalidad azulada. Claire se acercó al coche y golpeó en la ventanilla con los nudillos. El cristal estaba empañado y no podía ver el interior.

—¿Papá?

La ventanilla bajó y apareció Elv.

—No puedo arrancar este jodido cacharro.

—¿Estás loca? —Claire retrocedió un paso, presa del nerviosismo—. ¿Qué haces? ¿Has entrado en su casa?

—Sube —dijo Elv—. Tienes que ayudarme.

Claire se quedó mirando a su hermana de hito en hito. Elv iba sin abrigo, y se había recogido el pelo hacia atrás con una cinta de terciopelo negro que Claire identificó como una de las de Meg.

—¡Entra! Sólo quería divertirme un poco, así que lo tomé prestado un ratito. Pero no puedo cambiar la marcha y conducir al mismo tiempo. Date prisa.

Claire dio la vuelta y entró en el coche, que olía a humo. Ella y

Elv se miraron y se pusieron a reír; se habían echado de menos.

—Estás loca —dijo Claire.

—Como una cabra. —Elv sonrió con ganas.

—Como unas maracas —añadió Claire.

—Loca por ti. —Elv volvió al asunto que se traía entre manos. Sería mucho más fácil ir de una parte a otra para ver a Lorry si pudiera ir en coche a la ciudad, así que tenía que practicar—. ¿Ves el dibujo en la palanca de cambios? Sigue las indicaciones. Haz lo que te digo y saldremos de ésta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Claire, y le cogió la mano—. No debí haber dejado que lo hicieran —dijo. Había esperado a decirle aquello desde el día que habían ido a New Hampshire—. Pensamos que encontrarían un lugar en el que te ayudarían.

Elv retiró la mano y desvió la mirada.

—Me valgo por mí misma.

—Tenía miedo de que las drogas te mataran. —Claire parpadeó para contener las lágrimas.

Elv le entregó up pañuelo de papel que sacó de una caja que había en la parte posterior del coche.

—No te culpo. Sé que no fue idea tuya.

Claire empezó a llorar a moco tendido.

—Está bien. —Elv rodeó con los brazos a su hermana pequeña —. Ya sé que tú nunca harías nada para herirme. —Fue entonces cuando Claire supo con certeza que no tenían que seguir hablando de aquello. Se sentía afortunada, libre y profundamente agradecida por estar con su hermana, quien era más hermosa que todos los demás en aquel estúpido pueblo.

Tardaron un rato en arrancar el coche, que emitió un chirrido cuando Claire metió la primera, lo que les provocó la carcajada una vez más. Al final, idearon un sistema por el cual Claire cambiaba de marchas y Elv movía el volante y se encargaba del acelerador y el embrague. Se les caló el coche en la señal de *stop* de Spring Street, les entró la risa tonta y consiguieron arrancar de nuevo. Condujeron hasta la casa donde vivían su padre y Cheryl, que habían sido trasladados a otro colegio, en las afuera de los Hamptons. Delante

de la casa había un cartel con las palabras «SE VENDE». Nunca habían invitado a cenar a Claire y a Meg, ni siquiera mientras Elv había estado fuera. Por suerte, no había nadie en casa cuanto metieron el Miata en el garaje.

—Buen trabajo, chica —dijo Elv, en reconocimiento.

—Deja abierta las ventanillas. —Claire no podía evitar ser práctica, estaba en su naturaleza—. Que el aire se lleve el olor a humo.

—Muy inteligente. —Elv bajó las ventanillas del Miata—. Y cómo no lo ibas a ser, si eres mi hermana.

Claire sintió un arrebato de orgullo y se preguntó qué se sentiría siendo tan temeraria.

Elv devolvió las llaves del coche a un gancho situado en la pared del garaje.

—No lo sabrá nunca. La gente tan egocéntrica nunca ve más allá de sus narices. Y él es un imbécil de tomo y lomo.

—Puede que piense que lo cogió Cheryl para darse un garbeo —dijo Claire—. Y a lo mejor se pelean, rompen y él vuelve con mamá.

—No lo creo —replicó Elv—. Yo no perdería el tiempo con semejantes esperanzas.

Salieron a hurtadillas del garaje y regresaron atravesando el pueblo.

—Eres una cómplice fantástica —dijo Elv—. De primera.

Claire tuvo un escalofrío de placer, pues aunque no deberían haber cogido el coche de su padre, aquello era un cumplido.

Elv caminaba más deprisa y Claire tenía que correr para mantenerse a su altura. Encontraba fascinante a su hermana. Cuando llegaron a su manzana, creyó ver a la señora Weinstein mirando por la cristalera de su salón. Quizá se acordara de aquella ocasión en que Elv le había arrancado las rosas del patio para confeccionar un amuleto que colgó encima de su cama, o de aquella otra en que la acusó a gritos de maltratar a *Pretzel* por tenerlo atado en el jardín.

—Eres una conductora bastante buena —le dijo Elv a Claire, a la que echaba de menos como aliada. Meg había hecho todo lo que

había podido para robársela, pero eso se había acabado—. Celebrémoslo comiendo. —Esa había sido una antigua e inveterada costumbre, subir comida a escondidas a la habitación y pasarse la noche picando.

Cuando llegaron a casa se dirigieron al frigorífico y sacaron todo lo que llevara chocolate: helado, sirope y bizcocho de chocolate y nueces. Se reían mientras especulaban cuántas calorías serían capaces de meter en un cuenco cuando Meg bajó la escalera. Se paró en la entrada, observando.

—Hola —le dijo Claire cuando se percató de su presencia—. Jamás te creerías lo que hemos hecho. —Claire había vertido una tonelada de sirope de chocolate en su cuenco y en ese momento añadía unos trozos de chocolate—. ¡Oh, Dios mío! —le dijo a Elv —. Esto probablemente tenga un millón de calorías.

—Más bien tropecientas. —Elv sonrió abiertamente—. Añade más trozos. ¡Ah, y caramelos!

—¿No tienes deberes que hacer? —le recordó Meg a Claire.

—¿Quién eres tú? ¿Su madre? —Elv estaba sacando una barra de Kit Kat del cajón de los aperitivos y la hizo añicos para añadir al helado y al sirope—. Pongámonos hasta el culo —le dijo a Claire.

—¡Caray! —dijo Claire—. Eso tiene una pinta increíble.

—Tienes que hacer un trabajo sobre literatura norteamericana —le dijo Meg—. Me dijiste que tenías que hacerlo. Y te dije que te ayudaría.

—Pero mira que eres cría —le dijo Elv a Meg—. Doña santurrona. ¿Por qué no te doy un cuchillo y me lo clavas en la espalda?

—Vamos —le dijo Meg a Claire.

Claire dejó su tazón en la encimera y la cuchara en el fregadero. Percibió el olor a humo en su pelo.

—Supongo que no tengo tanta hambre —dijo. Cogió la bolsa de sus libros y siguió a Meg arriba.

—¡Adelante! —les gritó Elv—. ¡Las dos sois unas crías!

Las chicas se dirigieron a su habitación y se pusieron a hacer el trabajo trimestral en la cama. La cerradura de la puerta se cerró con

un chasquido. Claire miró hacia el lugar que ocupaba la cama de Elv. Echaba de menos los días en que las tres estaban allí, las cosas tal como solían ser antes.

—Está bien, de verdad —le dijo Claire a Meg—. No es exactamente la misma, pero es muy Elv.

—Si tú lo dices.

Meg había empezado a ir a ver a la orientadora escolar, aunque no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Claire. Se pasaba por el despacho de la señora Morrison todos los martes y jueves a las diez. A veces hablaba, otras no, y en ocasiones se sentaba allí y se ponía a lloran No sabía exactamente por qué quería ver a la señora Morrison, quizá porque se sentía sola, aunque se hallara en una habitación llena de gente, aunque estuviera en su propia cama hablando con Claire. Lo único que sabía con seguridad es que nunca más volverían a estar allí las tres.

—Sigue siendo Elv —aventuró Claire.

—Sigue mi consejo —dijo Meg—. No confíes en ella.

Ocurrió de madrugada, una noche lluviosa entre negra y azul. Había empezado a llover a medianoche con un ligero tamborileo contra las ventanas, antes de convertirse en una cortina de agua. Claire se despertó de repente con fiebre. Habían tenido exámenes de mitad de trimestre en el colegio y había estado tosiendo y con dolor de garganta, pero entonces su enfermedad empeoró repentinamente y la fiebre le aumentó hasta alcanzar treinta y nueve y medio. Se levantó de la cama en camisón, empapada. Todo le parecía extraño: la habitación, la luz a través de la ventana… Meg estaba dormida y Claire lamentó que Elv ya no estuviera en la cama contigua para meterse bajo la manta con ella y que le dijese que pronto se pondría buena, como hacía cuando Claire era pequeña.

Bajó a buscar un vaso de agua. La cabeza le palpitaba. Quizá debía haber ido junto a su madre, pero era a Elv a quien quería. Cuando avanzaba por el pasillo oyó hablar a gente, un murmullo, como si estuviera encendida una radio, y luego sonó una risa

apagada que enseguida se desvaneció. Las cosas parecían diferentes en la oscuridad, el pasillo parecía más largo y el pálido resplandor del claro de luna entraba por las ventanas del salón y se condensaba en la alfombra del pasillo como charcos de leche. Elv siempre cerraba su puerta con llave, pero había enseñado a Claire la manera de entrar. Sólo en caso de emergencia, le había dicho. *Reuna malin*, le susurró. *Reuna malin*, repitió Claire.

Debía haber rescatado a Elv de Westfield. Oficialmente, Elv la había perdonado, pero a menudo Claire seguía sin poder dormir, insómne a causa de la culpa. Rebobinó el día en New Hampshire en su cabeza: la manera en que aquellos hombres habían agarrado a Elv, las hojas rojas que revoloteaban como si fueran pájaros, y recordó luego cómo Elv abrió la puerta del coche y huyó, sin parar de correr y sin mirar atrás. Claire ya no volvería a dormirse esa noche. Estaba ardiendo, igual que con aquella ola de calor, cuando tenía los brazos escayolados y tuvo que dormir completamente sola en el ático mientras sus hermanas viajaban a Francia. Seguía queriendo la acuarela negra del río y se preguntó si Elv la tendría o se habría deshecho de ella.

Elv guardaba una llave debajo de la alfombra del pasillo. Claire se inclinó para cogerla y pensó que se iba a desmayar. No había ninguna duda de que aquello era una emergencia.

Lorry había entrado por la ventana mucho antes de que la lluvia empezara. Había estado en aquella casa una docena de veces o más sin que nadie se diera cuenta. Al fin y al cabo, era a eso a lo que se dedicaba: era un ladrón, y de los buenos. Durante todo el otoño, Elv había estado yendo a Asteria a reunirse con él en un bajo que Michael había alquilado antes de que lo hubieran vuelto a detener por robar un coche. En esa ocasión lo enviaron a Rikers, pues con dieciocho años cumplidos lo habían juzgado como adulto. El piso llevaba vacío varios meses, pero, en ese momento, Lorry tuvo que trasladarse a vivir a otra parte, así que en el ínterin North Point Harbor tendría que servir. Había llegado a conocer el pueblo y era fácil perpetrar un robo. La gente rara vez cerraba las puertas con llave y dejaban el dinero y las joyas por todas partes, e incluso los

perros, la mayoría golden retriever y labradores de lo más amistoso, parecían encantados de verlo.

Esa noche había llegado cuando anochecía y había atravesado rápidamente el jardín —donde la madre de Elv acostumbraba a contar sus historias—, con las manos en los bolsillos. Lloviznaba y los árboles verdes se alzaban imponentes. Siempre llevaba las misma botas negras, aunque ya tenían agujeros en las suelas, y su abrigo negro. La familia de ella no tenía ni idea de lo que pasaba. A veces se quedaba allí, en el dormitorio de Elv, esperando a que acabaran de cenar, después de haber aparcado el coche en la salida de la curva, más allá de la casa de los Weinstein. Tener relaciones sexuales en la cama de Elv se les antojaba inmoral y disparatado, y les entraba la risa, aunque tenían miedo de hacer ruido, así que él le tapaba la boca con la suya cuando Elv se echaba a reír. «Chisss», le decía. «No digas ni una palabra», y Elv le hacía caso. Unos cuantos meses más y ella sería suya, y entonces podría gritar a pleno pulmón, y no tendrían que ir de aquí para allá a escondidas ni seguir las normas de ningún otro. Lorry sabía que no había llevado una vida perfecta e intachable, pero esa vez era diferente. Hacía lo posible para que Elv no se colocara demasiado a menudo. Había límites, y él había estado dando tumbos demasiado tiempo para saber dónde estaban. Con que hubiera uno con un defecto fatídico ya era suficiente, lo cual no implicaba que no tuviera también otros defectos, y Elv era uno de ellos. No podía permanecer lejos de ella, aunque sabía que se arriesgaba demasiado estando con ella en casa de su madre, siendo como era una menor. Estaba enamorado, y la gente en esa situación hacía cosas estúpidas e inextricables. Ambos eran un dechado de defectos, cada uno por su lado.

—Cuéntame una historia —le susurró Elv en la cama—. Cuéntame lo del perro.

Lorry habló en voz baja, rodeándola con los brazos. Organizaron un grupo de rescate. Tenían linternas, antorchas y cuchillos. No tardaron mucho en descubrir a la banda que había matado a *Madre*, su fantástico perro guardián, la madre de todas las bestias leales y resabiadas. La banda responsable estaba integrada por un gatuperio

de rufianes que aterrorizaban a las mujeres y niños que vivían en el subsuelo, y extorsionaban a los enfermos y a los débiles a cambio de protección.

Iban a la sazón tras los pasos de una niña pequeña llamada Emma, contratados por una pareja de la superficie que les pagarían dos mil dólares por la criatura. Emma era un blanco perfecto. Su madre la llevaba a una guardería pública todos los días y esperaba en un banco fuera hasta que la jornada escolar acababa. Allí fue donde la desaprensiva pareja la había divisado por primera vez y decidido que querían a la niña para ellos.

El día previsto para el secuestro, Lorry y *Madre* habían pasado junto a la tienda de campaña donde vivían la niña y su madre. *Madre* conocía la maldad tan bien como podía olerla, así que se paró y enseñó los dientes y el pelo de su lomo se erizó como una cordillera. Una vez que Lorry y su perro aparecieron en escena, la banda se desperdigó, pese a lo cual sus intenciones quedaron claras. Alguien había entrado en la tienda donde vivían Emma y su madre, alguien que estaba a punto de coger a la niña.

La recompensa de Lorry y su perro fueron unos cuencos de carne guisada, lo único de lo que disponía la mujer para demostrar su gratitud, pero aquella noche se les antojó a ambos un regalo fantástico: Lorry y *Madre* estaban hambrientos.

La muerte del perro fue el desquite por haber frustrado el plan de raptar a la pequeña. Bueno, pues habría desquite. Cuando Lorry y sus amigos terminaron con la banda, había charcos de sangre por doquier, y en la desbandada posterior quedaron dos cadáveres en el camino, lo peorcito de lo peorcito. Algunas cosas no se debían volver a contar, ni entonces ni nunca, y cuando más adelante los que estuvieron allí aquella noche se cruzaban, se saludaban con la cabeza y rara vez decían algo más que unas cuantas palabras de salutación, a pesar de ser hermanos en cierta manera. Lorry envolvió el cuerpo del perro en la única manta que tenía, y lo llevó fuera para enterrarlo en Central Park, no lejos del zoo, pues quería que estuviera donde la nieve festoneaba la tierra, donde crecía la hierba. Incluso para los caídos había algo de libertad en aquel acto.

Elv estaba desnuda, y ella misma se parecía a la nieve, por la palidez de su piel. Doraba por *Madre* cuando Lorry la besó, y se sintió relajada entre sus brazos. Estaban completamente entrelazados cuando oyeron que la puerta se abría y aparecía Claire, disculpándose entre gimoteos. Elv saltó de la cama y se dirigió a la puerta.

—¡Por Dios, Claire! ¿Qué demonios estás haciendo? —Le tocó la frente a su hermana—. Estás ardiendo.

Claire miró a su hermana con los ojos entornados.

—¿Era ése el fantasma de Justin Levy?

Elv se volvió para mirar. Lorry había salido por la ventana, metiéndose bajo la lluvia.

—Justin no tiene ningún fantasma —le aseguró Elv.

Hizo entrar a Claire, cerró la puerta y metió a su hermana en la cama.

—No lo sabes —insistió, sintiéndose aterrorizada y desfallecida —. Solía venir a nuestra habitación y creo que sigue haciéndolo.

—Era Lorry, tonta. Ya te hablé de él.

—Ése del que estás enamorada.

—El que me ha dado la vuelta como a un calcetín.

—¿Y no duele? —dijo Claire muy bajito.

—Sí. —Elv miró hacia la lluvia—. Duele.

Elv metió de un empujón en el cajón de la mesilla toda la parafernalia de yonqui que Lorry se había dejado olvidada. No había tenido tiempo de recogerla. Elv todavía lo sentía por todo su cuerpo. Se puso un camisón y se metió en la cama con Claire. Tenía todo el equipo de Lorry y droga suficiente para colocarse más tarde ella sola. Le encantaba la sensación de ensoñación en la que se sumía, y el sonido de la lluvia contra el cristal de la ventana era reconfortante. Lorry se estaría empapando mientras corría hacia el coche y pensaría en ella toda la noche.

—Viene del mundo subterráneo. —Dio de beber a Claire un trago de agua del vaso de la mesilla de noche, junto con dos aspirinas.

—No, no viene de ahí. —Claire estuvo a punto de echarse a reír,

pero se sentía demasiado débil.

—Puedes encontrar la entrada si sigues la calle Treinta y Tres por detrás de Penn Station. Tienes que descender ocho plantas, por debajo de los trenes y por debajo del metro. Hay diez mil escalones y criaturas salvajes por todas partes. Y al lado de las vías crecen rosas negras.

—¿Viene de Arnelle? —Claire estaba confundida.

—Ponte a dormir —le dijo Elv—. Estarás mejor por la mañana. Ni siquiera recordarás esto.

—Sí, sí que lo recordaré. —Claire estaba entusiasmada porque su hermana había vuelto—. Siempre lo recordaré.

La señora Weinstein fue quien telefoneó para informarles de que había visto a un hombre saliendo a hurtadillas por la ventana de su casa. No tenía otra cosa que hacer más que cotillear y meter la nariz donde nadie la llamaba. Elv salió de su habitación y se encontró con que su madre estaba llamando a la policía. Inmediatamente le quitó el auricular.

—No era ningún delincuente. No lo denuncies —le rogó.

—Elv —dijo Annie—. ¿Cómo has sido capaz?

—¿Cómo he sido capaz de qué? ¿De encontrar el verdadero amor? ¿De conseguir lo que tú nunca has tenido?

Claire seguía en la cama, donde permaneció bajo las mantas, oyéndolas discutir. Debajo de la almohada había encontrado una fotografía de Lorry, al que examinó con detenimiento, y luego la volvió a poner en su sitio apresuradamente cuando Elv entró de nuevo en la habitación con un portazo. Annie la iba a enviar a casa de su abuela y eso le venía de perillas.

—Ayúdame a hacer la maleta, Gigi —le dijo a Claire.

Claire salió de la cama y se dirigió a la cómoda. Elv había quemado la mayor parte de su ropa, así que metieron todo en una única maleta. Justo antes de marcharse recogió la foto de debajo de la almohada, besó a Claire en ambas mejillas y le dijo que no la olvidara. Como si eso fuera posible.

Después de que su nieta se hubo mudado a su piso de Nueva York, Natalia tuvo la misma sensación de miedo que en París, cuando *madame* Cohen la advirtió de que vigilara a Elv: algunas chicas corrían peligro de desaparecer, igual que desaparecían los niños de los cuentos, por la puerta, bajo el seto, y nunca se las volvía a encontrar. Pero el hecho era que Elv se estaba portando bien. Ayudaba a poner la mesa, jugaba a las cartas con su ama, dormía en sábanas blancas y limpias y se bañaba con aceite de verbena en la gran bañera de mármol del cuarto de baño de su abuela. Se probaba todos los viejos vestidos de su ama: trajes de satén negro, blusas blancas de encaje, zapatos de tacones altos, jerséis de cachemir azules con botones de cristal, chaquetas de Chanel que le sentaban a la perfección… y luego desfilaba así vestida para que su abuela le diera el visto bueno.

Pero con frecuencia desaparecía durante horas, incluso durante días, y cuando volvía, estaba demasiado agotada para hablar. Se limitaba a meterse a rastras entre las sábanas blancas y se quedaba tan profundamente dormida que Natalia no era capaz de despertarla para la cena. Nevaba casi todos los días, y Elv se despertaba normalmente al caer la tarde para ir a reunirse con Lorry. Tenían su lugar de encuentro en Manhattan, igual que lo tenían en New Hampshire. Estaba justo detrás del prado donde había sido enterrado el perro, *Madre*. Lorry la había llevado allí y habían depositado un ramo de rosas robadas en el mercado de la esquina. El tiempo había cambiado, y Lorry seguía buscando piso, así que se encontraban en un paso subterráneo cerca del zoo. Era fácil que te olvidaras de que estabas en Manhattan en su esquina del parque. Allí todo estaba amortiguado y silencioso. A Elv le recordaba New Hampshire. Seguía echando de menos a los caballas y se preguntaba quién cuidaría de ellos y si la recordarían si volvía alguna vez.

Elv no había creído que necesitara drogarse, pero a veces había algo apremiante que se arrastraba por su interior y afloraba a la superficie. Era algo caliente y peligroso y se parecía a la necesidad que sentía por Lorry. Por fin oía pasos en el sendero, y aparecía Lorry con su abrigo negro y su sombrero de lana, también negro,

hermoso bajo la nieve. La nieve no le molestaba, nada lo hacía, y a Elv le recordaba al hombre de un cuento de hadas que siempre encontraba su camino, incluso sin un mapa.

Todo estaba blanco y Elv tenía copos de nieve en las pestañas. Dentro del túnel olía a pis y a heno, aunque no les importaba. Elv oyó a un lobo del zoo y pensó en todos los animales que habría allí fuera, bajo la nieve, en la ciudad de Nueva York, y pensó en la vez que Claire robó un caballo sólo para complacerla. Quería a su hermana, y Claire la correspondía, y ni siquiera tenían que hablar para entenderse. No estaba segura de si los caballos del tiovivo seguirían en el parque o si también se los habrían llevado. Elv se despojó de la chaqueta de cachemira que había cogido prestada del armario de su abuela y le dijo a Lorry que no podía introducirlo a escondidas en el piso de su abuela, como hacían en la casa de North Point Harbor. A su abuela le daría un ataque al corazón o algo parecido y, además, el piso no era tan grande. Durante los últimos días, Lorry había vivido de la caridad. Se quedaba en casa de los amigos, a la espera de dar algún buen golpe en algún lugar de Great Neck. Elv detestaba mentirle, pero le aseguró que el fantasma de su abuelo merodeaba por el piso. Lorry tenía miedo a los fantasmas; aseguraba que era lo único que le preocupaba cuando vivía bajo tierra. Allí abajo había tantos fantasmas que por la noche se podían oír sus lamentos.

Elv se arrodilló de espaldas al túnel y alargó el brazo hacia él, y se rió cuando Lorry le dijo que esperaba que no estuviera adquiriendo su defecto fatídico.

—Ese eres tú, cariño —le dijo ella, inclinándose para besarlo en la mejilla. No le gustaba clavarse la aguja porque el metal la asustaba y le hacía pensar en esposas, en dedos pinchados, en sangre que goteaba, en sueños que duraban cien años. Se quedó mirando fijamente las pintadas de la pared. Le pareció que todas estaban escritas en amello, salvo que ya no era capaz de comprender aquel idioma. Lorry se sacó algo del bolsillo, una pequeña caja de terciopelo, que le arrojó a Elv: dentro había un anillo de esmeraldas con una franja de oro blanco, una joya exquisita.

—Sólo para que sepas que no estoy jugando —le dijo él.

Elv se inclinó para besarlo. Pertenecía adonde estaba en ese momento, con él, y todo se le antojó hermoso, sobre todo la nieve. Después de chutarse, Lorry apoyó la cabeza en el regazo de Elv y cerró los ojos, silbando *Blackbird*, una canción tan triste como hermosa. Le dijo que la había cantado cuando enterró a su perro en el parque, allí de pie, solo bajo la luz verdecida, tras haber perdido a su mejor amigo, a su único protector. Elv contempló su cara, que era perfecta, y pensó que él siempre estaría allí para protegerla. Miró la nieve con detenimiento, aún oía a los lobos del zoo. Los escucharon juntos.

La siguiente ocasión en que la ama salió por la noche, Elv lo llevó a casa de su abuela.

Natalia fue a cenar a Long Island con Elise y Mary Fox y se vio sorprendida por una tormenta de nieve que la obligó a quedarse el fin de semana.

—No te preocupes —le dijo Elv—. Tengo toneladas de latas de sopa y *pizzas* congeladas. Ni siquiera tengo que salir.

Cuando Elise y Mary llevaron a Natalia a casa, se quedaron anonadadas con lo que allí se encontraron. Mary se dirigió al cuarto de invitados y allí se encontró a Elv, inconsciente sobre la cama, desnuda, pero antes de volver al pasillo a Mary no le pasó desapercibido el brillo de unas agujas en un cenicero. La puerta del baño estaba abierta. Lorry tenía una toalla arrollada a la cintura y el pelo negro, lacio y brillante peinado hacia atrás.

No conocían su nombre ni sabían nada acerca de él, sólo que se puso la ropa a toda velocidad y pasó junto a ellas furtivamente, tratándolas como si en realidad fueran ellas las intrusas.

—Díganle que volveré —soltó. Era un torbellino de hombre, guapo y seguro de sí mismo. Natalia se dio cuenta de con qué facilidad podría embelesar a una joven, para quien él se antojaría un fruto hermoso y prohibido. También se percató de que allí donde él fuera, la destrucción lo seguiría.

Annie se dirigió allí en coche a la mañana siguiente esperando que Elv se explicara. Estaba llorosa y agotada. Natalia parecía terriblemente decepcionada, envejecida hasta aparentar la edad que tenía, una mujer que no sabía cómo manejar a su nieta favorita. Elv se mostraba nerviosa e inquieta y llevaba la esmeralda en la mano izquierda.

—¿De dónde has sacado eso? —inquirió Annie—. ¿Lo habías visto antes? —preguntó, dirigiéndose a Natalia.

—Es mío —declaro Elv, que escondió la mano—. No se lo he robado a la ama, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Te lo dio ese hombre?

—«Ese hombre» se preocupa de mí. No como tú.

—Puedes quedarte aquí —dijo Natalia—. Hablaremos de las cosas y encontraremos una solución.

—Esto no tiene solución —dijo Annie—. No voy a permitir que te haga esto.

—¿Qué le haga qué? Nunca te haría daño —le dijo Elv a su ama.

Se marcharon y se dirigieron al coche, que estaba aparcado a la vuelta de la esquina. Elv entró, se dejó caer en el asiento y empezó a tamborilear con el pie. Parecía a punto de explotar.

—Elv, sabes que me preocupo por ti.

Elv mantuvo la vista clavada en la ventanilla, sin escuchar a su madre, mordiéndose las uñas.

—Ése no es un hombre que puedas meter en casa.

—¿Crees que puedes obligarme a que te escuche?

Annie alargó el brazo por delante de Elv y abrió la puerta del coche.

—Entonces, no vengas a casa. Vete a una residencia de estudiantes.

Elv fulminó a su madre con la mirada y cerró la puerta del automóvil violentamente. Fuera estaba helando, hacía tanto frío que se te ponían las yemas de los dedos azules en cuestión de segundos. Ya sabía que toda aquella cháchara sobre que le preocupaba era una mentira, y de las gordas.

—Muy bien —dijo ásperamente.

—Muy bien —convino Annie. Aquello debería haberlo sentido como una victoria, aunque se le antojó más bien una derrota. Tardaron mucho tiempo en llegar a casa por culpa del mal estado de la carretera, pese a lo cual no cruzaron ni una sola palabra.

El invierno pareció durar una eternidad, con nevadas nunca vistas hasta entonces. Llegó marzo y seguía nevando. Y entonces, una mañana, Claire se despertó y se encontró con que era primavera. Era domingo y las campánulas habían aparecido de repente en el césped. Cuando bajó, su madre ya estaba vestida, preparada para irse a la ciudad a comer con Natalia. La relación entre ellas se había vuelto tensa desde el incidente con Lorry, y lo que antes había sido siempre unanimidad en los asuntos importantes ya no era así. Natalia era de la opinión de que Elv debía irse a vivir con ella de nuevo, pero Annie parecía haber perdido cualquier esperanza.

—Tiene que haber una manera de hacer que vuelva con nosotras —no paraba de decir Natalia.

—Si supiera que hacer, lo haría —le decía Annie.

—Tal vez deberíamos conocer a su compañero —decía Natalia.

—Tajantemente no —le había dicho Annie a su madre—. A él no.

—Dale un fuerte abrazo a la ama de mi parte —le dijo Claire cuando su madre estaba a punto de irse a la ciudad.

—¿Te importa estar pendiente de tu hermana?

—Claro que no —dijo Claire, aunque sabía que Elv estaba de un humor lamentable desde su vuelta.

Cuando se marchó su madre, se quedó mirando por la ventana. Un petirrojo daba saltitos por el césped, y le hizo pensar en el polluelo que habían encontrado y en el collar de huesos que se había hecho Elv. Se preguntó si era la única sobre la faz de la Tierra que pensaba que las cosas que Elv hacía eran hermosas: el collar del petirrojo y el tatuaje de las rosas, el idioma inventado con palabras que parecían el canto de un pájaro.

Al cabo de un rato apareció Meg, y todavía con los camisones puestos —regalos de su abuela, con el frunce cosido a mano— se sentaron juntas e hicieron un desayuno rápido. Luego, subieron y se vistieron. Claire se puso unos vaqueros, botas y una sudadera; había preparado la bolsa de gimnasia con su equipo de equitación, el casco y los guantes. Había vuelto a montar, y aquél era un día perfecto para acudir a las cuadras. Claire estaba completamente recuperada de sus huesos rotos, aunque seguía teniendo pinchazos los días húmedos; siempre era capaz de predecir cuándo iba a llover. Le había llevado algún tiempo superar el miedo a caerse, pero lo había conseguido con la práctica. En ese momento era una loca de los caballos, y aquello era lo mejor de que la primavera hubiera llegado de una vez: podría montar todos los fines de semana.

Meg iría con Claire. Prepararía las pruebas de aptitud para la universidad en la sala de aperos de las cuadras, donde podría acurrucarse en un viejo sofá de piel. También se iba a llevar su ejemplar de *Al faro*, para darse el gusto de releerlo si terminaba de estudiar. La verdad es que no le apetecía quedarse en casa a solas con Elv. En ningún momento se le había pasado por la cabeza montar a caballo. Ni siquiera intentarlo, pese a las súplicas de Claire para que lo hiciera y su insistencia en que se lo pasaría en grande. Meg tenía miedo a los caballos. Ya había comprobado la fuerza y velocidad con que el coche de caballos había caído al suelo en el parque y había sentido el batacazo a través de los neumáticos del coche patrulla.

Estaban a punto de salir cuando Elv entró en la cocina. Había dormido durante diecisiete horas y estaba completamente zombi. Se preparó una taza de café, se sentó a la mesa y pellizcó uno de los gofres a medio comer de Claire. Estaba pálida y llevaba una cinta de pelo de terciopelo, la que le había robado a Meg.

—Extraño a Lorry —dijo lastimeramente, y pareció casi humana.

—¿Quién es Lorry? —le preguntó Meg a Claire cuando Elv fue a servirse un poco de zumo.

—Su novio. Fue él quien le dio el anillo que lleva.

—Debe de ser el que estuvo en el piso de ama. —Meg se dirigió a enjuagar los platos y meterlos en el lavavajillas. Luego, cogió su chaqueta y la de Claire—. Vamos.

Elv bebía directamente del envase de zumo de naranja. Tenía que llenar las siguientes semanas, las pocas que le quedaban hasta que por fin cumpliera los dieciocho años y nadie pudiera decirle a quién amar y cómo vivir su vida.

—¿Adónde vais? —preguntó cuando sus hermanas se dirigían a la puerta—. ¿Dónde está mamá?

—Ha ido a ver a ama. —Hacía un día tan bonito fuera que Claire creyó que no necesitaría ninguna chaqueta, pero cuando Meg le entregó la suya, se la puso de todas maneras—. Volverá para la cena. Vamos a las cuadras.

—Esperad un minuto —dijo Elv, que no quería quedarse sola.

—Ya llegamos tarde —respondió Meg—. Vamos. —Y condujo a Claire hasta la puerta trasera—. Tenemos que irnos.

—Sé más de caballos que las dos juntas —dijo Elv—. Me encargaba de los establos de Westfield. Y no era ninguna niña mal criada que tuviera un jornalero para recoger las inmundicias y limpiar las pezuñas. Lo hacía todo yo.

—Vamos —le dijo Meg a Claire. Tenía la misma sensación de terror que tenía siempre que Elv estaba cerca.

Elv dejó el envase de zumo de naranja sobre la encimera. Quería que se divirtieran como solían divertirse antaño.

—Puedo llevaros en coche —dijo—. Llegaréis a tiempo.

—Creo que no. —Meg estaba indignada y nada dispuesta a dejarse convencer por los trucos de Elv—. No tienes coche.

—Cogeré el de papá.

Meg le dio un codazo a Claire.

—Vamos.

—Lo digo en serio —dijo Elv.

—Es una buena conductora —le dijo Claire a Meg.

Elv le dedicó una mirada de agradecimiento.

Meg abrió la puerta.

—Vamos.

—Hasta luego —gritó Claire a Elv mientras se dirigían hacia la puerta.

—Cocodrilo —le respondió Elv.

Se miraron la una a la otra y se echaron a reír.

Meg y Claire atravesaron el césped y enfilaron la calle. Los mismos prados parecían azules, como si el cielo se hubiera invertido de alguna manera. Había petirrojos en los árboles, encima de las vallas, en el césped. El jardín donde *Pretzel* permaneció atado siempre parecía vacío y la hierba se había echado a perder.

—No es realmente tan mala —le iba diciendo Claire a Meg.

Meg llevaba la bolsa de los libros colgada del hombro. Se había puesto unas botas negras de piel, una cazadora vaquera corta y pantalones deportivos de color caqui, y se había recogido el pelo atrás.

—Mala es un concepto relativo.

Algunos prados conservaban todavía una costra de hielo y nieve. Tenían que caminar casi cinco kilómetros, pero no les importaba. Por el camino fueron cantando canciones de los Beatles, las favoritas de su madre. Cantaron *Imagine* en el tono más agudo que pudieron, y al acabar rompieron a reír como tontas. A medio camino de las cuadras oyeron un coche detrás de ellas. Alguien hizo sonar la bocina, se volvieron y vieron el Miata. Claire soltó una carcajada y echó a correr hacia el coche. Tenía la capota bajada, y allí esta Elv, al volante, igualita que una estrella de cine.

—¡Estás tan loca! —dijo Claire—. Vas a acabar en la cárcel.

—Papá no se enteró la otra vez y no se enterará ésta. De todas maneras, creo que se han ido a pasar el fin de semana fuera. Dijiste que llegabais tarde, así que subid. Seré vuestro chófer.

Elv llevaba puestas unas gafas de sol, y bajo aquella luz primaveral se parecía a Audrey Hepburn en *Dos en la carretera*. Su madre era capaz de ver todas las noches aquella película, que iba toda ella del amor y el desamor de una pareja, y no cansarse nunca.

—Preparadas, listas, ya —dijo Elv alegremente, y se levantó las

gafas de sol.

Claire cogió a Meg por el brazo.

—Subamos —le dijo.

—Tienes que ayudarme con el cambio de marchas —le dijo Elv a Claire, que ya había empezado a meterse en el asiento del acompañante.

—¿No sabes cambiar de marcha? —Meg estaba parada sobre una zona de campánulas.

—Dos cabezas son mejor que una —filosofó Elv—. Igual que dos conductores son mejor que uno. Vamos, apretujaos. Voy a comprarme un coche deportivo cuando me vaya a vivir a París.

—¿Te vas a ir a vivir a París? —Claire estaba sorprendida.

—Puede. Lorry y yo tenemos planes. —Elv le guiñó un ojo, que era exactamente lo que habría hecho Audrey Hepburn.

—Vamos —le dijo Claire a Meg—. Confía en mí, es divertido.

Meg se metió en la parte de atrás, que no era tanto un asiento como un compartimento para las bolsas de la compra. Encogió las piernas debajo de ella. A un lado tenía la bolsa de sus libros y al otro, la de gimnasia de Claire. Sólo era un paseo de cinco minutos hasta las cuadras, y el cielo estaba increíblemente azul.

Elv le diría a Claire cuándo tenía que cambiar, y tras calarse el coche en una primera intentona, consiguieron arrancar. El Miata se revolucionaba como un coche de carreras cada vez que Claire cambiaba de marcha. Pasaron junto al bosque y siguieron por el puerto. Era un bonito trecho de carretera en el que a veces se podían ver las garzas azuladas deslizarse sobre el agua. Como no había tráfico, Elv no levantaba el pie del acelerador. El viento olía a fresco y la luz del sol era sorprendentemente intensa. Cuando Meg entrecerró los ojos, la luz le pareció verde. Oía a sus hermanas reírse, y poco más. El motor rugía y el aire le soplaba en las orejas. Veía retazos de agua de la bahía y los altos árboles pelados que no tardarían en dejar caer las hojas.

Sólo iban a cincuenta, pero parecía que fueran volando. Cuando Elv perdió el control, ni siquiera se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, sólo que volaban más alto —el cielo azul, el aire dulzón,

el ruido del motor— y que de pronto dejaron de volar. Elv gritó, pero Claire no la oyó. Sí al viento, y luego un golpetazo y un ruido metálico. Elv agarró a Claire y la empujó con fuerza hacia el suelo, y Claire se cubrió la cabeza con los brazos, como le habían enseñado a hacer por si alguna vez se caía de un caballo. El impacto fue tan violento que se atravesó el labio de un mordisco. Se habían salido de la carretera de un salto y caído en el bosque, y todo se oscureció cuando rodaron. Se hizo el silencio, pero algo resonó. Claire no podía decir si estaba ciega o si el mundo entero se había vuelto negro.

—¿Estás ahí?

Era la voz de Elv, temblorosa, insegura. Claire no veía más que sombras: la ventanilla del coche, la tierra cubierta de hojas y parches de nieve, el tallo de una palma.

—Sal por la ventanilla —le dijo Elv.

Claire se arrastró a través de la forma de lo que parecía una ventanilla; el coche estaba patas arriba y el cielo azul seguía allí. Elv salía por donde antes había estado el parabrisas. Había cristales rotos esparcidos entre la hojarasca, que formaban una alfombra de diamantes. Había diamantes por doquier.

Meg estaba debajo de un gran árbol, y había agujas de pino esparcidas por todas partes, del color del heno. Se oyó el sonido de una sirena muy lejana, como si formara parte de un sueño, aunque se estaba acercando. Elv fue a pararse al lado de Claire. Meg tenía cortes en la cara, mantenía un brazo cerca del cuerpo y se agarraba con fuerza el abdomen. Se había golpeado con violencia contra el volante y la sangre le cubría la piel a manchurrones. Elv miró la hierba fijamente, sin poder apostar la vista.

—Dile que se levante —dijo, desconcertada por lo que veía—. Díselo. A ti te hará caso.

Claire se volvió hacia Elv, sollozando.

—¿Es que no lo ves? ¡Mira lo que le hemos hecho!

Había violetas en el bosque. Crecían bajo la nieve y la nieve ya había desaparecido. Bajo el árbol todo estaba aquietado, una quietud que se propagaba como las ondas en el agua de un estanque. Elv

salió corriendo, pero a Claire no le importó. No oyó las sirenas de los coches de la policía que se acercaban. Todo se había detenido, incluso el cielo. Ninguna nube se movía, ningún pájaro se posaba en los árboles. Fue a tumbarse al lado de su hermana: si lo intentaba de veras, tal vez podría imaginar que seguían a salvo en la cama, horas antes, cuando el día empezaba, cuando el hielo aún se derretía, cuando las violetas del bosque no habían florecido todavía.

# SEGUNDA PARTE

# *Nieve*

*Habían desaparecido doce chicas, una cada mes del año. La gente del pueblo se había ido acostumbrado a ello, y se preguntaba qué bestia lo habría hecho y quién sería la siguiente víctima.*

*Encontré un puñado de dientes en el suelo. Mi madre me dijo que pertenecían a un dragón. Mi padre, que habían cubierto la boca de un lobo. Pero los dientes eran pequeños y blancos, perfectos como perlas. En total había doce y los ensarté en una cadena y me la colgué del cuello.*

*Fue entonces cuando la gente empezó a murmurar.*

*Se celebró una asamblea en el pueblo para decidir qué hacer, y todos estuvieron de acuerdo en que había que deshacerse de los dientes, pues traerían una maldición sobre mí y mi pueblo. Pero oí que alguien susurraba un «No» con lo que me pareció mi voz.*

*Me fugué. El ayuntamiento en pleno acudió a mi casa. Interrogaron a mi padre y a mi madre. Me buscaron, pero era demasiado tarde: yo ya estaba en la ladera de la colina, plantando los dientes en la tierra. Y cuando llovió, salieron doce chicas, que señalaron a su asesino antes de convertirse en flores, todas tan blancas como la nieve.*

Aquella primavera, ni siquiera se había mostrado un desorden en el terreno. El jardín estaba lleno de enredaderas de Virginia y cardos y los jilgueros se congregaban en los hierbajos, trinando de emoción por su buena suerte. El tiempo era fantástico, un marzo apacible como un cordero, que nada tenía que ver con aquel año terrible en que hubo una primavera falsa y las carreteras estaban resbaladizas a causa de las placas de hielo ocultas. Annie aún llevaba abrigo, pues siempre tenía frío, y estaba sentada bajo el acerolo en una silla de hierro forjado. El día del accidente hubo campánulas, pero a la mañana siguiente volvieron a caer casi treinta centímetros de nieve húmeda. Aprendieron a no fiarse del tiempo.

Annie y Claire permanecieron en la capilla con el cuerpo durante veinticuatro horas, incapaces de abandonarla. Al final, el hombre de la funeraria les había suplicado que se fueran: había cosas que los miembros de la familia no debían presenciar. Recuérdenla como era, les sugirió, pero Meg nunca había estado envuelta en blanco, con la cara pálida y los ojos cerrados. Para entonces, ellas ya sólo la recordaban con la apariencia de la muerte, no con la que había tenido en vida.

A Claire tuvieron que acompañarla fuera, y luego echaron el cerrojo a la puerta para poder preparar el cuerpo sin interrupciones. Cuando no la dejaron volver a entrar, se desplomó sobre el suelo, y los asistentes al funeral tuvieron que rodearla, y aquellos que se inclinaron para intentar abrazarla fueron recibidos con un silencio sepulcral. Poco antes de que empezara el servicio, Natalia insistió en que entrara en la capilla.

—Hazlo por Meg —dijo.

Claire se sentó en la primera fila, entre su madre y su abuela, con la cabeza inclinada. Llevaba puesta la misma ropa que en el momento del accidente, y las astillas de cristal relucían en las costuras.

En el cementerio, Claire tuvo la sensación de que asistía el entierro desde una gran distancia. Destocada, la nieve le cubría la cabeza. No sentía nada, tan sólo un revoloteo en el estómago, la

misma sensación de pánico que sintió cuando se quedó esperando en el cruce de Nightingale Lane hacía tantos años, ajena a los mosquitos y al cielo entenebrecido. Mientras permaneció entre su madre y su abuela sólo fue consciente de que era ella a la que tenían que estar descendiendo al interior de la tierra. Levantó la vista hacia la nieve que caía, aunque no vio más que unos puntos luminosos. Meg confiaba en ella, había aceptado subir al coche porque Claire se lo había dicho.

Después del funeral dejó de hablar. Su madre y su abuela pensaron que aquel mutismo pasaría con el tiempo, que era la inmediatez del dolor, la doble pérdida de sendas hermanas, la una para siempre, la otra desaparecida. Transcurridas varias semanas supieron que la situación no sería pasajera: cuando se la obligaba a comunicarse, Claire escribía en una pequeña libreta que guardaba en el bolsillo. Al fin y al cabo tenía muy poco que decir. A veces, ya tarde, cuando todas las casas de North Point Harbor quedaban a oscuras, solía caminar hasta el final de la calle para esperar junto a la señal de *stop*. Pero nadie iba a secuestrarla, nadie en absoluto la esperaba allí.

Claire pensó que el tiempo se detendría, pero las personas seguían viviendo, y en un pispás el verano llegó y se fue. Y de pronto ya era otoño. Se autorizó a que Claire recibiera los deberes del colegio en casa, pues nadie esperaba que se enfrentara a sus iguales, que seguían hablando del accidente. Algunas de las chicas que estuvieron en el curso avanzado de inglés con Meg levantaron un altar en el lugar donde había ocurrido, allí donde la carretera 25A giraba tan bruscamente que te cogía por sorpresa. Depositaron en el terraplén una lata de café llena de flores de plástico y varios ositos de peluche de colores diferentes. Claire fue allí una noche y lo arrojó todo al bosque. Aquellas chicas nunca habían conocido realmente a Meg. Cuando acabó de deshacerse de todo, jadeaba, y pensó que vomitaría allí mismo, en la cuneta de la carretera. Meg odiaba los ositos de peluche y odiaba las flores falsas. El periódico local publicó un breve artículo acerca de la destrucción del monumento, y las autoridades nunca descubrieron quién lo había hecho, aunque Annie

sí lo sabía. Iba allí en coche todos los días, a veces media hora, en ocasiones durante más tiempo y, francamente, fue un alivio librarse de aquel altar improvisado y poder contemplar sólo la hierba, tan alta y tan limpia.

Claire seguía siendo una estudiante excelente. Elise le llevaba los deberes dos veces por semana y luego los devolvía al instituto. Mary ya estaba en Yale y Elise tenía tiempo de sobra. No le importaba ayudar, y no se ofendía porque Annie nunca la invitara a tomar una taza de café o un té. Era médico y estaba acostumbrada a los efectos del duelo.

—Llamadme de inmediato si necesitáis algo —les decía a Annie y Claire, pero a ninguna de las dos se les ocurría una sola cosa que necesitaran y que alguien estuviera en condiciones de darles.

Annie nunca contestaba al teléfono. No quería los regalos de guisos ni de sopas caseras de las vecinas. Una noche, ya tarde, el teléfono sonó y sonó sin parar, y Annie se preguntó de repente: «¿Y si es Meg?». Tal vez su hija intentaba ponerse en contacto con ella. Quizás esas cosas ocurrían realmente, como en las películas de terror, en las que la vida después de la muerte no era algo tan lejano como creían todos, en la que estaba tan cerca como el cuarto contiguo. Annie agarró el teléfono, pero no respondió nadie.

—¿Meg? —preguntó, indecisa. Oyó respirar a alguien y se dio cuenta de su error—. ¿Elv? —dijo, pero la comunicación se cortó.

Las hojas se amontonaban en el patio trasero. Los periódicos llegaban y se desintegraban, sin que nadie los leyera, en el camino de acceso de cemento, y los únicos pájaros que se congregaban en el césped eran los alborotadores mirlos, que nadie ahuyentaba. Por las mañanas, Claire y Annie se despertaban esperando oír a Meg preparándose para ir id colegio, llamando a todos para que bajaran a desayunar. Pero no había nada de eso, sólo los mirlos. Meg siempre había sido la que se encargaba de que todos llegaran a su hora. Entonces se quedaban dormidas y perdían días enteros. La casa estaba tan silenciosa que se podía oír a los grillos que entraban cuando el tiempo se volvía gélido, y cómo sus cantos se hacían más débiles con el paso del tiempo. Annie y Claire se esforzaban al

máximo en no pensar en Elv ni en preguntarse dónde estaría. A veces, una se quedaba de pie en el umbral de su dormitorio; a veces, la otra. Una lloraba, pero la otra registraba los cajones de la cómoda y destruía todo lo que encontraba.

Se quedaron en casa todo el invierno, pero no quitaron la nieve del camino de acceso, así que al cabo de un tiempo Elise se vio obligada a superar trabajosamente los montones de nieve acumulada para entregar los deberes de Claire junto con los víveres básicos: pan y leche, café y patatas. Natalia iba para poner la calefacción, cambiar las sábanas de las camas y sustituir las bombillas en los cuartos a oscuras. Claire y Annie no se molestaban en cocinar. Se daban una vuelta por la cocina y cogían un trozo de queso o una tostada, y ya ni se molestaban en usar platos; comían de pie, inclinadas sobre el fregadero o utilizando una servilleta de papel. A Natalia le recordaban los perros que había visto en una ocasión en cierto barrio de París, asilvestrados y desatendidos, peligrosos de tocar.

—¿La has buscado? —preguntó Natalia al cabo de unos meses de no tener noticias de Elv. Era una noche especialmente fría, y ella y Annie estaban en la cocina con unas humeantes tazas de té. Natalia había puesto anuncios en secreto en todos los periódicos de Nueva York, suplicando a Elv que la telefoneara. Había avisado al portero de que si, por casualidad, aparecía una joven, aunque fuera en compañía de un hombre de aspecto peligroso, debía dejarla subir, daba igual la hora que fuera. Natalia había ido en taxi a barrios que no conocía en absoluto. Buscaba a Elv en Brooklyn y en Queens, paraba a completos extraños para enseñarles la fotografía tomada en el Plaza.

—No quiere que la busque. —Annie había pensado a menudo en el día de la fiesta de sus padres, cuando el caballo se había asustado y Elv se había arrodillado en la hierba y la sangre había orlado los bajos del vestido. Tal vez todo acabó allí, aquella tarde perfecta, cuando la luz era tan brillante y todo parecía en su sitio.

Natalia golpeó ruidosamente la mesa con las manos cuando oyó

la respuesta de su hija.

—¿Crees que me quedaría quieta si desaparecieses? —Natalia parecía haber envejecido mucho durante los últimos meses. Por las noches se quedaba levantada, mirando fijamente por la ventana—. Nunca dejaría de buscarte.

Fue un año antes de que Annie tomara una decisión. Estaba sentada bajo el acerolo, con el abrigo y los guantes puestos. Los gorriones y los arrendajos habían llegado para compartir el césped con los mirlos. En los días fríos, Annie detestaba pensar en la soledad de Meg en el cementerio. Hacía que sintiera más frío. Detestaba pensar en Elv en compañía de aquel hombre, haciendo Dios sabía qué. Y entonces, antes de que se diera cuenta, llegó de nuevo la primavera. Aquel año, el huerto estaba tan lleno de maleza que nadie habría reparado en él a menos que supiera que había estado allí antes. Al llegar el verano, los campañoles habían excavado túneles en el terreno.

Annie encontró a un detective en la guía telefónica y concertó una cita con él, pese a no tener ninguna referencia, nada. Alan habría dicho que estaba loca por depositar su confianza en un extraño, pero Alan jamás habría contratado a un detective. Hubiera dado el cerrojazo a la situación. Le decía a Annie que tenía que salvar su propia vida, y tal vez estuviera en lo cierto. Había asistido al funeral y había llorado por Meg. Había intentado llamar a Claire en repetidas ocasiones, aunque ella nunca habló con él, y al cabo de un tiempo Alan había desistido.

La misma Annie no se había creído que Smith fuera el verdadero nombre del detective —no parecía probable que lo fuera de nadie—, pero el caso es que lo era. «Demuéstrelo», le dijo Annie cuando llegó a su despacho, y el hombre sacó su carné de conducir y se lo mostró. No sólo resultó ser un buen detective, sino también un hombre decente, un policía retirado del condado de Nassau que se ocupaba sobre todo de casos de divorció. Era un cuarentón alto y delgaducho, que no hablaba mucho, aunque tenía sentido del

humor.

Detestaba los casos de divorcio, todas las recriminaciones y venganzas que conllevaban, pero las fugas eran aún peor. Con los divorcios, la historia solía ser siempre la misma: infidelidad, presiones familiares y monetarias… Pero la gente que desaparecía por voluntad propia tenía historias más difíciles de comprender. Nunca se sabía quiénes querían que los encontraran y cuáles harían cualquier cosa para escapar. Cada historia era única e impredecible, con respuestas que a veces no querías conocer.

Su despacho estaba enfrente del centro comercial Roosevelt Field de Westbury, nada de lujos, sólo una mesa y dos sillas, un tanto austero y deprimente. Fue idea de Annie ir a un restaurante barato de la acera de enfrente. Cualquiera habría dicho que eran una pareja de casados bien parecidos que salían a comer, una mujer atractiva con un abrigo de Burberry que se frotaba las manos como si no fuera capaz de entrar en calor, y un hombre tosco que parecía encontrarse cómodo en su pellejo. Smith pidió una tortilla española, patatas fritas y pan tostado.

—Déjeme adivinar —dijo la camarera—. Sin mantequilla. —Él pedía lo mismo todos los días.

—Animal de costumbres —le dijo a Annie, que había pedido un café, queso a la parrilla y un bocadillo de tomate. El menú que ella y las niñas pedían siempre.

—Yo también —reconoció ella.

Empezaron hablando de deportes; los dos eran acérrimos seguidores de los Mets y admiradores secretos de los Red Sox. Cuando terminaron sus cafés, Annie ya le había hablado de su hija fugada.

—Tiene que entender una cosa —le dijo Pete—. Si la busco, es probable que la encuentre.

Annie había omitido la parte relativa a Meg. No había mencionado el accidente ni las drogas, pero él estaba al corriente, pues en cuanto lo llamó para concertar una cita empezó a husmear por ahí. Era un detective nato que pensaba que, si había una aguja en un pajar, probablemente acabaría averiguando todo lo que

hubiera que saber acerca del heno antes de empezar a buscar en él.

—Eso es lo que quiero —dijo Annie.

—Sólo me aseguraba.

Tuvo una hija que también se había descarriado: Rebecca. Era una niña tan formal que no se podía creer que acabara como había acabado después de meterse en las drogas. Jamás habría imaginado que después de ser poli y de haber visto tanto dolor, una niña le pudiera arruinar la vida de forma tan absoluta. Su matrimonio acabó patas arriba, y su carrera siguió la misma senda. Rebecca había hecho todo lo que estaba en sus manos para librarse del amor de su padre, pues a menudo amor era lo último que querían. De haber conocido mejor a Annie, le habría dicho que en absoluto pensara que era culpa de ella, que el amor les recordaba todo lo que habían perdido.

—Puede que no sea la misma chica que fue en otro tiempo —le advirtió Smith.

Annie se inclinó hacia delante.

—No olvidas a la gente que quieres —le dijo—. De eso es de lo que me he dado cuenta. Sólo se alejan más. Como en un catalejo puesto del revés.

—Muy bien. —Algo le ocurrió a Smith en ese momento, y a pesar de las circunstancias, sintió que se animaba—. Se la encontraré.

A Claire la enviaron a cursar su tercer año de secundaria a la Graves Academy, un colegio privado para señoritas. Natalia y su amiga, *madame* Cohen, que estaba de visita, procedente de París, inspeccionaron los colegios de la zona hasta que finalmente encontraron uno que mereció su aprobación.

—No puede estar sentada en casa completamente sola —le dijo *madame* Cohen a Annie—. Es una chica callada, pero incluso las chicas calladas necesitan ruido alguna vez.

Muchas de las alumnas del Graves eran extranjeras y hablaran un inglés vacilante, así que el silencio de Claire no llamaba del todo

la atención. El hecho de que no hablara no afectaba a sus notas. Era aplicada y estudiaba sus lecciones a tiempo, encorvada sobre los libros durante horas cada día. El colegio tenía un uniforme: falda azul plisada, camisa blanca, jersey azul y sudadera granate. Tanto daba. Claire prestaba poca atención a su aspecto, hasta el punto de cerrar los ojos cada vez que pasaba por delante de un espejo con la esperanza de evitar su reflejo. Por la noche, Annie la oía moviéndose de aquí para allá, como un pájaro atrapado en el ático, donde seguía habiendo dos camas, una pegada a la otra.

Natalia y *madame* Cohen le pidieron a Elise que buscara un psicoterapeuta a la pobre chica, y ella les recomendó al doctor Steiner, a cuya consulta se podía ir andando. En las sesiones con él, Claire se comunicaba por escrito o no se comunicaba. Cuando el doctor Steiner sugirió que las pertenencias de Meg se metieran en cajas y se trasladaran de sitio, Claire escribió «Que te jodan» en su libreta, que empujó hacia él a través de la mesa de café. Seguía llevando el trozo de papel en el que su hermana había escrito «naranja». Siempre lo guardaba con ella. Los libros de Meg permanecían en la estantería, ordenados alfabéticamente por autores; su ropa atestaba el armario empotrado, y las botas y zapatos se amontonaban formando una ordenada hilera. Pero el doctor Steiner tenía razón: ninguno de aquellos recuerdos mantenían viva a Meg.

El psiquiatra también sugirió que llevaran un perro a casa, ya que, en situaciones traumáticas, a menudo esos animales eran capaces de sacar a una persona de su estado crítico. Annie decidió que no tenía la energía necesaria para tratar con un cachorro torpe e indisciplinado, así que, sin pensárselo dos veces, compró un pastor alemán perfectamente adiestrado. *Shiloh* había sido criado en una granja canina de Connecticut, donde se había pasado la vida siguiendo a todas partes a niños y niñas que hacían peligrosas acrobacias, como zambullirse en estanques y saltar en montones de paja. Cuando Annie lo llevó a casa, el can se dirigió directa y silenciosamente hacia Claire, que se lo quedó mirando con fijeza y frunció el ceño. Entonces sacó su libreta y escribió en ella:

«Devuélvelo».

Cuando Claire se fue arriba, el perro la siguió, y ella no lo dejó entrar durante dos noches, aunque a la tercera le franqueó la entrada. Enseguida se demostró que el doctor Steiner tenía razón. Claire empezó a parecer menos inquieta y Annie dejó de oírla dar vueltas por la noche. A partir de ese momento oía al perro, siempre vigilante.

*Shiloh* demostró su valía la noche que alguien entró a robar en la casa. Se puso a ladrar de inmediato, y quienquiera que fuera el intruso se dio a la fuga atravesando la ventana del baño, dejando un rastro de sangre en el alféizar. Por la mañana, Annie encontró unos pelos largos y negros en el suelo, y después de barrerlos llamó al cristalero para reemplazar el cristal roto. Salió para examinar las huellas que se entrecruzaban por el patio y que no demostraban nada, aunque ella sí entendió lo sucedido. Se dirigió a la parte posterior del jardín y registró el bosque de detrás de la casa. Allí no había nadie. Cuando gritó «Hola», el eco le devolvió su voz e hizo que tuviera la sensación de que se había perdido, aunque había seguido aquel camino mil veces o más.

Vivían en un piso, en un pequeño edificio de ladrillo no lejos de Astoria Boulevard. La anciana propietaria de la casa se lo había alquilado a cambio de que Lorry recogiera la basura, quitara la nieve y controlara el lavadero. Algo indigno de él, pero no se quejaba. Conocía a todas las viejecitas del barrio, que lo abrazaban y le llamaban a gritos en diferentes idiomas para que realizara algún trabajo. Lo trataban como a un nieto, uno de esos que atraen los problemas. Todas habían visto a la chica con la ropa ensangrentada que lo buscó aquella noche de primavera. Todas repararon en su pelo negro y largo. Todas observaron la manera en que se agarró a él cuando por fin apareció Lorry. Y no les resultó difícil distinguir el sufrimiento desde la ventana de un tercer piso, a pesar de la mala vista y de la penumbra en que estaba envuelta la calle.

Lorry la había llevado a urgencias, aunque no pudieron hacerle

ninguna ecografía porque Elv no tenía seguro. Se negó a darles su nombre y a solicitar acogerse a la asistencia gratuita para personas sin recursos, aunque la enfermera de admisiones le dijo que era posible que tuviera el hígado dañado. Elv se fue y le dijo a Lorry que se encontraba bien, que le dolía, aunque podía soportarlo. Se merecía todo el castigo que pudiera recibir.

Cuando Lorry se veía obligado a dejarla sola, la preocupación lo invadía. Elv ni se molestaba en vestirse, y permanecía en cama todo el día. No comía, y Lorry le racionaba el consumo de drogas, aunque ella conseguía más a escondidas siempre que él salía. Aunque le tenía miedo a la aguja, al cabo de un tiempo se acostumbró a utilizarla y se aficionó a ella. Creía que Lorry no lo sabía. Estaba sumida en un sueño, desnuda encima de la cama, y él fue a tumbarse junto a ella, para acariciarle el pelo y decirle que todo iría bien, cuando era evidente que no sería así. Elv sabía lo que había hecho: había asesinado a su hermana.

Lorry le contó que había tenido un hermano de sangre, al que perdió en el otro mundo, que él también conocía la tragedia y se había sentido responsable de una forma muy parecida. Elv sabía que los que vivían bajo tierra recibían el nombre de Gente Topo, aunque Lorry le dijo que jamás utilizara aquel término, que era un insulto, una manera más de privarlos de la condición humana. Matar a un topo, ¿qué importancia tenía eso? Rebanarle el cuello a uno, ¿a quién le importaba?

Lorry conoció a Hector cuando ambos tenían diecisiete años, poco después de la muerte de su perro. Era un solitario elevado a la enésima potencia, un ser desconfiado, pero se habían hecho amigos cuando Hector se acercó a él para decirle que uno de los peores criminales que vivían bajo tierra había decidido que quería el trozo de andén que ocupaba Lorry. Esperaron juntos en la oscuridad a que apareciera su enemigo. El intruso era un sujeto a quien había abandonado su esposa, que había ascendido al mundo. Las drogas lo habían vuelto loco, y para ahuyentarlo ataron unas sábanas a la escalerilla metálica que conducía al mundo superior y colocaron un ventilador. Cuando lo conectaron, las sábanas blancas empezaron a

sacudirse en la oscuridad como apariciones. Su enemigo huyó despavorido, gritando que había fantasmas, y nunca regresó. Y así empezó su hermandad, porque tener un amigo que te protegiera en un mundo de embaucadores y ladrones era tener realmente un hermano. Entre los dos montaron una estafa fácil y perfecta que ponían en práctica en Penn Station. Ayudaban a los turistas con sus equipajes, conduciéndolos por una escalera hasta una plataforma abandonada situada tres plantas más abajo. En cuanto el turista se desorientaba, incapaz de encontrar el camino de vuelta, procedían a extorsionarlo, exigiéndole veinte dólares para conducirlo de nuevo a la calle. Aquello funcionaba muy bien, hasta que finalmente una noche les salió todo al revés. Estaban sentados en el suelo de la estación de ferrocarril, tomándose un café solo que la camarera del Dunkin' Donuts les entregaba gratis sólo porque eran una monada de muchachos, cuando divisaron a un hombre que parecía estar desorientado.

—Encárgate tú de él. —Lorry tenía el día perezoso, y estiró las piernas. Dejaría que Hector se divirtiera un poco.

—Vuelvo en un santiamén. —Hector sonrió abiertamente, se levantó de un salto y se dirigió a ayudar al turista.

Lorry tuvo un escalofrío. Aquello le ocurría a veces, una sacudida que le recorría el cuello y la espalda. Por lo general sabía quién era digno de confianza y quién un felón, quién un pardillo, y quién no acarrearía más que problemas. Esa noche se convenció de que tenía el radar apagado y se libró de sus temores, así que se quedó por allí, tonteando con algunas chicas y deambulando con algunos colegas. Y una hora más tarde supo que algo iba mal. Su hermano en el mundo del despiporre no había vuelto todavía.

Fue él quién encontró el cuerpo de Hector, despatarrado sobre el andén con un corte en la garganta. Un charco de sangre negra se deslizaba por debajo de él como si fuera aceite y goteaba sobre las vías.

Elv se tapó los oídos, pero Lorry la obligó a escuchar.

En memoria de su amigo, Lorry había plantado un rosal en el andén, que había florecido, aunque sus rosas eran negras. Aquella

noche consumió heroína por primera vez. Se entregó a la bruja, y ella le proporcionaba consuelo. En los túneles era bastante fácil encontrarla. Era otra salida, una salida a otro mundo, lo cual no suponía que olvidaras lo que habías perdido. Por aquella razón se hizo tatuar la rosa y las espinas en las manos, un homenaje pensado para perdurar. Desde entonces no había pasado un día sin que dejara de lamentar haber enviado a Hector a hacer el trabajo que debería haber hecho él. Lorry era más alto y más fuerte. Habría podido defenderse del agresor. Al final, la supuesta víctima resultó ser el más consumado y despiadado de los ladrones, y como afrenta final despojó a Hector de su anillo de oro, lo único que heredó de su padre. Lorry seguía mirando las manos de la gente, buscando a la persona con el anillo robado, y siempre llevaba un cuchillo encima, por si lo encontraba. Pero aunque lograra vengarse, seguiría siendo el verdadero culpable. Y tendría que vivir con aquella culpa, igual que ella.

Elv le dijo que no podía, que la suya era una culpa excesiva. Lorry la besó apasionadamente, pero era ya una preciosa y apática muñeca de trapo. Siempre que cerraba los ojos volvía a ver el accidente, a menos que estuviera colocada. No se engancharía a nada, tan sólo necesitaba dejar de pensar. Rodeó a Lorry con los brazos, suplicándole que le diera la droga, y aunque él negó con la cabeza, sabía que se la entregaría siempre que ella quisiera.

Al cabo de algún tiempo, Elv se levantó de la cama. Se cepillaba el pelo y se lavaba la cara, pero jamás se miraba al espejo, y no dejaba que Lorry supiera la cantidad de *mierda* que se estaba metiendo. A veces iba más allá de la calle Veintiuna y se la compraba a un camello que había conocido. ¿Qué era la vida sino un sueño? Así era como las rosas negras crecían en la oscuridad, buscando la luz del sol cuando no había. Las viejas del barrio murmuraban cuando pasaba, camino de sus dosis, y se sentaba en un banco, donde se quedaba cabeceando mientras los autobuses pasaban por su lado rugiendo.

En una ocasión, al levantar la mirada, vio pasar a Lorry. Su aspecto era amenazador, el de un hombre al que la mayoría de la

gente evitaría. Llevaba un televisor y era evidente que tenía prisa. Él la vio y durante un instante pareció que iba a darse la vuelta y alejarse. Pero se acercó, se inclinó para besarla y apoyó el televisor entre su cuerpo y el banco.

—Alguien se deshizo de esto —dijo.

El aparato tenía la etiqueta del precio pegada. Elv no se había parado a pensar de dónde salía el dinero que gastaban, aunque no le sorprendió que Lorry tuviera sus tretas para conseguirlo. Era cauteloso y listo, no le quedaba otra.

—Muy bien —dijo Elv.

—A esto me dedico —admitió Lorry a regañadientes.

La gente tenía que vivir, ¿no? Si un león cogía un cordero para cenar, ¿se quejaba alguien o decía que era antinatural? A veces Elv lo acompañaba cuando Lorry iba en coche a Long Island, a los barrio^ ricos, donde la gente tenía tanto dinero que no echaba en falta algunas cosas. Y si lo hacía, simplemente telefoneaban a las compañía de seguros y les reponían todo al cabo de una semana. Elv se sentaba al volante del coche, con el motor en marcha, las luces de posición encendidas, mordiéndose el labio mientras Lorry robaba en las casas. Se consideraba su cómplice, y paladeaba la palabra.

Se sentía viva en el coche, cuando el olor del humo del tubo de escape entraba por la ventanilla y el cielo era tan perfecto y negro que hacía que pensara en Hector, en el charco de sangre y en las rosas negras. En los barrios donde la gente dormía por las noches, Lorry entraba por las ventanas que se dejaban abiertas. Sacudía las cerraduras y se colaba por las puertas, y aunque llevaba una palanqueta, rara vez la utilizaba. Quería ser invisible. A veces encontraba objetos de valor en sitios donde no se lo esperaba, dentro de zapatos, por ejemplo, en latas de verduras y en los cajones de la cocina.

Parecía que Elv también tenía cierto talento natural para delinquir. Se dieron cuenta la primera vez que alguien llegó a su casa inesperadamente. Elv salió del coche cuando un Mercedes se detuvo en el camino de acceso a la casa. Entonces ella se acercó corriendo y le explicó entre jadeos al propietario que estaba buscando a su perro,

un animal viejo y enfermo al que había que suministrar una medicación especial. Elv estaba llorando, perdida en un barrio desconocido. El hombre demostró tener buen corazón, como muchos lo tenían cuando se encontraban con una joven guapa y compungida. La ayudó a registrar el barrio, buscando en los bien cuidados jardines. Algunos tenían espalderas con rosales de pálidos colores; otros, grandes patios de ladrillo con piscinas e invernaderos. En uno, un pequeño caniche atado a un árbol empezó a ladrarles cuando entraron en el jardín, luego se sentó y se los quedó mirando fijamente. Elv sintió el impulso de cortar la correa y robarlo.

—Bingo —exclamó el hombre—. Allí está tu perro.

—Ese no es —dijo Elv, con tristeza.

Cuando oyó la bocina del coche, supo que Lorry había terminado y que el trabajo estaba hecho. Entonces le dio las gracias al hombre que había intentado ayudarla a encontrar su perro, sorprendiéndolo al darle un beso en la mejilla antes de alejarse a todo correr. Cuando ella y Lorry llegaron a casa examinaron las joyas, entre las que había algunas piezas buenas: diamantes, perlas, pendientes de oro de veintidós quilates y brazaletes. Su víctima era un buen hombre. Elv se acordó de cómo la había esperado cuando ella se entretuvo en la puerta del jardín donde estaba atado el perro. Seguro que le compraría algo mejor a su esposa la próxima vez, tal vez rubíes.

Lorry estaba encantado con el cacumen de Elv. Era hermosa e inteligente, y era suya. Salieron a cenar para celebrarlo. Pidieron una botella de vino. Se sentían ricos y afortunados, a pesar de su fatídico defecto. Volvieron a casa, se colocaron y se derrumbaron sobre la cama, abrazándose, apasionadamente enamorados. Lorry le dijo sin ambages que, si alguna vez veía a la policía, saliera corriendo. No estaba dispuesto a dejar que la detuvieran. Ella sólo era cómplice, nada más, y aquello una diversión, una broma. Y entonces dejó de serlo.

Fue ella la que dijo que deberían ir a su casa, que sabía dónde estaba todo y sería un trabajo fácil, de entrar y salir.

Fue en un momento en que andaban necesitados de más dinero.

Lorry había sido detenido como sospechoso cuando los ahorros de uno de los inquilinos desparecieron de su mesilla de noche. No había ninguna prueba, aunque era cierto que Lorry tenía una llave y había estado en el piso en ausencia del inquilino, comprobando el origen de una gotera en el techo del piso de abajo, cuyo ocupante se había quejado. Lo soltaron, pero había que pagar la factura del abogado y necesitaban dinero, y pronto, así que se dirigieron en coche a North Point Harbor.

Dejaron atrás el pequeño supermercado, el puesto de helados y el instituto. Todo tenía exactamente el mismo aspecto, sólo que más pequeño, como si fueran piezas de un juego infantil. Elv empezó a sentirse inquieta.

—Coge por el otro lado —le dijo a Lorry, cuando estaba a punto de girar en la calle que serpenteaba por la bahía—. Y quédate en Main Street.

Aparcaron a la vuelta de la esquina de Nightingale Lane, cerca de la señal de *stop*. Elv sintió una opresión en el pecho. Era una extraña en su propia vida. Entonces le contó a Lorry lo que le había ocurrido, no al detalle, sino sólo que impidió que aquel hombre se llevara a Claire, y que por eso se la llevó a ella a su casa, donde la ató y le hizo cosas horribles, y que luego lo convenció de que no se escaparía si le llevaba un vaso de agua.

Lorry se enfureció y quiso ir a buscar a aquel horrible sujeto en el acto, pero Elv no le contó nada más.

—Quiero acabar con esto —dijo—. Estar aquí me trae recuerdos.

—Podemos ir a otro sitio —dijo Lorry.

Elv negó con la cabeza. Sabía dónde guardaba las joyas su madre, y dónde había una lata de café con dinero. Cuando Lorry iba a salir del coche, le puso una mano en el brazo.

—Quiero hacerlo yo.

Allí estaba el jardín donde los Weinstein ataban al perro, y allí el acerolo. Conocía el lugar bastante mejor que Lorry. Discutieron, y

al final él cedió. Elv salió, cerró la puerta del coche y enfiló la calle. ¿Se habían molestado en buscarla siquiera una vez? ¿Se habían preguntado dónde estaría? Por lo que su madre y su hermana sabían, la habían encerrado y se habían deshecho de la llave, mientras ella se desangraba, caída, esperando a que fueran a buscarla. En los cuentos de hadas, las personas se salvaban unas a otras, se abrían camino a través de zarzas, engaños, brujerías y conjuros.

Elv cruzó el patio hasta más allá del jardín. Ya ni siquiera parecía un jardín, tan sólo un caos de cardos mustios y negras y enmarañadas matas de guisantes de olor del que nadie se ocupaba. La ventana del baño de abajo nunca estaba cerrada y, aunque pequeña, podría pasar fácilmente a través de ella. Elv acercó una silla de jardín, empujó la ventana para abrirla y se introdujo por ella. Mientras lo hacía se preguntó si el tiempo cambiaría de dirección, si retrocedería, y si tal vez tendría diez años de nuevo, antes de que ocurriera aquel fatídico suceso, antes de que todo cambiara. Sintió una añoranza tan intensa que sus propios sentimientos la dejaron perpleja. Se dejó caer en la bañera desde la ventana y fue a abrir la puerta del baño.

Salió a hurtadillas al pasillo y se paró, con el corazón latiéndole aceleradamente. Al principio le pareció ver un lobo e imaginó que al final tendría el destino que se merecía, devorada y despedazada. El perro lobo podría haberla mordido, pero se limitó a mirarla fijamente, y entonces empezó a ladrar. Elv volvió a meterse en el baño a toda prisa, cerró la puerta y se coló como pudo por el vano de la ventana, y en su apresuramiento rompió el cristal. Lo oyó hacerse añicos, pero no se detuvo, y echó a correr tan deprisa por la calle que pasó de largo el lugar donde estaba aparcado el coche. Lorry la siguió en el coche y, cuando Elv se arrojó al asiento del acompañante, le preguntó qué había ocurrido. Le contestó que tenía razón, que había sido un error. Se había cortado las manos y tenía cristales en el pelo. No volvería allí nunca más.

Annie llevaba meses sintiéndose agotada e indispuesta, y Elise

insistió en que fuera al medico. Realizadas las pruebas, se le diagnosticó una leucemia en estadio IV Después del segundo tratamiento, se le empezó a caer el pelo, y fue a una tienda de postizos de Madison Avenue con su madre y su prima, donde decidió convertirse en rubia. Ella, Elise y Natalia soltaron unas carcajadas tan estentóreas que los presentes en la tienda pensaron que estaban locas: era una decisión insólitamente descabellada. Cuando Annie llegó a casa y se exhibió, Claire, también se rió a mandíbula batiente. Fue tan delicioso oírla reír de nuevo en medio de su gran silencio que Annie casi sintió que su calvicie bien merecía la pena a cambio de oír aquel sonido glorioso. Claire salió corriendo a buscar una revista, y volvió con una foto de una modelo de Vogue que tenía el mismo peinado. Annie también se echó a reír.

—¿Ese es el aspecto que tengo? —No podía dejar de reírse—. Menuda tía cañón —dijo Annie, refiriéndose a sí misma. Claire la abrazó—. Algunas rubias son duras, ¿sabes? Luchan y acaban ganando —le aseguró Annie, aunque por los análisis clínicos sabía que eso probablemente no fuera verdad.

Annie tardó en devolver la llamada de Pete Smith. Cuando por fin se reunieron de nuevo para comer, Annie hizo ademán de coger la cuenta. Después de todo, era la empleadora, aunque él no quiso ni oír hablar del asunto. Pete sentía una especie de tonta excitación cuando estaba con ella. Esperaba con impaciencia el momento de verla de nuevo, y tomó la extraña decisión de llamarla a pesar de que ella había cancelado varias citas.

—La comida corre de mi cuenta.

Discutieron por la nota, aunque al final Annie cedió. Era agradable tener a alguien que se preocupara por ella, aunque sólo fuera en lo relativo a un bocadillo y un café. No se hacía ilusiones, pensando que algún hombre pudiera estar realmente interesado en ella. Salieron de la cafetería y él no había dicho nada todavía, así que Annie supo que las noticias sobre Elv eran malas. A Pete no le quedaba más remedio que decirle la verdad.

Pete Smith conducía un Volvo, un coche que le gustaba por su fiabilidad, aunque ya tenía más de ciento sesenta mil kilómetros. El detective era un gran entusiasta de la seguridad. Le gustaba mantener su vida privada en la intimidad, tal como estaba, o al menos como había estado hasta hacía poco. Pero en ese momento sintió el impulso de contarle a Annie todo lo relativo a él, aunque se limitó a darle la dirección de Astoria. Había averiguado más sobre las Story de lo que Annie habría imaginado jamás. Eso era lo que ocurría cuando empezabas a hurgar por ahí.

—¿Está con él? —preguntó Annie.

Pete asintió con la cabeza.

—No te gustará cómo está viviendo.

Annie le dio las gracias y le entregó un cheque.

—Tampoco lo esperaba —le respondió.

Encontró la calle de Queens, pero primero se dirigió a una cafetería a calmar los nervios. El sitio era una pocilga, pero al menos el café estaba caliente. La camarera era una joven dominicana, eficaz y bonita, y Annie le dejó una propina de cinco dólares.

Había dos viejas sentadas en un banco junto a la parada del autobús, y Annie les enseñó la foto de Elv. Después de hablar entre ellas en español, una de ellas le dio una palmadita en el brazo: Elv vivía enfrente, en el edificio de ladrillo, en la primera planta. Annie encontró el piso y entonces sintió una punzada de temor, ya que no se había parado a pensar qué haría si resultaba que el hombre estaba allí. Aquel sujeto ejercía un dominio sobre Elv que se le hacía incomprensible. Aunque en ese momento Annie contaba con el elemento sorpresa.

Llamó a la puerta con los nudillos. Nada. Llamó una vez más, y la puerta se abrió lo suficiente para que alguien atisbara fuera.

—¿Qué quiere? —dijo una mujer.

Era Elv, sumida en un estado de ensoñación que dejaba en evidencia que se acababa de colocar. Miró con más atención y abrió la puerta un poco más, hasta que se dio cuenta de quién era.

—No puedes estar aquí —dijo, estupefacta—. No puedes aparecer sin más.

El apartamento estaba hecho una porquería, y no estaba preparada, así que intentó cerrar, pero Annie agarró la puerta y la sujetó.

—Elv, por favor. Déjame entrar sólo un minuto.

—Debes irte —le dijo Elv—. Han pasado dos años. Jamás me has buscado.

—Lo he hecho. Estoy aquí, ¿no? Dame sólo cinco minutos —suplicó Annie—. Eso es todo.

Elv negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde, y lo sabes. —Empezó a latirle el costado, un dolor que no desaparecía nunca. A veces se acurrucaba en los brazos de Lorry y le suplicaba que le diera algo que le quitara el dolor.

—Cuatro minutos —propuso Annie—. Menos de lo que tarda un huevo pasado por agua.

Las dos soltaron una carcajada.

—Ah, así que ahora soy un huevo —bromeó Elv.

—Concédeme sólo tres minutos —la apremió Annie—. Ciento ochenta segundos. Puedes cronometrarme, si quieres.

Elv abrió la puerta. Sobre una mesita había toda la parafernalia de un yonqui y unos cuantos sobres de papel encerado. Annie la observó mientras lo metía todo rápidamente en un cajón. Elv se sentó y encendió un cigarrillo. Se sentía profundamente avergonzada de mirar a su madre.

—Suele estar más limpio que ahora.

—Creo que deberías venir a casa. Lo he pensado bien y será fácil. Sólo haz la maleta y acompáñame.

Elv se rió, pero se le quebró la voz.

—¿Esa es la razón de que estés aquí? Vamos, mamá. Dime hasta qué punto os he arruinado la vida a todos. Vamos, sabes que desearías que fuera yo la que hubiera muerto. —Aplastó la colilla del cigarrillo—. Dime lo zorra taimada que soy.

—Elv —respondió Annie, que no esperaba sentirse de aquella

manera—. Tienes que abandonarlo. Ese es el primer paso.

—No lo entiendes. No me retiene aquí contra mi voluntad. Nada más lejos de la realidad. Soy yo quien no quiere dejarlo.

—No lo entiendo… ¿qué es lo que ha hecho ese hombre por ti?

—Ese hombre me quiere. —Elv le sostuvo la mirada con encono —. Me quiere por lo que soy. —Al mirar realmente a su madre en ese momento, se desconcertó—. ¿Desde cuándo eres rubia? —Annie hizo un melodramático comentario sobre ser una alegre divorciada y a Elv se le cayó el alma a los pies—. Es un postizo —dijo, al caer en la cuenta—. Llevas una peluca.

—Tengo leucemia.

—No, no es verdad. —Elv se levantó de la silla, y fue a apoyarse en el antepecho de la ventana. Parecía un pájaro con las alas rotas. Cogió otro cigarrillo. Sabía que no debía haber abierto la puerta—. ¿Yo te he hecho esto?

—Pues claro que no —dijo Annie, sobresaltada—. Elv, tengo cáncer. Nadie me lo ha hecho.

Elv sacudió la cabeza, y los ojos se le llenaron de lágrimas: era una gafe, siempre lo había sabido. Aquel hombre le dijo que por eso le haría las cosas que le hizo cuando se la llevó en su coche, porque sabía que era mala y que tenía que ser castigada. Elv sabía que Claire no era mala y por eso fue la que debía escapar.

Así que tenía que ser ella. Siempre había sido ella.

—Tienes que alejarte de mí lo antes posible —le dijo a su madre.

—Elv —dijo Annie, afligida.

—Esto sólo va a hacer que te pongas más enferma. No puedo ser quien quieres que sea. Claire me odia, y sólo te decepcionaré. ¿Es que no te das cuenta? Tienes que dejarme en paz.

—No creo que pueda.

Elv se apartó.

—¿Crees que no desearía haber sido yo? Puedo desearlo de aquí hasta el final de los tiempos, pero no puedo cambiar las cosas. No puedo hacer que Meg vuelva.

Elv era como una flor, y se estaba cerrando, tal y como hacen las

flores de noche, pétalo a pétalo. Encendió el cigarrillo y expulsó una fina columna de humo.

—Vete.

—Ven a casa —dijo Annie, y se acercó para abrazarla, pero Elv se zafó de su abrazo—. Sólo tienes que subir al coche conmigo. Eso es todo.

—Aléjate, mamá. Hablo en serio. Olvídate de mí. —Elv recobró la serenidad; podía hacerlo cuando lo necesitaba. Y podía lastimar a cualquiera casi tanto como se lastimaba a sí misma—. No quiero que vuelvas. Ni siquiera quiero verte. ¡Fuera! —Se dirigió a la puerta y la abrió—. Si vuelves otra vez aquí, llamaré a la policía. Les diré que me estás acosando. No quiero que estés aquí. Y olvida que me has conocido.

Annie salió al pasillo y oyó cerrarse la puerta tras ella. Lo había hecho todo mal. Elv tenía razón: había deseado que la superviviente hubiera sido Meg, Era su secreto más íntimo y vergonzoso, o al menos creía que era un secreto. Pero Elv sabía que había sido abandonada, y ya era demasiado tarde. La había perdido.

Annie reparó en la figura al final del pasillo que esperaba cautelosamente a que ella se fuera. Aquel hombre sabía que estaba allí desde el principio, y no había irrumpido violentamente en la casa para exigirle que se mantuviera alejada de Elv, como ella imaginaba que haría. No tenía necesidad de hacerlo. Elv ya le pertenecía.

Annie olvidó donde había aparcado el coche y empezó a caminar por la calle, confundida. Las dos viejas a las que había pedido ayuda ya no estaban. Alguien tocó el claxon y levantó la vista. Pete Smith estaba aparcado en la esquina y le hacía señas. Annie se acercó y entró en el Volvo. Sintió que era un alivio sentarse y no tener que conducir ni pensar ni ser responsable.

—No tenía más citas. —Pete se metió en el tráfico—. Y supuse que podríamos dar un paseo.

—Mi coche está aquí —protestó Annie, cuando él empezó a alejarse.

—Vendré a buscarlo mañana. Cogeré el autobús.

—No me dijiste que era heroinómana —le dijo Annie en tono

acusador.

—Annie, eso ya lo sabías —dijo Pete—. Tan sólo confiabas en estar equivocada.

Annie reclinó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Dejaron la autopista y se detuvieron en el restaurante. Pete pidió su tortilla de patatas, y Annie tomó café y queso a la parrilla, aunque en esa ocasión también pidió tarta de manzana.

—¡Qué narices! —dijo—. Mañana no podré comer. Tengo quimio.

—Como todos los martes. —Pete Smith era un investigador excelente que conseguía convencer a la gente para que le contara las cosas que no se atrevería a admitir ante ningún otro. Además, había aprendido a introducirse en los archivos de los hospitales, algo bastante sencillo cuando le coges el tranquillo al sistema.

—¿Tienes también un expediente sobre mí? Parece que lo sabes todo. No sabrás lo que peso, ¿verdad?

Pete se rió y negó con la cabeza.

—No.

—¿Sabes que esto es una peluca?

Tuvo que admitir que lo sabía.

Annie se tocó la cabeza.

—¿Es una mala peluca? —Era la clase de cosa que nadie te diría, aunque sí Pete Smith.

—Es una peluca que está muy bien —dijo.

Annie apoyó los codos en la mesa.

—¿Investigas a todos los que te contratan?

—Sólo a ti —dijo, dejando claras sus intenciones.

Las mesas de alrededor estaban abarrotadas, pero no parecía importarles.

—Debes de ser más tonto de lo que pareces —observó Annie—. Observa mi vida. Es un desastre.

—Yo también tuve una hija —le dijo Pete—. Y todo se fue al traste. Murió de una sobredosis. Era nuestra única hija.

Annie levantó la vista hacia él.

—Lo siento. ¿Cómo se llamaba?

—Rebecca.

—Es bonito. Me gusta.

Pete insistió en llevarla a casa. Nightingale Lane parecía desierta en comparación con el tráfico de Astoria. Annie le invitó a tomar una copa, y él, encantado de la vida, la siguió dentro y pidió un *whisky*. Annie buscó por todas partes, hasta que en el armario de la cocina encontró una botella que debía de ser de Alan y tendría mil años. Ella se sirvió una copa de vino, contenta por fin de no estar sola.

El perro no había ladrado cuando entraron, así que después de servir las bebidas en el salón, Annie se excusó y fue a buscar a Claire. Se paró ante la puerta del dormitorio y alcanzó a oír unas cuantas palabras dichas en un susurro: Claire le estaba hablando a *Shiloh*. Era la primera vez que Annie la oía hablar desde el funeral. Su voz le pareció adorable, apacible y comedida.

Había sido un día terrible, pero Annie se sorprendió al descubrir que se alegraba de estar viva. En esos momentos, entre oír la voz de Claire y el instante en que volvía a bajar, preparada para lo que tuviera que ocurrir a continuación, deseó estar haciendo lo correcto.

Pete se convirtió en una presencia habitual en la casa, y ayudaba en lo que hiciera falta. Durante todo el verano y el otoño llevó a Annie a las consultas del médico, y pasaba ya más tiempo en North Point Harbor que en su piso de Westbury. A veces hacía la cena. Jamás había cocinado para nadie, pues mientras estuvo casado, su esposa se encargaba de la cocina, y cuando se fue a vivir solo decidió que no valía la pena perder el tiempo en cocinar para una sola persona. Al principio se ponía nervioso, temía que se le quemara todo, pero resultó ser un cocinero nato. Annie le decía que debería haber sido chef, e incluso la melindrosa de Claire se comía lo que cocinaba: lasaña, sopa de champiñones, la col rellena receta de su abuela, un aromático plato del Viejo Mundo…

Fue en la cocina, mientras Annie cortaba una rebanada de pan y Claire aliñaba una ensalada con el perro tumbado a sus pies, cuando

Pete tuvo la sensación de que se había dado de bruces con la mejor parte de su vida. No estaba seguro de si se lo merecía, pero no estaba dispuesto a despreciarlo, pese a que no durara mucho tiempo. Quizá por esa razón todo había ocurrido tan deprisa entre ellos. O quizá se había enamorado de ella desde el principio, desde aquella primera vez en que Annie entró en su despacho para buscar a su hija.

Empezó a dormir en el sofá cuando el tiempo era malo o la cena se prolongaba hasta una hora avanzada. Una noche, Annie salió de su dormitorio en bata.

—No puedes estar cómodo —dijo. Pete era demasiado alto para el sofá y los pies le colgaban por el borde.

—Lo estoy —le dijo—. Estoy muy bien.

—Bueno, pues yo no. Estaría mucho mejor contigo.

Y desde aquella noche durmieron juntos, aunque él se despertaba temprano para volver al sofá y que Claire no se enterase, lo que hacía que Annie se riera de él.

—¿No pensarás que ella cree que somos demasiado jóvenes para ser formales?

Era un hombre acostumbrado a arreglar las cosas, pero aquello no tenía arreglo. Había investigado, había dedicado muchas noches a buscar información en Internet. Habló con médicos y llevó los informes a otros expertos de la ciudad para recabar una segunda y hasta una tercera opinión. A veces, cuando llegaba a casa después de detenerse en el supermercado a hacer la compra, se demoraba en entrar. Era la radiante hora del «antes», y quería aferrarse a ella lo máximo posible. Ya había estado allí antes y había perdido a un ser querido. Sabía lo que ocurriría a continuación. El aire era frío y lo sentía en los pulmones al respirar, unos diminutos cristales de hielo. Dejó las bolsas de los alimentos en el coche mientras se dirigía al garaje a buscar la pala. Volvió, limpió el camino y dejó un pulcro sendero desde el camino hasta la puerta trasera. Su aliento se elevaba en el aire a oleadas. Podría haber llorado si hubiera sido otro hombre, un hombre que no hubiera enterrado a su hija, que no llevara una vida solitaria, que no se hubiera enamorado tan tarde en su vida.

Cuando entró, los huevos que había comprado en el mercado ya se habían helado dentro de las cáscaras. El mundo parecía encantado. Ojalá durante aquella tormenta de nieve durmieran cien años y se despertaran, consolados y jóvenes de nuevo. Annie estaba sentada a la mesa de la cocina. Bebía té y tenía la cabeza envuelta en un pañuelo. Lo había estado observando por la ventana. Anochecía y la nieve se volvía azul bajo la luz del crepúsculo.

—Deberíamos contratar a alguien para que paleara la nieve —dijo—. Podrías fastidiarte la espalda.

Pete se había lesionado jugando al fútbol americano en el instituto, pero no hablaba mucho de eso. Ocurrió hacía tanto tiempo que suponía que debía de estar completamente curado.

—Disfruto haciéndolo. —Pete se quitó la cazadora y los guantes, y se dirigió al fregadero para poner las manos bajo el chorro del agua caliente, ya que apenas sentía los dedos.

Seguía vigilando a Elv, aunque Annie le había dicho que no tenía que hacerlo, y no le gustaba lo que veía. Ella y aquel novio suyo habían iniciado una orgía de robos. Una noche, Pete los había seguido desde Astoria a Great Neck. Aparcó a una manzana de distancia cuando ellos se detuvieron en una tranquila calle de grandes mansiones. Lorry salió del coche vestido con un abrigo y una gorra negros y se metió por un callejón con las manos en los bolsillos. Elv lo observaba desde detrás del volante, extasiada, y apenas se movió durante el tiempo que él estuvo ausente. Al final regresó trotando a paso lento con una bolsa de lona colgada del hombro. Se alejaron de allí a toda prisa, sin reparar siquiera en el Volvo aparcado en la esquina, inmersos en su propio mundo.

Pete decidió hacer pollo con *dumplings*, una especie de empanadillas, una receta un tanto complicada, decidido a ocupar su tiempo, a utilizarlo en cosas sencillas. Comprobó el resultado de las empanadillas dándoselas a probar a Claire, siempre tan melindrosa.

—Delicioso —dijo ella, que lo sorprendió pidiéndole más.

Parecía increíble que Pete preparara un plato tan casero, pues ya nadie cocinaba así. Claire le dio unos trocitos a su perro mientras estudiaba para un examen de historia.

—¿Cómo sabes hacer estas cosas? —Le preguntó Annie a Pete cuando se sentaron a cenar—. ¿Estás seguro de que no eres un cocinero profesional que finge ser detective para acostarte con diferentes mujeres moribundas?

—Es sólo harina y agua. —En sus manos quedaban restos de harina—. Annie —dijo, con tristeza.

Annie lo abrazó, incapaz de comprender cómo un hombre como Pete podía comprometerse con una mujer en su situación. Todavía no le había contado a Claire lo que le habían dicho los médicos en su última visita: ya no le darían más quimio, el tratamiento se había acabado. Lo único que pedía era aguantar hasta que Claire terminara el instituto, pues ya no pensaba más allá. En cuanto a Pete, él no pensaba más allá de esa misma noche.

La nevada, apenas ya unas ráfagas, había remitido y sobre la nieve acumulada caía una luz trémula, como si estuviera espolvoreada con azúcar. Pete se preguntó si el final de las cosas se acumulaba en los rincones de las habitaciones, si colgaba como una tela de araña, aguardando.

—¿Qué ocurre? —Annie reparó en la mueca de Pete—. ¡Te has hecho daño en la espalda!

Pete insistía en que palear la nieve era un buen ejercicio, pero lo cierto es que la espalda le estaba matando y aquella noche no pudo dormir.

Pensó en Elv metida en aquel coche lanzado a toda velocidad, y en su hija saliendo de casa dando un portazo la última vez que la vio, gritando «Vete a la mierda», cuando lo único que Pete quería era que ella volviera a su vida. Y pensó en el hecho de que Annie rara vez se quejaba o tomaba analgésicos; quería estar en el aquí y el ahora, le había dicho, todavía no iba a ir a ninguna parte.

Inquieto, bajó a buscar un vaso de agua. Claire se encontraba en la cocina, inmersa en un libro de texto, y *Skiloh* estaba estirado debajo de la mesa. Claire seguía hablando de vez en cuando. Escogía las palabras con cuidado, y aunque era una estudiante de primera, había decidido no presentarse a las pruebas de admisión de ninguna universidad. No estaba interesada en el futuro; le asustaban

los cambios, del tipo que fueran, y se desconcertaba cuando tenía que enfrentarse a demasiadas alternativas. Todos los días, después del colegio, iba al cementerio, y mientras las demás chicas quedaban con sus novios, iban a bailar o trabajaban en el periódico del colegio, Claire atravesaba las cancelas de hierro forjado.

No le asustaba la muerte, y se había ido acostumbrando a estar allí sola. Los altos pinos se erguían majestuosos y el sendero solía estar resbaladizo a causa del barro. Cada vez que iba, dejaba allí una piedra. Ya había una por cada día que su hermana llevaba ausente. Sacaron las pertenencias de Meg del dormitorio. En el ático ya sólo quedaba una cama, pero Claire conservaba una caja con algunas posesiones de su hermana: una colección de las novelas de Dickens, el ajado ejemplar de *Al faro*, ya sin tapas, unas cintas de terciopelo para el pelo y las botas que llevaba Meg aquel día, en cuya piel había incrustados fragmentos de cristal, como si unas afiladas lascas de cielo hubieran caído a la tierra. Claire seguía llevando encima el trozo de papel con la palabra «naranja», que había sacado del bolsillo de Meg antes de que en el hospital se deshicieran de sus ropas.

Cuando Pete entró en la cocina aquella noche, Claire levantó la vista, sorprendida de verle despierto tan tarde. Ella podía pasar con cinco horas de sueño. Tan ligero lo tenía que el mero hecho de que un solitario pájaro se encaramara al acerolo podía despertarla y hacer que se incorporase en la cama.

—¿No puedes dormir? —La voz de Claire, tanto tiempo inactiva, era suave y seca. Se tenía que prestar mucha atención o se desvanecía en el espacio vacío.

—Dormir está sobrevalorado.

—No podría estar más de acuerdo. —Claire volvió a su lectura.

—Y el estómago empieza a no funcionarme bien —explicó Pete, a quien le daba lo mismo lo callada que fuera Claire. Había vivido solo durante mucho tiempo y se había acostumbrado de tal manera al silencio que el sonido de su propia voz lo sobresaltaba. Cogió un antiácido Maalox del armario de la cocina, se sentó a la mesa y miró atentamente los apuntes de Claire—. La revolución rusa. Interesante época.

—La gente murió por nada. ¿No es de eso de lo que trata la historia?

—¡Ni hablar! La historia trata del amor, el honor y los errores.

Claire sonrió. Sabía que Pete dormía con su madre y que las mantas y almohadas del sofá las dejaban para no molestarla.

—Eres un romántico.

Pete fue hasta la ventana. El camino que había paleado volvía a estar cubierto por montículos blancos. Por la mañana tendría que volver a limpiarlo. La verdad era que, a pesar de su dolorida espalda, no le importaba. Claire era un chica inteligente y tenía toda la razón: él seguía queriendo creer que las personas podían sobrevivir a sus desgracias. Estaba convencido de que eso era todo lo que tenían.

# *Ladrón*

*No le dejé cruzar la puerta hasta que prometió que no se llevaría nada de valor. Él hizo la señal de la cruz sobre el corazón. Sólo quería comodidad, nada más. Robar era un trabajo agotador. Dormía en una esquina, acurrucado, y cuando se despertaba estaba hambriento. Entonces yo le preparaba unos huevos y pan tostado. Lo vigilaba atentamente, y él no tocaba nada que no fuera suyo. Los candelabros de pinta seguían sobre la mesa y el broche de perlas colgaba de mi cuello.*

*Hizo una lista de todo lo que se había llevado. Quería redimirse y tener fe, y le ofrecí ambas cosas. Cuando salió el sol, le pedí que se quedara, pues leí en su cara lo que le había ocurrido antes. Las mujeres querían sacarlo de la vida que llevaba: la carretera, la oscuridad de la noche, las ventanas abiertas, las estrellas… El mundo entero le pertenecía. Cuando se fue, prometió que volvería. Tanto daba. Ya se había llevado todo b que yo tenía.*

Era un más sepre, pero fácil pa te, y ahí estás tú, algo vanado,
todo lo demás se pre, pero fácil pa te, y ahí estás tú, algo vanado,

sin otra cosa que el agujero en el que has caído. Se suponía que sería seguro. Sólo se trataba de convencer a la gente de que les entregara su dinero. A Lorry le gustaba hacer las cosas de aquella manera, utilizando la seducción antes que la fuerza, diciendo a la gente lo que quería oír, y la gente entregaba sus ahorros por propia voluntad. Se acabó allanar casas, hurgar en los armarios del prójimo, correr riesgos. Habían tenido que salir por pies de Long Island varias veces, y una de las huidas había sido especialmente angustiosa. Lorry dijo que aquello era una señal de que tenían que tomar otros derroteros. Habían vigilado una casa en Roslyn durante varios días, y cuando la familia salió, Lorry bajó del coche, se irguió y se dirigió a hurtadillas hasta una ventana que habían dejado entreabierta. La gente era confiada, sobre todo en las zonas residenciales, donde les gustaba creer que estaban a salvo de cualquier daño, aunque éste surge, ineludible, en cualquier parte, con independencia de lo protegido que creas estar. Se dirigía al dormitorio para buscar el joyero de la esposa cuando, inesperadamente, se dio de bruces con un niño de ocho años que se había quedado en la casa. Se miraron fijamente, cara a cara, en el más absoluto silencio. El niño parecía aterrorizado, y entonces a Lorry se le ocurrió decirle que había ido a arreglar el televisor. Y lo dijo de forma tan convincente que el niño lo condujo al salón. Lorry le contó luego a Elv que el niño se había quedado solo en casa como castigo por sus malas notas en el colegio. Lorry le había preparado un cuenco de cereales antes de marcharse con el televisor de pantalla plana.

El que los hizo polvo fue el señor Ortiz. Resultó ser más inteligente de lo que Elv suponía. Como si fuera una araña había tejido su trampa, en la que Elv cayó de cabeza. Cuando el hombre la denunció a las autoridades, enviaron a una mujer policía que se hizo pasar por su esposa y que bien podría haber sido una actriz de Broadway, de buena que era. No paró de encogerse de hombros y de hacer gestos para dejar claro que no hablaba inglés, así que Elv no tuvo inconveniente en que se sentara con ellos a la mesa de la cocina. Pero la tía lo entendía todo. Llevaba un micrófono para grabar la conversación, y hasta sonrió cuando el señor Ortiz firmó su

cheque para que Elv pudiera invertir en su nombre. En las reuniones anteriores, Elv le había explicado la manera de duplicar su dinero sin tener que pagar impuestos. Ella se encargaría de todo y le daría un recibo en toda regla. «El agua de allí es tan azul que se pondrá a llorar cuando la vea. Y todas esas lágrimas le recordarán su infancia y lo libre que era antes de venir a Nueva York a patear el asfalto, los oscuros túneles y las avenidas donde usted no le importa a nadie. Los bancos quieren estafarlo y los impuestos se comen poco a poco lo que con tanto trabajo ha ahorrado todo este tiempo».

Lorry diseñó un folleto. Hizo un buen trabajo, aunque, de todas maneras, la gente rara vez echaba algo más que un rápido vistazo a los números. Lo que miraban eran las fotografías de los apartamentos en régimen de multipropiedad en la República Dominicana y se ponían como locos por apuntarse los primeros, antes de que se corriera la voz. Lorry había utilizado anteriormente aquella estafa tres veces con éxito, y un par de miles de dólares no hacían daño a nadie. La gente mayor parecía tan necesitada de compañía que era como si él y Elv les prestaran algún servicio, mientras les contaban algunos cuentos chinos ante un café con galletas. «Por ser usted, vamos a hacer una excepción. Por ser usted, le vamos a ofrecer un acuerdo especial».

Lorry no quería que Elv se metiera, pero ella se lo había pedido encarecidamente, harta de ser una carga y de no hacer nunca su parte. Se pasaba el día chutándose, y eso era caro. Lo iba a dejar tan pronto consiguiera quitarse todas aquellas cosas malas de la cabeza, aunque eso no había ocurrido. Recordaba demasiado bien la forma en que había salido volando el coche y cómo había cerrado la puerta y se había quitado el cinturón. Se consideraba una buena psicóloga hasta que eligió al señor Ortiz. Después de coger algunos comestibles en el supermercado, se colocó detrás de él en la cola. Parecía un sujeto bondadoso, una presa fácil, así que le dijo con aire compungido que no llevaba dinero encima, que si podía prestarle veinte dólares, que se los devolvería al día siguiente. Su madre estaba enferma y se había dejado el monedero al ir a visitarla al lecho del dolor. Al anciano no le importó que una chica bonita lo acompañara

a su piso, tomara un café con él y le llevara unos pasteles cuando le devolvió los veinte dólares que le había prestado, momento que Elv aprovechó para decirle que conocía la manera de que una persona duplicara sus ahorros si era lo bastante inteligente para abrir la puerta cuando la oportunidad llamaba a ella. Acababa de hacer una inversión parecida en nombre de su madre. Elv se lo tomó con calma, buscando la seguridad, aunque Lorry le dijo que se diera prisa, que si le daba tiempo, la gente acababa oliéndose la tostada. Que incluso un idiota era capaz de reconocer una mentira si le dabas la oportunidad de sopesar sus opciones.

El día en que el señor Ortiz firmó los documentos y le entregó el cheque, la mujer que interpretaba el papel de su esposa avisó al compañero que esperaba en la calle, y Elv fue detenida nada más salir del edificio. Su impulso natural fue salir huyendo, cosa que intentó, y también se resistió cuando el agente la atrapó. Por eso la acusaron de resistencia a la autoridad y quedó eliminada la posibilidad de salir bajo fianza. Elv no dijo ni una palabra, tal y como Lorry le había enseñado, ni siquiera su nombre. Lorry estuvo sin saber su paradero durante varios días. La esperó horas en un banco en el exterior del piso del anciano, y le entró el pánico al ver que Ortiz salía a dar un paseo con sus amigos. Cuando Elv no apareció por el piso, la buscó por Astoria, y luego fue a Long Island y recorrió en coche las calles de North Point Harbor. No recibió ninguna llamada al móvil ni ningún mensaje de la familia de Elv. Y finalmente le llegó una carta: Elv había tenido que ir a desintoxicarse a la cárcel municipal, y se había puesto tan mal que tuvieron que trasladarla a la enfermería. Lo más que le daban era paracetamol y Valium, aunque, bien que a cuentagotas, acabaron por administrarle un neuroléptico para evitar que tuviera algún ataque. Habían conseguido sacarle el nombre, pero no la dirección: dijo que vivía en la calle.

«No vengas —había escrito—. No quiero que me veas así».

La verdad era que no quería que sospecharan de Lorry. Cuando le tomaron declaración en comisaría, le preguntaron si tenía algún cómplice. Ella jamás los conduciría hasta Lorry, estaba familiarizada

con el hierro, el pan, el agua y las cuerdas, así que no la asustarían. Le quitaron la ropa, el anillo y el billetero. En el comedor ignoraba a todas; tanto las que la llamaban por su nombre como las que intentaban trabar amistad con ella eran invisibles. Hacía lo que había hecho en Westfield: portarse bien. Y lo que había hecho en el sótano de aquel hombre: buscar la manera de escapar. Esperar hasta que pudiera echar a correr.

Quería que Lorry saliera de Astoria, que desapareciera. «Puedo con esto —escribió—. Lo he hecho antes».

Lorry recogió el piso, se deshizo de cualquier cosa que pudiera ser utilizada como prueba o que pudiera relacionarlos, se subió en el coche y condujo de nuevo hasta North Point Harbor, donde aparcó enfrente de la casa de los Weinstein. Amanecía y todo estaba en silencio, un silencio que en el pueblo era absoluto. Fumó varios cigarrillos mientras pensaba en lo estúpida que era la gente, incluido él, quizás el mayor idiota de todos, y entonces hizo lo que siempre hacía: ideó un plan.

Pete vio el coche cuando salió a recoger el periódico de la mañana y lo reconoció, así que se metió el periódico debajo del brazo. Si era Lorry, deseaba romperle la cabeza. Si era Elv y estaba sola en el coche, la llevaría derechita ante su madre. No se le ocurría un regalo más valioso para Annie.

Avanzó por Nightingale Lane en pantalones de pijama y bata. Todavía estaba oscuro, aunque el horizonte estaba adquiriendo una clara tonalidad azul cáscara de huevo y los pájaros habían empezado a cantar. El coche tenía los cristales tintados, así que Pete no podía saber si Elv estaba o no dentro. El coche, un Oldsmobile, era un cacharro de mierda, y probablemente estuviera expedientado. Era primavera, una estación que había acabado por odiar, al igual que Claire y Annie. Detestaba los mosquitos zancudos, la humedad y el incesante gorjeo de los pájaros. Llegó a aborrecer el aspecto tan esperanzador y verde de los árboles cuando llevó en coche a Annie al cementerio a visitar a Meg, y luego, hacía sólo unas pocas semanas, a escoger una parcela para ella. Tuvo bastante suerte al conseguir la que estaba situada inmediatamente a la derecha de la de su hija.

Realmente pareció entusiasmada por su buena suerte.

Ese año, y dado el estado de debilidad de Annie, Pete había plantado unas cuantas tomateras escuálidas en el jardín. Lo de tener un verdadero huerto estaba ya fuera de lugar, aunque había arrancado todos los hierbajos con la esperanza de que Annie experimentara una mejoría. A esas alturas, la subía y la bajaba por la escalera en brazos.

—Mi héroe —le susurraba ella en esos momentos, lo cual no hacía más que empeorar la situación.

Pete se detuvo junto al Oldsmobile, dio un golpecito en la ventanilla del conductor y retrocedió un paso hacia el césped cubierto de rocío. Lorry abrió la puerta, se incorporó y salió del coche.

—Me había dicho que sus padres estaban divorciados —dijo Lorry en tono acusador, con las manos metidas en los bolsillos. Había visto salir a Pete de la casa a recoger el periódico y se preguntaba quién coño era.

—Soy el nuevo —dijo Pete, que decidió esperar a ver qué sucedía. No quería precipitarse en sacar conclusiones debido a lo que le había ocurrido a Rebecca, ni intentar darle una buena paliza a aquel tipo, que era más joven y fuerte, lo cual no quería decir que Pete no pudiera todavía infligirle algún daño.

Lorry miró por encima del hombro de Pete: la casa al final del callejón estaba a oscuras.

—No vas a hablar con su madre, si es eso en lo que estás pensando —le dijo Pete—. Se está muriendo.

Se quedaron allí, en la esquina, mirando fijamente el césped de los Weinstein. Realmente necesitaba que lo replantaran. Era tan ofensivo a la vista que los vecinos estaban pensando en reunirse y elevar una queja.

—Elv necesita un abogado —dijo Lorry—. ¿Se puede ocupar de eso?

Pete asintió con la cabeza. Todavía tenía amigos en la ciudad y podía averiguar dónde estaba y qué necesitaba.

—De acuerdo. Está bien. Eso es todo lo que necesitaba saber.

—Lorry abrió la puerta del coche, tuvo un instante de duda y sacó una carta del bolsillo del abrigo—. ¿Podría entregarle esto a Elv?

—¿Por qué? ¿No estarás por aquí? —«Estarás salvando tu culo», pensó Pete, aunque se abstuvo de decirlo. No tenía que hacerlo.

—Porque las cosas serán diferentes cuando ella salga. Van a mejorar.

—Sí, bueno, eso ya lo dudo. Pero le daré la carta.

Lorry encendió un cigarrillo con manos temblorosas, pues llevaba tiempo sin dormir. Entonces vio la señal de *stop* de la esquina. Había pasado mucho tiempo antes de que ella se lo contara, y aun entonces se había negado a entrar en detalles.

—Así que fue ahí donde ocurrió —dijo, pensativamente—. Me gustaría matar a ese cabrón.

Pete lamentó haber dejado el tabaco. Había querido soltarle un puñetazo a Lorry, pero aquel sentimiento se había ido diluyendo hasta convertirse en otra cosa. Podía distinguir a un hombre destrozado por amor cuando lo veía.

—¿Quién es capaz de hacerle una cosa así a una niña? —preguntó Lorry, enfurecido—. Y encima está considerado un ciudadano modélico porque es profesor. Ella lo llama Grimin. Si me hubiera dicho su nombre, ya estaría muerto.

—Haré todo lo que pueda por ella —le garantizó Pete. Se guardó lo que pensaba para sí, aunque su mente empezó a crujir, como hacía siempre antes de empezar una investigación de un caso concreto.

—Sí. Bueno, eso está bien. —Lorry le dio una palmada en la espalda, a lo que Pete reaccionó con una mueca de dolor y apartándose—. ¿Tiene mal la espalda? —preguntó Lorry.

—Estaría mejor si tú estuvieras fuera de su vida —dijo Pete—. Y eso lo salces.

Pete se quedó en la esquina mientras Lorry se metía en el coche, hacía un cambio de sentido y se alejaba. Conducía despacio, con las luces apagadas, como un hombre acostumbrado a huir. Pete se metió la carta en el bolsillo del batín.

Se preparó un café cargado y telefoneó a Natalia para pedirle que

fuera a North Point Harbor a quedarse con Annie. En cuanto llegó Natalia, él se dirigió a la ciudad. Había hecho unas cuantas llamadas y podía actuar como representante de la familia. Rebecca había estado en el ala de preventivos varias veces, así que al pasar el registro de entrada y ser conducido a la sala de visitas, tuvo una sensación de *déjà vu*. Había oído que algunas personas vivían como real lo que soñaban, y luego se despertaban en sus camas, sanas y salvas.

Cuando entró en la sala, Elv lo miró de arriba abajo, incapaz de disimular su decepción. Disponían de diez minutos para estar a solas, aunque probablemente ni siquiera necesitarían tanto.

—No lo conozco —le dijo ella.

—Soy el tipo que te va a conseguir un abogado. Sólo tienes que confiar en mí, nada más. —Pete se presentó como un buen amigo de su madre.

Era un tío de mediana edad, con el pelo gris, alto y con cara de preocupación.

—¿Te ha enviado ella?

—Ella no está bien, Elv. No sabe que estás aquí. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó la carta—. Me envía él.

Elv pareció viva por primera vez cuando Pete le entregó la carta. La rasgó para abrirla, la leyó y se volvió a sentar en la silla, parpadeando para contener las lágrimas.

—¿Fue a casa?

Pete asintió con la cabeza.

Elv se volvió, y se le escapó un sollozo.

—¿Qué sucedió en la esquina? —preguntó Pete.

Elv se volvió hacia él con el entrecejo fruncido.

—No crea que sólo por ayudarme me conoce.

—Puede que sí —replicó Pete.

—Tendrá que confiar en mí a ese respecto. —Elv dobló la carta y se la metió en la manga. La volvería a leer una y otra vez hasta que se borrara la tinta—. No me conoce.

El día de la vista, Pete reservó un sitio en la última fila de la sala. Se lo había contado a Natalia, que había insistido en asistir, así que

contrataron a una enfermera para que se quedara toda la mañana con Annie. Natalia había cogido un taxi hasta el centro para reunirse con Pete. Estaba tan nerviosa que tuvo que ayudarla a subir la escalinata de los juzgados.

—Ojalá pudiera ocupar su lugar —le dijo Natalia, que no había estado nunca antes en un juzgado y se había puesto excesivamente elegante. Llevaba un abrigo negro de Chanel, tacones altos y un collar de perlas. Sacó un pañuelo del bolso.

Pete le dio unas palmaditas en el brazo. No estaba seguro de si ella se refería a Annie, a Elv o a ambas.

—Tiene un abogado excelente —dijo Pete—. Sam Carlyle. —Se lo había recomendado el mismísimo fiscal del distrito—. Confiemos en que todo vaya bien.

Cuando la funcionaría la hizo entrar en la sala, Elv reparó en Pete, sentado en la última fila, ya que era alto y fácil de localizar. Luego divisó a su ama y se dio la vuelta rápidamente, roja de vergüenza. Sabía que tenía un aspecto lamentable, así que no le extrañó la cara de sorpresa de su abuela. La desintoxicación había sido dura. Realmente deseó morir, aunque no se quitaba a Lorry de la cabeza, un feroz rayo de luz, lo único que nadie podría quitarle.

Ver a Natalia en la sala empeoró la situación. Elv sintió un fuego abrasador en el pecho y detrás de los ojos. Había empezado a soñar con el jardín de casa, con los emparrados donde los guisantes se enredaban de dos en dos. Echaba de menos los cuentos que le contaba su madre y quería volver a un lugar que ya no existía. En ese momento, al escudriñar la sala en busca de Lorry, se sintió aliviada al descubrir que no estaba. Podría haber intentado alguna tontería, como abalanzarse hacia el estrado para intentar llevársela. En su carta le contaba que se marchaba en busca de fortuna, que durante todos los días que ella estuviera ausente se esforzaría por conseguir un futuro para los dos, y que entonces volvería a por ella. Así que lo único que tenía que hacer era esperar, y él estaría allí.

Elv bajó la cabeza cuando se procedió a la lectura de los delitos que se le imputaban. Su abogado hizo una declaración de culpabilidad y solicitó clemencia en cuanto a la acusación de hurto,

por el que potencialmente podían caerle quince años. Era una mujer joven, le dijo al juez, sólo una chiquilla que había cometido un error, no obstante ser una joven inteligente y valiosa de una buena familia. «Mire, señoría, ahí está su abuela, en la última fila». Elv se volvió para mirar por encima del hombro, y su abuela se levantó. Elv reconoció el abrigo negro de cachemira que se había probado a menudo delante del gran espejo de marco dorado que había en la calle Ochenta y Nueve. Era la clase de abrigo que habría podido llevar Audrey Hepburn. Cuando su abuela la saludó con la mano, ella la saludó a su vez, y sintió que algo se rompía en su interior.

—Ama —gritó.

El alguacil le pidió a Elv que guardara silencio y que no hablara mientras no se le concediera la palabra. Como era de esperar, Elv obedeció y se volvió hacia el estrado. No volvió a mirar a su abuela. Todos oyeron llorar a Natalia, y quizá por eso el juez dijera que consideraría la petición de clemencia del abogado de Elv.

Pete se mantenía en contacto con sus antiguos camaradas y todos los días examinaba el periódico de cabo a rabo. Él y Natalia habían decidido mantener al margen de la situación no sólo a Annie, sino también a Claire. Pero Claire había sorprendido casualmente a Pete tirando el periódico al cubo de la basura al día siguiente de la vista inicial. A la hora de irse al colegio, había hurgado en la basura hasta encontrarlo y lo metió furtivamente en la mochila antes de salir corriendo para coger el autobús escolar. Incluso en los días buenos Claire pensaba en el cementerio, razón por la cual solía llevar un pañuelo. Iba a visitar a Meg después del colegio, y parecía que allí siempre hiciera frío. Las hojas de los árboles que flanqueaban los senderos del cementerio se enrollaban y se volvían negras por los bordes. La hierba era tan alta que Claire sentía el impulso de tumbarse sobre ella y mirar el mundo desde esa posición, hasta que finalmente cerraba los ojos.

El autobús de la Graves Academy paraba en la esquina. Cuando llegó, Claire se subió, saludó con la cabeza a algunas de las chicas

que conocía y se dirigió a la parte de atrás, donde se sentaba siempre. Desplegó el periódico y encontró el breve artículo en la sección de noticias locales: una sospechosa acusada de haber llevado a cabo una estafa en Astoria, donde había intentado aligerar a la gente de los ahorros de toda la vida. La noticia se acompañaba de una foto borrosa de una mujer de pelo largo y negro. Claire sujetaba el periódico en las manos. Todos los artículos aludían a Elv como Elisabeth Story, así que ni siquiera parecía la misma persona.

El día previsto para la lectura de la sentencia, Claire se levantó temprano y fue a coger el periódico antes de que lo hiciera Pete. Cuando él bajó para preparar el café, la vio fuera, en el porche, encorvada encima del periódico, leyendo. La noticia apenas ocupaba un párrafo. Era toda la atención que merecía el delito. El tiempo era ya más cálido. Era el típico día de primavera que Claire odiaba, con los abejorros zumbando por doquier en lo que quedaba del jardín.

Pete salió para sentarse junto a ella. Annie había empeorado, así que no la mantenía al tanto del caso como hubiera hecho en otras circunstancias.

—¿Qué pena le ha impuesto el juez?

—De tres a cinco años. —Claire arrojó el periódico a la basura —. La pena de muerte le tocó a Meg.

—Fue un accidente —dijo Pete—. Lo sabes, ¿verdad?

Claire tuvo que contenerse. No estaba dispuesta a sentir lástima por su hermana. No pensaría en la estancia de Elv en la cárcel ni en la manera en que aquellos hombres la habían agarrado en Westfield ni en lo deprisa que había caminado por Nightingale Lane aquel fatídico día, como si la persiguiera un demonio. Había aminorado la marcha cuando la cogió de la mano, consciente de que Claire no podía mantener su paso, y las dos se dirigieron a casa.

—Hagamos sopa de tomate —sugirió Pete. Había algunos tomates comprados en la tienda en el frigorífico y un envase de nata. Annie casi había dejado de comer, y quizá la sopa le abriera de nuevo el apetito.

Claire asintió con la cabeza.

—Eso le gustaría. —Y cuando ambos se dirigían adentro, le

soltó—: Me alegra que no le dijeras a mamá nada de lo que le ocurría a Elv.

—El amor es como un catalejo —dijo Pete—. Eso me lo dijo tu madre.

—¿Ah, sí? —dijo Claire—. Bueno, a mí parece que es un paquete de mentiras.

—¿Y cómo se meten en un paquete? ¿Hay algún tipo de máquina que haga eso?

Claire se rió.

—Puedes mirarlo a distancia, eso es lo que me dijo tu madre, y quizá te parezca que está muy lejos. Pero sigue allí, y sigue siendo el mismo amor.

Le subió la comida en una bandeja cuando la sopa estuvo lista. Annie había hecho una lista mental de todas las tareas que habría que hacer cuando muriera. Se tendría que vender la casa, convencer a Claire de que fuese a la universidad y pedir cita al veterinario para vacunar a *Shiloh* contra la rabia. Había que limpiar los canalones, atender el correo y pagar los impuestos. Estaba demasiado cansada para escribir todo aquello, aunque no paraba de pensar en todas las cosas que no tendría tiempo de hacer. Pensaba y pensaba, hasta que al final sólo le importaba una última cosa.

—He comprado pan de centeno del bueno —dijo Pete, refiriéndose a la tostada que había preparado para acompañar el cuenco de sopa—. Y del que te gusta. Con semillas y todo.

Annie le cogió la mano una vez colocada la bandeja y la intensidad de su expresión sorprendió a Pete.

—Ya has hecho muchísimo por mí, pero ¿sería demasiado pedir que sigas cuidando de ella?

—Claire está bien. Está abajo, estudiando.

—Sí, Claire. Pero no me refería a eso.

Pete se sentó en el borde de la cama. Sabía muy bien a qué se refería. Lamentó que tuviera que abandonar aquella habitación alguna vez y que él y Annie no se hubieran conocido años antes. Y

lamentó no haber conseguido que Claire comprendiera que el amor era aquello: ser capaz de pedir algo, el deseo de dar a alguien lo que te pedía.

—Esa es mi intención —dijo—. No tienes que preocuparte por Elv.

Claire terminó la secundaria en la Graves Academy con matrícula de honor. Aquella mañana, la enfermera de cabecera dijo que no estaba segura de si Annie acabaría el día. Claire quiso renunciar a todo, saltarse el acto de entregas de diplomas y quedarse al lado de su madre, pero su abuela se negó en redondo. Annie quería verla con el birrete y la túnica blancos. Había vivido para ver ese día. Claire acabó por ponerse su indumentaria para el acto y subió a la habitación de su madre. Las cortinas estaban corridas. Sin pensárselo dos veces, Claire se levantó los faldones de la túnica y lanzó una patada al aire como una corista, y todos se echaron a reír, incluso Annie.

—¡Hurra! —había gritado Annie con una vocecilla de regocijo.

Pete fue al acto de graduación con Elise y Mary Fox y estuvo todo el rato hablando por el móvil. Sentado en una silla colocada en el campo de fútbol, se sintió como uno de esos locutores de baloncesto que comentan cada punto.

—El maestro de ceremonias está en el estrado —informó.

—Diles que es gordo y sudoroso —terció Mary Fox con voz cantarína.

—Y que los profesores están todos en fila —añadió Elise—. Y que está lleno hasta la bandera.

Natalia llevaba viviendo con ellos desde hacía unas semanas, y en ese momento estaba en la cama con Annie, sujetando el teléfono para que su hija pudiera escuchar. Cuando el maestro de ceremonias anunció el nombre de Claire, se pusieron a gritar, alborozadas, y ambas fingieron no estar llorando. Había sido extremadamente agotador aguantar hasta ese momento. Al cabo de un rato, Natalia sintió como si el aire estuviera enrarecido y se dio cuenta de que Annie respiraba con dificultad.

—Creo que debería llamar al médico.

—No —murmuró Annie. Quiso cerrar los ojos, pero hizo un esfuerzo por escuchar el resto de la ceremonia. La habitación se llenó con el sonido de los aplausos y el alboroto, y oyeron a una banda de música. Natalia rodeó a su hija con los brazos y le cantó la canción de cuna que solía cantarle de pequeña. Annie se sorprendió al descubrir que recordaba las palabras, que recordaba el dormitorio de sus padres en París y la luz naranja que se filtraba a través de los estores blancos de las ventanas; y el olor de las flores del castaño y el sonido de las hojas que crujían con un ritmo lento y verde. «Duerme, mi querida niña. Duerme por las noches y los días. Que aquí estaré para cuidar de ti».

Pete y Claire abandonaron el recinto del colegio en cuanto Claire recibió su diploma. Dejaron a Elise y a Mary Fox y salieron corriendo hacia el aparcamiento, que estaba atestado de coches, muchos con banderines que colgaban de los parachoques y las antenas: «Felicidades», «Mucha suerte». Claire arrojó su diploma al asiento trasero y se despojó de la túnica. Todo era verde en los campos que rodeaban el colegio. Los padres de los demás alumnos seguían en el campo de fútbol, lanzando vítores. Se iba a conceder una serie de premios, incluido uno a Claire por el departamento de Inglés, que sería recogido por Mary en su nombre. La jefa del departamento, la señorita Jarrett, leería un poema que Claire había escrito durante la época en que había dejado de hablar. A Claire no podía importarle menos el premio. El poema versaba sobre el *Libro de Oro* de la Venecia del siglo XVI, en el cual constaban todos los maestros cristaleros, y en él Claire describía las maneras en que se podía hacer añicos el cristal: rocas, tormentas, granizo, descuido, tirachinas… Al final, las causas resultaron ser demasiadas para mencionarlas todas.

Pete superó el límite de velocidad en el camino de vuelta a casa. Mientras cruzaban el pueblo como una exhalación, Claire bajó ventanilla y se asomó. Las lágrimas le corrían por la cara. Era lógico que Pete cogiera la carretera de la bahía, aunque solían evitar la

esquina donde había ocurrido aquello. Era el camino más rápido.

Claire le daba la espalda, aunque Pete sabía que estaba llorando, así que alargó la mano para darle una palmadita cariñosa en el hombro, y de la garganta de Claire se escapó un débil gemido.

—Consiguió llegar hasta hoy —le recordó Pete.

Cuando llegaron a casa, Claire entró corriendo para ver a su madre. No había sido la más inteligente ni la más bonita, pero había terminado la secundaria y eso es lo que le importaba a Annie. Pete entró en la cocina. Natalia había oído el coche y había bajado para que Claire pudiera estar a solas con su madre un rato. Le entregó una taza de café a Pete. Él y Annie habían hablado de todo, pero no habían terminado.

Cuando Natalia volvió a la habitación de Annie, Pete dijo que subiría enseguida, y permaneció en la cocina con el perro durante un rato. Se cubrió la cara y lloró, y cuando terminó, le dio una palmadita en la cabeza a *Shiloh*. Aquella no era su casa, ni su familia, ni su perro, pero era su dolor. El teléfono sonó. Sonaba ridículamente estridente. El reloj de la cocina hacía tictac. No era la clase de día que uno recordaría, sólo un día de junio cualquiera. Pete se sonó en una servilleta. Quizá fuera el ex marido quien llamaba, ya que no había podido asistir a la ceremonia de Claire porque él también tenía una en su instituto. Daba igual. Nadie lo quería por allí. Pete tampoco tenía ningún interés en hablar con él, pero cuando el teléfono siguió sonando no le quedó más remedio que responder, aunque sólo fuera para silenciar el maldito aparato.

Cogió el auricular y dijo:

—Hola. —Se sentía incómodo.

—¿Quién eres? —Era una voz de mujer.

Durante un instante alarmante, Pete pensó que era su hija, Rebecca, que llamaba desde el más allá, y entonces cayó en la cuenta.

—Soy Pete, Elv.

Elv guardó silencio, y entonces siguió:

—Me han permitido hacer una llamada. Sabía que era el día de la graduación. Es probable que Claire no quiera hablar conmigo.

—Está arriba, con tu madre.

—Mi madre no querrá hablar conmigo, ¿verdad?

Pete se quedó mirando fijamente el árbol del jardín. Annie le había contado que Elv acostumbraba encaramarse a él como una ninfa, incluso cuando llovía.

—Creo que sí lo haría, pero no puede. ¿Entiendes a qué me refiero? —preguntó Pete.

—Si pudiera hablar con ella siquiera una vez, le diría lo apenada que estoy.

Pete le dijo que iba a ver a su madre y que se lo diría. Cuando volvió a subir, Claire estaba en un rincón, acurrucada en un sofá. El birrete de la ceremonia estaba hecho una pelota, tirado sobre la alfombra. Pete lo colgó del respaldo de una silla y se quedó de pie junto a la cama. No sabía si Annie lo reconocería o no, pero se inclinó muy cerca para decirle que ya no tenía que preocuparse por Elv nunca más, que su hija volvía a ser como había sido, la niña del pelo largo y negro del jardín.

La luz que entraba por la ventana estaba cambiando, se hacía extrañamente intensa poco antes del crepúsculo, para luego descomponerse en franjas azules. Al llegar la noche, todo había acabado. Claire bajó y abrió la puerta trasera, pues había oído que era la manera de liberar a un espíritu. Derramó su dolor en unos pocos sollozos desgarradores. Recobró la serenidad y miró el reloj: ésa era la hora de la muerte de su madre. *Shiloh* miraba fijamente el patio, así que Claire abrió más la puerta.

—Vamos —le animó.

El perro salió trotando al césped. El teléfono sonó y Claire lo ignoró. Siempre le había parecido que hablar no tenía sentido, y en ese momento menos que nunca. ¿Qué eran las palabras sino un montón de mentiras, las clasificaras como las clasificases? Fuera había pájaros, petirrojos, que salieron volando hacia los árboles todos al mismo tiempo.

El teléfono siguió sonando, y al final Claire cogió el auricular. Cuando se lo llevó a la oreja, una voz de mujer dijo:

—¿Mamá? ¿Eres tú?

Claire sintió como si acabara de colocar la mano encima del quemador de la cocina y colgó rápidamente. Los pájaros estaban ya en los nidos y ninguno cantaba. Había empezado a lloviznar y todo se estaba volviendo gris. Pete entró en la habitación. Había oído el teléfono y había bajado corriendo para cogerlo, aunque supo que era demasiado tarde en cuanto vio la expresión en la cara de Claire.

—Llamó antes —reconoció él.

—Se puede ir al infierno —replicó Claire.

En ese preciso momento no necesitaban hablar con nadie, así que se quedaron en la puerta trasera y observaron al perro caminar por el perímetro del patio. Aparte de las escuálidas tomateras que Pete había plantado en un rincón, el huerto estaba lleno de hierbajos: ortigas, cardos, estramonio, dulcamaras… Algunas matas temblorosas de guisantes de olor habían empezado a enroscarse en la valla, y los zarcillos eran de un verde suave con unos luminosos brotes azul claro. Natalia apareció en la escalera.

Había cubierto a Annie con la colcha blanca de lino que se había traído de Francia. Era la que estaba en el cuarto de invitados cuando las niñas eran pequeñas, en la cama en la que Annie había dormido diecisiete horas seguidas cuando la luz era naranja. En un instante tendría que llamar a emergencias y pedir que enviaran una ambulancia a casa, pero por el momento permanecieron en la puerta, respirando el aire de la noche. La verdad es que no querían estar en ningún otro lugar.

# *Niño cambiado*

*Dijeron que era como los demás niños, aunque yo tenía cola y garras. Dijeron que no había diferencia, que me pusiera una capa y unos guantes y sería igual al resto. En la oscuridad, no había manera de ver que mis dientes eran afilados.*

*Iba al colegio y hacía mis tareas. Subía el agua por la colina en baldes, hacía las camas y barría los suelos. Por las noches me escapaba por la ventana y cagaba conejos. Siempre me bañaba en un estanque antes de volver a casa, para quitarme la sangre. Cuando me servían el desayuno a base de pan tostado y té, decía que no tenía hambre. Pero la tenía.*

Lo que más le gustaba a Claire de París era perderse en ella. Por supuesto que había lugares que ella procuraba evitar, aquellos que integraban la lista de los favoritos que ella y Meg habían elaborado aquella primavera, cuando fueron allí juntas: el puesto de helados junto a la de Saint-Louis, la *rue* de Tournon o la librería Shakespeare and Co.

Claire compraba libros de segunda mano en los puestos que

había a lo largo del río. Los hojeaba para asegurarse de que no tuvieran dedicatorias y evitar los sentimientos de amor y lealtad. Habían transcurrido tres años desde que Claire se trasladó a París a vivir con su abuela. Habían vendido la casa y Natalia había dejado el piso de la calle Ochenta y Nueve. Claire no había ido a la universidad. Nunca lo solicitó. Sólo quería ir a algún lugar donde fueran felices de una vez por todas. Metió sus pertenencias en una sola maleta y se llevó a *Shiloh. Sadie*, la gata, todavía vivía, y cuando llegó el perro, ambos animales firmaron un armisticio, obligados a compartir cuartos contiguos en un piso pequeño. Claire despreciaba a la gata, y ella, que debió de percibir su desdén, desaparecía siempre que la joven andaba cerca. Se escondía debajo del sofá. De vez en cuando, una zarpa salía de debajo del mueble para golpear una bota o un zapato.

*Shiloh* acompañaba a Claire a todas partes. Caminaba a su lado cuando ella salía a pasear después de oscurecer, bien entrada la noche, cuando el cielo plomizo rebosaba de nubes. Las únicas personas que salían a esas horas eran los que no podían dormir, atormentados por esto o lo otro: por amores frustrados, amores perdidos, amores desperdiciados… Eran la clase de personas que querían pasar desapercibidas, que deseaban ocultarse en las sombras, estar a solas con su desesperación. Claire llevaba el pelo corto y se ponía la ajada chaqueta de Burberry que su madre había utilizado para trabajar en el jardín. Completaba el atuendo con unos vaqueros comprados diez años antes y las botas que había utilizado durante toda la secundaria, cuando tenía que esperar al autobús en la esquina de Nightingale Lane. Le gustaba el tono verdoso que adquiría la noche de París, el aire verde, las resbaladizas aceras verdes después de llover. Solía ir a un café del Marais, cerca del piso de su abuela, donde todos la conocían, aunque actuaban como si no. Claire agradecía aquella brusca cortesía y nunca miraba a los camareros ni al propietario, en absoluto dispuesta a entablar una educada conversación sobre el tiempo o los acontecimientos actuales. No quería compañía, tan sólo café y una tranquila mesa cerca de una ventana.

Desde su traslado a París, varios hombres mostraron interés por ella, pero Claire los ignoraba, convencida de que el amor echaba a perder a las personas. Así que mantenía las distancias. En una ocasión, un tipo apareció de improviso y la besó mientras ella buscaba escalonias en un cesto de verduras del supermercado. La agarró y la atrajo hacia él con fuerza y, a continuación, le dijo algo acerca de que era demasiado hermosa para ser ignorada. Claire dejó los alimentos y salió de la tienda, a la que no volvió jamás, pese a que era la más próxima al piso de su abuela.

Ya no le interesaba la multiplicidad de colores de la luz de París. Se recordaba elaborando listas con Meg también sobre eso, de las ocasiones en que la luz era rosa o amarillo pálido, de un violeta grisáceo o como el humo, gris, o como aquella otra vez, cuando había sido naranja. Claire prefería la oscuridad, para la que París era idónea. La gente decía que era la ciudad de la luz, pero no lo era si salías los días lluviosos con el cuello del abrigo levantado. No si esperabas la llegada del crepúsculo para salir a la calle. Además de la luz, había muchas otras cosas por las que Claire ya no sentía interés: la amistad, la comida, la conversación, los hombres, el amor, el colegio, el trabajo y los sueños. Se encerraba en su habitación y dormía la mayor parte del día, y cuando salía para cenar, sólo un cuenco de sopa o algunas galletas saladas, parecía tener la cara arrugada. A veces su abuela temía que Claire se estuviera evaporando: ¿qué quedaría de ella si seguía desapareciendo en un mundo propio cada vez más y más pequeño? Sus zapatos, su sombrero y su abrigo, nada más. Claire hablaba sólo cuando la necesidad lo exigía, pero la necesidad de hablar era arbitraria. Cuando los vecinos la saludaban, pegaba un respingo, como si se hubiera pinchado con un alfiler. A veces tenía sueños terribles, y eso era algo que Claire ni siquiera podía evitar durmiendo. Natalia la había oído varias veces gritar en aquella jerigonza que las hermanas Story acostumbraban a hablar.

Cuando Claire salía a dar sus paseos nocturnos, buscaba piedras,

una por cada día que no había visitado las tumbas de su hermana y su madre, y las iba amontonando debajo de su cama, en el armario empotrado y en los cajones de la cómoda. Sus favoritas eran aquellas de aspecto vidrioso que recolectaba con una red de pescar en las aguas someras del Sena, aunque también le gustaban las redondas y blancas que encontraba en las Tullerías. Su colección se hizo tan grande que los días ventosos el piso traqueteaba, y los vecinos de abajo, desquiciados, empezaron a quejarse. Los inquilinos del edificio tenían pesadillas con terremotos y corrimientos de tierras, y antes de que transcurriera mucho tiempo tales sueños se hicieron frecuentes incluso entre los niños más pequeños. Una pareja joven se mudó, convencida de que el edificio estaba embrujado, lo que al dueño del edificio le vino de perilla, pues enseguida encontró unos nuevos inquilinos a los que duplicó el alquiler.

Claire se preguntaba a menudo si ella no sería un diablo. Elv le enseñó a reconocerlos hacía mucho tiempo. Le contó en susurros, metidas en la cama una al lado de la otra, las señales que los delataban. Los demonios se distinguían por llevar estrellas negras y tener ojos claros, y cuando uno entraba en una habitación, se formaba hielo en los cristales y las plantas se marchitaban. En el momento del desastre, cuando acudías a ellos, cuando más los necesitabas, desaparecían. Esa era Claire: eso era lo que había hecho.

Meg se habría convertido en una mujer adulta con vida propia si Claire no le hubiese dicho que subiera al coche. Le encantaban los libros, así que quizá sería ya escritora y viviría en Londres o en Manhattan. Habría tenido un amante o un marido, y un hijo, acaso varios. No había consuelo para Claire por lo que había hecho. La luz amarilla de las farolas, las gárgolas de gesto torvo, los adoquines que repiqueteaban bajo sus pies, los parques cercados por verjas negras de hierro… todo era invisible cuando paseaba de noche por París. Ya no le incumbían las preocupaciones humanas como el amor y la felicidad, y creía en los castigos, las represalias y el destino. Creía que ella y Elv estaban hechas de la misma pasta, y en varias ocasiones se sorprendió haciendo equilibrios en la orilla del río, con

una costra de barro en las botas y las ráfagas de viento empujándola hacia delante. ¿Qué importaba si no volvía jamás?

Una tarde, Natalia sorprendió a su nieta encaramada al antepecho de la ventana mirando fijamente las flores blancas que abarrotaban el castaño del patio. Era la estación terrible, la que ambas odiaban, la época de las violetas, el polen y la luz verde. Era primavera. El tiempo había pasado, pero en muchos aspectos, Claire seguía siendo la misma. Nunca había ido a la universidad ni se había puesto a trabajar. Jamás había estado enamorada ni había cocinado para nadie ni besado a alguien hasta sentir vértigo. Creía que era mejor para ella mantenerse al margen del resto de la humanidad. Desde aquel día fatídico, pensaba que podría ser peligrosa.

Cuando Natalia la encontró balanceándose sobre el alféizar, le gritó, pero Claire no respondió. El mundo se estaba acabando. Algunos podrían haber dicho que era una crisis nerviosa, un rapto de enajenación mental ocasionado por el trauma y el estrés, aunque Natalia no estaba muy segura de que no fuera la filosofía de la predestinación que esclavizaba a Claire. Si creías intensamente en algo y ese algo te merecía suficiente crédito, podría hacerse presente ante ti. Aunque hubieran sido creaciones de tu mente, reclamarían su presencia en el mundo real, ya fuera un monstruo ante tu puerta, o bien un demonio que te tirase de la manga del abrigo.

Natalia agarró a su nieta por la espalda sacando los brazos por la ventana. Fue como intentar sacar a alguien dormido de su sueño, y tiró de ella con tanta fuerza que se dislocó el hombro. No era de las que se rendían. Había estado escribiendo a Elv en secreto todas las semanas, cartas dicharacheras sobre los vecinos, anécdotas del Marais. Incluía historias de la gente de allí, el tiempo que llevaban viviendo en sus pisos, el nombre de maridos y esposas, circunstancias de la vida doméstica: lo que comían para cenar, cómo lo cocinaban, cómo era el tiempo. No se rendía, aunque nunca había contestación, y por lo que sabía, su nieta debía de tirar las cartas a la basura, sin leer. No fue consciente de con qué anhelo esperaba Elv

aquellas cartas hasta que cogió un gripazo y estuvo varias semanas sin escribir. Poco después llegó una carta de Estados Unidos, la primera que recibía de Elv. «¿Se casó *madame* Michelle con el hombre que la cortejaba? ¿Qué le ocurrió al cachorro de maltés que le había regalado? ¿Alguna vez tuvo el valor de decirle que era alérgica a los perros? En el café de la esquina, ¿despidieron al camarero al que todo el mundo quería, pero que estaba tan cansado por tener dos trabajos que solía quedarse dormido de pie, con la bandeja en la mano? ¿Había florecido el castaño? ¿Tenía el aire ese olor a almendras? ¿De qué color era la luz? ¿Cuándo volveré a tener noticias tuyas?».

Natalia se resistió a soltar a su nieta. En todo caso, ésa era su filosofía, y la razón de que le arreara un bofetón.

—¡Despierta! —gritó.

Claire se llevó una mano a la mejilla con cara de asombro.

—¿Qué crees que estabas haciendo ahí fuera? ¿Intentas matarte?

Claire sacudió la cabeza. No parecía saberlo.

A Natalia le estaba fallando la vista, pero aquella noche, cuando se dirigió al baño, alcanzó a ver algo con unas alas negras, y lo oyó, atrapado como una polilla en el estrecho pasillo. Entonces vio una neblina negra pasar rápidamente por delante del espejo de marco dorado que había junto a la puerta. No hubo ningún reflejo, aunque no tuvo ninguna duda de que allí había algo. Se tuvo que apoyar para no caerse. Vio lo que creyó que era una diminuta mujer de alas negras.

Natalia se sentó y se sirvió una copa, una buena cantidad de *whisky* de una botella de Johnnie Walker que había pertenecido a su marido. Extrañaba a Martin a todas horas, pero sobre todo lo echó de menos aquella noche. Estaba totalmente confundida. ¿Era la criatura del pasillo creación suya? ¿Había imaginado su existencia? No estaba segura de si debía ir a ver a un oftalmólogo, tal vez incluso a un psiquiatra. Se tomó otra copa después de la primera y consideró la posibilidad de una tercera. *Madame* Cohen siempre insistía en que en este mundo había demonios. ¿Cómo, si no, iban a existir los problemas que acuciaban a la humanidad? No importaba

de qué estuvieran hechas, si de piel y huesos, de cenizas o recuerdos, porque Natalia no estaba dispuesta a permitir que aquellas criaturas le echaran el guante a su nieta.

Al día siguiente fue a ver a *madame* Cohen a su tienda del final de la *rue* des Rosiers. Las dos tenían penas que nunca contaban a nadie más. Su camaradería era insólita y rara. Las amistades solían basarse en cuestiones triviales y se agotaban en partidas de naipes y ante tazas de café, pero la que las unía a ellas hundía sus raíces en algo más riguroso: catástrofes y supervivencia. Se sentaron en la trastienda, al lado del armario de los diamantes y las cebollas, ante unas tazas de humeante té Marco Polo de la tienda Marriage Frères, de la *rue* du Bourg Tibourg, donde vendían más de cuatrocientas variedades de té. El buen té era uno de los pocos caprichos que se permitía *madame* Cohen. Cubriendo la pequeña mesa redonda había un mantel recién planchado. El linóleo del suelo estaba desgastado, pero las cucharillas que utilizaban para remover el azúcar eran de oro de veintidós quilates, traídas desde Moscú. Siempre había sido una familia de joyeros y orfebres; la abuela de *madame* Cohen había cosido las cucharillas a la basta de su abrigo cuando huyeron a Francia. También se tragó un puñado de diamantes, destinados al broche de una condesa, que más tarde expulsaría dolorosamente entre las heces en un orinal. El diamante más grande se engarzó en un anillo de compromiso que perteneció a la madre de *madame* Cohen y ahora a ella. Le servía para recordar el sufrimiento y la diligencia de su abuela todos y cada uno de los días de su vida.

Dado que *madame* Cohen había visto demonios con anterioridad, apenas se sorprendió cuando Natalia le informó de su visión en el pasillo. Aquello no era síntoma de locura, sino el resultado de una perspicaz conciencia del mal que había en el mundo. Las hermanas de Leah Cohen, de quienes nunca hablaba a causa del dolor que le ocasionaba su recuerdo, habían desaparecido entre una lluvia de cenizas, seguramente con el contacto de un demonio. A menudo se acordaba de un particular día de verano en

que habían ido de excursión al campo en tren para pasar el fin de semana. Fue la última vez que estuvieron juntas, ignorantes de que los demonios ya habían entrado, volando, en la ciudad de París, donde se habían encaramado a los árboles. Durante la comida campestre se mancharon los dedos con el jugo de los melocotones. Vestidas con trajes demasiado calurosos para la estación, cuando nadie miraba se despojaron de los vestidos y se tumbaron en la hierba en enaguas. Leah Cohen se había llevado sus acuarelas y enseguida pintó a sus hermanas en tonos amarillos, trigueños y naranjas. Sus hermanas se llamaban Hannah y Marlena, y poco tiempo después, en plena guerra, fueron asesinadas. La pintura de su merienda campestre se perdió durante la apresurada mudanza a raíz de su primer matrimonio. Entonces las cosas se perdían con facilidad. Pero cuando *madame* Cohen cerraba los ojos, las caras de sus hermanas acudían a su memoria, incluso a esas alturas de su vida: estaban preciosas, sentadas en la hierba con sus blancas enaguas.

Claro que ayudaría a Natalia, pues realmente era una especie de experta en demonios. Lo había aprendido todo de su abuela y su madre, que conocían trucos que poca gente sabía. Esa era razón suficiente para tener una hija, alguien a quien transmitirle tus secretos.

*Madame* Cohen sugirió colocar saleros en todas las ventanas, y le dijo a su amiga que rociara el aire con agua salada esa misma noche. Natalia fue a casa y siguió el consejo. El zumbido desapareció bastante pronto y no aparecieron más criaturas revoloteando por el pasillo. Aquélla era una excelente noticia, le dijo *madame* Cohen cuando Natalia volvió a informarla, aunque no era suficiente. Claire seguía apática y apenas se levantaba de la cama.

Cuando *madame* Cohen dijo que Claire debía encontrar un trabajo sensato, Natalia sugirió que trabajara en la joyería de los Cohen, que sólo estaba a unas manzanas de distancia. Necesitaba un horario, una responsabilidad, una orientación, y *madame* Cohen haría un *mitzvah*, una buena acción, contratando a Claire, que no tenía ninguna experiencia laboral y muy pocos argumentos para

recomendarla aparte del amor de su abuela. Leah Cohen insistió en entrevistar primero a Claire. Al fin y al cabo, un acto de caridad no tenía que ser un acto de fe ciega y estúpida.

Cuando llegó al piso la noche acordada, *madame* Cohen llevó consigo un pastel tan delicioso que nadie podía rechazarlo, ni siquiera una mujer que afirmaba no tener nunca hambre. La masa estaba hecha a base de huevos frescos, harina, azúcar y corteza de limón, a la que se le había añadido semillas de anís y cerezas secas. Era una antigua receta que le había transmitido su abuela. Algunos la llamaban tarta de la sinceridad. Nadie podía comerla y no decir la verdad. Solía hacérsela a menudo a sus nietos, cuando quería descubrir al culpable de alguna travesura. En esa ocasión, a madame Cohen le serviría para averiguar la verdadera naturaleza de Claire, pues ése, y no otro, era el objetivo de la entrevista.

Cuando la avisaron para que fuera a tomar el té, Claire se sorprendió al encontrarse un trozo tan grande de tarta en su plato, toda vez que su abuela sabía que no era muy aficionada a los dulces.

—La verdad es que no tengo hambre —insistió. Llevaba puestos los raídos vaqueros y la sudadera gris de su adolescencia, en la que las palabras «The Graves Academy» estaban impresas en unas descoloridas letras granates. No mantenía contacto con ninguna de sus compañeras de colegio, pero su profesora de inglés, la señorita Jarrett, le había escrito una vez, sugiriéndole que reconsiderara lo de ir a la universidad, aunque Claire nunca lo solicitó. Con el único con quien se comunicaba alguna vez era con Pete Smith, que telefoneaba con cierta regularidad.

—Te sorprenderá lo mucho que acabará gustándote —le dijo *madame* Cohen—. Prueba un poco.

Se sentaron a la mesa y comieron en silencio. La anciana tomó nota de la rapidez con que Claire devoró la tarta, como si estuviera hambrienta.

—¿Qué receta es ésta? —preguntó Claire, cuando terminó—. Nunca había probado nada parecido. —Estaba lamiendo el dorso del tenedor, demostración de que seguía teniendo deseos humanos.

—*Madame* Cohen ha venido a ofrecerte un empleo. ¿Te

gustaría?

Claire fue inequívocamente sincera.

—La verdad es que no.

—¿Pero acudirías y serías responsable? —la provocó *madame* Cohen.

—Yo siempre soy responsable —dijo Claire. Todo lo relacionado con ella la entristecía, incluido eso—. Incluso cuando no quiero serlo.

—¿Por qué no nos preparas el té? —le sugirió *madame* Cohen. Aquello formaba parte de la entrevista. La gente investigaba los antecedentes y pasaba extensos cuestionarios, pero se podía averiguar mucho más sobre alguien por su manera de preparar una tetera. *Madame* Cohen había llevado con ella una lata llena de una mezcla de té verde a la que le había añadido violetas, salvia, regaliz y jengibre. El agua ya había alcanzado el punto de ebullición en el hervidor, y Claire fue a escaldar la infusión. Cuando el vapor ascendió, empezó a llorar, lo que en absoluto era propio de ella, que no era nada llorona. Estaba vacía por dentro.

—Ha debido de entrarme una mota de polvo en el ojo —especuló.

Después de tomar el té, Claire se fue a su habitación.

—¿Qué te parece? —le preguntó Natalia a su vieja amiga.

Una buena acción nunca era tan sencilla como parecía, y *madame* Cohen lo sabía. Había efectos dominó que nadie esperaba. Sin embargo, después de tomarse otra taza de té, se había decidido.

—La contrataré —dijo.

A espaldas de ella, los demás empleados llamaban a Claire la *filie au chim*, la chica del perro. Jamás estaba sin la lobuna criatura, que le pisaba los talones. A Claire no le importaba tener que ir a la tienda porque le permitían llevarse a *Shiloh*. En cuanto a *madame* Cohen, consideraba que un perrazo era un buen elemento disuasivo para ladrones y atracadores, teniendo como tenía razones para temer a los intrusos. En la pequeña cocina de la trastienda estaba la lata de los

diamantes, justo al lado de las patatas y las cebollas, y había gemas esparcidas por doquier, escondidas en los cajones, metidas en pares de botas y guardadas en vitrinas y armarios empotrados.

Los demás empleados pensaban que *madame* Cohen debería ser retribuida por haber consentido en contratar a una chica tan rara, pese a lo cual eran amables con Claire. Las vendedoras, Lucie y Jeanne, que entablaron amistad con ella, le sugirieron cambios de estilo que podrían mejorar su aspecto. Claire parecía un ser lastimado, perdido, alguien a quien había que cuidar, y sacaba lo mejor que había en Lucie y Jeanne. Le daban todo aquello que ya no necesitaban: pañuelos, jerséis de cachemira, faldas de lana y vestidos. La trataban con delicadeza, le explicaban las tareas de la tienda como si estuvieran ante un niño que jamás hubiera trabajado antes. «Esta es la caja registradora. La escoba está ahí. Aquí está el abrillantador de metales y los trapos para limpiar los artículos del escaparate y las puertas».

No era difícil limpiar el desorden que dejaba tras de sí la desgracia, aunque era extremadamente difícil ahuyentarla para siempre. Algo golpeaba ligeramente la ventana de cristal de la joyería desde que Claire entró a trabajar, algo que intentaba entrar. Cualquier otro habría pensado que sería un mirlo y lo ignoraría, o quizás un niño que tiraba piedras, pero *madame* Cohen no se dejaban engañar: colocó papeles matamoscas y sal.

Al cabo de no mucho tiempo, encontró una enorme polilla pegada a uno de los papeles matamoscas. El bicho había conseguido colarse por la puerta aprovechando la entrada del repartidor. El mal siempre lo hacía así, aparecía cuando menos lo esperabas, razón por la cual había que permanecer alerta siempre. *Madame* Cohen telefoneó a su querida amiga Natalia, que ya tenía motivos suficientes para estarle agradecida: «Creo que he atrapado al problema que afligía a tu nieta». Había aplastado al demonio entre los dedos y lo había arrojado a la basura con los corazones de las manzanas y las pieles de las cebollas.

*Madame* Cohen le había tomado un afecto especial a Claire y todos los días le prodigaba algún áspero y valioso consejo: «No te dejes abatir. Mira a la gente a los ojos cuando te hablen. Cepíllate el pelo cien veces por la noche. Lávate la cara con leche. Duerme con las ventanas cerradas». *Madame* Cohen tenía tres hijos adultos y seis nietos, uno de ellos tan revoltoso que le había prohibido la entrada en la tienda por sus travesuras, sobre todo después de que inventara un tosco matamoscas consistente en una goma elástica y unas canicas, algo que nadie querría probar en una tienda llena de vitrinas de cristal y espejos. En cambio, era un placer tener a Claire allí.

*Madame* Cohen le enseñó a valorar la claridad e intensidad de una gema con la lupa. Las mejores tenían una luz dentro, como si estuvieran vivas. Claire había encontrado varios libros antiguos sobre gemología en los puestos de libreros del río, algunos de los cuales tenían gotas de cera de joyero en las hojas y otros eran ediciones únicas, escritas a mano en tinta negra. Cuando Jeanne y Lucie cerraban la tienda y se iban a casa, Claire se quedaba dentro, estudiando, aprendiendo a distinguir las diferencias entre las gemas con los ojos cerrados, a percibir aquella luz interior de la que hablaba *madame* Cohen. Los rubíes desprendían calor. Las aguamarinas eran como agua en la palma de la mano… Sólo unas pocas personas con suerte poseían una sensibilidad tan extraordinaria para las gemas, le decía con orgullo *madame* Cohen. Su *mitzvah*, como ocurre a menudo con las buenas acciones, la recompensaba. Los clientes escuchaban la opinión de Claire. Su vocecilla malhumorada los obligaba a inclinarse sobrehila para oír su consejo, y al final todos entendían lo que les decía: las piedras eran lo único que duraba.

Claire ya no se sentía atraída por las ventanas o las orillas del río ni se pasaba durmiendo los días enteros. A veces llegaba a la tienda antes de que abrieran, y esperaba fuera, en un banco, mirando fijamente la luz sesgada del amanecer. «Hay una chica nueva trabajando en la joyería de los Cohen», escribió Natalia a Elv en una de sus cartas. «Las demás dependientas la han adoptado y le han enseñado a vestirse, y la llevan con ellas cuando salen a comer, sobre todo los días en que la luz es naranja, cuando el cielo es del mismo

color azul que cuando erais niñas, como una fuente intacta de porcelana, radiante si entrecierras los ojos».

Elv leía las cartas de su abuela en la biblioteca de la cárcel, en una mesa junto a la ventana, y después las guardaba en una caja de zapatos debajo de su catre, de donde las sacaba de tanto en tanto para saborear las descripciones de la vida en el Marais, las historias de la gente del barrio. Lorry también le escribía cartas, y éstas las devoraba. Las leía de pie, en el exterior de la sala del correo. Él no paraba de ir de aquí para allá, en busca de la fortuna que le aseguraba que encontraría. Eran cartas breves, aunque a ella la hacían trizas anímicamente. Después de leerlas, las destruía, no quería que nadie más pusiera sus manos en ellas. Eran cartas íntimas, eróticas, desesperadas. Desde luego, no la clase de cartas que una mujer encarcelada debía leer mientras intentaba que los días transcurrieran sin sentir nada.

Tuvo la buena suerte de que la enviaran a Bedford Hills, aunque también la mala suerte de que la destinaran a la lavandería, un trabajo que odiaba y que consideraba peor que la responsabilidad de las letrinas de Westfield. Era un trabajo ruidoso, y en el que trabajaban tantas reclusas que el cotorreo y las disputas nunca tenían fin. El calor y la humedad de la sala hacían que se sintiera desfallecer. Las demás mujeres la llamaban Missy, la «señoritinga», y se mofaban de ella, pues daban por sentado que era una chica ilustrada, cuando lo cierto era que nunca había terminado la secundaria. Las mujeres analfabetas acudían a ella en secreto para pedirle que les leyera las cartas que les enviaban sus hijos, y aquellas cartas la conmovían de una manera que nunca habría imaginado. Extrañaba a su madre. Le alegraba que Annie no pudiera ver dónde había acabado.

Pete Smith la visitaba de vez en cuando, algo que resultaba extraño, porque no se conocían y no tenían mucho que decirse. Pete se había ido a vivir a un piso en la segunda planta de una casa de dos viviendas en North Point Harbor. Había llegado a considerar el

pueblo que había compartido con Annie como su hogar. Se había convertido en una presencia permanente en el cementerio, al que acudía a dejar flores y cortar la hierba alta con una hoz. Algunos niños del pueblo lo llamaban el Hombre del Cementerio, y salían corriendo cuando lo veían en la calle.

—De mí decían que era un bruja —dijo Elv en una ocasión—. Tenía el pelo largo y negro y llevaba un collar de huesos.

—¡Caray!, no me explico por qué pensaban semejante cosa —replicó Pete, y los dos soltaron una carcajada—. ¿Un collar de huesos?

—Para espantar al mal.

—Ya veo que funcionó bien —dijo secamente Pete.

La mayoría de sus vecinos de North Point Harbor eran amables, sabedores de lo que le había ocurrido a Annie, y varios lo invitaron a cenar en Navidad, aunque él declinó amablemente las invitaciones. De vez en cuando, un vecino le iba a ver para consultarle sobre un divorcio o un adolescente que se había escapado. Pete intentaba ayudarlos, pero nunca aceptó ningún caso. Ya no ejercía su profesión, excepto para Elv.

—¿Has tenido noticias de Claire? —le preguntó Elv—. ¿Cómo se encuentra?

Todas las semanas, Elv empezaba a escribirle una carta a Claire, y todas acababa rompiéndolas en dos. Incluso había probado a escribir en arnello, aunque no era capaz de acordarse de las palabras o, si se acordaba, ya no sabía lo que significaban.

Aunque no era un gran viajero, Pete había ido recientemente a París de visita. Se alojó en un hotel muy cerca del piso y, aparte de ver a Claire, a la que quería visitar con ocasión de su último cumpleaños, no le gustó nada de Francia. La comida era complicada y cara, y como no conocía la lengua no conseguía hacerse entender. Se sentaba en un banco enfrente de Notre Dame y pensaba en Annie y en lo diferente que habría sido París si ella hubiera estado con él. Al final, Claire le preparó una cena a base de hamburguesas y empanadillas en la cocina de Natalia para celebrar su cumpleaños, y todos se lo pasaron en grande. Cuando ella le enseñó todas las

piedras que había reunido, Pete compró una maleta en una tienda cercana, donde había tenido que recurrir a la mímica para hacerse entender. Tuvo que pagar una sobretasa para conseguir llevarse la maleta con él hasta el cementerio. Prometió que volvería a hacerles una visita, y Claire se echó a reír.

—¿Cuándo? ¿Cuando se congele el infierno? —dijo.

—Cuando haya unas hamburguesas decentes —bromeó Pete, que se había pasado un día entero colocando las piedras de París, la mitad en la tumba de Annie y la otra mitad en la de Meg—. Trabaja en una joyería, y todavía sigue teniendo aquel perro.

—El lobo —observó Elv, y como quiera que Pete pusiera cara de extrañeza, añadió—: Sólo quería ver mi casa, y me encontré con el perro en el patio. Me alegra que tenga alguien que la proteja.

—Tal vez fueras tú la que necesitaba protección —respondió Pete, quien seguía intentando encontrar al hombre del que le había hablado el tal Lorry, el que había hecho aquellas cosas inconfesables. Lorry le había dicho que había un profesor involucrado, y desde entonces Pete intentaba reunir las piezas. Elv no era de mucha ayuda. Se limitaba a sacudir la cabeza y a actuar como si no supiera de lo que le estaba hablando. Después de todo, eran unos extraños unidos por el afecto que sentían por Annie.

—Bueno, háblame de tu primer encuentro con mi madre —dijo Elv—. Quiero saberlo todo al respecto.

—Fuimos a un restaurante barato —le dijo Pete.

—¡Qué generoso! —bromeó Elv.

—La verdad es que pagó ella.

Los dos rieron de nuevo.

—Así era mi madre.

—Me enamoré perdidamente de ella.

Pete se dio la vuelta. La había dejado atónita con el reconocimiento de su amor y su indisimulado dolor, y aquello hizo que se sintiera indulgente con él.

—Bueno, está bien —dijo ella—. Me alegro. Se lo merecía.

Después de un año de trabajar en la lavandería, Elv tenía las manos agrietadas y las uñas rotas a causa del agua caliente y el jabón. Rellenó una solicitud para apuntarse a las clases de adiestramiento canino, porque le dolían los brazos de sacar las pesadas toallas de las secadoras y sentía una verdadera repulsión por el olor de la lejía. Se dirigió a la sala de gimnasia del sótano para la primera sesión, convencida de que había conseguido engañarlos para librarse de un trabajo de verdad, como había hecho en Westfield, cuando le habían asignado el cuidado de las cuadras.

El perro que le dieron se llamaba *Gallina*, apodado así en la calle porque había que obligarlo a pelear. Pero cuando lo provocaban, era un gladiador, y si mordía a su presa, ya no la soltaba. Era blanco y tenía cicatrices negras por todo el cuerpo y la cara. Su propietario le había roto las patas a golpes después de una derrota, y a pesar de que lo habían operado, seguía cojeando. La exagerada manera de torcer las patas provocaba risa, si no sabías lo que la ocasionaba. El perro no miró a Elv cuando Adrian Bean, la adiestradora que dirigía el programa, los emparejó. *Gallina* era el único con un comportamiento apacible, lo que le hacía parecer aún más peligroso. Los demás perros guardaban las distancias, de la misma manera que las mujeres se mantenían lejos de Elv. Era el perro más feo del montón. ¡Vaya suerte la suya! Las demás mujeres tenían pastores alemanes, cachorros o peludos perros mestizos. Todos habían sufrido malos tratos o habían sido abandonados en las autopistas o en las calles de las ciudades, donde los habían encontrado. La mayoría tenía pavor a los truenos, las pisadas, los coches y los seres humanos, aunque otros atacaban a la menor provocación.

Adrian les dijo a las mujeres de la clase que ellas eran «los machos alfa», y que el futuro de sus pupilos dependía de su éxito. Si los rehabilitaban, los perros serían adoptados, pero si no, serían sacrificados.

—Joder —masculló Elv, que no quería ser responsable de la muerte de ningún perro si de algún modo fallara. *Gallina* se volvió para mirarla cuando habló, quizá reconociendo el taco, y se miraron mutuamente. Elv se quedó pasmada durante un segundo, al ver algo

que reconoció: el perro tenía los ojos de un verde amarillento, como ella.

Cuando empezó el entrenamiento, todas sujetaron a sus perros con correas, pero *Gallina* se negó a moverse. Ni siquiera aceptó una galleta que le puso en el suelo, y que ignoró hasta que un desventurado cachorro se acercó. Entonces, con un gruñido, la engulló tan deprisa que empezó a ahogarse. Sin pensárselo dos veces, Elv le palmeó en el lomo, y *Gallina* se volvió, enseñándole los dientes. Estaba a punto de morderla, pero Elv retiró rápidamente la mano, más por el perro que por ella. Si la hubiera mordido, lo habrían sacrificado.

—Eres un jodido idiota —le dijo al perro.

*Gallina* levantó la mirada. Aquélla era la única palabra que parecía reconocer. Elv lo miró fijamente a los ojos amarillentos: no era ningún cobarde, tan sólo estaba hecho polvo. Le puso otra galleta en el suelo, aunque se suponía que no tenían que darle ningún capricho a sus perros a menos que obedecieran todas sus órdenes.

—No te apiades de él —le dijo Adrian cuando advirtió la vulneración de la norma de adiestramiento—. Te lo digo en serio, Missy. ¿Todos los que te han ayudado alguna vez lo hicieron por lástima?

Elv estuvo seis meses trabajando con *Gallina*, a razón de cinco horas diarias. «Es el perro más inteligente» —le escribió a Natalia—. «Cuando le hablas, escucha de verdad». Su sentimiento de soledad disminuía cuando trabajaba con el perro, que había conseguido sobrevivir a la brutalidad de su vida con gran dignidad. Cuando estaba con él, a Elv le entraban ganas de llorar, y se avergonzaba de la raza humana cuando veía sus cicatrices. En la biblioteca, averiguó todo lo que pudo sobre los pit bull, los staffordshire terrier americanos y los bull terrier, así como sobre la historia de las peleas de perros. Estudió a los lobos y sus formas de comunicarse. Pidió prestados libros de psicología, sobre todo los relacionados con

métodos de adiestramiento conductista. Leyó a B. F. Skinner, y *Mi perro Tulip, Lad un perro, Viajes con Charlie* y *Lassie*. No había leído nada desde Westfield y se había olvidado de lo mucho que le gustó *La letra escarlata* y de cuánto la ayudó a concebir alguna esperanza en la oscuridad de New Hampshire.

La bibliotecaria, que traía libros nuevos cada dos semanas, empezó a separar para Elv aquellos que creía que serían de su agrado.

—Eres toda una lectora —le comentó. Elv había cogido un ejemplar de *Oliver Twist*, porque había una foto de un bull terrier en la tapa y se acordó de que Meg se había leído toda la obra de Dickens en un año.

—Mi hermana sí que era una lectora consumada —le dijo a la bibliotecaria—. No yo.

Durante los dos últimos meses de adiestramiento, *Gallina* durmió junto a la litera de Elv. A su compañera de celda entonces, que atendía al nombre de Miracle y había sido condenada por posesión de drogas, prostitución y falsificación, no había muchas cosas que la asustaran, pero al principio *Gallina* le infundía terror.

—Sabes que odio a los perros, Missy —le dijo a Elv—. Apuesto a que nos llenará de pulgas. ¿Y si lo piso de noche? —quiso saber Miracle—. Puede que se asuste y me muerda. No sé cómo puede ser tan feo.

—Sé que parece feo —admitió Elv—, pero no lo es. Su interior es distinto a su exterior.

Miracle estaba muy gorda y tenía problemas con la dentadura. Sabía lo mal que sentaba que a una la llamaran fea, así que se quedó mirando fijamente a *Gallina* y recapacitó.

—De acuerdo. Pero como empiece a rascarse, se larga. Y que sepas que sólo es un sustituto. —Miracle hizo un gesto con la cabeza hacia la pared donde Elv había pegado con cinta adhesiva varias fotos de Lorry.

—No hay sustituto para él —dijo Elv.

—Sí, ya, espera a que empieces a hablar al perro como si fuera un bebé.

Estar juntos todo el día formaba parte del vínculo emocional, y Adrian insistía en que era necesario para la rehabilitación del perro, aunque quizás eso fuera pedirle demasiado a la parte humana de la ecuación. Elv alargaba la mano por la noche y palpaba al perro para saber que estaba allí.

—Hola, cariño —susurraba, en absoluto dispuesta a despertar a Miracle ni demostrarle que tenía razón. Por primera vez desde que se había separado de Lorry encontraba consuelo en alguien. Había hecho cosas terribles por las que nadie la perdonaría, excepto, quizás, otra criatura afligida que comprendiese las consecuencias de la crueldad humana, que pudiera tumbarse junto a su cama y saber que ella no quería hacerle ningún daño.

Al cabo de ocho meses se celebró una jornada de puertas abiertas para que los perros encontraran un nuevo hogar. Tuvo lugar en el exterior del patio, donde el escenario se parecía más a un parque que a una cárcel. «Lo que realmente quisiera hacer —le había escrito Elv a su abuela— sería llevármelo conmigo a casa. No te puedes imaginar lo inteligente que puede llegar a ser un perro. Percibe lo que siento antes de que yo misma lo sienta. Y sabe lo que estoy pensando». Natalia le había respondido contándole que el perro de Claire y el gato que Elv había rescatado en el río habían sellado una extraña alianza. Cuando creían que no había nadie en casa, se sentaban juntos en el sofá que había junto a la ventana, a observar atentamente el patio. En cuanto la llave giraba en la cerradura, saltaban fuera del sofá, de manera que nadie pudiera ser testigo del afecto que se profesaban. Los perros y los gatos también tenían sus secretos.

Llegó la gente para ver cómo las reclusas conseguían que los perros demostraran sus habilidades. Elv quería mostrar lo inteligente que era *Gallina*, aunque al mismo tiempo deseaba que el perro no lo consiguiera. Algunos de los perros más jóvenes se negaban a obedecer las órdenes y un pastor alemán se pasó ladrando todo el rato, pero *Gallina* no apartaba los ojos de Elv ni un instante.

Cuanto mejor lo hacía el perro, más angustiada se sentía. Era primavera y el aire era tibio, lo que no hacía más que empeorar las cosas. Elv pasó un mal rato. El público aplaudía como si estuvieran ante una auténtica exhibición canina.

—Joder —dijo Elv para sí. Una cosa más que amaba y que perdería. *Gallina* la miró, desconcertado. Elv quería que el perro se armara de valor, saliera corriendo como una centella y se subiera a la parte posterior de uno de los coches de la gente del pueblo. «Sácanos de aquí —suplicaba mentalmente—. Llévanos hasta Lorry». Pero Elv ni siquiera sabía dónde estaba. No tenía noticias suyas desde hacía un mes, y en ese momento probablemente ella se quedaría en el exterior de las puertas de la cárcel, sin saber qué camino tomar.

Después de la presentación, se sirvieron galletas y limonadas para las reclusas y los visitantes. Elv supuso que siendo tan feo nadie querría quedarse con *Gallina*, y hasta había pensado en la forma de plantearle el caso a Adrian. *Gallina* podría ser muy útil como terapia para las internas, y cuando Elv saliera, se lo llevaría con ella. Pero, para su consternación, uno de los invitados se acercó inmediatamente El sujeto se agachó y palmeó a *Gallina* como si fuera un perro normal, como si no le hubieran roto las patas con un bate de béisbol y no hubiera experimentado la traición de los hombres.

*Gallina* consintió en que el tipo le palmeara la cabeza, manteniendo un ojo en Elv.

—Bonito perro —dijo—. Hola, perrito.

—No le gustará —dijo Elv.

—Estas cicatrices le confieren carácter. —El hombre se levantó y le dio la mano a Elv. Tenía una tienda de compraventa de discos usados en Ossining y pensaba que sería divertido tener un perro todo el día con él, aparte de que sería un fantástico elemento disuasorio para los robos.

—¿Quieres venir a vivir conmigo? —le preguntó a *Gallina*—. Encargaré una *pizza* de chorizo y nos tumbaremos en el sofá.

Adrian Bean se acercó por detrás de ellos.

—Eso le encantaría. Vamos a tener que repasar las normas de

adiestramiento con usted. Nada de tumbarse en los muebles ni de arañar las mesas.

—¿Y *pizza* tampoco? ¿Ni siquiera los bordes? ¿Qué clase de vida es ésa?

Adrian se rió divertido e ignoró las miradas reprobatorias de Elv.

—Queremos que siga siendo el caballero bien educado que es. ¿No es así, Missy? —le preguntó a Elv.

El propietario de la tienda de discos se fue con Adrian a cumplimentar la documentación, y luego volvió con una correa en la mano.

—Quiero darte las gracias por haber hecho una labor tan fantástica de adiestramiento con él —le dijo a Elv—. ¿De acuerdo, *Raleigh*? —le dijo a *Gallina*, y cuando Elv lo miró, se explicó—: He pensado que se merecía un nombre mejor, así que lo voy a llamar como mi abuelo. Se parecen un poco.

Muy a su pesar, Elv soltó una carcajada.

—No te preocupes. A *Raleigh* le va a encantar estar en la tienda. Será mi colega.

Después de ponerle la correa, el perro siguió mirando a Elv, sin moverse.

—Ve con él —le dijo Elv a *Gallina*.

El perro siguió mirándola fijamente.

—Ve —dijo Elv, y apartó la mirada—. Vete.

*Gallina* hizo lo que se le decía. Eso era lo que ella le había enseñado a hacer. Elv volvió a su celda. Sentía náuseas y estaba demasiado angustiada para quedarse sentada sin hacer nada. Se enzarzó en una pelea con Miracle y estuvieron semanas sin hablarse, hasta que finalmente Elv se disculpó.

—Le cogiste afecto a aquel estúpido perro —le dijo Mirade, comprensiva—. Ese es tu problema, Missy. Le coges afecto a las cosas. —De noche, la había estado oyendo llorar por Lorry—. El perro ocupó el lugar de tu hombre, y ahora estás como al principio: con el corazón roto.

Elv decidió que no volvería a participar en el programa de adiestramiento. Llegó a pensar incluso que ya no tenía corazón,

aunque lo seguía sintiendo roto. Solicitó que la volvieran a destinar a la lavandería, pero Adrian la había incluido como candidata para el siguiente programa de adiestramiento sin consultárselo. Elv fue a la primera sesión para decirle a Adrian que se ocupara de sus asuntos cuando vio al perro que supuestamente le iban a asignar: un caniche normal y corriente al que habían escaldado con agua hirviendo y mantenido atado en una habitación a oscuras durante meses.

—No sé nada sobre éste —le dijo Adrian—. Con toda sinceridad, tal vez lo mejor sería acabar con su sufrimiento.

El caniche estaba escondido debajo de un sofá, temblando, y le castañeteaban los dientes.

Elv se sentó en el sofá bajo el que se escondía el caniche. No sabía por qué se le permitía seguir viva. Quizás ése fuera su destino, saber que no merecía nada y que, sin embargo, se le daba otra oportunidad.

—Muy bien —le dijo a Adrian—. Me quedaré.

La pusieron en libertad un día lluvioso de un desapacible mes de noviembre. Habían pasado más de tres años y no lo había visto —ni siquiera había tenido noticias de él durante el último año—, pero cuando distinguió su figura fue como si lo acabara de ver el día anterior. Estaba fuera, esperaba bajo la lluvia, sin paraguas, sin aquel sombrero negro que utilizaba antaño.

—Hola, muñeca —gritó él, justo cuando Elv empezaba a temer que no la reconocería, avergonzada por su aspecto, por su transformación. Cuando trabajabas en la lavandería, te obligaban a cortarte el pelo hasta la altura de la barbilla, para evitar que te lo pillaras con las máquinas de planchado. El suyo todavía estaba creciendo. Iba vestida con la descomunal ropa que le habían dado en la cárcel, una falda y una blusa de una tela mísera y arrugada, y un abrigo liviano. Lorry se acercó para besarla y no se detuvo. Le dijo que había intentado olvidarla, pero que le había resultado imposible, que no tenía más que pensar en la primera vez que la había visto, la expresión de su cara, la hierba crecida, su pelo flotando al viento, y

que volvía a sentir lo mismo por ella.

Empezó a llover con más fuerza, así que se separaron por fin y se echaron a reír al ver lo empapados que estaban. Entraron en el coche, que era mucho mejor que el que tenía Lorry antes, un BMW.

—Eres rico —dijo Elv.

—Cumplo mis promesas —le respondió—. Lo sabes.

La lluvia repiqueteaba en el parabrisas. Lorry se la puso en el regazo y le metió la mano por debajo de la falda, le bajó las bragas y le hizo el amor allí mismo, con las ropas empapadas por la lluvia y las ventanillas del coche empañadas. Habían pasado tres años y seguía habiendo lo mismo entre ellos. Miracle había advertido a Elv de que probablemente él no la esperaría, o que si lo hacía, sería ella la que se buscase a alguien nuevo, pero Miracle se equivocaba. Si Elv hubiera creído en la amistad, habría escrito a Miracle: «Para que veas. El amor existe —le habría dicho—. Te lo creas o no». Elv no le preguntó dónde había estado ni si había estado con alguna otra. No necesitaba saber esas cosas, ya que ella y Lorry estaban por encima de eso.

Se alejaron en el coche rápidamente. Elv le preguntó cómo había sabido que iba salir, y él sonrió.

—Llamé a tu viejo amigo —le respondió, y al ver la cara de extrañeza de Elv, añadió—: A Pete Smith. Me dijo que cuidaría de ti, y lo ha hecho. —Pete había conseguido que la enviaran a Bedford Hills, en lugar de a una cárcel del norte del estado, y había sido él quien la recomendó para el programa de adiestramiento de perros, además de responder a las llamadas de Lorry para informarle de la situación de Elv, aunque el ex detective pensaba que estaría mejor sin él. Elv supuso que se había comportado como un amigo con ella. El único. La última vez que fue a verla, la semana anterior a su puesta en libertad, le dio las gracias por ir a visitarla tan fielmente. No lo esperaba de él. Pete disfrutaba con las visitas. Y entonces, de repente, le dijo:

—Ella sabía que fue un accidente. Tu madre no te culpaba.

Elv estaba desconcertada. Pete siempre lo hacía. En medio de una conversación normal sacaba a colación algo que rompía el

corazón. Se preguntó si él habría hecho aquello en el restaurante barato, en la primera cita con su madre, si la habría conquistado porque era capaz de ver en lo más profundo de las personas.

—Ya, bueno, pero Claire sí —le recordó Elv.

—Ah, no —le dijo Pete—. No podrías estar más equivocada. Ella se culpa a sí misma.

Volvieron a Astoria, pero Astoria era un lugar totalmente diferente ahora que Lorry había hecho fortuna.

—¿De verdad lo eres? —gritó Elv, cuando subieron al piso de Lorry—. ¡Eres rico de verdad!.

Dos habitaciones, una cocina completamente nueva, una terraza… Y resultó que todo el edificio era suyo, que era el propietario, el casero. Elv no le preguntó cómo lo había conseguido. Lo único que sabía era que había viajado por todo el país, desde California hasta Alaska, y regresado al este por Canadá y el Medio Oeste, procurando hacer las cosas bien. No más estafas, no más timos, no más robos. Durante tres años lo único que hizo fue trabajar en empleos que odiaba, dormir en hoteles baratos, sin hablar con nadie, buscarse la vida por sus propios medios. Lo consiguió pensando en ella. Era curioso lo que permanecía contigo y lo que más recordabas: el día que Elv rompió la ventana del baño de su madre y él le quitó las astillas del cristal de la mano con unas pinzas mientras ella le contaba lo del hombre que la había secuestrado y lo que le había hecho. La noche en que, al llegar él a su casa, la encontró en el portal con las ropas ensangrentadas, después del accidente. La vez que descubrieron aquel estanque en el bosque de New Hampshire con el agua tan fría que gritaron al zambullirse, y se aferraron el uno al otro riéndose, antes de descubrirse mutuamente, ya sin reírse en absoluto.

Y cuando parecía que no cumpliría su promesa de encarrilar sus vidas, regresó a Nueva York y su suerte cambió. Se apeó del tren que le traía de Chicago, donde había perdido el dinero que le quedaba arriesgándolo en una serie de negocios seguros, y allí estaba, en la

calle Treinta y Tres, hogar, dulce hogar, en el lugar exacto donde estaba a los diez años, solo y desamparado. Las rutas que él y Hector habían utilizado estaban clausuradas, y la mayoría de los accesos a los andenes inferiores que discurrían por debajo del metro eran ya inaccesibles. La ciudad había decidido cegar las entradas a causa de las quejas de los usuarios y los comerciantes por el tráfico de drogas y la delincuencia. Pues allí estaba, zarandeado por la bulliciosa muchedumbre, vestido con la única ropa que tenía. Rezó una oración por su viejo perro y por su mejor amigo, Hector, y por todos los demás que había conocido y que no habían conseguido sobrevivir a los rigores y al dolor de la vida bajo tierra. Tenía poco más de lo que atesoraba la primera vez que llegó allí. Parecía una broma cruel.

Entonces Lorry vio la entrada situada cerca de la salida a la Octava Avenida. Hacía mucho tiempo que había memorizado todas las entradas y salidas, y aquel acceso era completamente nuevo para él. En ese momento no tenía absolutamente nada que perder.

—Pero lo tenías —le dijo Elv—. Me tenías a mí. —Estaban en la cama, entrelazados y agotados, acalorados y desnudos. Aquél era el momento preferido de Elv para escuchar la historia de Lorry, bien entrada la noche, cuando parecía que el resto del mundo se había ido muy lejos.

Siempre había más que perder, admitió Lorry, pero en aquel momento, rodeado de su propio fracaso, se convenció de lo contrario. Tres años y nada que mostrar. Debía haber sido él el que fuera a la cárcel si aquello era todo lo que había conseguido. Alargó la mano hacia abajo, metió los dedos en la rejilla y deslizó la trampilla para abrirla. Sin pensárselo dos veces, descendió por debajo de la estación de ferrocarril y entró en aquel mundo, tal y como lo hacía cuando era un fugitivo de diez años con tan poco que reclamar en este mundo que parecía que pudiera ganarlo todo.

Había pasado mucho tiempo desde que estuvo allí, así que tardó un poco en acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Descendió por los oxidados peldaños de una de las viejas escalerillas que había utilizado antaño para inspeccionar los raíles. Hacía muchos años que los trenes no circulaban por allí, pero en un abrir y cerrar de ojos, el

ceniciento olor del lugar acudió a su memoria, y se sintió como uno de los mineros del carbón que había visto cuando pasó por Kentucky, hombres que estaban en el exterior, respirando el límpido aire del mundo, pero que nunca olvidaban las mórbidas profundidades.

A veces, cuando Lorry estaba dormido, Elv permanecía despierta sólo para contemplarlo, para observarlo y asegurarse de que no iba a desaparecer. Le recordaba la tinta invisible que utilizó una vez para hacer los mapas de Arnelle, que tenías que levantarla contra la luz para verla, pues de lo contrario parecía que sólo era una página en blanco. Conservaba la acuarela que había hecho del Sena, una aguada negra sobre un grueso papel blanco. La había guardado siempre, confiando en que un día tendría un hogar donde colgar cuadros en las paredes. Y ese momento había llegado. No se podía creer su buena suerte, y empezó a pensar en el futuro y en lo que le depararía. Cuando escribía a su ama, le contaba que planeaban ir a París, y que se estaba enmendando. De entrada, decidió que jamás volvería a consumir drogas. Eran personas diferentes, pero cuando se despertaba por las noches a veces sentía el temor de que sus viejos yoes estuvieran cosidos a sus pieles con hilo negro, como sombras. En una ocasión encontró los útiles para drogarse de alguien en el cuarto de baño, en el armario que había debajo del lavabo, envueltos en un trapo y atados con un cordón de zapato negro. Lorry estaba en la ducha, y ella esperó allí, en el baño lleno de vapor, hasta que él salió. Lorry la agarró y la acercó a él. Llevaba el pelo negro y lustroso echado hacia atrás, estaba mojado y el agua de su cuerpo goteó sobre la ropa de Elv, que le enseñó lo que había encontrado.

—¡Maldito sea este Michael! —dijo Lorry, indignado, y enseguida admitió que había dejado que su hermano le visitara un día que Elv había salido. Michael había pasado la vida entrando y saliendo de la cárcel, pero era el hermano de Lorry, carne de su carne, sangre de su sangre. Debía de haber sido él quien se dejó los útiles allí. Lo sabía porque Michael siempre los ataba con un cordón

de zapatos.

Se encontraron con Michael sólo unos pocos días después. Ya era todo un hombre, no un chaval de aspecto *punky*, y a Elv le costó reconocerlo. Ella y Lorry estaban en un bar, y Michael se acercó, saludándolos con la mano.

—Quédate aquí —le dijo Lorry—. No tienes por qué perder el tiempo con ese degenerado.

Los dos hermanos se habían distanciado hacía años, y entonces se pusieron a discutir. Lorry agarró a Michael y lo bajó del taburete de un tirón.

—No lo vuelvas a hacer en tu vida —oyó Elv que le decía a Lorry. Cuando Lorry regresó con ella majestuosamente, Michael estiró el dedo índice, haciendo un gesto como de disparar en la cabeza a su hermano, después miró a Elv y sonrió.

Decidieron que nunca más permitirían a Michael subir al piso. Poco después, Elv encontró unas bolsas de heroína. Estaba escribiendo una carta y fue a la cocina a buscar un sobre, y encontró la droga escondida en una caja detrás de las latas de sopa y del azúcar. Se sentó y miró por la ventana. El impulso de colocarse ascendió por su boca, un deseo que tenía un gusto frío y mohoso, y se humedeció los labios. Se sentía hecha un lío y aturdida, y pensó en lo fácil que sería hacer unas rayas con la bruja y esnifarlas. Pensar que Lorry le mentía la atribuló, aunque lo entendía: ella también quería colocarse. Daba igual, porque no podía, estaba fuera de su alcance, ya que creía que podía estar embarazada. Estaba convencida de que había ocurrido la primera vez que estuvieron juntos, cuando llovía y estaban tan desesperados por tenerse el uno al otro. No le dijo nada a Lorry de inmediato, pero empezó a observarlo con más atención. Se preguntaba si era así como Pete Smith observaba el mundo, juntando las piezas, considerando la vida cotidiana como un rompecabezas, examinando hasta los detalles más nimios.

Así que observó y recordó. Y se acordó de que Lorry apartaba su plato y decía que no tenía hambre. De que llegaba a casa agotado y se dejaba caer en la cama, cuando normalmente sólo habría querido follar con ella. De que cada vez pasaba más tiempo fuera,

trabajando, decía, aunque ella ignoraba en qué. De que parecía distraído. De que cuando ella quería ir a dar un paseo o al cine, él decía que «más tarde, cariño», como si echarse a dormir o tumbarse con expresión soñadora en el sofá en pleno día fuera perfectamente normal. Y luego se iba, y Elv no sabía dónde estaba. Lorry le decía que iba a jugar al póquer, a reuniones de negocios, y decía: «Vamos, sabes que somos tú y yo». Y así era.

Se hizo la prueba de embarazo en casa y dio positivo. Su abuela le dijo por carta que la única manera de estar segura era ir al médico, así que fue a una clínica cercana y consultó a un doctor, que la felicitó. Elv cogió el autobús a casa sin dejar de sonreír. Se bajó en una esquina y llamó a su abuela.

—¡Vas a ser bisabuela! —gritó por teléfono. Su ama estaba exultante, y empezaron a charlar frenéticamente sobre los posibles nombres y si sería niño o niña—. ¡Por supuesto que una niña! —le aseguró Elv—. Tiene que serlo. Las Story sólo tenemos niñas. —Y cuando Natalia le preguntó qué decía Lorry, contestó—: Está encantado de la vida.

Pero todavía no se lo había dicho, agobiada por un sentimiento de naufragio. Lorry estaba en casa cuando ella llegó, caminando de un lado a otro. Todavía no le dijo nada.

—¿Dónde coño estabas? —preguntó. Al no encontrarla, enseguida se había acordado del día que la había detenido la policía.

—Dando un paseo —le dijo Elv, que se sintió como una mentirosa, aun cuando le había dicho la verdad. De alguna forma, la sospecha le hacía cómplice—. ¿Dónde estuviste anoche? —Lorry no había llegado a casa hasta tarde y se había metido sigilosamente en la cama sin hablarle siquiera.

—No estamos hablando de dónde estuve yo —dijo Lorry—. No intentes dar la vuelta a las cosas.

Elv fue a la cocina y sacó la heroína del armario. Lorry la seguía, empeñado en continuar la disputa, y cuando vio que ella lo había averiguado, se sentó en una silla de la cocina y replegó velas. Siempre decía que cuando te pillaban con las manos en la masa, lo mejor era confesar.

—Mi fatídico defecto —dijo con tristeza.

Elv abrió una lata de sopa y empezó a calentar el contenido en un cazo. Tenía muchísimo apetito.

—Voy a tener un bebé —dijo.

Lorry la miró como alucinado, creyendo que no había oído bien.

—Creo que es niña —le dijo Elv.

Lorry fue hasta la cocina y la rodeó con sus brazos.

—Elv —dijo, y se le quebró la voz de tal manera que ella se sorprendió.

—No quiero que tenga un padre con un defecto fatídico —dijo Elv con sensatez.

—Entendido.

—Lo digo en serio.

Y Lorry lo intentó en serio. Dejó de ir a los bares y de ver a los viejos amigos con quien sólo tenía una cosa en común. Pero un día, Elv bajó al lavadero y se lo encontró allí con su hermano. Él y Michael también tenían sólo una cosa en común, y ella supo lo que hacían allí abajo.

—Te estás riendo de mí —dijo Elv.

—No es lo que crees. Sólo le estoy prestando algo de dinero, porque da la casualidad de que está sin blanca. Lo quiera o no, sigue siendo mi hermano, ¿no?

Elv tenía otras cosas en las que pensar. Natalia le había enviado dos preciosos jerséis diminutos, uno blanco, otro amarillo, los dos de lana merina de primerísima calidad, ambos con botones de madreperla. Poco después le envió una manta de cachemira, tejida por ella misma, de color melocotón. Tejía como una loca, fuera, sentada en el banco que había debajo del castaño, dentro de casa, en el saloncito rojo, en las tardes lluviosas, o en su dormitorio, hasta bien entrada la noche. ¡Había pasado tanto tiempo desde que había habido un bebé por el que entusiasmarse! Elv le enviaba fotos de ella embarazada y resplandeciente. Se escribían a vuelta de correo y sopesaban nombres. Elv quería uno poderoso y exclusivo, y Natalia

sugería escoger un nombre que le sirviera a la criatura para el resto de su vida, algo no demasiado cursi, pero tampoco demasiado adulto. El bebé nacería en verano, y Elv prometió que irían a París poco después. Quizás entonces Claire la perdonaría.

Natalia le había escrito en una de sus cartas que estaba preocupada por Claire, que había visto a un demonio en el pasillo, revoloteando cerca del dormitorio de Claire y que quizá fuera ésa la causa de la tremenda desdicha de su hermana. Parecía una tontería, las supersticiones de una anciana con mala vista. Otros pensarían que estaba loca, pero *madame* Cohen la había creído, y Elv también la creyó. Ella misma había divisado a menudo algo en su propia cocina cuando iba a buscar un vaso de agua en mitad de la noche, probablemente una polilla, como aquella que su abuela decía que *madame* Cohen había atrapado con el papel matamoscas. Tales historias ponían nerviosa a Elv, que temía que la mala suerte pudiera estar golpeteando contra su ventana. Así que decidió poner sal en los rincones de la habitación, como su abuela decía que le había aconsejado *madame* Cohen. Arrastró una silla para acercarla al frigorífico y buscar en el armario que había encima. Allí guardaba la sal, pero encontró algo más que eso: encontró todo lo que Lorry le escondía. Lo cogió todo y lo llevó por el pasillo hasta el incinerador.

Esa noche lo oyó rebuscar ruidosamente por la cocina, pero en ningún momento Lorry le dijo ni una palabra sobre lo que ella había hecho. Se duchó y se metió en la cama. Si había vuelto a su vicio de consumir King Kong, es que estaba enfermo y ella lo sabría, y tendrían que afrontarlo juntos.

—¿Tú no me mentirías nunca, verdad? —le preguntó Elv. Estaba nevando y tenían todas las luces apagadas, pero el mundo exterior brillaba.

Lorry ocupaba más cama de la que le correspondía, pero a Elv no le importó.

—Define mentira —dijo él.

Los dos se echaron a reír.

—No soy idiota —le dijo Lorry—. Oí lo que dijiste.

—Repítelo.

—Nada de defectos fatídicos.

—Y me dirás la verdad.

—Estoy locamente enamorado de ti.

—Muy bien —dijo Elv—. Sabía que eras inteligente.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Lorry se había ido, y se quedó donde estaba. Sentía el amor por Lorry en un lugar tan profundo que estaba segura de que la mayoría de la gente no lo entendería. Para cuando se hizo la luz, ya estaba de vuelta. Se sacudió la nieve, se quitó la ropa y se volvió a meter en la cama con ella. Le había traído un ramo de rosas envueltas en papel marrón, de las que vendían en el exterior del mercado. Elv se dijo que ésa era la razón de que abandonara la cama, abrirse camino entre la nieve bajo la luz clara para llevarle rosas a pesar del tiempo, volver con ella cuando más lo necesitaba.

Un viernes por la noche él llegó tarde. Hacía frío, estaban a mitad de febrero y Elv estaba embarazada de tres meses. Habían pintado el segundo dormitorio de un amarillo crema, un color que a Elv le recordaba el de los tomates tradicionales que su madre solía tener en el huerto y cuyos nombres recordaba a la perfección: Livingston's Golden Queen, Jubilee, Yellow Brandywine… Elv había encontrado un libro de cocina en una tienda de objetos usados que contenía la primera receta escrita de salsa de tomate, publicada en Nápoles en 1692, un mejunje de estilo español que llevaba tomillo. Su madre habría gozado de lo lindo con ella. Elv estaba preparando la salsa para la cena, para acompañar una pasta casera. Se había sorprendido al descubrir que sabía cocinar y que le salía de forma natural. Le añadía tomate a casi todo, y aquello acabó por convertirse en una broma entre ella y Lorry: su nueva adicción, su defecto fatídico.

—Oh, no, cariño —decía ella en tono de broma, y le respondía lo que siempre le decía—. Ése eres tú.

Elv pensó que su pequeña terraza era lo bastante soleada para iniciar en primavera un pequeño jardín de macetas: tomates y nada más. Había comido tantos ya que se preguntaba si su bebé no saldría

con el pelo rojo, si no tendría preferencia por ese color y si no habría que repintar su habitación.

Era la una de la madrugada, y luego fueron las dos. Elv, con los nervios de punta, no había tocado la cena que había preparado. Lamentó haber dejado de fumar y lamentó no ser capaz de dormir. Para empezar, lamentó que la hubiera dejado, con un beso de despedida y diciéndole que volvería para cenar. Lorry no respondía a su móvil, así que se abrigó bien y bajó al bar más próximo, un sitio llamado MacDougal, que no tenía horario. Nadie lo había visto, así que volvió a casa. La nieve había empezado a caer. Aquél fue un invierno lóbrego y frío y el cielo estaba permanentemente negro, así que lo más probable era que las carreteras estuvieran mal. Hizo varias llamadas y despertó a varios de los amigos de Lorry, tipos que no le gustaban o en los que no confiaba. La mayoría no cogió el teléfono, y los que se lo cogieron le dijeron que no se preocupara.

A las tres llamó a Pete Smith, obligándolo a saltar de la cama para responder.

—He sido una estúpida al llamarte. Vuelve a la cama —le dijo Elv.

Pero Pete ya se estaba poniendo la ropa, los calcetines y los zapatos. Había estado soñando con Annie, y entonces su hija llamaba de repente.

—Deja que haga algunas comprobaciones —dijo Pete.

—No, olvídalo. Estoy segura de que está bien. —Elv se había mordido las uñas hasta dejárselas en carne viva, y las tenía todas aureoladas por un borde sanguinolento. Los dos habían decepcionado a gente, pero nunca mutuamente. Lorry no desaparecía sin más. Aunque eso no era verdad, no realmente, era sólo que él siempre volvía. Elv se acordó de los tres años que Lorry había desaparecido y de todas las cosas de las que ambos habían acordado no hablar, y su temor aumentó. Pete telefoneó al cabo de una hora. Había hecho algunas llamadas, a un par de personas con las que había trabajado en la policía y también a algunos hospitales locales, y no había averiguado nada. Estaba seguro de que no tardaría en saber algo pronto, y sin duda por la mañana.

Pero por la mañana siguió sin tener noticias. Elv salió a buscarlo. Preguntó a una de las viejas de la calle que conocía a Lorry de siempre y le dijo:

—Prueba en Marguerite's. —Elv se la quedó mirando fijamente —. Ya sabes, Mimi. —Elv se estremeció al pensar que hubiera otra mujer, hasta que la anciana añadió—: La tumba de su abuela. Ya sabes… Nuestra Señora de los Dolores.

Elv caminó por la nieve hasta llegar a un pequeño cementerio situado detrás del patio de una iglesia. Preguntó al encargado dónde podía encontrar la tumba de la abuela de Lorry, que era bastante reciente; su abuela había fallecido el invierno anterior. Alguien había dejado una planta de acebo, con el tiesto envuelto en un brillante papel de aluminio. Elv ni siquiera sabía que Lorry tuviera una abuela, y eso la dejó abatida y confusa. Deseó poder llamar a su madre para preguntarle qué hacer. Había telefoneado a los amigos de Lorry e ido a los sitios que frecuentaba, y no había sacado nada en limpio. Cuando fue a los bares, la manera en que la miraban los hombres y luego apartaban la vista hizo que comprendiera que no le habrían dicho nada aunque supieran dónde estaba. Sus sospechas se vieron confirmadas por las contestaciones desganadas de aquellos sujetos y sus evidentes deseos de librarse de ella. Así que era eso: había estado drogándose, como todos los demás. Ninguno le había dicho la verdad.

Como Lorry siguió sin aparecer por casa esa tarde, Elv salió y cogió el metro para acudir a la consulta que tenía programada con su médico. Se pasó de estación y se metió en Manhattan. Se sentía enloquecer, perdida. Se apeó en Penn Station y siguió los pasillos de los que él le había hablado, deambulando entre la multitud, desesperada por encontrarlo. Por fin apareció la rejilla de entrada al otro mundo, poco más allá de la escalera que subía hasta la Octava Avenida. Se acercó, se apoyó con fuerza contra ella y empujó. La rejilla giró y se abrió. Había una escalera de peldaños metálicos, tal como él había dicho.

Bajó furtivamente por la escalera oxidada. La oscuridad olía que apestaba. Tierra, excrementos, ceniza, aguas residuales, moho,

humo… Esperó a que sus ojos se acostumbraran. El ajetreo de Penn Station estaba a escasos metros de distancia, pero la oscuridad no tenía fin. Una persona podía colarse allí y perderse. Sintió una punzada dentro de ella y se le revolvió el estómago. ¿Cómo podía alguien sobrevivir a aquello? Se agarró bien a la escalera. Allí abajo podía haber cualquier cosa, una horda de demonios, o quizá ratas, perros asilvestrados, gigantes…

—Lorry —llamó, quejumbrosamente, y su voz le llegó de vuelta, burlándose de su desesperación—. ¡Lorry! —gritó, hasta que su voz se quebró.

Volvió a subir a la superficie y encontró los servicios públicos. La gente casi vivía allí. Una anciana se había hecho una cama con periódicos que había ido amontonando cuidadosamente sobre las baldosas. La gente pasaba por encima de ella como si no estuviera. Elv se lavó la cara, y al mirarse en el espejo le pareció llena de manchas, y vio que tenía los ojos enrojecidos. Una mujer y su hija se estaban lavando a conciencia, como si el lavabo fuera su bañera.

—Bien hecho, cariño —le dijo la mujer a su pequeña, mientras se echaba agua en la cara—. Lávate todo lo que puedas.

Cuando Elv llegó de nuevo a su calle, reparó en unos coches patrulla de la Comisaría 114. Entró en el portal, subió la escalera y desde el rellano alcanzó a ver que la puerta de su piso había sido forzada. Había dos polis dentro, y también estaba Michael, sentado en el sofá, con el abrigo tirado a su lado, como si fuera el dueño de la casa. Pete Smith la estaba esperando. La cogió por el brazo antes de que pudiera entrar y la condujo por el pasillo para hablar con ella. Seguía llevando el mismo abrigo y el mismo sombrero, grises los dos, y seguía siendo el mismo tipo triste de mediana edad al que ella había llamado y sacado de un sueño profundo, aunque él no le debía nada en absoluto.

—¿Qué demonios es todo esto? —preguntó Elv—. No pueden estar ahí dentro.

No podía dejar de pensar en la niñita de Penn Station, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta, confundida. Una inundación arrasaba con todo lo que había en la superficie. Todo parecía tosco,

brutal y apremiante.

—Estaba en un piso cerca de aquí —le dijo Pete—. Su hermano lo encontró.

—Bueno —dijo Elv—. Eso parece muy cerca.

—Elv.

—Lo voy a matar por preocuparme. Me he recorrido toda la maldita ciudad. No te imaginas los sitios a los que he ido. —Aún tenía manchadas las manos del óxido de los peldaños de la escalera que conducía al otro mundo, y tenía ceniza en las suelas de las botas.

—¿Me estás escuchando, chiquilla? Esto no es bueno.

Elv lo miró y, a continuación lanzó una mirada al interior del piso.

—Lo han detenido, ¿no es eso? Tenemos que sacarlo de la cárcel.

Pete la abrazó, y entonces Elv supo lo que ya había sabido la noche anterior, cuando Lorry no apareció, cuando nevaba y él no llamó para decirle: «No te preocupes, cariño».

—Lo siento —dijo Pete, que era el estúpido comentario que hacía la gente cuando las cosas eran irreversibles, cuando perdías lo único que te importaba en este mundo.

—Estás completamente equivocado —dijo Elv. Lorry tenía que estar en algún sitio.

Llevaba el abrigo puesto cuando lo encontraron, le dijo Pete. Estaba a punto de volver a casa cuando sufrió los efectos de una sobredosis. Tenía aquella gorra negra suya y una bolsa con alimentos del supermercado, y una docena de rosas, de aquella variedad resistente al frío que a menudo guardaban en las aceras metidas en cubos de plástico, como las que le había traído la noche en que ella supo que los saleros no los protegerían a los dos del mal. Pete la abrazó cuando empezó a llorar. Elv nunca había emitido un sonido así, y ni siquiera supo de dónde procedía, como no fuera del otro mundo. El grito que habría soltado hacía tanto tiempo si no hubiera estado atada con cuerdas y no le hubieran llenado la boca de pan para que nadie pudiera oírla.

En ese momento la oyeron todos.

# *Confesión*

*El lobo vino a verme a medianoche y se quedó debajo de mi ventana. Había perseguido al inocente, profanado los lugares sagrados, perseguido a los caballos y a los carruajes, teñido de rojo la nieve con la sangre. Tenía una flecha en el costado y en ese momento él era el que sangraba.*

*Le dije que le dolería y cerró los ojos. Le extraje la flecha, limpié su herida y le di de cenar. La gente del pueblo decía que después me devoraría, que sólo dejaría mis botas en la nieve. Decían que serviría de lección para otras chicas, y quizá fuera así. Desde donde yo vivía, en el corazón del bosque, las oía gritar de noche y me preguntaba qué lección habían aprendido.*

La estación había sido más fría de lo habitual y se habían producido muchas muertes en la ciudad. El frío se colaba en las habitaciones y París se llenó de gente con largos abrigos negros. Los turistas no se podían creer que aquella fuera la ciudad que soñaban con visitar. Se encerraban con llave en las habitaciones de los hoteles y bebían café caliente, lamentando no estar de vuelta en Nueva Jersey o Idaho.

Fue una estación de dolor y congoja, y en muchos edificios de viviendas se agotó el combustible de la calefacción. De noche, a los niños se les cubría con capas y más capas de mantas de lana. Por las mañanas, sujetaban humeantes tazones de chocolate para calentarse las manos. Varios gorriones se congelaron en las ramas del castaño del patio de Natalia y tuvieron que sacudirlos de sus perchas a escobazos.

*Shiloh* murió una mañana mientras dormía, cuando la oscuridad se estaba levantando. Claire se despertó de repente. Su aliento formaba nubes en la gélida atmósfera. Nada parecía vivo. Los pájaros solían gorjear animadamente a esa hora, despertados por la somnolienta luz plateada, pero ya los habían recogido y arrojado al contendor del patio, junto con las mondas de las patatas y los periódicos.

Aunque se había hecho viejo, *Shiloh* había perseverado en seguir a Claire a todas partes hasta el final. Cuando sus patas empezaron a resbalar por la acera, Natalia le hizo unas botas de piel y durante algún tiempo consiguió mantener un poco más el equilibro. La gente del barrio aplaudía cuando el perro conseguía arrastrar su cuerpo por la calle. *Shiloh* se esforzaba, pero su decadencia era inminente, y al final sus caderas y sus piernas se agotaron. Costaba despertarlo por las mañanas, su respiración se hizo estertor y los ojos se le pusieron lechosos, y pronto dejó de comer. Y entonces murió. Claire se levantó con esfuerzo de la cama y fue a tumbarse a su lado en la alfombra. Tenía quince años cuando su madre lo llevó a casa. Recordó haber escrito: «Devuélvelo».

En la cocina, donde estaba preparando una cafetera, Natalia oyó él sonido lastimero y pensó que era un pájaro, y entonces cayó en la cuenta de que habían muerto todos. Mientras avanzaba por el pasillo, el grito se hizo más fuerte, conduciéndola hasta la puerta del dormitorio, que estaba cerrada con llave. Cuando Claire salió finalmente, con la tez pálida y la expresión ceñuda, llevaba puestas las botas y la chaqueta que su madre utilizaba en el jardín.

—¿Adónde vas? —Natalia siguió a su nieta por el pasillo. Temía que Claire cometiera alguna temeridad, algo impulsivo, cuando

llegara aquel momento, y ya había telefoneado a Leah para pedirle consejo. *Madame* Cohen le había asegurado que la ayuda estaba en camino.

—Voy a enterrarlo —le dijo Claire a su abuela.

—No tenemos ninguna pala —dijo Natalia, con la esperanza de disuadirla. Era lo que hacían los enterradores, tomar el desconsuelo en sus manos diestras. Sin duda tendría que haber un servicio parecido para los animales.

—Hay palas en el cobertizo —respondió Claire.

El casero guardaba las herramientas bajo llave en una pequeña choza de madera en el patio. Los inquilinos tenían prohibido utilizarlas, pero eso a Claire le traía sin cuidado. Bajó la escalera, cogió una piedra y aporreó el candado del cobertizo hasta que cedió. Unas finas telarañas y unos cuantos aparejos oxidados de jardinería le dieron la bienvenida. Amontonados por el jardín seguía habiendo algunos cadáveres congelados: chochines, gorriones, pichones y palomas. Claire cogió una de las viejas palas y cerró la puerta del cobertizo de un portazo, lo que hizo que unos carámbanos cayeran al suelo, convirtiéndose en chispas azules.

Cuando Claire se volvió, aparecieron tres jóvenes detrás de ella cuya inesperada presencia le hizo retroceder un paso. Los tres eran altos y todos llevaban una pala, y no estaban allí por casualidad. *Madame* Cohen había enviado a sus nietos pequeños, que estudiaban todos medicina. Sus nietos mayores ya eran todos médicos y no se podía contar con ellos para enterrar perros, pero aquellos tres sí que lo harían. Claire no los había visto desde que eran niños, así que el mayor se presentó a sí mismo y a sus hermanos.

—¿Dónde quieres eso? —preguntó Emile, el nieto mayor, que tenía fama de ser el más serio de todos y que siempre decía lo que quería decir. Los demás pensaban que tal vez se hiciera psiquiatra algún día.

—De «eso» nada —replicó Claire—. Él.

Claire decidió que el nieto mayor era un idiota, y señaló el castaño. Había un trozo de tierra entre el tronco y los adoquines del

patio. Émile y el segundo hermano, Gérald, empezaron a cavar, y este último se puso a canturrear. La gente pensaba que acabaría trabajando en un laboratorio, y también era un idiota. El tercer nieto de *madame* Cohen siguió a Claire al piso para ayudarla a bajar a *Shiloh*. Era el más pequeño, el más alto y el más desmañado. Saludó a *madame* Rosen con la cabeza, y a continuación se la golpeó ruidosamente contra el bajo dintel de la puerta de la cocina cuando siguió a Claire hasta el dormitorio para recoger a *Shiloh*. El pastor alemán parecía arrugado y más pequeño que en vida, y Claire tuvo que echar mano de toda su templanza para no arrojarse al suelo y tumbarse a su lado.

—Ya me ocupo yo —dijo el tercer nieto. Era Philippe, el que una vez, en la trastienda de la joyería, había colocado en equilibrio las tazas de porcelana china, levantando cuidadosamente una torre, hasta conseguir que todas cayeran al suelo con estrépito. Y fue él el artífice del matamoscas a base de un tirachinas y canicas. Era un muchacho lleno de ideas. La gente pensaba que algún día descubriría el remedio para alguna enfermedad terrible y degenerativa. *Madame* Cohen le había encargado expresamente que bajara al perro en lugar de Claire.

La entrada a la habitación era estrecha, y Philippe se golpeó los codos al entrar por la puerta. A Claire le preocupó que no fuera capaz de llevar abajo al perro, aunque el joven parecía seguro de sí mismo. Cogió el cadáver con cuidado y se lo echó al hombro, y resultó sorprendente que alguien con tamaña descoordinación fuera capaz de hacer todo aquello con tanta delicadeza.

—Tú primero —le dijo a Claire. Quería evitar la visión del cuerpo después de muerto, la rigidez de la mandíbula y las extremidades—. Te sigo.

Los tres hermanos enterraron a *Shiloh*. Como estudiantes de Medicina habían visto y hecho cosas peores, aunque eso no le restaba tristeza al acto. Las lágrimas de Claire caían sobre los adoquines y su expresión era dura e inalcanzable. Cuando los nietos hubieron terminado, se quedaron allí parados durante un rato, incómodos, con la ropa salpicada de tierra. Aunque los tres tenían

que asistir a clase, se quedaron allí mirándose unos a otros, demorando su partida. Su abuela les había prohibido que fueran descorteses, y dado que lo eran por naturaleza, no sabían si ése era o no el momento adecuado para marcharse. A Philippe le había dicho en términos nada ambiguos que vigilara sus modales. Natalia bajó con unos vasos y una jarra de agua, que los hermanos bebieron a grandes tragos. Al terminar dijeron discretamente que tenían que irse.

Philippe se acercó a Claire, aunque el silencio de ella asustaba. La abuela del joven le había dicho que no se dejara engañar por la aparente frialdad de la muchacha. Claire tenía las manos en los bolsillos, y se había puesto unas gafas oscuras para que nadie pudiera ver el enrojecimiento de sus ojos.

—Un ataque al corazón no se parece a nada —le dijo Philippe —. Que lo sepas. Se quedó dormido y no se despertó. No sintió nada. Ningún dolor.

Claire asintió con la cabeza, agradecida por la explicación. Cuando los nietos de *madame* Cohen se marcharon, después de devolver la pala al cobertizo del jardín y reparar la cerradura, Claire se quedó en el patio. Se sentó junto a la tumba a velar a *Shiloh* hasta que acabó el día, cuando su abuela la convenció de que entrara de nuevo.

Volvió a trabajar al día siguiente, y no habló gran cosa, aunque sí hizo su trabajo. Luego tomó el té con *madame* Cohen en la trastienda.

—¿Qué te parecieron mis nietos? —le preguntó *madame* Cohen.

—Fueron muy útiles.

—Útil es una manopla de cocina —respondió *madame* Cohen —. De lo contrario, te quemarías la mano. ¿No te impresionó ninguno?

—Creí que uno de ellos no sería capaz de bajar a *Shiloh*, pero lo hizo.

—Philippe —precisó *madame* Cohen. Le alegraba que su nieto hubiera hecho un buen trabajo—. ¿Te gustaría volver a verlo?

—La verdad es que no. —Claire siempre era sincera con su

patrona.

Lo cierto era que no deseaba ver a nadie. Después de la muerte de *Shiloh*, la gente del barrio se acostumbró a verla sola, y hasta los más distantes de entre ellos empezaron a preocuparse. En los mercados le ofrecían ofertas reservadas sólo a los mejores clientes. Los vendedores ambulantes la enviaban a casa con ramos de flores para su abuela. En la herboristería no paraban de ofrecerle frutas confitadas. Un tal *monsieur* Abetan, que tenía una tienda de antigüedades repleta de cachivaches y baratijas, le regaló un amuleto que le prometió que le traería suerte, aunque Claire se limitó a meter el talismán en el cajón superior del aparador del salón, donde permaneció junto con las pastillas de menta y los mondadientes.

La gente se preguntaba si Claire se había enamorado alguna vez, o si había paseado del brazo de un amigo. Se convirtió en una historia ejemplarizante, digna de compasión y que se contaba en susurros. Algunas de las ancianas llevaban cazamariposas en sus bolsas de la compra, preparadas y dispuestas a defenderla si diera la casualidad de que apareciera un demonio cuando Claire se cruzara con ellas.

Cuando llegó la primavera, Claire siguió llevando su abrigo y sus botas. Era la única persona de París que temía que terminara el invierno. Para ella, las flores blancas que florecían en el castaño del patio de su abuela eran una abominación que la hacía pensar en lo perdido y en la muerte, y ya no desprendían aquel olor a almendras. Antes bien, cuando respiraba allí, lo que le llegaba era el hedor de la lewisia rediviva y del azufre. Añoraba la nieve, la lluvia y los cielos gris tortuga, y tenía aquella sensación que tienen a veces los niños cuando se despiertan de una pesadilla y desean fervientemente que alguien les diga que aquel mundo de ensueño no existe en la vida real. Cuando le ocurría a ella, se metía siempre sigilosamente en la cama de Elv para suplicarie que le contara un cuento. «Erase una vez una niña que tenía que irse a dormir», empezaba Elv, daba igual lo somnolienta que estuviera. «Nada podía hacerle daño y nadie podía encontrarla, así que siempre estaba a salvo».

La primavera en Nueva York era excepcionalmente hermosa. Los árboles de Central Park eran de un verde liquen, y cuando el viento sacudía sus ramas, puñados de verde caían como una ducha al suelo. Sobre las páginas del libro de Elv se derramaban otras manchas, una mezcla de polen y letras de imprenta. Estaba sentada en un banco, en el exterior del zoo, ya ostensiblemente embarazada, al final de la estación. Las mujeres que pasaban se detenían a menudo a felicitarla, y ella sonreía, les daba las gracias y volvía a su lectura. Estaba leyendo sobre los hijos de la misma manera que otrora había devorado información sobre los perros. No sabía absolutamente nada de ellos, eran un misterio absoluto. ¿Cómo se las arregló su madre con las tres, siendo tan poca la diferencia de edad entre las hermanas? ¿Cómo supo curar una fiebre, la picadura de una abeja o la mordedura de una araña? ¿Cómo aprendió a hacer una cama, preparar un queso a la parrilla y unos bocadillos perfectos y servir un vaso de leche sin derramar una gota? «Entenderás todo lo necesario cuando tu hija haya nacido», le había escrito su ama. «No te preocupes tanto». Pero Elv no entendía cómo ser una hija, una hermana o la amada de un hombre que no podía alejarse de su defecto fatídico. ¿Cómo iba a poder entender alguna vez a un hijo?

Lo pasó muy mal después de lo de Lorry. Su dolor era inmenso, abrumador. No la ayudó que tuviera que abandonar el piso en que vivían. El edificio de Lorry resultó ser una herencia de su abuela, y pasó directamente a su hermano después de su muerte. Michael le envió un requerimiento notarial exigiéndole que abandonara el piso, aunque le permitió permanecer allí hasta después del funeral, celebrado en Nuestra Señora de los Dolores. Acudió una multitud sorprendentemente nutrida, todos los rufianes amigos de Lorry que no habían hecho nada para salvarlo, las viejas que lo habían adorado cuando era niño, los primos de los que nunca había hablado. Uno de aquellos primos se quedó pasmado cuando Elv mencionó los hogares de acogida.

—Lorry y Michael nunca estuvieron en hogares de acogida. Los crió su abuela. ¡No sé de qué estás hablando! Era una santa. Sus padres murieron en el incendio de su casa, y Mimi los recogió. Hizo

una gran labor. Fue este barrio el que los atrapó y todas las drogas que flotan por ahí.

Oyó que otro primo hablaba de lo bien que Lorry se había portado con su abuela, con la que había vivido los últimos tres años de vida de la anciana y a la que había cuidado de manera excelente, paleando la nieve, encargándose del mantenimiento del edificio, ocupándose de que acudiera a las consultas del médico… La gente decía que el último día de su vida se había visto a Mimi en la calle por primera vez en meses. Lorry la había bajado en brazos para que pudiera sentarse al sol en un banco, y ella había saludado con la mano a todos los que pasaban por su lado. Era una mujer afable y cariñosa que entró en todas las tiendas para desearle lo mejor a la gente. Lorry fue la luz de su vida. «Adiós», saludó con una voz apenas audible, hasta que la luz empezó a desvanecerse y Lorry la volvió a subir de nuevo a su piso de la última planta.

Elv se puso un abrigo negro, botas altas y un pañuelo negro para ir al funeral. El tiempo era terrible, la iglesia parecía no tener calefacción y no conocía al sacerdote ni al resto de los asistentes. Pete Smith la llevó en coche, y la esperó aparcado en la calle. Elv se acercó a Michael, uno más de los muchos que esperaban en una larga cola para mostrarle su lealtad a Lorry. Todos actuaban como si ella fuera una extraña. Tenía muchas mujeres delante, entre ellas varios de los antiguos amores de Lorry, que sollozaban juntas, formando pequeños grupos melancólicos.

—Te advertí de que él era un error —dijo Michael—. Deberías haberme hecho caso.

—No sabía nada de lo de vuestra abuela —dijo Elv.

—Así era Lorry. Nunca sabías qué creer.

—¿Te contó muchas cosas de su vida bajo tierra? —preguntó Elv.

Michael le dijo algo a un amigo de Lorry que estaba cerca, y los dos se echaron a reír. Entonces Michael la cogió del brazo. Había pasado mucho tiempo desde que estuvieron juntos en Westfield, cuando iban a esconderse detrás de las cuadras a fumar cigarrillos. Se alejaron de la multitud y se pararon debajo de las ramas goteantes

de un pino cargadas de nieve.

—¿Qué coño fue lo que te contó? —quiso saber Michael.

Elv se encogió de hombros, repentinamente avergonzada. Todo lo que hubo entre ella y Lorry era íntimo, un mundo lo bastante grande para los dos.

—¿Te contó todas esas gilipolleces acerca de que había vivido con la Gente Topo?

—No —dijo Elv a la defensiva, con un nudo en la garganta. A veces toda la ciudad de Nueva York olía a cenizas, como olía el mundo subterráneo por debajo de Penn Station—. Sólo me contó algunas anécdotas.

—Sí, eso se le daba bien. Le gustaba contar lo que la gente quería oír —dijo Michael, cariñosamente—. Así era mi hermano. Mi abuela nos crió y se lo pagamos siendo unos listillos y metiéndonos en problemas. Tengo que reconocer que al final la recompensó. Cuidó mucho de ella.

—Es verdad —dijo Elv, aturdida.

—Una cosa sí que es verdad: nunca lo vi con otra mujer después de unirse a ti.

—Ahora probablemente eres tú el que me está contando un cuento. —Elv levantó la vista hacia él, intentando calibrar si realmente podía creerle. A decir verdad, no sabía qué creer.

—Hablo en serio. Fuiste la única, Elv.

Ella apartó la mirada y, allí de pie, en medio de la nieve, sintió un calor sofocante.

—Gracias —dijo.

—No me pasaría tanto. De no ser por mí, jamás lo habrías conocido, así que supongo que tengo que echarme las culpas de todo. Lo menos que puedo hacer es ser sincero contigo. Además, hiciste un buen trabajo trimestral.

Elv intentó sonreír.

—Es verdad —dijo de nuevo.

Después de la muerte de Lorry, Elv solía pasar bastante tiempo en

Central Park. Tenía el ritual de coger el metro los domingos, después de visitar su tumba. Las lilas del parque ya habían florecido y el aire era suave y húmedo. Leía un rato, luego cerraba el libro y paseaba por los senderos. El aire olía a heno y estiércol, olores selváticos que flotaban en el aire procedentes del zoo. Elv añoraba el sonido de los lobos, pero en la estación calurosa siempre se tumbaban a la sombra de las rocas, callados y vigilantes. Sólo podías oírlos aullar en invierno, una lastimera llamada que parecía la de un amor no correspondido. A veces tenía la sensación de que Lorry estaba a su lado, caminando con ella, aunque nunca habría estado tan callado. Era un parlanchín, y a ella le encantaba escucharlo. Le pedía que le contara historias, y eso era lo que él le daba. Lo echaba tanto de menos que no podía pensar en nada que no fuera él. Así era el amor, eso era lo que había resultado ser. Se detuvo en la entrada al paso subterráneo donde solían encontrarse durante el invierno que vivieron con su abuela. El interior estaba asqueroso y oscuro como la boca del lobo; tuvo miedo de adentrarse, y vio un hato de harapos que le hicieron pensar que alguien vivía allí. Siguió caminando, atravesó el verde reflejo de luz que proyectaban los árboles, hasta más allá de la zona boscosa donde Lorry decía que había enterrado a su perro. Siempre se detenía allí y rezaba una oración. Ni siquiera estaba muy segura de cómo se rezaba, pero hacía lo que podía. A Claire se le daba mejor; siempre sabía qué había que decir, mientras que Elv tenía que inventarse las palabras, necesitaba un idioma totalmente nuevo para empezar siquiera a comunicar lo que sentía.

No lejos de allí estaba el prado donde el caballo cayó en su huida aquel día ya tan lejano. Elv salió del coche patrulla y atravesó el prado sin ningún temor, y aquello era lo sorprendente, pues siempre andaba atemorizada, aunque cuando estaba con Claire el miedo desaparecía. Su hermana estaba en el carruaje volcado, observando, segura de ella. Claire entendió por qué Elv se postraba de rodillas. Sabía lo que era llevar el pasado allí donde fueras, atado a tu piel. Elv lamentó que su hermana no estuviera en ese momento con ella, tumbadas las dos en la hierba bajo el dibujo de encaje que formaban las nubes. Tenía miedo y quería estar con alguien que la quisiera,

pero, incapaz de pensar quién podría ser esa persona, se tumbó en la hierba sola y terminó de leer su libro.

El verano fue extremadamente caluroso. Elv siguió intentando ir al cementerio todos los días, pero tenía los tobillos hinchados y el viaje se hacía cada vez más difícil. Tenía que coger dos autobuses desde el piso que Pete le había encontrado en Forest Hills, un bonito barrio, en un agradable edificio. Su abuela la ayudaba con el alquiler, le enviaba un cheque todos los meses, y a cambio Elv se hacía fotografías embarazada y se las enviaba a Natalia. Escribía a su abuela todas las semanas, unas cartas breves y alegres, en las que no decía nada de su agotamiento ni de los atroces ataques de soledad que la acuciaban.

En el cementerio había bancos de cemento a lo largo de los estrechos senderos que discurrían por detrás de la rectoría y muy poco sol. Crecían hostas y helechos y poco más. Era la clase de jardín sombrío donde había telas de araña y ranas en húmedos cauces, aunque estaba situado en pleno centro de la ciudad y se oía el estruendo de los autobuses que pasaban al otro lado de los muros. Elv preguntó a los encargados del jardín si, pagando, podía hacer plantar un rosal, pero le dijeron que sería una pérdida de tiempo, que detrás de la iglesia no daba el sol en absoluto pues la altura de los muros impedía que entrara suficiente luz.

Pete Smith le había encontrado un empleo además del piso, una labor nada fácil si se tenía en cuenta que era una mujer embarazada carente de formación y aptitudes. Trabajaba en un refugio de animales, donde se encargaba de las admisiones, de dar de comer y sacar a pasear a los perros y de comprobar las referencias y las remisiones. No tardó en aprender por su cuenta a escribir a máquina y a utilizar el procesador de textos, aunque prefería pasar el tiempo con los perros. Puso en práctica algunas técnicas de adiestramiento aprendidas de Adrian Bean, y varios perros aparentemente desahuciados fueron adoptados después de que ella interviniera en su preparación. Era tranquilizador no estar con personas y conseguir

algo para beneficio de los perros. Los canes la observaban con sus ojos oscuros, esperando pacientemente a que les prestara atención, y cuando gañían, Elv les cantaba dulcemente en voz alta y melodiosa. También les cantaba cuando los sacaba al pequeño patio del refugio por las noches, antes de irse a casa. A veces, los niños que vivían en el edificio de viviendas situado detrás del refugio juraban que oían cantar a las hadas. Entonces abrían las ventanas y se acodaban en los alféizares, pero no veían más que unos muros de ladrillo, un dédalo de cables telefónicos, el cielo ensombrecido y a una mujer que lanzaba una pelota a unos cuantos perros.

Cuando Elv se acordaba de *Gallina*, el primer perro que había amaestrado, le asaltaba un doloroso sentimiento de pérdida. Suponía que si tuviera que elegir la cualidad más importante de una persona o un perro sería la lealtad, pues todo lo demás carecía de importancia. Tal era lo que había terminado por creer, que no importaba lo más mínimo.

Pensaba mucho en Meg. Lamentaba no poder sentarse y hablar con ella, sabiendo lo que sabía ya. Lamentaba no poder cambiarle el sitio, que su hermana no pudiera despertar de la muerte y dar marcha atrás en el tiempo. Una noche soñó con ella. Tenía exactamente el mismo aspecto, salvo por el hecho de que no podía hablar. *Se nom brava gig*, le dijo Elv, en el idioma que había olvidado en su vida de vigilia. El lenguaje de los sueños debería funcionar en un sueño, pero Meg desapareció y nadie le respondió. Elv se despertó bañada en sudor, y se le ocurrió entonces que había inventado el amello porque era incapaz de hablar. Había acusado a Meg de ser una celosa, cuando la celosa era ella. Celosa de que Meg no supiera lo que ella sabía: que algunos pecados eran inconfesables e imperdonables.

Las mujeres embarazadas sienten impulsos irrefrenables, y Elv sintió el de regresar a Westfield. No dejaba de pensar en las hojas rojas, en la forma de nevar, como si ella hubiera estado en una bola de nieve, en los conejos que veía temprano por las mañanas, en los halcones encaramados a los árboles. Un día, sólo unas pocas semanas antes de la fecha prevista para su parto, cogió el autobús en

la calle Cuarenta y Dos. Fue un viaje más largo de lo que imaginaba, y en una ocasión tuvo que pedirle al conductor del autobús que parase para poder salir y vomitar a un lado de la carretera. El autobús era sofocante y estaba mal ventilado, y el trayecto entre las montañas fue de lo más movido. Se apeó en el pueblo, que seguía siendo tan pequeño y estaba tan muerto como lo era cuando ella estaba atrapada en New Hampshire. Se dirigió a una parada de taxis y le dijo al único taxista que quería ir a la escuela Westfield. Llevaba cerrada años, le dijo el hombre, lo habían vendido todo, incluidos los caballos, y los edificios habían quedado abandonados. Hubo una demanda y el estado había intervenido. Nadie había comprado la propiedad cuando la sacaron a subasta.

Elv caminó hasta el ayuntamiento y el funcionario la ayudó a seguirle la pista a la pareja que se había llevado a *Jack*, el viejo caballo que tanto había querido. Lo tenían en un prado, donde había una pequeña cuadra para que pasara dentro el invierno. La esposa dijo que le parecía bien que pasara a visitarlos, y le dio las instrucciones de cómo llegar a la granja. No era una gran caminata, unos dos kilómetros y medio por la carretera. Cuando Elv llegó al prado, se sintió transportada a aquel día en que la hierba estaba tan verde y Lorry se dirigió caminando hacia ella, mientras el resto del mundo desaparecía poco a poco. Se paró en la valla. Allí estaba *Jack*, con su gran cabeza inclinada, paciendo en la hierba del prado.

—Eh —dijo Elv, y se subió al primer travesaño de la valla, chasqueando la lengua. Había mosquitos y moscas negras en el aire, y todo olía a hierba. *Jack* se acercó cansinamente—. Eh, colega. Soy yo, Elv.

El viejo caballo frotó la cabezota contra ella. Se le bamboleaba el lomo al andar, pero parecía precioso recortado contra el cielo. La mujer, que lo había comprado saludó con la mano y se acercó por el camino de acceso. Era una amante de los animales, y no podía consentir que se llevaran al pobre *Jack* para convertirlo en filetes. El resto de los caballos fueron vendidos a diferentes picaderos del estado; sin embargo, nadie quiso a *Jack* porque ya era muy viejo.

—Creo que se acuerda de ti —le dijo a Elv. *Jack* estaba

comiendo de la mano de Elv, que llevaba un paquete de galletas de avena que había comprado en la tienda del pueblo. Claire le había dicho que las galletas eran lo que más les gustaba a los caballos de la cuadra de North Point Harbor.

—¡Qué va! —dijo Elv—. No se acordará de mí. Mi hermana era amazona, yo no. A mí sólo me gustaban los caballos. Parece feliz aquí.

La mujer la llevó de vuelta al pueblo en coche. Elv esperó a la sombra a que llegara el autobús y se acordó del estanque en el que ella y Lorry se habían bañado, de cómo le había hecho el amor en el coche y en el agua, de que ella no quería volver al colegio, de que era muy joven y estúpida, y muy infeliz y feliz, todo al mismo tiempo. Cuando llegó el autobús, subió lentamente, puesto que tenía los tobillos tremendamente hinchados y estaba cansada. No volvería a aquel pueblo, y jamás recorrería en coche polvorientos caminos en busca de aquel estanque. No volvería a ver a *Jack* nunca más ni a subirse a la valla para explorar los jardines del colegio ni a buscar los huesos de pájaro del collar que había hecho aquella noche cuando se sentó con Claire a la mesa de la cocina. Ocupó su asiento y miró los árboles, y pensó en lo largo que parecía el viaje hasta Nueva York, y en que su madre había conducido hasta allí una vez en medio de una cegadora tormenta de nieve y ella se negó a verla. Y en que había estado observando desde la ventana, demasiado orgullosa para llamar a su madre, demasiado joven para saber las pocas oportunidades que tendría de hacerlo.

Pasó el cuatro de julio de ferretería en ferretería por Forest Hills, intentando comprar a tiempo un aparato de aire acondicionado. Nadie confiaba en nadie, y de todas maneras estaban todos vendidos, así que acabó comprando un pésimo ventilador que se limitaba a esparcir el calor. Se puso compresas frías en la cabeza y bebió zumo de naranja con hielo, y le salió un sarpullido por el calor. Entonces llegó Pete en su coche con un aire acondicionado. Ella dijo que él ya había hecho bastante, que no quería seguir

causándole problemas.

—Para eso son los niños. Para causarte problemas —le respondió él.

Así que, cuando llegó el momento, lo telefoneó pese a la vergüenza que le daba, pero no tenía a nadie más a quien recurrir. Pete esperaba en el pasillo del Queens County, dando vueltas de un lado a otro, como si fuera él el padre y no un extraño. Cuando lo avisaron para decirle que el bebé era una niña, gritó «¡Hurra!», les dio unas palmaditas en el hombro a los pocos hombres que esperaban en la sala de espera y se fue a telefonear a Natalia.

—Dos kilos novecientos —le dijo Pete—. Completamente sana.

Era medianoche en París y Natalia dormía, pero agradeció a Pete que la llamara. Sacó todas las fotografías que Elv le había enviado a lo largo de los años. Le encantaban sobre todo las del embarazo. Había una en la que Elv se levantaba la falda para enseñar su enorme barriga. Tenía una sonrisa preciosa. «Dime que no me quedaré así —le había escrito a su ama—. Prométeme que este bebé acabará saliendo».

Al principio, Natalia no le dijo nada del bebé a Claire. Al menor intento de sacar a colación el nombre de Elv, Claire se salía por la tangente o ponía una excusa para irse de la habitación. Natalia no la presionó, pero las cosas habían cambiado. Llamó a la puerta del dormitorio y Claire abrió en bragas y camiseta. Tenía el pelo apelmazado y estaba desaliñada, pero no dormía, leía a Kafka, el maestro de la infelicidad y el autocastigo, un genio cuando se trataba de dejar al descubierto las múltiples maneras en las que la gente era incapaz de ver la naturaleza fundamental de sus más allegados. Tal y como Claire sospechaba: los seres humanos eran misteriosas criaturas que ocultaban sus verdaderos centros, como las cebollas con sus capas y más capas de piel translúcida. A Claire le gustaba leer el mismo libro una y otra vez, hasta que se familiarizaba con él y ya no quedaba ninguna sorpresa.

—Siéntate —le sugirió Natalia, después de que Claire la dejara entrar en el dormitorio.

—Acabo de levantarme —dijo Claire. Estaba pálida y se

encontraba indispuesta, una auténtica insomne. Había terminado por aburrirse de la tienda, y sabía que las demás vendedoras la compadecían. Lucie y Jeanne tenían novios y vidas sociales, cada vez le pasaban más cosas usadas, como si con eso pudieran cambiar el sino de Claire. A veces dejaba los fardos de ropa que le llevaban en el contenedor del patio sin comprobar siquiera lo que había dentro.

El hecho de que su abuela hubiera ido en ese momento a hablar con ella la angustió. Esperaba malas noticias. No en vano era medianoche. Así que apoyó los pies en la cama y se dispuso a escuchar. Aunque era julio, seguía manteniendo las ventanas cerradas, de modo que la atmósfera del cuarto era sofocante. Pero no le importaba.

Natalia le explicó que no había querido irritarla hablando de su hermana, pero que había un momento y un lugar para todo, y que ésa era la ocasión de decirle que su hermana había tenido una hija.

—¿Sigue con él? —Claire pensó fugazmente en la noche que abrió la puerta, cuando tuvo aquella fiebre tan terrible y se los encontró en la cama, y se ruborizó.

Natalia negó con la cabeza: no, aquel hombre ya no estaba, había muerto.

—Me da pena la niña —dijo Claire.

—¡Claire!

—¡Bueno, pues me la da! ¿Qué quieres que diga? ¿Qué me alegro por ella? ¿Qué le deseo toda la suerte del mundo?

—Puedes decir lo que quieras. —Natalia estaba demacrada. Nunca se había sentido tan preocupada por Claire como en ese momento ni más abochornada—. Pero Elv sabe querer a alguien. ¿Puedes decir lo mismo de ti?

La pequeña de Elv tenía el pelo negro, como todas las hermanas Story. Sin embargo, sus ojos eran oscuros, como los de su padre. Incluso de recién nacida se tranquilizaba fácilmente en cuanto oía las palabras «Erase una vez…». Las enfermeras del área de maternidad se habían quedado pasmadas, y no hubo una que no

manifestara que era la niña más bonita que habían visto jamás en un hospital de la ciudad de Nueva York. Su madre no podía estar más de acuerdo. Elv le puso el nombre de Megann, por su madre y su hermana, aunque la llamaba Mimi, que era el nombre favorito de Lorry.

Natalia voló a Nueva York a la semana siguiente de que naciera el bebé, se alojó en un hotel de Manhattan y cogió un taxi hasta Queens. No había vuelto a Nueva York en mucho tiempo, y se sintió abrumada. Permaneció en el exterior del edificio de viviendas de Forest Hills durante algún tiempo antes de entrar, para serenarse. Pensó que quizá sería un encuentro embarazoso después de todo el tiempo transcurrido, pero cuando Elv abrió la puerta, abrazó rápidamente a su abuela. Las dos parpadearon para contener las lágrimas y se escudriñaron mutuamente, tras lo cual se echaron a reír y se volvieron a examinar. Elv condujo a Natalia dentro. Era un piso pequeño, con pocos muebles, pero ordenado. Entraron en la habitación donde dormía el bebé.

—Preciosa —susurró Natalia.

—Esta es tu ama —le dijo Elv al bebé, y se inclinó sobre la cuna para acariciarle el pelo a Mimi—. Ha venido para darte la bienvenida al mundo.

Natalia estuvo una semana embelesada con la niña, y pasó tanto tiempo con Mimi que dejó la habitación del hotel y se mudó al piso, donde dormía en el sofá. Una noche invitaron a Elise y a Mary Fox, lo que hizo que Elv se pusiera de los nervios. No obstante, la visita discurrió mejor de lo que esperaba. Mary trabajaba en la sala de urgencias de San Vicente. Había sido una niña estudiosa y formal, pero de mayor se pirraba por el ajetreo y el caos de la sala de urgencias. Le dio la mano a Elv y dijo:

—Cuánto tiempo sin vernos. —Tan cursi y elegante como siempre. La madre de Mary, Elise, abrazó a Elv y le dijo que era increíble lo mucho que se parecía en ese momento a su madre.

—Igual de guapa. Y eso es decir mucho.

Elv se sintió halagada. Aun en el jardín, llena de barro y con aquella vieja chaqueta negra, Annie parecía más hermosa que

cualquier estrella de cine.

Todo fueron exclamaciones de admiración al ver al bebé, que resultó un buen dormilón, algo que según Elise era el atributo más importante de cualquier recién nacido.

Cuando más adelante, esa misma semana, llegó el momento de que Natalia se fuera, pareció demasiado pronto. Pete la recogió en el piso de Elv para llevarla al aeropuerto.

—Creo que nuestra chica está saliendo adelante —dijo Pete.

Cuando le preguntó por Claire, que rara vez contestaba a las cartas que Pete le escribía, Natalia le dijo que lamentablemente no podía decir lo mismo.

—Hace todo lo que puede, dadas las circunstancias.

Mientras Pete llevaba su maleta al coche, Natalia abrazó a su nieta.

—Ahora, venid vosotras a vernos —le pidió Natalia, y le entregó un sobre a Elv, que su nieta miró con desconcierto—. Dos pasajes para París.

—Por supuesto —dijo Elv. Le dio las gracias a su ama y las dos se echaron a llorar, aunque Elv sabía que era improbable que fuera. Todos los años planeaba ir a París, y todos los años su plan acababa en nada. Con Lorry siempre habían hablado de hacerlo. Ella quería que él conociera la Île de la Cité, los helados de Berthillon, el castaño del patio… Habría querido sentarse en el exterior de Notre Dame con él y jugar a adivinar qué familias eran felices. Le hubiese gustado llevarlo a la orilla del río donde encontró a la garita que alguien había arrojado al agua para que se ahogara. Cuando su ama se fue, se quedó mirando fijamente por la ventana, y luego escondió el sobre en un cajón de la cómoda, debajo de los jerséis que guardaba allí hasta el invierno.

*Madame* Cohen se percató de que a Claire le había ocurrido algo después de la muerte de *Shiloh*. Parecía recelosa, como los perros vagabundos del Bois de Boulogne por la noche. La gente decía que eran hombres lobos, pero no eran nada de eso, sólo perros

desatendidos y abandonados, dejados en las esquinas de las calles y en solares vacíos, que formaban jaurías en el corazón del parque. Sólo los veías de noche, si eras lo bastante tonto para caminar por los senderos a oscuras. Sus ojos brillaban detrás de los tilos.

Pasó un año, y luego otro, y Claire empezó a beber sola en el café cuando volvía a casa del trabajo, y una o dos veces se había emborrachado tanto que no pudo encontrar la llave y se quedó a dormir en el patio, debajo del castaño.

*Madame* Cohen no había perdido las esperanzas con ella. Tenía planes para Claire, aunque ésta no tuviera ninguno. La anciana seguía colgando largas tiras de papel matamoscas del techo, con las que hasta el momento había atrapado cuarenta y dos demonios, y se mantenía alerta, preparada para enfrentarse a los que acecharan en las cercanías. Envió a su nieto a casa de los Rosen varias veces, para que realizara algunos trabajos: cambiar las bombillas fundidas, abrir las ventanas que se habían atascado tras permanecer cerradas durante el invierno, bajar el viejo sofá de Martin al trapero… Pero cada vez que aparecía, Claire se quitaba de en medio, se escondía en su habitación tras la puerta cerrada con llave.

—Tengo un trabajo diferente para ti —le dijo *madame* Cohen a Claire. Aquello formaba parte del plan. Jeanne y Lucie ya se estaban poniendo los abrigos, preparándose para marcharse de la tienda, pero *madame* Cohen agarró a Claire y le dijo que esperase. Garabateó una dirección—. Debes estar allí mañana a las nueve.

Cuando el marido de *madame* Cohen vivía, diseñaba y creaba las joyas en la tienda, pero desde hacía veinte años su hermano, Samuel, conocido como el *deuxième monsieur* Cohen, ocupaba su lugar. Las suyas eran piezas extraordinarias, collares y anillos con formas de gominolas, nubes o gajos de mandarina. A la sazón, a sus ochenta y ocho años y con las piernas mal, ya no podía salir de su apartamento, situado en la última planta. Aunque podía moverse por él con la ayuda de dos bastones, la empinada escalera circular que conducía al portal del edificio era un obstáculo imposible.

*Monsieur* Cohen vivía en los límites del Marais, en una calle donde todos los vecinos tenían tres cerraduras en las puertas. El

hombre había fabricado un elaborado sistema de alarma, consistente en un juego de cuerdas y poleas que ponían en funcionamiento una serie de cazuelas y sartenes capaces de dejar inconsciente a cualquier ladrón potencial. Toda la casa se llenó de un ruido metálico cuando Claire llamó a la puerta de *monsieur* Cohen, que tenía una naturaleza muy desconfiada, aunque, por supuesto, para él aquella paranoia estaba cargada de sentido: tenía todas las habitaciones llenas de piedras preciosas.

No buscaba ningún ayudante, aunque *madame* Cohen lo convenció de que necesitaba uno. Claire se encargaría de la comercialización, le haría la cena antes de irse y le barrería la casa. Su primer día en el nuevo trabajo, Claire tuvo que enseñarle el carné de identidad antes de que la dejara entrar. A partir de entonces, tenía que llamar a la puerta tres veces y, después de oír descorrerse los cerrojos y el chasquido de las cazuelas y sartenes al volver a su sitio, al final la puerta se abría. El piso estaba atestado de muebles preciosos y antiquísimos, sofás de terciopelo y de moer, mesas con pan de oro… Las habitaciones eran grandes y oscuras y olían a metal quemado. El *deuxième monsieur* Cohen tenía unos pájaros que no paraban de trinar, y una capa de plumas, pelusa amarilla de canario, lo cubría todo. Todos los canarios tenían un nombre, y respondían a un silbido particular, pensado especialmente para cada uno de ellos. Un cuervo con un ala rota se había posado en el alféizar de la ventana una mañana lluviosa, y *monsieur* Cohen lo había invitado a entrar y lo alimentaba con pan y leche. El animal vivía en lo alto del armario de la cocina, y ya curada el ala, entraba y salía por la ventana dando saltitos a su libre albedrío.

—Hola, hola. —*Monsieur* Cohen tiraba de ella para hacerla entrar. Aunque insociable por naturaleza, le gustaba Claire. Nunca había mantenido una relación de intimidad con nadie, siempre demasiado ocupado con su trabajo. Todo lo relativo a su vida laboral era un misterio, y ese misterio acabó por extenderse a su vida cotidiana. Nunca hablaba de sus procedimientos, utilizaba herramientas de joyero a la antigua usanza y prefería el pequeño y anticuado soldador, que se recalentaba y escupía humo. Como la

mayoría de los orfebres, tenía sus secretos.

Claire se encargaba de la comercialización, aunque era una cocinera deplorable y lo de limpiar no se le daba mucho mejor. Cuando barría el suelo, no hacía más que levantar el polvo. No pasó mucho tiempo antes de que *monsieur* Cohen le permitiera sentarse a su mesa de trabajo, exactamente como *madame* Cohen había presumido que ocurriría. De esa manera, Claire acabó aprendiendo los procedimientos del anciano. Si había que hacer una pieza difícil, ella hacía de ayudante, le pasaba los eslabones de oro, las citrinas, los diamantes, los broches… Cuando trabajaba con el soldador, Claire se ponía unas maltrechas gafas de protección pegadas con cinta adhesiva, a través de las cuales el oro parecía verde.

En una ocasión vio la forma de un león en la luz de la antorcha; en otra, una mariposa.

Por fin Claire descubrió el interés por algo. Llegaba temprano al trabajo, y por el camino se compraba algo de pan y queso para comer. Un día, el *deuxième monsieur* Cohen la sorprendió al permitirle realizar su propia pieza de joyería. Un pequeño canario había muerto y el hombre estaba demasiado deprimido para trabajar.

—Sorpréndeme —dijo—. Demuéstrame eso que hace que merezca la pena vivir.

Era una tarea difícil para cualquiera, y más para alguien que era nuevo en el oficio. Claire se pasó horas trabajando en un broche de oro blanco que parecía la calavera de un pájaro, una pieza de bordes un tanto toscos por la que no obstante sintió cierto orgullo. Le recordaba los huesos de petirrojo que llevaba Elv, aunque éstos habían vuelto al polvo, hechos pedazos. El oro duraría, y no acabaría esparcido entre las hojas rojas ni bajo la lluvia.

Hecha un manojo de nervios, presentó su pieza al *deuxième monsieur* Cohen, que estaba tumbado casi boca abajo en el sofá. Cuando vio el broche, el anciano le dio una palmadita en el hombro a Claire, satisfecho.

—Lo tienes —dijo solemnemente, como si le diagnosticara sarampión o paperas, aunque se refería, efectivamente, al talento.

Al volver a casa, Claire vio los pájaros en el grisáceo cielo nocturno y se fijó en los árboles, que estaban a punto de echar brotes. Se sentía viva. Por casualidad se paró en la tienda de antigüedades, donde anduvo revolviendo en un montón de cachivaches, entre los que abundaban las conchas y abalorios. Entonces *monsieur* Abetan hurgó en un cajón y sacó un viejo amuleto, una estrella de cinco puntas repujada en plata fina, que le entregó a Claire.

—Toma esto.

—La verdad es que no estaba buscando nada —objetó Claire.

—Es esta pieza la que se encarga de buscar. Te permite ver lo que hay.

Claire se echó a reír, aunque cogió el medallón por educación. La siguiente vez que fue al trabajo lo llevaba en el bolsillo, y cuando había transcurrido la mitad del día, se acordó del amuleto que había hecho, lo sacó y se lo enseñó a *monsieur* Cohen. Este lo examinó, y luego se lo devolvió.

—Mira lo que me queda al final de la vida —proclamó, como si le hubieran quitado una venda de los ojos en ese preciso instante—. Nada. —Sus ojos azul claro estaban acuosos, anegados en lágrimas.

Miraba con intensidad lo que le rodeaba. Las habitaciones estaban a oscuras, y los pájaros en silencio; sólo uno o dos gorjearon cuando las últimas luces de la noche se desvanecieron. Ni hijos, ni esposa, ni siquiera fotografías. Después de una vida tan dilatada, ¿qué poseía que tuviera algún valor? Claire se estaba poniendo nerviosa y se guardó el amuleto, y entonces recordó el motivo de que hubiera empezado a reparar en las cosas en su camino a casa. Así que le llevó el soldador, el oro y un paquete de ópalos al anciano. Claro que *monsieur* Cohen tenía algo de valor, algo que jamás había esperado ni deseado, pero que era lo que tenía: una discípula. Y en cuanto a la alumna, ella aún tenía más. En ese momento veía las hojas en los árboles, las calles de adoquines y el cielo que los cubría, y algunos días, cuando miraba con atención por la ventana del piso de su abuela, se daba cuenta de que la luz era naranja.

Cuando Natalia se despertaba de la siesta vespertina, solía ir a su mesa para sacar la caja llena de las fotografías que Elv le había enviado a lo largo de los últimos años. Le encantaba mirarlas, aunque las imágenes resaltaban la rapidez con que pasaba el tiempo y lo mucho que extrañaba a la niña. A los tres años, Mimi parecía estar muy crecida. Natalia hablaba con ella por teléfono con regularidad.

—Tú eres mi abuela —le dijo Mimi como si tal cosa—. Así que tienes que ser grande.

—Lo soy —admitió Natalia.

—A lo mejor eres bonita —proclamó la niña—. Igual que la bruja buena.

—Eso es exactamente lo que soy. —Natalia se rió.

Natalia pagaba la guardería y las clases de *ballet* de Mimi. Elv seguía trabajando en el refugio de animales, donde había sido ascendida a subdirectora, aunque dejó claro cuál sería su horario: no trabajaría más de la cuenta. Siempre se marchaba del trabajo a las tres y esperaba a Mimi en la esquina. A Elv no le gustaba entrar en el colegio y procuraba evitarlo, pues sentía que, de una u otra manera, conseguiría meterse en problemas. Todavía no confiaba en las figuras de autoridad, y se puso tan nerviosa en la primera reunión de padres y profesores, aunque sólo se trataba de una guardería, que Pete Smith la acompañó.

—Hola, cariño —la llamaba alegremente cuando los alumnos de preescolar salían a la desbandada del colegio. Nadie hubiera imaginado que era una mujer desolada al ver cómo su hija llegaba hasta ella corriendo, la fiambrera del almuerzo en una mano y la mochila rosa colgada del hombro. Elv se había echado a reír al descubrir que su sino era tener una hija a la que le encantaba el color rosa. Mimi siempre conseguía créditos de más y el máximo número de estrellas en su hoja de trabajo semanal.

—Soy la mejor —decía, con absoluta sencillez, y Elv sonreía, completamente de acuerdo. Lo divertido era que su hija le recordaba a Meg. La solemnidad de su expresión, el hecho de que se esforzara tanto en todas las tareas, la manera que tenía de colocar sus zapatos,

formando una hilera impecable: botas, zapatillas de *ballet*, playeras… Pero también le recordaba a Claire por la manera que tenía de cogerle la mano cuando iban al cementerio de Astoria. «Cuéntame un cuento», le decía siempre, así que Elv se sentaba con ella en el banco donde crecían las hostas y había estorninos en los árboles. Deseaba decirle que habría hecho cualquier cosa por cambiar lo que había ocurrido, para que volviera la gente que quería. Pero le decía: «Erase una vez, en el corazón de la ciudad de Nueva York, un niño que había descubierto un mundo secreto, un lugar donde algunas personas eran buenas y otras malas, y donde la lealtad era la virtud más importante de todas…».

—Ese era papá —decía Mimi, que conocía la historia palabra por palabra y encontraba gran consuelo en el hecho de que nunca cambiara, y que nunca avanzaba a menos que preguntara: «¿Y qué ocurrió luego?». Entonces, Elv le contaba la siguiente parte, la del hombre que era un gigante y el niño que tenía un anillo de oro que le podía transportar a cualquier parte, la de las hermanas que oían crecer las tomateras, la bisabuela que era capaz de coser las estrellas en los vestidos para que brillaran en la oscuridad y la niña pequeña que los llevaba y que nunca se podía perder.

A veces cogían el tren a North Point Harbor y Pete las recogía en la estación. El ex detective compró, cuando la pusieron en venta, la casa de dos viviendas en la que había vivido de inquilino. Estaba en el mismo centro del pueblo, así que se podía ir caminando a todas partes. A Mimi le encantaba el salón de té donde servían helado casero, y se llevaba su muñeca, la señorita Piedrapluma, que la acompañaba allí donde fuera.

—La señorita Piedrapluma es una danzarina —le dijo Elv a Pete.

—Una bailarina —la corrigió Mimi.

—Entiendo —dijo Pete.

Todos pidieron helados. Mimi, como siempre, el de vainilla.

—Igual que Claire —dijo Pete.

—¿Claire, la hermana de mi mamá? —preguntó Mimi.

—La misma —respondió Pete.

—Termina —sugirió Elv a la niña, que había empezado a colorear el dorso de su mantelito individual con los lápices que proporcionaba el salón de té.

Mimi cogió una cucharada del helado que le habían servido en una copa plateada y que estaba completamente cubierto de estrellas.

—Toma —dijo la niña, dándoselo a Pete—. Esto es para Claire.

Pete miró a Elv, que dio su consentimiento con un gesto de cabeza.

—Vive muy lejos, pero se lo mandaré por correo —dijo Pete.

—Vive al otro lado del océano —le explicó Elv a Mimi—, donde todos hablan un idioma diferente y la luz tiene un color distinto cada día.

A veces Elv iba sola a North Point Harbor, aprovechando que Mimi estaba en el colegio. Seguía yendo a visitar a Lorry todos los domingos y llevaba a su hija con ella, pero no quería que Mimi pensara que el mundo de las dos sólo estaba formado por difuntos y que en esta vida había poco más que perder. Iba al otro cementerio con Pete, que había colocado las piedras de París de una forma bastante bonita y que seguía cortando la hierba y cuidando las lilas cercanas. Elv reparó en que también crecían unas plantas verdes y larguiruchas.

—¡Tomateras!

—Las planto todos los años —reconoció Pete—. Consigo diferentes variedades, las que creo que tu madre habría apreciado. Este año he plantado Black Krim, una variedad de Ucrania.

Elv agachó la cabeza para que Pete no viera que estaba llorando. Él le entregó un pañuelo y ella se sonó la nariz. Antes de que Elv cogiera el tren de regreso a Queens, decidieron ir a un nuevo restaurante que acababa de abrir y pidieron queso a la parrilla y bocadillos de tomate en honor a Annie y después se tomaron un café muy cargado.

—¿Te acuerdas de los Cherokee Chocolate? —preguntó Elv—. Ésos eran mis favoritos. Un año dije que era alérgica, sólo para

jorobar, pero salía a escondidas de la habitación y los comía cuando nadie me veía.

—Nunca hubiera dicho que un tomate podía ser marrón y, sin embargo, comestible. —Pete se rió entre dientes—. ¿Te acuerdas de los Golden Jubilee? Eran enormes. Ni siquiera sabían igual que los de la misma variedad que compras en la tienda.

Pete quería decir algo más, pero empezó a hablar sobre el proyecto de biblioteca. Annie le había dejado unos fondos para que supervisara la construcción de una sala de lectura en la nueva escuela de primaria de Highland Road.

—¿Hay algo más? —preguntó Elv—. ¿Estás harto de que yo y Mimi vengamos a molestarte?

—¡Oh, no! —le aseguró Pete—. Sólo pensaba en cómo eran las cosas antaño.

Un día que fueron a visitado Mimi, se fue a jugar al patio y Pete sugirió que tomaran un café en la cocina. Podrían vigilarla por la ventana para asegurarse de que Mimi estuviera a salvo.

—Lo encontré —dijo Pete Smith. Estaba observando a Mimi por la ventana, pensando en lo feliz que habría sido Annie de haber podido ver a su nieta bailando por allí, con los zapatos quitados. La niña recogía hojas que luego dejaba caer como si fueran lluvia. Llevaba el pelo largo y negro recogido atrás en una cuidada trenza.

—¿A quién? —Elv trabajaba mucho y estaba cansada, aunque seguía siendo preciosa, algo que le traía sin cuidado. Le preocupaba mucho más que Mimi detestara todas las verduras y ni siquiera probara el brócoli. De lo único de lo que se la podía convencer era de que comiera tomate, y sólo porque Elv le había jurado que en realidad era una fruta.

—Al hombre aquel que era profesor. Al individuo del coche. Ya no volverá a hacerle daño a nadie nunca más.

Elv se dirigió al fregadero, donde Mimi había puesto todo un poco patas arriba al darle un baño a la señorita Piedrapluma. Cogió un trozo de papel de cocina y lo utilizó para secar el agua derramada. Sintió un estremecimiento en su interior, pero siguió limpiando.

—Me deshice de él —dijo Pete.

Elv se echó a reír, se volvió y miró la expresión de Pete.

—Es lo que Lorry quería hacer —le dijo Pete—. Me lo dijo aquel día que vino aquí con la carta. Lo hice por él.

A Elv le ardían los ojos. Nunca lloraba si había la más mínima posibilidad de que Mimi la sorprendiera, pero su hija estaba en el patio, intentando regar el jardín con una regadera que había encontrado.

—No estaba seguro de encontrar a la persona correcta. Empecé a preguntar por todas partes, en el pueblo, en el colegio, y luego me puse a buscar en Internet. Llegué a la conclusión de que podría tratarse de cierto tipo que había dado clases en la escuela de primaria hacía años. Se había jubilado de repente, y no quedaba mucha gente que se acordara de él, pero sí una profesora, Ellen Hayward, de segundo curso. No era santo de su devoción, y me dijo que lo habían despedido por comportamiento inadecuado, después de que algunos niños y padres se quejaran. El asunto se ocultó y nadie presentó ninguna denuncia. La señorita Hayward dijo que la mayoría de los niños sabía que sus padres se enfadarían si se enteraban de que habían abusado de ellos. Querían protegerlos.

Elv se sentó a la mesa. Se sentía incapaz de recordar la cara de aquel sujeto, sólo la voz y lo que le había hecho.

—Fui a su casa… vivía más allá de Huntington. Llevaba años sin trabajar y no se encontraba bien. Utilizaba una bombona de oxígeno a causa de un enfisema. Le dije que estaba haciendo un trabajo de investigación para un libro y que su hermana me había sugerido que hablara con él. Tenía una hermana que vivía en Nueva Jersey, pero cuando la llamé se negó a hablar conmigo. Me dijo que para ella su hermano estaba muerto.

Ya fuera porque se sintiera solo, o porque le picara la curiosidad, el caso es que invitó a entrar a quien creyó que era un escritor y le sirvió una taza de café, que Pete no bebió. Había sido un invierno frío y Pete iba con el abrigo y los guantes puestos. También llevaba con él un maletín, que contenía lo que parecían ser notas y, escondida en el fondo, una bolsa de plástico sellada con casi sesenta

gramos de heroína, suficiente para recluir a Grimin de por vida. Pete no tocó nada de lo que había en la casa, porque quería que, cuando llegaran los detectives, fuera un caso evidente.

Le dijo al profesor que estaba recopilando anécdotas, que el libro se iba a titular *Los mejores consejos de los mejores profesores*, y que por eso sólo estaba entrevistando a los mejores entre los mejores. El hombre se sintió halagado. Su consejo era sencillo, aunque trascendental: no pienses que conoces a la persona que tienes delante; todo el mundo tiene sus secretos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Pete, sintiendo que le sonreía la suerte, ya que el tipo quería impresionarlo—. ¿Cuál es el peor secreto que ha oído nunca?

—Tengo uno bueno —le dijo el hombre. Estaba dispuesto a hablar; la soledad y la adulación hacían esas cosas.

—Apuesto a que sí —respondió Pete.

Era una casa pequeña y gélida, con la calefacción al mínimo. Ninguna mascota, ninguna familia, sólo un reloj encima de la repisa de la chimenea haciendo tictac. Pete había aparcado a varias manzanas de distancia. La noche acababa de empezar y estaba oscuro.

El hombre contó su historia lentamente, con pausas, buscando impresionarle. Le dijo que se la había oído a un amigo, quien a su vez la había oído de otro. Una niña estaba en un cruce y parecía perdida. Su compañero paró el coche y se ofreció a llevarla, aunque lo que quería era a la niña. Nadie habría esperado semejante cosa de aquel hombre: una vida secreta, tal y como había dicho. El hombre la había estado espiando en su casa, y entonces apareció allí, pero otra niña se la arrebató y ocupó su sitio en el coche. «¿Y ahora qué va a hacer?», le preguntó la niña, que a todas luces era un mal bicho. Eso dijo el amigo del amigo. Tenía los ojos verdes, lo cual era siempre señal de que el mal iba dentro, así que se la llevó a su casa y la retuvo allí todo el día. Tuvo que castigarla y darle una lección. Aquella era la peor historia de una vida secreta que hubiera oído nunca. Y entonces se echó a reír. No estaba seguro de si creérsela o no.

Pete le dijo que también había oído una historia parecida. El mundo era un pañuelo y las historias circulaban por ahí. Creía que había ocurrido en Nightingale Street. «Lane —lo corrigió el hombre —. Fue en Nightingale Lane».

—Lorry me dijo que tú le llamaste Grimin —le dijo a Elv—. Cuando llegué a su casa entendí por qué. Las letras de su matrícula seguían siendo las mismas.

Pete reparó en ello cuando forzó la cerradura y escondió la heroína en el maletero del coche. En cuanto se alejó de allí, telefoneó a un viejo amigo del Departamento de Policía del condado de Suffolk. La cantidad de heroína que había dejado suponía la cadena perpetua, tal vez algo menos por buen comportamiento, pero para entonces Grimin estaría muerto.

Mimi guardó la regadera y le sacudió el polvo a la señorita Piedrapluma, que tenía algunas hojas en el pelo y un poco de tierra en el vestido. La señorita Piedrapluma era muy meticulosa en lo tocante a su aspecto. Pete le dio un sorbo al café, que estaba frío. Se había deshecho de Grimin porque le había prometido a Annie que siempre cuidaría de Elv. En el camino de vuelta a la estación de ferrocarril, Elv le pidió a Pete que parara en Nightingale Lane.

Aparcaron allí, sin bajarse del Volvo ni apagar el motor.

—¿Es ahí donde vivíais? —preguntó Mimi en voz baja cuando vio la casa. Era una casa estupenda, de tres plantas, blanca con los postigos negros y un porche espacioso y encantador. Tenía dos chimeneas y unas malvarrosas junto a la puerta—. Es un castillo.

El acerolo seguía allí, en el jardín. Allí vivía otra familia ya. Las habitaciones tenían las luces encendidas y se podía ver el interior. Estanterías, sofás, cuadros en las paredes… En la cocina había un gato.

—¿Cuál era tu dormitorio y el de tus hermanas? —preguntó Mimi.

Elv señaló las ventanas del ático.

—Era la torre —dijo Mimi, impresionada.

—Teníamos el mejor jardín de todos. Había tomates de todos los colores —le dijo Elv.

—Los tomates son rojos —dijo Mimi.

—Bueno, los teníamos de color rosa, amarillos, marrones, violetas y verdes.

—Es cierto —corroboró Pete—. Eran como caramelos.

—No es posible.

Pete y Elv intercambiaron una mirada divertida por encima de la cabeza de Mimi. Claire tenía aquel mismo aire sumamente práctico.

Elv y Mimi se apearon y se pararon a un lado de la calle enfrente de la casa. El crepúsculo se extendía sobre el césped en oleadas aterciopeladas. Muy a menudo, Elv se sorprendía diciéndole a su hija las mismas cosas que Annie le había dicho a ella. Entonces sintió que la embargaba el amor por la pequeña cara solemne que se levantaba hacia ella en la oscuridad, que escuchaba cada palabra que decía. Éste es un cuento sobre un niño que tenía el perro más leal del mundo, tres hermanas que bailaban en el jardín y una madre que haría cualquier cosa por su hija.

Tal vez hubiera un amor que estuviera garantizado. Quizás encajara en tu interior y te envolviera por fuera, como piel y huesos. Eso era lo que recordaba y siempre recordaría: las hermanas que se sentaban con ella en el jardín, la abuela que le cosía un vestido del color del cielo, el hombre que la divisó entre la hierba y que la amó desmedidamente, la madre que montaba una tienda en el jardín para contarle un cuento cuando era niña, ni buena ni mala, ni egoísta ni fuerte, sólo una niña que quería oír una voz familiar cuando las sombras caían y las polillas se elevaban y no había duda de que se acercaba la noche.

# *Leal*

*Esperé en el lugar donde te vi la última vez. Se hizo de noche, llegó la mañana y luego la noche de nuevo.*

*Pasó una década, y luego pasaron den años. Las hojas verdes se volvieron rojas y de nuevo se tornaron verdes. El árbol que me había dado cobijo fue derribado por el viento, y vi los relámpagos en el cielo y las estrellas que ardían en el espacio infinito. Vi a unos hombres que le decían a las mujeres que las amaban y que luego se iban. Vi a hombres que eran auténticos hombres, pero que nunca fueron capaces de hablar sin tapujos. Vi empezar vidas, cavar tumbas y vi caer la nieve. Esperé tanto allí que el tiempo retrocedió. Había un ruiseñor y un acerolo, y yo era una niña con el pelo negro y largo que te observaba cuando cruzabas el prado hacia mí. Cuando me reconociste, sólo había pasado una hora.*

Cada vez que Pete Smith Mimi llevaba de compras, siempre le comprada demasiadas cosas a Mimi. Daba igual que la tienda fuera Target o Saks de la Quinta Avenida, porque a los siete años Mimi era capaz de sacarle todo lo que quisiera. Lo llamaba Gogi, que era su versión de abuelo. Mimi era una gran aficionada a los apodos, a

los libros y al *ballet*. Tenía el pelo negro y sus ojos eran más oscuros que los de Lorry.

—Acabará siendo una malcriada —le repetía Elv una y otra vez a Pete, pensando que en su capacidad de seducción Mimi también se parecía mucho a Lorry. Todas las niñas del colegio querían sentarse con ella a la hora del almuerzo para oír las historias que contaba, y todas revoloteaban a su alrededor y querían ser su mejor amiga. Cuando llegó al colegio con sus botas vaqueras rosas, sus compañeras de clase fueron a casa y suplicaron a sus madres que les compraran unas iguales. Pete no consideraba que unos cuantos desmanes adquisitivos de vez en cuando fueran a tener un efecto nocivo. Le divertía mimar a alguien. Había sido el primero, aparte de Elv y las enfermeras del hospital, en ver a Mimi cuando había llegado a este mundo, así que se reservaba el derecho a sentirse orgulloso.

Llevaba el tiempo suficiente en el pueblo para que la gente dejara de llamarle el Hombre del Cementerio, aunque seguía yendo allí todas las semanas a cortar el césped, recortar las lilas y sentarse en un banco. Llevaba una pala con él cuando la nieve se acumulaba en el sendero que conducía a las tumbas. Ya se le conocía como el abuelo de Mimi, y aunque no había ningún lazo de sangre, eso era exactamente lo que era. Elv y Mimi se habían ido a vivir al piso de la planta superior de la casa de Pete en North Point Harbor. Elv trabajaba en otro refugio de animales de un pueblo cercano, donde la habían contratado como subdirectora. Mimi estaba en tercer curso en el mismo colegio en el que habían estudiado las hermanas Story, que había sido totalmente remozado y los profesores parecían todos muy jóvenes. El lugar parecía distinto, aunque, cuando entraba, Elv tenía las mismas sensaciones que antaño. Pete la acompañó a la primera reunión de padres y profesores, ya que Elv seguía teniendo problemas con las reuniones oficiales y las figuras de autoridad. Se ponía nerviosa y se sentía cohibida, sobre todo cuando tenía que caminar por los pasillos que había recorrido con sus hermanas.

Parte de la recién remodelada biblioteca del colegio fue

bautizada como Sala de Lectura Meg Story, y se había celebrado una fiesta de inauguración. Elv estrechó las manos al alcalde, a los bibliotecarios y a los concejales del ayuntamiento. Elise y Mary Fox habían acudido, y Elise se puso a llorar cuando Pete se levantó y pronunció unas pocas palabras acerca de la gran importancia que Meg le daba a los libros y de que Annie había querido honrar su recuerdo compartiendo el amor por los libros de su hija con el pueblo. Cuando los oradores y los invitados fueron conducidos a la mesa del *buffet* instalado en el pasillo, Elv fue a explorar la sala de lectura. El nombre de Meg estaba escrito en una placa de bronce encima de la puerta. Elv deambuló por allí hasta llegar a la sección de ficción, donde encontró la hilera de las novelas de Dickens y los libros de Hawthorne.

—Es precioso. Perfecto —le dijo a Pete más tarde—. Es exactamente lo que mi madre habría querido para Meg. Has acertado en todo.

Por la tarde temprano, cuando Elv salía del trabajo, iba a la sala de lectura mientras esperaba a que sonara el timbre de las tres. Si te sentabas junto a la ventana, alcanzabas a ver la bahía cuando los árboles estaban pelados, y cuando tenían todas sus hojas lo único que veías era verde. El pueblo se le antojaba ya un lugar diferente. Sabía que no volvería a ver a aquel mal hombre nunca más. Había visto su coche una segunda vez, hacía mucho, cuando salía con los muchachos que fumaban droga bajo el puente y aquel pobre Justin Levy todavía la rondaba. Era el mismo que tenía aquel sujeto cuando Claire se metió en el asiento trasero, él arrancó de improviso y Elv tuvo que abrir la puerta de un tirón y saltar al interior, con el coche en marcha, para que no se llevara a Claire. Debía haber llamado a la policía cuando reconoció la matrícula y hacer que lo detuvieran, pero estaba aterrorizada. Recordaba que fue el día que le dijo a Justin que tenía que encontrar a alguien mejor, a alguien que le quisiera de verdad. Pero Justin no supo cómo hacerlo.

Mimi sabía dónde buscar a su madre cuando salía del colegio. A veces le decía a los demás que el nombre que le habían puesto a la sala de lectura era en su honor, aunque sabía que no era verdad, pero

era un buena historia que hacía que las demás chicas se quedaran boquiabiertas, incluso las que eran ricas y vivían en grandes mansiones y no lo tenían nada claro respecto a Mimi. Un par de niñas cuchicheaban por ahí que ella no tenía padre. Puede que a Mimi no le importara lo que pensaran de ella ni si la creían o no cuando decía que la sala de lectura pertenecía a su familia. Se había convertido en una lectora empedernida, así que de todas maneras sentía una conexión especial con la biblioteca, y Story también era su apellido, así que la sala de lectura le pertenecía en ese sentido. Le gustaba pensar que si su tía siguiera viva, hablarían de libros. Su madre no tenía tiempo para leer, aunque era quien le contaba las mejores historias. Le había dicho que cuando era pequeña se había inventado un mundo entero, con su propio idioma y todo, aunque ya no recordaba nada de él.

—Deberías haberlo escrito —le dijo Mimi—. Cuando escribes las cosas, son más difíciles de olvidar.

Mimi había escrito las historias sobre su padre que su madre le contaba, y que no eran verdaderas historias: eran mejor que eso. Había llenado un diario con una recopilación de esas historias que había titulado *El perro más leal del mundo* y que trataban todas sobre las aventuras de su padre con su perro, *Madre*, que a Mimi se le antojaba un nombre para morirse de risa. Había pegado una fotografía de su padre sonriendo en la cara interior de la tapa. No había nada sobre él que pudiera compararse a aquella mirada con la que parecía decirte que iba a emplear todo el tiempo del mundo en contarte una historia, pasear contigo por el bosque y caminar torpemente por la nieve en Central Park, que, según su madre, eran todas las cosas que a él le encantaba hacer. A Mimi le gustaba estudiar la cara de su padre, y sentía que lo conocía, aunque no era así. Él estaba en la tumba que visitaban en Queens, aunque también estaba allí, en su libro.

Se escribía con su tía de París. Le encantaba tener una amiga epistolar que viviera tan lejos. Cada vez que había una carta para ella en el buzón, era como si un mensaje secreto la hubiera estado esperando todo el día mientras estaba en el colegio. Empezó a

enviarle sus trabajos de la clase de dibujo, a los que más tarde empezó a añadirles un mensaje en el dorso, y al cabo de un tiempo, empezó a recibir contestación. Su tía era muy divertida y le enviaba chistes: «¿Por qué el tomate salió con una ciruela pasa? ¡Porque no pudo quedar con ningún dátil!», «¿Cómo arreglas un tomate roto? ¡Con pasta de tomate!». También pequeños bocetos de París: una farola, el cuervo que vivía en el taller donde fabricaba las joyas, un puente sobre el río con un recargado pretil, un rosal de los jardines de Luxemburgo…

—¿Cómo se decía el nombre de la tía en tu idioma? —le preguntó Mimi a su madre un día, cuando volvían a casa desde el colegio. Por lo general daban un largo rodeo, pero en los días cálidos cogían el camino de la bahía. Parecía que a su madre le gustaba pasear por allí y detenerse en determinados lugares para mirar fijamente el bosque, tras lo cual reanudaban la marcha.

—No me acuerdo de ninguna palabra —le respondió su madre.

La madre de Mimi era hermosa y triste y no era amiga de ninguna otra madre del colegio. Siempre que había una comida colectiva, el abuelo de Mimi, Gogi, preparaba un plato para que contribuyeran al ágape y las acompañaba, porque a su madre la ponían demasiado nerviosa las reuniones escolares. A veces, su prima Mary las visitaba, y las dos mujeres se sentaban en el sofá, bebían vino y se reían, y entonces Elv ni por asomo se parecía a la madre de Mimi, sino a alguien que fuera feliz.

—Algo recordarás —insistió Mimi.

Mimi era la mejor alumna de la clase de tercer curso, no sólo por ser una lectora empedernida, sino también por su perseverancia.

Así que su madre se esforzó en recordar. Si hermana era *gig*, entonces lo más probable es que la tía fuera *Gigi*. Sí, así era como la llamaba cuando estaban ellas dos solas y el resto del mundo se hallaba muy lejos.

«Querida Gigi», escribió Mimi a partir de entonces. El dormitorio de Mimi daba al jardín, donde su madre solía trabajar los días de calor. El jardín no era muy soleado, así que tuvieron que talar algunos pequeños sauces a los que la señorita Piedrapluma le

habría gustado encaramarse para contemplar el mundo. Mimi conservaba a la señorita Piedrapluma, la muñeca que la había acompañado a todas partes cuando era más pequeña, pero ya en tercer curso y a punto de cumplir ocho años en julio, la señorita Piedrapluma se quedaba en casa la mayoría de las veces. Seguía siendo un público muy atento cuando se trataba de escuchar los cuentos que Mimi le contaba por la noche, antes de quedarse dormida. Las historias de su madre siempre empezaban con «Érase una vez…», aunque eso significaba que ya había sucedido todo lo que se contaba en ellos y que todos los personajes que contenían ya estaban muertos.

Todos los años, su tía de París le enviaba algo especial por su cumpleaños. La cosa había comenzado cuando al cumplir los tres años, Mimi envió su primer dibujo. Su tía siempre le había enviado por correo los regalos de cumpleaños al abuelo de Mimi, pero la dirección ya era la misma que la de ellas. Los regalos llegaban metidos en cajas rosas, el color preferido de Mimi, e iban atados con una cinta negra de seda. A Mimi no podrían haberla entusiasmado más los amuletos que su tía hacía especialmente para ella. También le parecían preciosos a su madre, que los tocaba con ternura cuando Mimi se los enseñaba, y luego se los devolvía.

Los amuletos eran lo que Mimi más quería en este mundo, excepción hecha de los libros, la señorita Piedrapluma, su abuela, su madre y la fotografía de su padre. Los guardaba en sus cajas rosas, en el cajón superior de la cómoda. Todos llegaban con un mensaje. «Para que siempre seas rápida», acompañaba a un caballo de oro con una silla de montar de labradorita. «Para que puedas volar», con un diminuto petirrojo de oro y turquesas y un pico de plata. «Para que nunca te pierdas», ilustraba a una luciérnaga con unas citrinas por ojos y un ópalo naranja en el centro que brillaba como una baliza. Ése le pareció tan real a Mimi que al empezar el trimestre lo llevó al colegio para enseñarlo. Les dijo a sus compañeras que era una verdadera luciérnaga de París y que en Francia todos los insectos estaban hechos de oro, lo que todas creyeron a pies juntillas, queriendo tocarlo para tener buena suerte. Pero en esas, a Patti

Weinstein se le cayó de las manos y Mimi estuvo a punto de perder el amuleto. Entonces envolvió rápidamente la luciérnaga en un pañuelo de papel y la metió en la mochila, y nunca más volvió a llevar los amuletos al colegio.

«Para que siempre estés a cubierto». Éste iba con el siguiente amuleto: un árbol de oro con una lluvia de jade en las ramas. «Es un acerolo», le había dicho su madre, y cuando Mimi preguntó «¿Y cómo es un acerolo?», se habían acercado caminando a Nightingale Lane. Mimi contempló el gran árbol en el prado de la casa donde habían vivido las hermanas Story y comprendió por qué su madre decía que le gustaba sentarse en sus ramas. A ella también le habría encantado trepar a él, sólo que ya pertenecía a otra familia y ella tenía su propio jardín en la casa de Gogi, al otro lado del pueblo, que era soleado desde que habían talado los sauces.

El amuleto de ese año había llegado pronto de París, en la maleta del ama. Era un gran acontecimiento que por fin su ama fuera a visitarlas, así que se habían pasado días arreglando el piso y no se habían olvidado de poner flores en su habitación. Habían barrido las pelusas de polvo de debajo del sofá y se afanaron en ordenar el armario empotrado del vestíbulo, esmerándose para que los sombreros, los guantes, los patines de hielo y los bolsos no se vinieran encima cuando abrieras la puerta. Querían que todo fuera perfecto para que Natalia se encontrara a gusto. El ama llegó de Francia cargada con caramelos en forma de violeta, pañuelos de seda, queso para Pete y el regalo de cumpleaños de Claire. Mimi no paró de dar saltos alrededor de su bisabuela, haciendo resonar sus botas vaqueras, hasta que se lo entregó. El de ese año quizá fuera el más encantador e insólito: «Para que nunca pases hambre». Una pequeña tomatera hecha con un rubí, una citrina, un diamante marrón y una diminuta esmeralda. Elv soltó una carcajada cuando lo desenvolvieron.

—¿De verdad que hay tomates marrones? —preguntó Mimi.

—El Cherokee Chocolate —le dijo su madre—. Veré si puedo plantar alguna tomatera este año.

Como iba a cumplir ocho años y sería responsable, el abuelo de

Mimi le iba a regalar una pulsera de oro para que colgara todos los amuletos y los llevara encima, aunque sólo en las ocasiones especiales. Ya había aprendido la lección sobre ir enseñándolos por ahí. Ese año había trazado un plan para su cumpleaños, y ya se lo había contado de cabo a rabo a la señorita Piedrapluma.

«Querida Gigi —escribió—. Sé exactamente lo que me gustaría este año».

Sabía que no debía contar con ello, porque en este mundo a veces las cosas no salían como uno esperaba, o al menos eso era lo que su madre le decía siempre. Sin embargo, Mimi había tenido el pálpito de que aquello saldría a la perfección. Así que le pidió a su Gigi lo que más quería para su cumpleaños, y a cambio le había enviado algo especial, no uno de sus dibujos, sino algo mejor: una pintura que su madre guardaba enmarcada en su dormitorio, una acuarela que había pintado siendo mucho más joven. Era negra y acuosa, y su madre le había dicho que era el río de París por la noche, que se llamaba el Sena, y que su hermana vivía tan cerca de él que probablemente paseara junto a sus orillas de noche, buscando piedras y contemplando cómo el cielo entintado descendía como si fueran cenizas.

A Claire le sorprendió recibir el primer dibujo a lápiz, que había llegado doblado en dos y con la dirección escrita con la compacta caligrafía de Pete. El siguiente fue el de la casa de Nightingale Lape, en el que el dormitorio de las tres parecía la torre de un castillo. Impulsivamente, se dirigió al taller y se puso a trabajar en el pequeño amuleto del caballo de oro, que envió acto seguido. Pensó que aquello sería el final, un sencillo intercambio, pero Mimi siguió enviándole dibujos, y cuando aprendió a escribir, ya no hubo manera de pararla. Le llegaban cartas escritas en letras de caligrafía en papel pautado de renglones azules, rebosantes de faltas de ortografía. Le contaba sus aventuras, dándole a cada una un título. «El día que empecé el jardín de infancia», «El día que compramos un columpio», «El día que un gorrión se cayó del nido y tuvimos que

llevarlo al refugio de animales que se encarga de salvar pájaros…». En cierta ocasión, Pete metió una foto de la niña y su muñeca sentada debajo de un sauce. Claire pensó que era injusto. Pete había escrito: «Mimi y la señorita Piedrapluma» en el dorso de la foto, lo que le arrancó una sonrisa a Claire en contra de su voluntad. Guardó la foto, y a veces la sacaba y se la quedaba mirando fijamente: la niña de pelo negro y largo y mirada grave, el sauce, la muñeca vestida de blanco, el patio de North Point Harbor.

Entonces empezó a hacer otros amuletos, éstos para adultos, que le hicieron ganar una gran cantidad de adeptos, y la gente empezó a volverse loca por tener los amuletos exclusivos de Claire. Los había que servían, aseguraban, para encontrar lo perdido, curar la enfermedad o ayudar al portador a distinguir a un mentiroso de una persona honrada. Si sostenías uno en la mano, te señalaba el futuro: una decisión que hubiera que tomar, un traslado a una nueva ciudad, el amor de tu vida… Los amuletos se habían convertido en una moda —para algunos, en una obsesión— y muchos parisienses tenían al menos uno, aunque ansiaban más. Se intercambiaban en fiestas y clubes como si se trataran de postales de colección. De los pocos que habían sido robados se decía que habían sido devueltos a sus legítimos propietarios, por correo o sencillamente dejados en la puerta de sus casas, envueltos en papel marrón y atados con una cuerda.

Muchos de los amuletos de Claire se contaban entre los objetos que se podían encontrar en la tienda de antigüedades de *monsieur* Abetan, que también vendía cigarrillos y revistas en el mostrador. La tienda estaba muy cerca, y Claire y *monsieur* Abetan solían tomar el té por las tardes, cuando ella salía del taller de *monsieur* Cohen. A veces Claire compraba dulces de coco y dátiles o una bolsa de papel llena de almendras garrapiñadas para acompañarlo. A *monsieur* Cohen le contó todo lo relacionado con la colección de relicarios de *monsieur* Abetan, que los tenía escondidos al lado de los cajones de los cachivaches, de la misma manera que a éste le había descrito todas las maravillas que hacía aquél con las piedras preciosas. De esta manera los dos hombres se habían hecho amigos sin conocerse

siquiera, y les gustaba enterarse de las opiniones del otro a través de Claire, aunque a veces disentían vehementemente, sobre todo en lo tocante a política. Sin embargo, los dos eran unos estudiosos de la naturaleza humana, que era lo que a uno le hacía ser un gran maestro.

*Monsieur* Abetan informó a Claire que las campanas que ella acababa de escoger las habían utilizado en otro tiempo como amuletos amorosos las mujeres de Persia.

—Compruébalo por ti misma —dijo el hombre, astutamente—. Ya verás.

Claire volvió al taller al día siguiente y sujetó las campanas a una sarta de lapislázuli, unas piedras azul marino que brillaban junto a unas piritas doradas. El lapislázuli era un elemento primitivo y poderoso, una de las primeras gemas usadas en la historia de la joyería en el antiguo Egipto y Persia. Se decía que era la piedra de la verdad y que obligaba a quien la llevaba a ser sincero. El *deuxième monsieur* Cohen decía que la piedra en sí tenía unas características insólitas, hasta el punto de que los cortadores de gemas podían adivinar la intensidad del azul de un trozo de lapislázuli por el olor que desprendía: cuanto más intenso el color, más aromática la piedra.

Claire encontraba la paz en el ático del *deuxième monsieur* Cohen, y las mujeres del barrio se sentían aliviadas. Las niñas pequeñas pasaban junto a ella y susurraban que cuando fueran mayores tendrían una docena de sus amuletos. Lo que otras podrían haber encontrado en el amor o en la fe, ella lo había hallado en el trabajo, y se enfrascaba tanto en sus creaciones que a veces parecía habitar en otro mundo completamente diferente. Cuando se quemaba con el soldador, no se enteraba, y cuando se pinchaba los dedos, no sentía dolor. Su profunda concentración era la marca de una verdadera artista, aunque *monsieur* Cohen estaba preocupado por su discípula. ¿No la estaría llevando por el mal camino? Los años pasaban y a *monsieur* Cohen se le ocurrió que Claire malgastaba su juventud en aquel piso del ático. De noche, cuando los pájaros enmudecían y los rincones de las habitaciones estaban a

oscuras, *monsieur* Cohen se miraba al espejo y se veía como había sido de joven. Le entraban ganas de abofetear a aquel joven y de decirle que fuera a darse un paseo bajo el sol. «Sal», quería gritar. «Vive».

Le envió una carta a la señora Rosen. «Me preocupa tu nieta —escribió—. Quizá deberíamos hablar».

Natalia fue a visitarlo poco después, un domingo, mientras Claire dormía, y llevó una tarta, un poco de fruta y unos anacardos salados. Le costó Dios y ayuda subir los muchos escalones que había hasta el ático. Desde la ventana del pasillo había una gran vista, pero tuvo que jadear y resoplar para recuperar el resuello. Llamó a la puerta y gritó el nombre de *monsieur* Cohen, y oyó el extraño tintineo procedente del interior cuando el hombre retiró su personal sistema de alarma de cazuelas y sartenes.

—¡Qué sorpresa y qué gran placer! —dijo *monsieur* Cohen cuando abrió la puerta.

Se habían conocido hacía años, cuando eran mucho más jóvenes, debido a lo cual se vieron el uno al otro exactamente como habían sido entonces. Él era un hombre alto de pelo negro y ojos muy azules. Natalia, una mujer con una figura preciosa y una cabellera castaño rojiza. Nerviosos, se echaron a reír al verse el uno al otro de aquella guisa. *Monsieur* se disculpó por sus malos modales y la invitó a entrar. Natalia hizo un té y cortó la tarta.

—Así que estás preocupado por mi nieta.

—No quiero que ella acabe como yo. Viviendo aquí sola, en el ático.

Natalia señaló las jaulas de los pájaros y al cuervo que bajó de un salto de lo alto del armario cuando divisó las migajas de la tarta sobre la mesa.

—Casi sola.

Natalia se había casado cuando Samuel la conoció, aunque de todos modos, siendo ella tan hermosa y él un hombre tímido y obsesionado con su trabajo, no se había atrevido a dirigirle la palabra. El marido de Natalia era estadounidense, por lo que ella no tardó en desaparecer, y sólo volvía de manera esporádica. En ese

momento, al servirle ella el té, el *deuxième monsieur* Cohen le cogió la mano, y se le ocurrió de pronto la idea de que estaba ante su futuro y que no había tiempo que perder. Apenas fue capaz de contenerse.

—Es un poco tarde para eso. —Natalia se rió, aunque se sentía halagada—. ¿No has cumplido ya los noventa?

Cuando Claire volvió al trabajo al día siguiente, *monsieur* Cohen estaba dando de comer a los pájaros en lugar de estar sentado a su mesa de trabajo. Al día siguiente se estaba afeitando en el fregadero de la cocina. Y al siguiente, le preguntó a Claire si no le importaba prepararle una sencilla cena a base de ensalada y queso y algunos espárragos cocidos. Iba a tener un invitado.

Claire odiaba dejar la pieza en la que estaba trabajando. Abetan le había encontrado un escarabajo de corazón hecho en cerámica azul egipcia. Tales escarabajos se utilizaban para colocar como pesos sobre el cuerpo después de la muerte, para que el mundo de los espíritus diera por sentado que el corazón del portador era enorme y de cuantiosa bondad y fuera juzgado con benevolencia en el mundo al que llegaba. Claire estaba fascinada por la forma y la finalidad del objeto, y no quería parar y ponerse a limpiar.

—Pero si siempre trabajamos hasta que oscurece —protestó, confundida.

—Ya no. Un hombre tiene que comer. —*Monsieur* Cohen se encogió de hombros—. Estoy seguro de que mi amigo Abetan te diría lo mismo.

Claire puso la mesa y le dio las buenas noches a su mentor. Bajó los escalones de dos en dos, irritada por disponer de tiempo libre. Fuera todavía había luz. Se había quedado el amuleto de lapislázuli y las campanas persas para ella. Se decía que si se las hacía sonar, atraían al verdadero amor hacia quien las llevara encima, aunque Claire las había sacudido una y otra vez y no les había arrancado el menor sonido. Pensó en las mujeres que habrían llevado las campanas antes que ella en algún lugar de un desierto, y se preguntó si el destino les habría salido al encuentro o si habrían sido ellas las que lo persiguieran a él. Al salir a la calle con su traqueteo, vio que

se acercaba una mujer de pelo castaño rojizo y andares encantadores, y de repente se dio cuenta de que era su abuela, una octogenaria con un abrigo negro y un pañuelo rojo caminando en la noche estival para acudir a una cena íntima.

Después de aquello, Claire se marchaba del trabajo a las cinco todos los días, por culpa de un encuentro amoroso que se suponía secreto aunque parecía saberlo todo el barrio. «Veo a tu abuela muy ocupada» —le decían las mujeres mayores—. «Saluda a los tortolitos de mi parte» —bromeaba el tendero. Ya podía estar todo lo concentrada que quisiera en su trabajo, que llegado el momento tenía que limpiar, guardar las gemas y poner la mesa para la cena. A medida que la hora se acercaba, *monsieur* Cohen empezaba a ponerse nervioso y a preocuparse porque tenía que peinarse y cambiarse de camisa. En cuanto a Claire, se estaba convirtiendo en una buena cocinera, excelente según el *deuxième monsieur* Cohen, y cuando se le agotaban las ideas, empezaba a recolectar recetas entre las ancianas del barrio, que se mostraban encantadísimas de poder dejar sus pesadas bolsas, en las que guardaban de todo, desde las llaves a cazamariposas; le daban los secretos de sus guisos, cocidos, patatas y tartas de queso. Claire lo escribía todo en una libreta azul descolorida que había pertenecido a Meg. Todas habían visto a la señora Rosen ir hasta los confines del barrio luciendo su pañuelo de seda rojo, y todas sabían quién tenía un idilio y quién odiaba cenar completamente sola, salvo por la compañía de la vieja gata, *Sadie*, y sugerían a Claire que probara ella misma sus recetas, que quizá la ayudarían: manzanas para el amor, romero para los recuerdos, la tarta del segundo amor, que se fundía al primer bocado… Tales platos fomentaban el discernimiento, mejoraban la resistencia física y regulaban los latidos del corazón, aunque también permitían que el pulso se volviera loco. Las personas mayores sabían más del amor y no tenían tiempo para dudar de sí mismas. «Vamos —la apremiaban las mujeres del barrio—. Prepárate ese plato para ti». Pero para Claire no tenía sentido cocinar para uno, así que cenaba de pie, dándose el gusto de comer un trozo de queso, una manzana y algunos tomates cortados en rodajas con vinagre y sal, mientras la

gata remoloneaba entre sus piernas, aunque seguían sin gustarse mutuamente. No había nadie más en casa.

—¿Conocías de antes al *deuxième monsieur* Cohen? —le preguntó Claire a su abuela una noche, después de que Natalia regresara a casa de su cena íntima. El ama de Claire se estaba desanudando el pañuelo rojo y tarareaba en voz baja.

—¿A quién? —Dijo Natalia, tomándole el pelo.

—¡Ama! A tu novio o lo que quiera que sea con su edad. Lo sabe todo el mundo. ¡Incluso yo!

—Sí, ¿pero quién dijo que él es el *deuxième*?

—Bueno, *madame* Cohen lo llama así.

—Eso es porque conoció primero a su hermano y se casó con él. Para mí, él es el *premier monsieur* Cohen. —Entonces Natalia se echó a reír—. Lo conocía, pero no lo había visto nunca. Era como el quiosco de los periódicos: pasas por su lado todos los días, pero nunca miras quién está sentado allí, recogiendo el cambio.

—Mi abuela está enamorada —le dijo Claire a *madame* Cohen la siguiente vez que le llevó su colección de joyería. Eran unos amuletos con forma de escarabajo, tallados en piedras semipreciosas, citrina, turquesas y amatistas, y en cuanto se entregaron en la tienda, se los arrebataron de las manos, como ocurría con todos los amuletos de Claire. *Madame* Cohen se dio cuenta de que Claire estaba empezando a vender más que su maestro.

—Tu abuela está enamorada, de acuerdo. —*Madame* Cohen se rió—. Y, además, ya no tiene las rodillas demasiado bien. ¿Y qué les ocurre a tus rodillas? —preguntó la anciana.

—Están perfectas —le aseguró Claire—. Podría correr diez kilómetros y ni me enteraría.

Era la estación de las lluvias en París y el tiempo había enfriado. El ladrón entró por la noche en el taller y dejó unas huellas heladas

en el suelo de la cocina. Era difícil decir si había entrado por la puerta delantera y escapado por la escalera de incendios después de salir por la ventana o al revés. De todos modos, se había dejado todas las ventanas abiertas de par en par, y el gélido aire de la noche que se había colado dentro había matado a todos los pájaros de las jaulas. Sus plumas se movieron en oleadas por el suelo y no tardaron en quedarse pegadas al húmedo linóleo. Se había llevado todos los objetos de valor: piedras preciosas, lingotes de oro, envolturas de monedas antiguas… Todo estaba destruido; hasta el sofá estaba destripado, y sus plumas se habían sumado a las que ya flotaban por doquier. Los cazos y sartenes del sistema de alarma estaban amontonados en una pila.

—Pensé que era la tormenta —declaró el vecino de abajo cuando fue interrogado más tarde.

—Había tanto ruido. Estaba convencido de que estaban bailando —informó otro, cuando por fin llegaron los agentes de policía—. A veces recibe a una mujer.

Fue Claire la que encontró a *monsieur* Cohen. Supo que algo iba mal cuando subía la escalera. Por lo general oía cantar a los canarios en cuanto llegaba al descansillo del segundo piso, pero ese día sólo hubo silencio. Cuando Claire empujó la puerta y entró no había ningún cazo ni sartén colgando del techo, y los canarios yacían en el fondo de sus jaulas, mudos y tiesos como pequeñas estatuas de oro. Claire inspeccionó el desastre que la rodeaba: los armarios abiertos, la mesa de trabajo corrida, los cajones sacados, los cojines del sofá rajados con un cuchillo de carnicero, porque el ladrón había decidido buscar más, y más, y más… Unas cuantas cebollas habían rodado por el suelo de la cocina, donde habían quedado desperdigadas. Claire las había comprado a principios de semana con la idea de cocinar un plato llamado «el amor es un guiso de ciegos», que le había dado hacía sólo unos días una de las inquilinas del edificio. Se habían encontrado en el portal, y la anciana le había susurrado todos los ingredientes, que Claire había garabateado apresuradamente en su libreta: un pollo fresco, unos cuantos albaricoques, vino tinto, orégano y unos trozos de pera. Debía

recordar no añadirle ajo, y tenía que cocinarlo a fuego lento, sin que llegara a hervir en ningún momento, hasta que estuviera tierno, pero sin hacerlo demasiado. Pero Natalia no se encontraba bien y Claire no preparó el plato. En consecuencia, *monsieur* Cohen había previsto cenar solo, así que se contentaría con pan y queso y quizás un tazón de sopa.

Claire advirtió que la puerta del dormitorio estaba abierta y se le cayó el alma a los pies. No era capaz de recordar si había cerrado y echado el cerrojo de la puerta delantera la noche anterior. Se había marchado preocupada, con la cabeza puesta en sus amuletos, de los que estaba a punto de hacer una serie de leones que invocaran protección y valor. Encendió la luz para iluminar la habitación, y allí estaba el *deuxiem monsieur* Cohen, tumbado en el suelo y con un bastón en la mano que pensaba utilizar como arma; pero había recibido un golpe antes de poder enfrentarse al intruso. Claire se sentó a su lado en el suelo. El anciano no se había olvidado de ponerse sus pantuflas. Claire se acercó para cerrarle los ojos y se quedó sentada allí durante mucho tiempo, sobre el suelo frío, al lado de *monsieur* Cohen, su maestro, que le había enseñado todo lo que sabía.

Cuando llegó la policía, Claire entró en la cocina para responder a sus preguntas. Los vecinos ya habían sido interrogados y se habían buscado las huellas dactilares en el piso, aunque los agentes habían admitido que era difícil echarle el guante a los ladrones de poca monta. Claire se dio cuenta de que no era capaz de apartar la vista de las cebollas del suelo, mortificada porque no conseguía recordar si había cerrado o no con llave la puerta. Repasó una y otra vez sus pasos, pero lo único que era capaz de recordar era a *monsieur* Cohen despidiéndose de ella. Cogió una cebolla, se la acercó y empezó a llorar. Eso es lo que las cebollas les hacían a las personas: ya podías resistirte lo que quisieras, que al final la cebolla era más poderosa que la voluntad humana y te obligaba a llorar.

Llegaron los nietos de *madame* Cohen para encargarse de la situación. Llamaron a una ambulancia y arreglaron todo lo relativo a la funeraria y la capilla. Eran tan altos, y los voladizos del ático tan

inclinados, que parecía que faltara espacio para respirar en el piso. Uno de los nietos consiguió convencer al cuervo para que se metiera en una jaula, y los otros estaban todos hablando por sus móviles, llamando a los parientes y planificando el funeral. Los policías hablaban tan deprisa entre ellos que Claire no fue capaz de entender ni una palabra. Al fin y al cabo, el francés no era su primera lengua, ni siquiera la segunda. Y de pronto tuvo un fugaz pensamiento en amello: *Nom brava Gig. Reuna malin*.

Cuando los policías le hicieron la última pregunta tuvieron que repetirla varias veces antes de que ella descifrara su significado: sí, había trabajado con el difunto. Sí, tenía joyas valiosas y oro en su casa. Y por último: sí, cabía la posibilidad de que ella dejara la puerta a medio cerrar cuando se marchó la noche anterior. Tal vez había olvidado echar la llave.

Entonces, Claire empezó a hiperventilar, se mareó y tuvo que sentarse. Cualquiera hubiera pensado que en una habitación llena de médicos alguien podría haberle ofrecido una bolsa de papel para que respirara dentro, o quizás un Valium. Uno de los nietos, en cambio, le llevó un vaso de vodka, que fue ingerido con gratitud.

—¿Algo más? —preguntó el nieto. Era Philippe, el que había bajado a cuestas a *Shiloh* por la escalera y que en ese momento sujetaba la jaula del cuervo. Cuando el ave empezó a graznar, le echó una servilleta por encima y el pájaro se calló.

Claire dijo que no con la cabeza.

Cuando Claire se marchaba, Philippe la llamó, pero al parecer ella no lo oyó, así que el muchacho la siguió por la retorcida escalera. Lo cierto es que Claire le había oído y había decidido ignorarlo. Estaba enfadada y lo único que quería era estar sola. Cuando se volvió, Philippe dio un traspiés y levantó las manos en señal de que no tenía malas intenciones.

—Pensé que podrías necesitar ayuda para llegar a casa.

—¿Tengo aspecto de necesitar ayuda?

Philippe había escogido especializarse en oncología, un campo que muchos médicos evitaban. Medía más de un metro ochenta y era un adicto al trabajo. Una cosa tenía clara: hacer un diagnóstico

siempre era difícil, porque jamás podías emitir un juicio con la primera serie de hechos que se te presentaban.

—Las apariencias engañan —respondió él.

—Yo lo maté. ¿Eres capaz de darte cuenta de eso con sólo mirarme? Fue culpa mía.

Claire salió y se sentó en la plaza, enfrente del edificio. Estar sola se le antojó algo cortante, algo que podía hacer sangrar a una persona. Observó llegar a la ambulancia. *Monsieur* Cohen fue sacado del edificio e introducido a continuación en la ambulancia, y los nietos se pusieron en marcha por separado. Al final, la policía se retiró. Sentada allí, bajo el cielo oscurecido, Claire se sintió magullada e inconsolable. Nada podía proteger a la gente que amaba. Vio que un hombre caminaba hacia ella con una jaula debajo del brazo.

—Vete —dijo Claire.

—No puedo. Mi abuela ha insistido en que te lleve a casa. —Philippe Cohen se sentó junto a ella—. Y no seas idiota, Claire. Tú no lo mataste. Tuvo un ataque ocasionado por un coágulo de sangre. El tío Samuel comió deficientemente durante noventa años, y apenas podía moverse desde hace diez. Tenía dañadas las arterias. Esto tenía que ocurrir tarde o temprano.

—¿Así que habría muerto hoy, aunque yo no hubiera dejado la puerta abierta?

—Sabes tan bien como yo que era la clase de hombre que comprobaba que la puerta estuviera cerrada. Era un verdadero caso de paranoia. Se me hace inimaginable que se hubiera ido a la cama sin hacerlo, y si fue así, bueno, al menos ha dejado de sufrir.

Claire hizo una mueca de dolor.

—¿Te resulta todo tan fácil de explicar?

—No. Me resulta inexplicable por qué he cogido este cuervo. Odio a los pájaros. Vamos. Ni siquiera tienes que darme las gracias por llevarte a casa.

Señaló su coche, que estaba aparcado cerca, un Saab oxidado y necesitado de un lavado. Philippe era cuidadoso con algunas cosas, pero no con otras. Se levantaron y se dirigieron hacia allí. Claire se

sentía inquieta por el hecho de que parecía que él la conocía, cuando en realidad no la conocía en absoluto.

—Gracias —dijo, con un gruñido y sin mucha gratitud y sólo para demostrarle que estaba equivocado, puesto que era evidente que pensaba que ella era una mocosa ingrata y malcriada.

—De nada. —Habló en inglés por educación, aunque ser educado no le resultaba especialmente fácil. De natural, era un tipo franco y práctico, y probablemente le trajeran sin cuidado los malos modales de Claire. Siendo niños, en una ocasión ella le había llamado «gaznápiro» en la tienda de su abuela, y Philippe se había pasado varias semanas intentando averiguar qué quiso decir. Seguía sin estar totalmente seguro. Claire solía ser tan fría que al joven le sorprendió que le permitiera llevarla a casa.

—No te molestes en salir del coche —le dijo Claire, cuando llegaron y él detuvo el vehículo.

—No pretendía hacerlo —le dijo él.

—¿Por qué? ¿Porque no te lo ha dicho tu abuela?

—Porque uno de los pacientes que tengo asignado se está muriendo y tengo que ir a examinarlo.

—Ah —dijo Claire. Se sentía avergonzada—. Está bien.

—No te apenes. Todos nos estamos muriendo, pero es probable que mi paciente lo haga esta tarde o quizá mañana. Tal vez llegue tarde al funeral de mi tío.

Claire llegó temprano. Preguntó si podía ver a *monsieur* Cohen una última vez antes de que empezara el oficio. Parecía tranquilo, en paz, lejos ya del sufrimiento mundano, tal y como había dicho Philippe. Claire llevaba con ella el escarabajo de corazón, que metió debajo de la chaqueta de *monsieur* Cohen.

El cementerio era pequeño y antiguo, y a lo largo de un muro de piedra crecían las lilas. No había mucho sitio, y los asistentes se vieron obligados a moverse cuidadosamente entre las tumbas para asistir al oficio, que se celebraba en el lugar que ocupaba el túmulo. Como *monsieur* Cohen llevaba sin salir de su piso más de diez años, se habría sorprendido de ver la cantidad de gente que asistió a su funeral y las muchas lágrimas derramadas. Incluso el señor Abetan,

que jamás había visto a *monsieur* Cohen en persona, se acercó a presentar sus respetos. Tanta tristeza y tanta gente provocaron que la abuela de Claire se desmayara antes de que diera comienzo el oficio, pero como había bastantes médicos presentes, no tardó en ser reanimada con sales y un vaso de agua fría. Claire se acercó a Natalia y se arrodilló delante de ella. Quería decirle que había sido ella la responsable de la muerte del *monsieur* Cohen, que se había dejado la puerta abierta, pero lo único que dijo fue:

—Lo siento mucho, ama.

Natalia le acarició la cabeza.

—Disfruté con él al final de nuestras vidas. Jamás podría arrepentirme. Y tú eras como una hija para él —dijo—. Todo lo que te enseñó permanecerá contigo para siempre.

Natalia se sentó al lado de *madame* Cohen durante el oficio, mientras uno de los nietos sujetaba un paraguas negro sobre las cabezas de las ancianas. Un rabino pronunció las oraciones fúnebres. Claire estaba en la última fila, vestida con el traje negro que le había dado Jeanne cuando empezó a trabajar en la tienda. Era de lana y le picaba. Philippe fue a sentarse junto a ella a mitad del servicio.

—¿Ha muerto tu paciente? —le susurró Claire.

Una mujer sentada en la fila de delante se volvió y los miró con hostilidad.

—Dese la vuelta —sugirió Philippe a la mujer—. Se está celebrando un funeral. —Cuando la mujer se dio la vuelta, Philippe intercambió una mirada con Claire. Tenía un brillo en los ojos que ella no había advertido anteriormente—. Sigue vivo, pero va camino de ello. Ya no está consciente, y no sabe si estoy allí o no. Y tuve que dejarlo, para estar aquí contigo.

—Deja que lo adivine —se aventuró Claire—. Te lo ha dicho tu abuela.

Philippe la miró y no respondió, y Claire apartó la mirada, incómoda. En ese momento le pareció que era ella la que no sabía nada de él.

Después hubo una comida en casa de *madame* Cohen. Las mujeres del barrio llevaron sus mejores platos y la mesa no tardó en rebosar de comida. Claire reconoció muchas de las recetas: la de «el amor es un guiso de ciegos», el buey con ciruelas, natillas con pistachos, los pasteles de carne… Los había hecho todos y no había probado ninguno, así que degustó varios durante la comida y le parecieron deliciosos.

Natalia se iba a quedar con *madame* Cohen a pasar la noche y todo el mundo insistió en que Philippe llevara a Claire a casa. El joven se quedó allí parado y se encogió de hombros, como si le diera lo mismo.

—Ve —dijo el ama de Claire—. No quiero que vayas caminando sola a casa. —*Madame* Cohen les entregó sus abrigos y los empujó para que salieran por la puerta.

—¿Qué tal el cuervo? —preguntó Claire cuando bajaban la escalera hasta la calle.

—Una jodienda. Me despierta a las cuatro de la mañana.

Philippe había aparcado en doble fila en una parada de taxis. Siempre llegaba tarde y siempre iba corriendo a todas partes. Al acercarse, uno de los conductores lo abordó y empezó a gritarle. Por culpa de la pésima manera de aparcar de Philippe, el taxista había perdido varias carreras. Ambos se mandaron mutuamente a la mierda, tras lo cual Philippe le dio unos cuantos euros para tranquilizarlo.

—Algunas personas son idiotas —dijo Philippe, cargado de razón.

—Sí —recalcó Claire—. Lo sé.

—O unos gaznápiros, sea lo que sea eso, que supongo que quiere decir idiota.

—Más o menos —admitió Claire.

Esa tarde lloviznaba y los coches que pasaban lo hacían a toda velocidad. Philippe le abrió la puerta para que entrara, porque estaba oxidada y había un truco, que consistía en darle una patada en el lugar adecuado, justo debajo de la manilla. La lluvia era verde, silenciosa y fría. Claire llevaba el collar de lapislázuli y, cuando se

inclinó para entrar en el Saab, creyó oír el tintineo de la campana. A todas luces no había sido nada. Para asegurarse retrocedió un paso y miró al nieto pequeño de *madame* Cohen, el que había sido un niño tan problemático, había roto ventanas, fabricado matamoscas y enterrado perros, el que se sentaba con moribundos y procuraba complacer a su abuela en todo.

—¿Preparada? —preguntó él.

—Completamente —respondió ella.

A veces, *madame* Cohen no era capaz de recordar lo que había ocurrido la víspera, aunque recordaba el pasado como si hubiera ocurrido hacía sólo unos instantes. El color de los vestidos que ella y sus hermanas habían llevado antaño, la pieles manchadas de las manzanas colocadas en la mesa de su abuela, la receta de la tarta de la sinceridad —tres huevos enteros, harina, cerezas, cáscara de limón y anís—, el aroma de los bosques de Rusia, la primera vez que había visto París, una visión tan asombrosa que incluso aún veía a veces la ciudad exactamente igual que aquel día… Natalia se pasaba a menudo por la tienda, aunque *madame* Cohen solía estar dormitando en su sillón de la trastienda, toda vez que sus nueras habían entrado a trabajar en la joyería, su actividad favorita. Claire pasaba los días en el taller del *deuxième monsieur* Cohen, y la joyería tenía la exclusiva de la venta de sus amuletos y talismanes. Lucie y Jeanne bromeaban con que quizá Claire debería ser conocida como la *troisième monsieur* Cohen, y no salían de su asombro por lo que era capaz de hacer: sin duda alguna era la mejor de los tres joyeros. No hacía mucho se había celebrado una exposición de su trabajo en una galería de la *rue* de Rivoli, que había sido inaugurada con una fiesta descomunal. *Madame* Cohen y la señora Rosen habían asistido al evento, y durante semanas fue de eso de lo único que hablaron. De eso y del hecho de que Philippe hubiera estado allí, cuando su abuela ni siquiera le había hablado del acontecimiento y mucho menos insistido en que acudiera.

*Madame* Rosen le había hecho un maravilloso vestido a su nieta

para la ocasión, una prenda asombrosa en seda gris claro y tul amarillo. Después de la fiesta, Claire decidió enmarcarlo y colgarlo de la pared del taller, donde el vestido relucía como una luciérnaga bajo el cristal. Y a continuación, había confeccionado el amuleto de la luciérnaga para Mimi. Las dos mujeres seguían escribiéndose de manera regular, y Claire siempre sabía cuándo una de sus cartas había sido entregada a su destinataria. Mimi utilizaba papel de cartas de color rosa y dirigía todas sus misivas a: «Gigi Story, mi tía».

Las mujeres del barrio ya no se preocupaban por Claire, y centraban su atención en otra parte, en Natalia, que estaba de luto, y en el señor Abetan, al que decidieron casar. Claire estaba demasiado ocupada para preocuparse, además de enamorada. La primera vez que se acostó con Philippe fue después de su primera discusión seria. Se divertían provocándose mutuamente, y les encantaba tomarse el pelo de manera taimada, aunque todo eso era exactamente lo contrario. Llevaron el cuervo de *monsieur* Cohen al Bois de Boulogne para soltarlo.

—Un cuervo ha de ser un cuervo —decía Philippe—. Si muere, que al menos haya llevado una vida de cuervo.

El cuervo levantó el vuelo y no miró hacia atrás, aunque a Claire le preocupaba que no fuera capaz de alimentarse por sí mismo después de haber sido mimado durante tantos años en un hogar calentito. De pronto, se dio cuenta de que estaba llorando, lo cual era absolutamente impropio de ella, y cuando Philippe le preguntó el motivo, le dijo que se debía a que él era un idiota. Se habían gritado el uno al otro y se habían llamado de todo, y la gente que paseaba por el Bois se apartaba de ellos lentamente, convencidos de que se trataba de lunáticos. Entonces Philippe la besó y todo lo demás desapareció. Nunca la habían besado antes, y cuando se lo dijo, Philippe se echó a reír.

—Así que resulta que llevas esperándome desde que éramos niños.

—Eso es poco probable —respondió Claire con arrogancia, pero él la volvió a besar apasionadamente, y ella lo deseó, y eso fue todo.

A Philippe le gustaba pelearse, pero también hacer las paces, y eso Claire lo agradecía. Agradecía todo lo relacionado con él, incluso sus defectos, que eran muchos. Era aún más adicto al trabajo de lo que ella sospechaba al principio, y desaparecía los fines de semana y no volvía del hospital hasta bien entrada la noche sin dar ninguna excusa. Tenía el sueño ligero y era quisquilloso. Seguía rompiendo los platos al fregar como el niño torpe y curioso que había sido en otro tiempo. Discutía con sus compañeros de trabajo, era un manirroto, maldecía al gobierno, con independencia de quién estuviera en el poder, y le había dicho a Claire que jamás tendría tiempo para coger vacaciones. Ninguno de aquellos defectos eran fatales, ni siquiera el hecho de que le diera el número de casa a sus pacientes, así que el teléfono no paraba de sonar en mitad de la noche. Fue en ese momento cuando Claire supo que estaba enamorada de él, y no necesitó que las campanas que llevaba encima se lo dijeran. Dormía en el sitio de Philippe y, sin pensarlo, cogió el teléfono cuando sonó. Una mujer estaba llorando. Su padre agonizaba y ella no sabía qué hacer por él. Philippe se levantó de la cama y estuvo al teléfono casi media hora.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Claire, cuando al fin colgó.

Philippe era tan alto que ocupaba más de la mitad que le correspondía de la cama. Tenía las manos largas y hermosas y el pelo negro. Y un sueño muy profundo.

—Le dije que era un honor acompañar a alguien que se estaba muriendo. Le dije que debería sentirse agradecida porque iban a ser los últimos momentos que pasaría con él. Y que debería despedirse.

—¿Y en eso se tarda media hora? —preguntó Claire.

—En eso se tarda una vida.

—Hice algo terrible —dijo Claire de repente.

Cada vez más a menudo, Claire se daba cuenta de que deseaba hablar con su hermana, la única persona que comprendería lo fácil que era cometer un terrible error cuando pensabas que todo lo que estabas haciendo era ir a dar un paseo en coche un hermoso día azul,

subir los escalones de dos en dos, dejar una puerta abierta o pisar demasiado el acelerador. Cuando no tenías intención de herir a nadie, ni siquiera a ti misma.

—¿Mi tío? Ya te dije que hubiera tenido un ataque con o sin robo. Además, estoy convencido de que eres tan paranoica como él. Claire, cerraste la puerta con llave.

—No es eso. Es otra cosa. Algo imperdonable.

—¿Es por haberle dicho a tu hermana Meg que subiera al coche? Eso fue un accidente. Si todos los médicos abandonaran el ejercicio de la profesión por culpa de un accidente del que fueran responsables, no habría médicos. Todos vamos a morir.

—No. Es algo peor, algo que destruyó la vida de alguien.

—Bueno, has salvado la mía, así que eso compensa cualquier cosa anterior. Me han dicho que sería un idiota si no estuviera contigo.

—¿Quién? —Claire sonrió de buena gana—. ¿Tu abuela? —¡Tú!

Nunca le dijo lo que había hecho. La única que lo sabía era Elv.

Elv, que se había vuelto para mirarla por encima del hombro, que había desaparecido entre las zarzas, que había sido atrapada por un hechizo inquebrantable hasta que anocheció.

No pasó mucho tiempo antes de que Claire y Philippe se fueran a vivir juntos al último piso de la casa de *madame* Cohen, y sus abuelas les hicieron el favor de no decirles que les habían dicho que lo hicieran. Era un gran piso, y se tomaron su tiempo para pintarlo de blanco. La carpintería estaba decorada con pan de oro, era muy antigua, desportillada en los bordes pero preciosa, y decidieron dejarla tal cual estaba. El dormitorio daba a un pequeño jardín, en absoluto tan imponente como el patio de adoquines del edificio de la abuela de Claire, pero aun así encantador.

Cuando Claire salía del taller de *monsieur* Cohen a mediodía, se pasaba por la tienda para recoger a *madame* Cohen e iban juntas a casa a comer. A menudo se unía a ellas Natalia, que se recuperaba

de la pérdida de Samuel Cohen y parecía más frágil. Las rodillas le molestaban, y Claire tenía que ayudarla a subir la escalera hasta el piso. Habían pasado dieciocho años desde la fiesta de aniversario en el hotel Plaza, pero Natalia seguía soñando con aquel día. Soñaba con Annie y Meg, y con las hermanas Story cuando eran pequeñas, vestidas con aquellos vestidos azules que les había hecho. Justo la noche antes, se había quedado dormida en el sofá del salón y había soñado que iba a su propia fiesta. Allí estaba todo el mundo: su marido, Martin, y Samuel Cohen, sus sobrinas, Elise y Mary Fox. En la cocina, el personal se afanaba en poner a congelar los *petits fours* de tonos rosas, verdes y azules, y olía a azúcar y vainilla. Grandes vaharadas de calor flotaban en el aire procedentes de la enorme cocina del restaurante y la hacían enrojecer.

—Prepáreme algo que no olvide jamás —dijo al jefe de cocina —. Asegúrese de que recuerdo todo antes de que se pierda.

Cuando Claire preparaba la comida para *madame* Cohen y su abuela, utilizaba tomates siempre que podía. Seguía la receta del gazpacho de su madre y recreaba la crema de tomate que ella y Pete le habían hecho a Annie cuando estaba tan enferma. Preparaba rodajas de tomate verde sobre unas tostadas con aceitunas —algo tan sencillo y delicioso— y, por supuesto, el plato favorito de *madame* Cohen: el *risotto* con tomates amarillos y tomillo. Claire cultivaba sus propios tomates en unos maceteros de barro colocados en un diminuto balcón de su piso, y pedía las semillas de las variedades tradicionales por catálogo. En lo más caluroso del verano, echaba una red por encima de las plantas para evitar que los pájaros las picotearan. Cuando Philippe llegaba a casa en las noches de verano, encontraba a Claire en el patio y se sentaba a su lado, estirando sus largas piernas más allá de las de ella. Él no tenía ni idea de que los tomates pudieran ser verdes, rosas, amarillos y dorados, y prefería comerlos enteros, como si fueran manzanas.

A la primavera siguiente, las flores del castaño fueron tan abundantes que los turistas iban a sacarles fotografías. Era la

estación que siempre había temido la familia, pero ese año fue diferente. Cuando llegó la primavera, Natalia y Claire le dieron la bienvenida. Limpiaron las ventanas del piso de Natalia, clasificaron las semillas de los tomates tradicionales y fueron a caminar junto al río en las tardes cristalinas. Ese año, después de volver de visitar a Mimi y Elv, Natalia empezó a hacer el vestido de novia de Claire. Había encargado unas gafas de aumento especiales para ver las puntadas, y aunque tenía artritis en las manos, trabajó todo el invierno y ya estaba a punto de terminarlo. No obstante, tenía que perseverar si quería tenerlo listo para el verano. Los dedos le sangraban a causa de la delicadeza de las costuras y tenía que empaparse las manos en aceite de oliva caliente, pero tenía la certeza de que aquél sería el último vestido que intentaría hacer, así que echó toda la carne en el asador en su confección. Había estado enamorada dos veces, y todo lo que había sentido iba en aquel vestido, que tenía unas puntadas tan juntas que casi era imposible verlas a simple vista. En opinión de Natalia, así era el amor, invisible, pero presente, se quisiera o no verlo o admitirlo.

El día que llegó el paquete, Claire tuvo que correr para llegar a casa. Había olvidado el paraguas y se había puesto a llover. Evitó los charcos lo mejor que pudo, saltando por encima de los bordillos. Iba con un impermeable encima de unos vaqueros negros y un jersey, pero no tardó en calarse hasta los huesos. Siempre llevaba el collar de lapislázuli con la campana antigua, a la que medio atribuía haber llevado a Philippe hasta ella. Bueno, quizás hubiera sido así o quizá no, pero no iba a correr ningún riesgo. Cuando llegó a casa se quitó rápidamente el impermeable y se secó el pelo empapado con una toalla, y luego se despojó de las botas y los vaqueros. Para su sorpresa, *madame* Cohen y su abuela estaban sentadas a la mesa de la cocina, con una tetera entre las dos, y levantaron la vista cuando Claire entró.

—¿Qué pasa ahora? —Claire iba vestida sólo con las bragas y un jersey negro, pálida, patilarga y seria. El amor la había vuelto más asequible, y la gente la abordaba a menudo en la calle para preguntarle alguna dirección o pedirle algunos euros que los sacara

del apuro hasta que les cambiara la suerte.

—¿Ha muerto alguien?

—Nada de eso —le aseguró su ama.

Aunque los amuletos tenían más demanda que nunca, la única joya que llevaba Claire, aparte del talismán del amor, era su anillo de compromiso. *Madame* Cohen le había dado a Philippe su propio anillo, el único que su abuela se había traído de Rusia, para que se lo regalara a Claire. Y aquello se había convertido en la comidilla de toda la familia, todo un escándalo, ya que *madame* Cohen no se lo había ofrecido a nadie más, pese a que hubo muchísimos compromisos matrimoniales a lo largo de los años. Esperó a que apareciera la persona adecuada, y esa persona era Claire. Lo supo desde que atrapó al primer demonio en la tira de papel matamoscas. Lo supo cuando Claire se echó a llorar en la cocina durante su entrevista de trabajo. *Madame* Cohen había dispuesto aquel matrimonio cuando envió a Philippe a enterrar al perro. En un mundo de amargura, el amor era un acto de voluntad, y lo único que necesitabas eran los ingredientes adecuados. Ni siquiera sus propias hijas conocían las circunstancias en las que había perdido a sus hermanas, aunque había transcurrido mucho tiempo desde que sucedió. *Madame* Cohen sabía que a veces, cuando se supone que tienes que ser feliz, lo único que sientes es desesperación y culpabilidad sólo por haber logrado sobrevivir. Por razones que no alcanzabas a comprender, pues aquello no tenía ningún sentido, eras la única que quedaba ilesa.

El paquete que había llegado por correo aquel día tenía la dirección escrita con la caligrafía infantil de Mimi, y el matasellos era de North Point Harbor.

—Ábrelo —la apremió *madame* Cohen.

Dentro había una pintura enmarcada en un marco barato. Era completamente negra, una acuarela, una imagen del Sena con un cielo nocturno sin estrellas, salido de la mano de una chica joven: era la pintura que Claire siempre deseó tener. Leyó la nota de su sobrina, y a su cabeza acudieron las imágenes de unas niñas de pelo negro y largo y de las hojas verde botella de las enredaderas de los

guisantes de olor y de las flores de calabaza de cuello blanco; de un petirrojo en la hierba, de los aspersores en funcionamiento y del pavimento caliente del cruce donde había esperado todo el día. Y le vinieron a la cabeza los tomates del jardín: los Cherokee Chocolate, los Golden Jubilee, los Green Zebra y los Raimbow, y sintió que le inundaba la tristeza, no por lo que había perdido, sino por todo lo que nunca había sido. Ni siquiera sabía lo mucho que echaba de menos a Elv.

La boda se celebró en el Bois de Boulogne, en el Chalet des Îles, situado en el centro del lago. La familia había alquilado el restaurante e invitado a sesenta personas. Los Cohen tenían una familia tan numerosa y tantos amigos que hubo que eliminar a unos cuantos de la lista de invitados, a fin de garantizar que no se sobrepasara los sesenta, un número con buena suerte. Aquello provocó el resentimiento de algunos, pero ya se había celebrado una fastuosa fiesta de compromiso varios meses antes en casa de Emile, el hermano de Philippe, a la que asistieron demasiados invitados para poder llevar el control. Aquello equilibraba un tanto las cosas.

Sesenta era un número con suerte, según *madame* Cohen, y había tenido razón demasiadas veces para que los demás la ignoraran. Les traería felicidad, ya lo verían, y lo cierto es que el tiempo fue perfecto, tal y como ella había predicho. El caluroso día estival se convirtió en una cálida noche azul en la que hubo luz hasta después de las diez. A nadie le preocuparon los tontos rumores sobre las criaturas que se podían encontrar en el Bois después de oscurecer, perros resabiados, lobos, almas en pena… Aquélla no era la estación ni el momento para tales cosas, y los invitados fueron transportados por el agua en pequeñas barcas y desembarcados en un muelle enguirnaldado de luces blancas. Un trío tocaba en el jardín y la música flotaba sobre la isla. Las abejas se movían lentamente por la débil luz azul, atraídas por las dulces copas de champán y kir, emborrachándose con el aroma y el sabor de las bebidas.

El vestido que Natalia había hecho era bellísimo, de tul y seda blancos, las costuras perfectas, con sesenta perlas rosas cosidas en el corpiño. Cuando se lo entregó, Claire se echó a llorar y dijo que era demasiado hermoso para ella. Temía echarlo a perder.

—Póntelo y sé feliz —le dijo Natalia.

En ese momento, Claire estaba parada junto a la orilla de helechos salvajes que crecían al lado del restaurante. Las ranas toro se llamaban en los cañizos. El calor se había instalado en la piel de Claire y parecía excitada mientras bebía un vaso de vodka con soda. Estaba histérica, y no sabía si la felicidad le sentaría bien, si estaba preparada para ser feliz. Se suponía que Philippe no tenía que verla vestida de novia hasta la ceremonia, pero en ese momento se dirigía directamente hacia ella. A él le traían sin cuidado las normas, nunca le habían importado, razón por la cual *madame* Cohen lo mantuvo alejado de la tienda cuando era niño. A su paso no surgían más que problemas. Pero un niño problemático era algo completamente diferente cuando se hacía hombre. Se inclinó sobre ella, susurrando, y Claire soltó una carcajada y dejó que le diera un trago a su bebida.

Pete Smith llegó desde Nueva York para entregar a la novia. Le tomaban el pelo diciéndole que el infierno debía de haberse congelado, porque allí estaba, de vuelta en París, alojado en casa de los padres de Philippe, que no hablaban una palabra de inglés. A Pete le sorprendió descubrir que en esa ocasión todo lo que le rodeaba era mejor de lo que recordaba, sobre todo la comida. Se había convertido en un experto en quesos y sopesaba la posibilidad de abrir una tienda en North Point Harbor, en plena Main Street. Elise y Mary Fox también estaban, y se habían permitido el capricho de alojarse en el Ritz. Mary se puso muy contenta al encontrarse con multitud de médicos entre los invitados, aunque no supiera hablar su idioma, y había descubierto que uno de los amigos del nieto de *madame* Cohen trabajaba en el Hospital Universitario de Nueva York. Ella y Claire ya habían arreglado lo del ramo de novia. Claire lo arrojaría hacia la derecha, donde Mary lo estaría esperando con los brazos estirados.

Pero el traje de novia no fue el último que había cosido Natalia.

Había hecho un vestido de seda y tul rosas a su biznieta. La prenda llegó a North Point Harbor en una enorme caja blanca atada con una cuerda. El paquete era tan especial que Mimi tuvo que subir corriendo y hacer que su madre saliera al porche y firmara, antes de que el cartero lo entregara. Lo llevaron a la habitación de Mimi, lo colocaron sobre la cama y se lo quedaron mirando sin saber muy bien qué demonios podía ser aquello, antes de que Elv fuera a coger las tijeras para cortar la cuerda.

—Es incuestionablemente francés —dijo Mimi, solemnemente.

—Incuestionablemente —convino Elv.

Una enorme cantidad de papel de seda cubría el vestido. Elv lo miró y se dio media vuelta, sobrecogida. Mimi, demasiado excitada para darse cuenta, cogió el vestido y bajó corriendo al piso de su abuelo para mostrárselo. Era el vestido más hermoso del mundo con diferencia. Elv se quedó atrás y sacó el sobre que había dentro de la caja de cartón y que iba dirigido a la señorita M. Story: era una invitación para la boda de Claire. Elv lo abrió. No debía haberlo hecho, pero lo hizo. Le pareció increíble el tiempo que había pasado. Había marea baja en la bahía y los pájaros se lanzaban en picado sobre los jardines y las hierbas altas de las marismas más allá del patio. «Para entregar a tu madre», había escrito Claire.

Natalia pagó los billetes, como siempre dijo que haría. Como era de esperar, Elv y Mimi estaban demasiado excitadas para dormir en el avión, así que Elv le contó en susurros que todos los años las hermanas Story descubrían un nuevo tono de luz en París y que a las tres les encantaba la leche y el pan franceses; que todas practicaban para atarse los pañuelos como lo hacían las mujeres francesas, pero que nunca lo habían conseguido. Que el castaño del patio florecía todas las primaveras y que el río era verde de día y negro cuando se acercaba la noche. Y que una noche, Elv había rescatado a una gata

que había caído al agua y que su ama la había llamado *Sadie*, y que la gata aún vivía, sólo que ya era muy vieja y caprichosa.

A Mimi no le pareció en absoluto que *Sadie* fuera caprichosa. La gata se sentaba en su regazo, ronroneando, y ella le daba trozos de su comida a escondidas. Le encantaba estar en París, en la casa de su bisabuela. Se instalaron en la habitación de invitados, la habitación que había sido de Claire antes de irse a vivir con Philippe. El salón seguía pintado de rojo, con laca, para que reluciera cuando se encendían las lámparas. La luz seguía siendo de mil colores diferentes, cambiantes según el tiempo y la hora del día.

—¡Es del color de los limones! —proclamó Mimi cuando se despertó en su primera mañana en París—. ¡Ahora tiene el color de los melocotones! —exclamó más tarde, mientras preparaba el té con su ama en la cocina. Mimi había visto las fotografías de Gigi colocadas en la repisa de la chimenea, pero dos días más tarde Claire todavía no se había pasado por la casa.

—No quiere verme —le dijo Elv a su abuela, mientras Mimi hacía todo lo posible por ver la televisión francesa.

—Si no quisiera que estuvieras aquí, no le habría dicho a Mimi que te trajera —le aseguró Natalia.

Pero Elv se puso tan nerviosa que la noche antes de la boda cayó enferma con fiebre. Por la mañana se vistió y fue a mojarse la cara con agua. Estaba ardiendo. Le dijo a Natalia que lo más probable es que no pudiera ir, pero entonces vio a Mimi vestida con su vaporoso vestido rosa y lamentó que Lorry no estuviera allí para ver lo preciosa que estaba su hija. «Ah, cariño —habría dicho él—. ¿Cómo es que has crecido tanto?».

Mimi convenció a su madre para que las acompañara al parque.

—Quizá te encuentres mejor cuando estés allí —le dijo, con sensatez—. No tienes que ir más lejos, si no quieres. —Era una niña pragmática, como era Meg, y, además, había heredado el talento de Lorry para convencer a cualquiera de casi todo.

—Pues claro —dijo Elv, cogiendo la mano de su hija—. Iré.

Pete estaba allí con un taxi, que los llevó al Bois. El taxista condujo a una velocidad tan endiablada que Pete volvió a

reconsiderar su opinión sobre París.

Cuando el taxi se detuvo, vieron el lago y la isla. Mimi estaba absolutamente encandilada.

—Es el mundo de hadas que inventaste —le dijo a su madre.

—Vamos, ve con ella —replicó Elv, enviándola con su ama—. Lo observaré todo desde aquí. Así está muy bien.

Mimi era demasiado inteligente, así que se acercó a su madre y le hizo un gesto para que se inclinara y así poder susurrarle algo al oído.

—¿Es porque todos odiaban a papá?

—Oh, no —dijo Elv—. Todos lo querían. Papá le contaba historias a la gente, y las personas se sentaban y escuchaban y no querían estar en ninguna otra parte que no fuera allí, con él. Créeme, lo sé.

—A tu madre no le gustan las aglomeraciones —terció Pete, que se había acercado por detrás de ellas, y Elv le dedicó una mirada de agradecimiento—. Como en las comidas del colegio. Tiene una buena vista desde aquí.

Elv se despidió de su hija con la mano cuando ella se subió a la pequeña barca, y Mimi le devolvió el saludo. El mero hecho de ver a su hija alejándose en el bote hizo que se apoderara de ella un sentimiento de pérdida. Lo cierto es que el bote era como una barca de hadas que dejara tras de sí una estela de nenúfares. En cuanto la embarcación se acercó al muelle, bajaron todos y fueron recibidos por la familia Cohen. La música llegaba flotando a trozos y a ráfagas sobre el agua. De vez en cuando, Elv divisaba a Mimi en el otro lado, explorando la isla, y entonces dejaba de verla. Mimi alcanzó a ver a la novia de pie junto a los cañizos con un hombre alto y guapo. Echó a correr hacia su Gigi, y cuando Claire se volvió, la vio de inmediato. La reconoció por el pelo largo y negro y por su forma de sonreír. Mimi llevaba puesta la pulsera de los amuletos y levantó el brazo para que Claire la viera, y al hacerlo la sacudió y se oyó el sonido de unas campanas. Mimi acababa de cumplir ocho años, y tenía exactamente la misma edad que tenía Claire cuando había hecho aquella cosa horrible e imperdonable por la que jamás podría

perdonarse.

Salió del coche.

Claire miró alrededor y divisó a una mujer en la otra orilla del lago. Le preguntó entonces a Mimi si no le importaba cuidar de su ramo, que estaba hecho de cien rosas, todas blancas, todas pequeñas y perfectas. Mimi asintió con la cabeza y asumió su responsabilidad con mucha seriedad.

Claire oyó a los pájaros en los tilos; siempre cantaban al anochecer. Hasta ese momento no había comprendido la naturaleza del amor, convencida de que si lo perdías, nunca podrías volver a recuperarlo, como una piedra arrojada a un pozo. Pero en realidad era como el agua del fondo del pozo, que estaba allí aunque ni siquiera pudieras verla, moviéndose en la oscuridad. Y lo recordó todo. Las violetas y la sangre, el día que Elv se escondió en el jardín, negándose a que le cortaran el pelo, el pájaro que había encontrado y sus huesos blancos y diminutos, el colgante que Elv se había hecho como amuleto contra el mal. Y se acordó también de cuando estaban en el jardín y miraban hacia arriba a través de las hojas, y el mundo entero se volvía verde. Elv creyó ver a su hermana ataviada con su vestido blanco, caminando hacia el muelle. La había estado esperando, aguardando por ella todo el tiempo que había estado ausente, y allí estaba, envuelta en el crepúsculo: nunca se había ido a ninguna parte.

*Madame* Cohen estaba sentada en un sofá que los camareros habían sacado y colocado debajo de los tilos. El aire seguía siendo bochornoso, y la última luz del día se filtraba a través de las sombras, una luz del color de los limones, tal y como Mimi había advertido. Le habían servido un *kir pêche* que le recordó los melocotones que ella y sus hermanas habían comido una vez en una merienda campestre. Natalia arrastró una silla hasta dejarla al lado de su amiga. Vio a su biznieta sujetando un ramo de rosas blancas, dando vueltas en la pista de baile que más tarde abarrotarían las parejas. Ella y *madame* Cohen habían trabajado codo con codo en este mundo de tristeza, y ese día sus nietos eran felices. Era gratificante.

Desde donde estaban oían a las ranas zambullirse en las aguas poco profundas. Había luces por doquier, como si llovieran estrellas. Anochecía y la luz no tardaría en convertirse en tinta, otro color del que Mimi podría escribir en su diario. Philippe gritó y agitó los brazos, llamando a las dos abuelas para que se acercaran.

—Nos necesitan —dijo Natalia.

—Dejemos que se lo crean —le sugirió su amiga.

Mientras atravesaban el césped, *madame* Cohen vio una pequeña sombra negra con forma de polilla revolotear sobre su copa de kir, atraída, igual que las abejas, por el azúcar y la fruta, y luego alejarse erráticamente. No le preocupó lo más mínimo. Era verano, hacía calor y todo no había hecho más que empezar.

# AGRADECIMIENTOS

*Muchas gracias a mis primeros lectores: Maggie Stern Terris, Pamela Painter, Tom Martin, Gary Johnson, Elaine Markson y John Glusman.*

*Gracias también a Camille McDuffie, y toda mi gratitud para Shaye Areheart.*

*Y muchas gracias a Sandra Hoffman-Nickels y Max Hoffman por compartir París.*

ALICE HOFFMAN: Una de las escritoras con más reconocimiento de público y crítica en Estados Unidos, nació en 1952 y vive entre Boston y Nueva York. Es autora de 25 aclamados títulos, entre los que figura *Prácticamente magia*, cuya adaptación cinematográfica fue producida por Warner y protagonizada por Nicole Kidman y Sandra Bullock, *El camino a casa, El futuro probable y Confesiones bajo el cielo*. Sus obras han sido traducidas a veinte lenguas, y han merecido excelentes críticas en prestigiosos medios como The New York Times, Entertainment Weekly, Los Angeles Times, Library Journal y People Magazine.